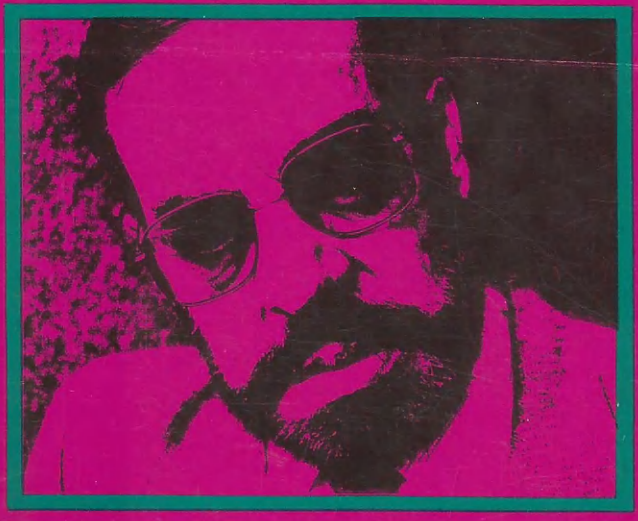
La escuela de la sospecha

Nuevos ensayos polémicos

Juan Nuño



Perspectiva actual
Monte Avila Editores

Perspectiva actual

Determinada por la problematicidad de "lo actual", esta colección intenta ofrecer al lector, no sólo aportes novedosos a la discusión en proceso de los temas del más inmediato presente en las diversas ramas del saber contemporáneo, sino, también, visiones y revisiones actualizadas sobre los temas de siempre, abordados por especialistas de reconocida autoridad nacional e internacional.

Perspectiva actual

La escuela de la sospecha

JUAN NUÑO

La escuela de la sospecha

Nuevos ensayos polémicos

MONTE AVILA EDITORES

1ª edición en M.A., 1990

Foto de portada
VASCO SZINETAR

D.R. © *Monte Avila Latinoamericana, C.A.*, 1990
Apartado Postal 70712, Zona 1070, Caracas, Venezuela
ISBN 980-01-0326-0
Diseño de colección y portada
Claudia Leal
Fotocomposición/paginación: La Galera de Artes Gráficas
Impreso en Venezuela por Litografía Melvin
Printed in Venezuela

ADVERTENCIA

El pájaro de la noche, búho de Minerva, añejo símbolo de la filosofía, levanta el vuelo, según el ornitólogo Hegel, a la caída del día. Forma oblicua de expresar que el pensamiento reflexivo llega con el crepúsculo vesperal. Esa misma ave era, para los mexicas, signo de muerte, que no está tan alejado de la visión crepuscular: más bien la perfecciona. Es curioso que el gusto filosófico por acogerse a algún bestiario se haya mantenido constante, desde el tábano de Sócrates al topo de Marx. Quizá por eso, Bacon, no menos clásico, se atuvo al orden pajaril. En su trigésimo primer Ensayo, el dedicado a la sospecha, sostiene que éstas son una clase de pensamientos que, cual los murciélagos, vuelan siempre al anochecer. De la combinación de ambos vuelos, el del búho y el del ratón ciego, surge la filosofía como reino crepuscular de las sospechas y sospechar, en fin de cuentas, es tan sólo mantener la duda en todo y, sin dudas, no habría ni filosofía ni, según Unamuno, vida misma.

La mayor parte de estos ensayos vieron la luz en publicaciones periódicas locales, sobre todo en el diario El Nacional. *Provienen otros de conferencias dictadas en distintos ámbitos universitarios o bien fueron escritos para formar parte de algún libro colectivo. Algunos, como sucede con «El eclipse del marxismo», fueron publicados en revistas del exterior (*Vuelta, *México). Tampoco faltan unos cuantos inéditos que se atreven a salir al mundo.*

Todos recogen una misma inquietud: para evitar la conformidad con lo dado, ejercer el pensamiento en tanto «crítica de las formas de vida», como pidiera Nietzsche que por algo llamó «escuela de la sospecha» a la tarea agotadora de la vigilancia filosófica. De vez en cuando es bueno volver al lúcido Friedrich Zaratustra, como gustaba de llamarle Borges.

J.N.

Caracas, junio, 1990

De la tolerancia

Convendría no olvidar que la tolerancia es una conquista tardía, mucho después de que la civilización cristiana terminara con la otra forma de tolerancia, la de la Antigüedad clásica. Locke y su famosa *Carta sobre la Tolerancia*, modelo para las sociedades democráticas modernas, sólo fueron posible al declinar el poder imperial y absoluto de la Iglesia romana. Como tampoco conviene olvidar que, en sus orígenes, el cristianismo, en tanto expresión religiosa excluyente, introdujo el germen de intolerancia en la sociedad, aquella llamada pagana, perfecta y naturalmente tolerante. A los cristianos no se les perseguía por ser cristianos, sino por negarse a convivir civilmente con la mayoría no-cristiana, llegando hasta rechazar el respeto debido a la autoridad, que era simplemente dar muestras de insubordinación ante el Estado romano.

Quien mejor ha caracterizado la tolerancia del mundo antiguo ha sido Gibbon: «El pueblo tenía a las diversas formas de culto que prevalecían en el mundo romano por igualmente verdaderas; el filósofo, las consideraba a todas igualmente falsas, y el magistrado, las trataba como igualmente útiles. De esa manera, la tolerancia no sólo producía mutua indulgencia, sino inclusive un estado de concordia religiosa». Pero si, de pronto, una de esas formas religiosas se erige en verdad única, con exclusión de todas las demás, a la tolerancia, propia del paganismo, le sucede la más pura y estricta intolerancia que, de siempre, ha caracterizado al cristianismo.

En general, a cualquiera de las tres grandes religiones monoteístas. Pues, en la medida en que los musulmanes han tenido poder material, han probado su disposición para la intolerancia en forma, si no tan concentrada como los cristianos, al menos lo suficiente como para terminar condenando a muerte a los que tienen por apóstatas de su religión (caso reciente de Rushdie). Y si el judaísmo no tiene en su cuenta la misma carga de intolerancia histórica que caracteriza a las otras dos religiones llamadas del Libro, sería bueno tener presente que quizá no es por falta de ganas, sino de ocasión, en la medida en que, en tanto religión, no ha tenido poder material hasta bien entrado este siglo, época en que resultaría demasiado fuerte comenzar por excluir a los demás. No puede decirse, sin embargo, que Spinoza fuera particularmente bien tratado por los suyos cuando se atrevió a sostener posiciones filosóficas divergentes de la ortodoxia hebrea. El hecho mismo de establecer categorías tales como «ortodoxia» y «heterodoxia» y similares sirve para medir la tendencia a la intolerancia en un grupo religioso. En definitiva, ortodoxo será siempre lo que yo piense, y he-

terodoxo, lo que piensen los otros. O como dijera Ambrose Bierce, absurda es toda creencia que no coincida con la mía.

No es menester volver a repetir que la forma contemporánea de intolerancia religiosa en estado puro es la que se presenta en las sociedades totalitarias, de signo fascista o marxista. Con la pequeña diferencia, para peor, de que en una sociedad exclusivamente religiosa lo que está sometido a la férula de la intolerancia son las expresiones visibles del culto, mientras que en una sociedad política intolerante lo perseguido son los pensamientos, exprésense o no, hasta el punto de prohibir la privacidad del individuo.

Viene todo esto a cuento porque en los últimos tiempos han aparecido entre nosotros brotes de intolerancia religiosa encubierta de apelaciones a la moral. Oponerse a una tonta canción pudiera sonar a cosa baladí, pero por ahí se comienza. Al romano o al griego que no le agradaba cómo olía la grasa que sacrificaban en el vecino templo de Ammón, se iba para el suyo, quemaba un poco de incienso, y santas pascuas. Pero no se le ocurría solicitar de las autoridades que prohibieran el culto del prójimo. Esa es justamente la diferencia con las sectas intransigentes, llámense cristianas o socialistas.

CUAL OTRO El Dorado, todos la persiguen. En tanto manía, nada nuevo, aunque tiene épocas de recrudecimiento. Pareciera que muchos han vuelto a enloquecer con lo de la bendita identidad. Han de tener metida en esto la mano los antropólogos. Quien la busca nacional, quien cultural, quien étnica y hasta quienes la personal creen haber perdido, como aquel hombre sin sombra de von Chamisso. De atender las clamantes voces de tanto desesperado, al menos en esta parte del mundo, cada día que amanece échanse a la calle hombres y mujeres desesperados en busca de una identidad perdida o jamás habida. Acuéstanse luego como se levantaran, en espera de un nuevo sol que les permita seguir su inútil pesquisa. Siempre en procura de esa identidad supuesta o fingida, sin la que dicen no poder vivir. Como para dar razón a Schopenhauer: «lo que tenemos puede no hacernos felices, pero lo que nos falta ciertamente nos hace desdichados».

Idénticos, lo que se dice idénticos de toda identidad sólo lo son los objetos matemáticos: números, relaciones, definiciones. Ni las más berroqueñas piedras son idénticas. ¿A qué? ¿A sí mismas? Suponiendo que para algo sirviera tal identidad, es falso, que todo cambia con el paso del tiempo o, por más ajustadamente decirlo, eso es el tiempo: el cambio de todo. Peor aun sería pensar que algo (piedra, hombre, melodía) es idéntico a un cierto modelo o idea, previo, fijo e inmutable. Creer que para cada cosa hay una referencia única y estable y que sólo ajustándose a ella puede establecerse la cabal identidad es tanto como predicar el más puro y desenfrenado platonismo. El de las esencias: a cada cosa le corresponde un Arquetipo, para hablar como Borges. Entonces, ¿qué sentido tiene andar pidiendo la identidad (la esencia) de cualquier hombre o, peor aún, de algún conglomerado humano?

Si algo le es propio al hombre es justamente su falta de identidad, de una esencia que lo detenga y encierre. Alterable, mudable, tornadizo, precario y aún absurdo. Su marcha, que es la historia, está hecha de azares, imposibles, carencias, retrocesos, cegueras y sinsentidos. Una cosa es aspirar a poner orden y racionalidad en tan abigarrado proceso y otra, muy distinta, que el hombre, único sujeto de sus propias acciones, sea tan ordenado como el conjunto de los números reales o tan racional como un silogismo. A trompicones ha marchado siempre por una senda que él mismo abre e inventa, «llena de furor y ruido, dicha por un idiota», no otro sino él mismo. Quienes hablan de identidad o no saben lo que dicen o se apresuran a condenar al hombre a su más monstruosa destrucción al encerrarlo entre las cuatro paredes de una definición y la agobiante cárcel de una forma de ser.

Lo que no quiere decir que todos lo que tal propongan desvaríen o necesariamente engañen. Por algo lo dirán. A algo responderá su extraña inquietud, esa imposible aspiración a la cosificación más yerta de la humana existencia. No deja de ser curioso que abunden las peticiones de identidad entre muchos de los pueblos americanos. De siempre han andado en la extraña aventura del San-

to Cáliz de la Identidad. ¿Por qué otros no exigen ni siquiera hablan de semejante sueño? En el terreno de la inseguridades y en la noche de los orígenes ha de esconderse la respuesta. Que quien se acepta como hombre, no tiene por qué andar cazando identidades, esas extrañas y elusivas mariposas, tan irremediablemente muertas y clavadas en el álbum de las manías metafísicas.

A VUELTAS CON LA IDENTIDAD

EN MÉXICO también (*et pour cause!*) se ha discutido sobre el profundo, el abismal tema de la identidad cultural. En apariencia, nada más inocente: ¿quién no va a querer que le atribuyan al menos una identidad cultural? Suena a algo, además de burocrático, intransferible, como el color de los ojos, la talla, o más específicamente, el tipo de sangre. Y no hay que engañarse: por muy iguales que sean los humanos, sabido es que existen tipos de sangre para poder clasificarlos, separarlos, distinguirlos. *Ergo*: así mismo tiene que haber una identidad cultural que permita, a simple vista o quizá mejor, a simple oído, determinar quién es quién y de dónde procede cada uno.

Justamente como el tipo de sangre o cualquier otra medida antropométrica. Ahí está el gato encerrado de la identidad cultural. Es tema relativamente reciente, de tal modo que cincuenta, sesenta años atrás, nadie hubiera entendido qué era eso de la identidad cultural ni con qué se comía. Cuidado: tal no quiere decir que en aquel entonces no hubieran podido seguir una conversación sobre identidad cultural. Apenas si hubieran necesitado un esfuerzo, el manejo de una mínima clave, el auxilio decodificador de un sólo término para saber de qué se estaba hablando. En efecto: sustituyendo «identidad cultural» por «raza», todo se haría diáfano y comprensible a los hombres de otros tiempos, no tan lejanos. Uno de esos maravillosos avances semánticos de la humanidad. Son tantos: ya nadie dirá «sarao», pudiendo decir «party»; es de mal gusto hablar de «periodistas» cuando se trata de «comunicadores sociales»; sólo delata vejez empeñarse en decir «interpretación» en lugar de «lectura»; o referirse a «significado» cuando es mucho más elegante decir «semema». Por lo mismo, en vez de *raza* hay que hablar de *identidad cultural*.

No se venga con que nada se ha ganado. De entrada, se ha ganado en complejidad, pues si los hombres nunca lograron ponerse de acuerdo en definir lo de raza, mucho menos lo harán tratándose de algo tan confuso y rebuscado como eso de identidad cultural. Aunque la principal ganancia es otra: poder seguir hablando de lo mismo que se hablaba cuando se usaba el término «raza», pero sin tener que acudir a tan desprestigiada y maldita voz. Porque no hay duda posible: según la identidad cultural que se le confiera a alguien, será tratado de una u otra manera. Quienes tengan la suerte genético-cultural de ser adscritos a la identidad anglosajona, mandarán en cierta parte del mundo; pero, en esa misma parte, no quedarán bien parados aquellos a los que se les asigne como identidad cultural la hispánica o latina. Donde puede apreciarse que también en tales asuntos rige una suerte de ley de conservación de las creencias: no es que se haya renunciado para siempre a separar a los hombres por el criterio racial. Es que se los sigue discriminando, pero más sutilmente: ahora, lo que permite establecer las diferencias (y sobre todo, mantenerlas) es la identidad cultural. Otra prueba más de que, como siempre se sospechó, los mitos no mueren fácilmente; ni los prejuicios ni las supersticiones.

Mas allá de tales nimiedades, la pregunta de fondo sería otra: ¿por qué diablos no puede el ser humano sentirse alguien sin tener que rechazar a otros? En realidad, no interesa tanto propiamente *lo que se es* cuanto *lo que no se es y no se será jamás*: una buena identidad cultural asegura la tranquilidad de la propia superioridad. Mucho mejor que la raza, acerca de cuya pureza siempre podían caber dudas. Pero ¿quién va a atreverse a dudar de la identidad cultural de Juana de Arco o de los Beatles o de Gardel? A propósito: ¿cuál es la identidad cultural de un tal Einstein?

Lo serio y lo frívolo

Los hombres serios sólo tratan cosas serias. Por ejemplo, la política, la economía, el Estado, el Ser. Basta poner cara de burro serio, hacerse llamar «intelectual», y emitir media docena de lugares comunes, acompañados del «yo soy una persona seria, chico». Luego, se sienten (y se sientan) tan satisfechos, con su seriedad de toda la vida.

Aun son memorables las páginas de Sartre contra el espíritu de seriedad, máscara de una determinada burguesía, señal inequívoca de la bien pensante derecha, espejo de aquellos prolíficos *salauds*. En cambio, aquí, la cara de serios, el culto a la seriedad, la reverencia a las sacralizaciones, son privilegio de la intocable izquierda, cuanto más divina y entronizada, más seria y respetable.

En algún Sinaí socialista, el dios respectivo (¿Marx?, ¿Bakunin?, ¿Ricardo?) les entregó, junto al decálogo de creencias, la tabla de partición entre lo bueno y lo malo, entre lo nimio y lo serio: a este lado, las fruslerías, lo que no merece la atención de las personas respetables; en aquel, en el debido sitial, las causas santas y elevadas, lo que las mentes serias deben atender cada hora del día, para no caer en el feo pecado de la nimiedad. La mejor de las seriedades, la muestra de mayor sensatez estólida, es la que permite tomarse todo en serio, nada al margen del concierto solemne de rígidos creyentes. ¡Pobre de quien pierda su tiempo en aquello que los grandes señores de la seriedad organizada han erigido en objeto de su culto! ¿La vida cotidiana? ¿Las humanas miserias? ¿Las innúmeras pruebas palpables del horizonte de imbecilidades que adorna al hombre generosamente llamado racional? Eso no es serio. Lo serio, ya se sabe, son las curvas de producción, la lucha de clases, la teoría del valor, las candidaturas políticas, las intrigas del partido, alguna que otra rentable asesoría, y por encima de tantas abstracciones, la formal seriedad de quien participa en tan consagrados torneos de severidad.

Quizá por culpa de Gramsci, otro serio de solemnidad, la misión del intelectual de izquierda es bien solemne para los graves varones de nuestro provinciano medio: no perder el tiempo en frivolidades. Como no se cansa de repetir el tiranillo del Caribe, *sotto barba*, «toda crítica es oposición y toda oposición es contrarrevolucionaria». ¿Hay mayor crítica que el humor? Que se lo pregunten a los ciudadanos de cualquier país marxista. ¿Cuándo nuestros envarados y adustos izquierdistas, tan serios ellos, se decidirán a leer —y a entender, ¿o es mucho pedir?— la novela de Milan Kundera, llamada precisamente *La broma*?

Que Sartre se burlara de los serios y cochinos burgueses tiene profundas raíces en una cultura realmente crítica, mordaz e inteligente, dominada por la nada seria figura de Voltaire. No es de ningún alocado existencialista, sino nada menos que del barón de Montesquieu, el inventor de los tres poderes, el creador del clásico *Esprit des Lois*, aquello tan tristemente cierto y vigente de que «la seriedad es la defensa de los imbéciles».

Pura nada

Los juguitos de palabras con la nada conducen a eso: a nada. Lo divertido es lo serio que se los toman sus cultores: hablan de la Nada como si fuera alguien que de pronto ha venido de visita o como si se tratara de una piedra que está ahí puesta para tropezar. No puede ser más sencillo el truco lingüístico. Tómese cualquier expresión que contenga la voz «nada» en un contexto corriente; aíslese el término y comiéncese a escribirlo con mayúscula inicial, como si se tratara de un nombre propio que hiciera referencia a algo o alguien en particular. Por ejemplo, dice San Pablo a Timoteo: «Pues que nada trajimos a este mundo, con nada hemos de irnos de él». Parece claro que lo que quiso decir el Apóstol, sin necesidad de quedarse calvo por el esfuerzo, es que el hombre muere como nace, sin posesión ni riqueza alguna, desnudo de toda desnudez. Qué va. En cuanto le eche el ojo a esa Epístola alguno de estos heideggerianos tropicales, la frase comienza a decir otra cosa. Sostendrán que, en efecto, no fuimos nosotros quienes introdujimos la Nada en el mundo, porque semejante señora como su parejita, el Ser, aparecen y desaparecen cuando a ellos les da su real gana. Así y todo, continuarán, resulta que nuestra única salvación reside en que nos despidamos del mundo del brazo de la Nada. Como quien se retira de un sitio porque no le gusta y se agarra al primer acompañante para salir de allí. A partir de ese momento, se sueltan a hablar de la Nada como si existiera y fuera un personaje al que conocen de siempre y tuviera señas antropométricas y una determinada dirección. A la izquierda del Ser y por los lados del Ente, pero no demasiado cerca de éste. Como quien dice: doblando en la próxima esquina.

Es inútil. Con gente semejante no se puede razonar. Porque comienzan por negarle valor alguno a la razón. La razón es para pobres entes dominados aún por algo terrible como la lógica y la ciencia; cuando lo que necesita el hombre es desprenderse de la razón y dedicarse a escuchar voces, tener revelaciones y aguardar al Ser. Es imposible con ellos hasta el diálogo. Son impenetrables. Cuando alguien construye un universo artificial en el que las reglas dominantes son vagas, no formuladas propiamente y ajustadas a caprichos, intuiciones, revelaciones y otras actitudes no menos irracionales queda definitivamente roto el hilo de una comunicación basada en la racionalidad. Hablan como los locos: cada uno en una suerte de lenguaje privado, en paralelo, repitiendo la misma cantinela sobre el Ser y la Nada.

A eso conduce entre otras cosas, la lectura de Heidegger. No quiere ello decir ni que esa lectura sea fácil ni unívoca ni que en realidad tenga mucho sentido un texto de Heidegger. Aquello de salir preguntando «¿por qué hay ser y no más bien nada?» tiene tanto sentido como exclamar: «¿por qué hay positrones y no más bien endecasílabos?». Son frases de correcta sintaxis (respetan la gramática), pero que no quieren decir nada: fallan en la semántica. No se refieren a nada. Por supuesto: si esta «nada» es escrita de inmediato con mayúscula y tratada reverentemente como un objeto mostrenco, comienzan algunos a argu-

mentar que justamente se refieren a eso: a la Nada. Vuelta a empezar. Pero, en fin, al menos en Heidegger, con buena voluntad y mucha paciencia, podría intentar comprenderse que se está levantando un proyecto de una nueva metafísica o ciencia del Ser (Realidad) a partir de un ente muy particular que es el hombre. Valga lo que eso valiere. Lo extravagante, lo risible, lo cacofónico en estos discipulillos heideggerianos de tres al cuarto es que ni siquiera hacen eso, sino que se lanzan tan tranquilos a querer presentarnos a la Nada como si fuera una tía suya que ha venido del interior. Si al menos les pasara lo que al único que dijo algo sensato sobre la nada: Marx (pero el bueno, Groucho), «He logrado pasar de la nada a la más extrema pobreza...»

Los esperanzados

Hay más de una esperanza: quienes siguen esperando al mesías, quienes el reino de los cielos, quienes el advenimiento de la sociedad sin clases. Esperas trascendentes todas que prueban por qué se tiene a la esperanza por virtud teologal. Pero hay otras, más a ras de tierra, más influyentes en el ánimo cotidiano: esperar ser correspondido en amores, esperar ganar la lotería o esperar sin más un sueldo, lo que llaman la sopa boba. Como éstas no tienen a Dios por objeto, no pueden ser consideradas teologales; serían, si acaso, virtudes ocasionales: una para cada día de la quincena. Forma de vivir tan válida como cualquier otra, con tal de no abusar de ella: hay que hacer algo más que limitarse a tener esperanza. Por ejemplo, trabajar.

Porque, si no, se corre el riesgo de pasar hambre: «quien vive de esperanzas, morirá de ayuno», sentenció Benjamín Franklin. Y como quiera que la esperanza ha inspirado pensamientos alimenticios, no estará de más recordar la advertencia de Bacon, para quien la esperanza podía ser todo lo más un buen desayuno, pero siempre resultará pésima cena. Por más que eso de andar comiendo es muy prosaico para quienes sólo se alimentan del espíritu, preferiblemente etílico.

Hacen bien los adictos a la esperanza en babear su fe: creer no cuesta nada y sirve para engañarse, objetivo de todos los necios, que prefieren cerrar los ojos y seguir recitando sus gastados catecismos. Recurso de religiones orientales: repetir miles de veces una palabra o un texto sagrado; al final, no es seguro que las cosas sean como ellos desean, pero lo cierto es que habrán logrado un grado tal de embrutecimiento que ni piensan en lo que recitan. A eso lo llaman beatitud. Lo que les permite mirar al mundo con ojos benévolos, declamar aquello de que todos son hermanos, seguir emborrachándose con sus plegarias y proclamar otra vez su amor en la esperanza.

No es cuestión de gustos. Es cosa de mollera: si se piensa libremente, sin anteojeras, se termina por darle la razón a Camus: «quien se desespere por algún suceso es un cobarde, pero quien albergue esperanzas en la humana condición es un idiota». A los esperanzados les molestan los descreídos porque los obligan a contradecirse: si fueran tan buenos, tan confiados, tan esperanzados como dicen ser, aceptarían que otros no lo son, mientras esperan el momento de la unificación humana en la santa y entontecedora esperanza común. Nada de eso: despotrican contra los incrédulos, con lo que se quitan la careta: no tendrán tanta seguridad en sus esperanzas, no serán tan esperanzadores como proclaman ser. Aceptan que algo anda mal en este mundo, así sea la presencia de los detestados incrédulos, quienes con su sola existencia desnudan la patraña de los santurrones esperanzados.

Tampoco es para tanto: que continúen adormeciéndose con sus blandenguerías, que sigan cabeceando entre efluvios de promesas, esperanza e ilusiones. Lo pasan bien mientras dure su remunerada vagancia. Pero eso sí, que no vengan con cuentos de camino: jamás la esperanza ha cambiado la temperatura del día siguiente.

TIEMPO DE DESCREIMIENTO

CUARENTA, cincuenta años atrás, aun treinta, había en qué creer; no las creencias trascendentes que, por su naturaleza, siempre están disponibles para refugio de crédulos y temerosos, sino las terrenales, esas que según los optimistas, prestan su sentido a la vida. Hasta los años cincuenta del siglo que ya muere, unos, los más, creían en el progreso, divinizada abstracción, en la marcha ascendente de la humanidad hacia una vida material mejor y más sana; de esos, una activa y ruidosa minoría creía ciegamente en los medios extraordinarios para acelerar todo el proceso y transformar la sociedad de arriba abajo: un esfuerzo más, no importaban los muertos, y nos esperaría un porvenir radiante de fraternidad, armonía y socialismo, en una civilización superior de la que habrían desaparecido para siempre todas las lacras: explotación, miseria, discriminación, prostitución y no pare usted de contar. Todos creían, creíamos, en la superioridad del Bien sobre el Mal, de la democracia sobre el fascismo, de la libertad sobre la tiranía, de los hombres de buena voluntad sobre quienes predicaban la superioridad de unos sobre otros. Era un tiempo sencillo: de un lado, la gente decente y honesta, la mayoría; del otro, ya derrotados, los malvados, el grupito alocado que quiso llevar al mundo a la catástrofe. Por algo se habló de holocausto. La razón triunfaba, la democracia se imponía, la ciencia resplandecía: pocas veces han tenido los hombres mayor fervor y creído a pie juntillas lo que les convenía creer. No todos, a decir verdad.

Hubo voces discordantes, espíritus escépticos, seres maliciosos, auténticos aguafiestas. Russell fue uno de ellos: nada menos que en 1924 advirtió contra los peligros que entrañaban las posibles aplicaciones de la biología, lo que ahora se da en llamar ingeniería genética. Por supuesto, también gritaron que venía el lobo hasta desgañitarse los renegados, los desengañados, los escapados del horror incipiente: Victor Serge, Arthur Koestler y el más grande de todos, George Orwell, que no tuvo necesidad de renegar de nada para ver lo que se venía encima. Sin necesidad de invocar nombres controvertidos, ahí está el de Eliot; ya en 1927, el poeta advirtió el peligro: «la mayoría de las personas viven sin atender a dudas o creencias. Exige aplicación y un toque de genio creer en algo y probablemente creer en algo resultará cada vez más difícil en los tiempos que vienen». Y tanto. Sólo que fue menester esperar las pruebas, porque nadie renuncia a una creencia a menos que el golpe que reciba sea mortal o poco menos. Primero, el *gulag* (y el *apartheid* y tantos ejemplos) que sirvió para probar la universalidad y persistencia de la maldad humana; luego, la pesadilla nuclear, que nos volvió frágiles y temerosos; más tarde, la explosión demográfica que acabó con el sueño de la abundancia: para tantos no hay; por si fuera poco, hemos descubierto no sólo que el agua, el aire y la tierra, los elementos de que vivimos, se pueden morir, sino que somos nosotros los que los matamos; por último (sólo por ahora, pues todo es susceptible de empeorar), ha vuelto la peste medieval, incontrolable y devastadora: ya son miles y pronto serán centenares de miles los que mueran del misterioso mal. ¿Cómo creer en algo?

No faltarán nostálgicos que echen de menos aquel hermoso tiempo de agradables creencias y adormecedoras ilusiones; como tampoco faltan nunca quienes practiquen el espiritismo para comunicarse con su tía Leonora o sigan siendo marxistas para esperar el santo advenimiento de la sociedad sin clases. Es asunto de elección: entre engañarse para ser feliz o ser realista al precio de renunciar a esa falsa felicidad. Todo depende de la capacidad de credulidad que posea cada quien. Hace más de un siglo que Bierce, el «gringo viejo», ponía en su lugar a toda manifestación de fe: «creer sin evidencia alguna lo que dice alguien que habla sin ningún conocimiento acerca de cosas inexistentes».

¿Qué tiene de malo despertar de un sueño por agradable que haya sido? Quien sólo sueña, de algún modo está muerto; quien despierta, al menos sabe que vive. En un mundo cruel y difícil, real y miserable, pero vive: sin intermediarios, sin creencias, sin ensoñaciones. Sólo vive, que no es poco para los tiempos que corren. Porque, como propusiera aquel ruso, el de *Padres e hijos*, hay que tener la temeridad de no creer en nada.

LO SUPIERON los griegos: fuera de la muerte, el peor castigo. Por algo Sócrates, puesto a elegir, prefirió la cicuta a la ostra.

Hace cincuenta años, otra vez, miles de españoles tuvieron que abandonar su patria. Medio siglo después, al recordarlo profusamente, la atención se centra en el exilio modélico, el que opaca a todos: la salida por la frontera francesa, los campos de concentración en las playas, el hambre, los senegaleses, la larga guerra y aun los campos alemanes de exterminio. Cara terrible del exilio, la más amarga, la que más se evoca. Sólo que hubo otros.

El exilio en tierras iberoamericanas fue, desde el primer momento, extraño. Tanto que ni siquiera algunos lo sintieron como tal. Gaos acuñó el término que se haría famoso: transterrados. Más de uno, como él, tuvo desde el principio la reacción definitiva: no regresar, aceptar el desarraigo, integrarse a la nueva patria. Tampoco nada nuevo en la abundante historia de los exilios españoles: el cura sevillano que termina por escribir en inglés e hibridiza su apellido: Blanco White.

Si el exilio clásico es siempre un cuerpo extraño, enquistado en otra cultura, a la espera del anhelado retorno («el año próximo en Madrid, en Jerusalén»), el otro, el transterrado, termina por negar la condición de exilio a fuerza de querer asimilarse. Rompe así con la incómoda situación minoritaria del que ni es ni pertenece y se pasa la vida en evocaciones y proyectos. Un verdadero exiliado es el perfecto héroe sartriano: en permanente estado de *sursis* aplazando decisiones, rechazando compromisos. Todo exilio se quiere provisional aunque sólo sea para alimentarse de esa misma provisionalidad. Sólo que fue más fácil mantener la condición de exilio permanente, de herida nunca cerrada, en países de lengua y cultura extrañas a la española. Mientras que justamente los de Iberoamérica eran la continuidad de las costumbres y del idioma y, por lo mismo, la tentación del abandono, el deseo de bajar la guardia, las ganas de admitir que ya se ha llegado, que igual da un sitio que otro, que total no importa dónde se nace sino donde se lucha y muere.

Muchos transterrados traicionaron pronto su condición de exiliados y bien que mal se rindieron, cedieron a la tentación asimilacionista. Ciertas minorías celosas de su identidad histórica y cultural conocen bien tales peligros.

Sin prejuzgar valoraciones, se impone la observación diferencial: un exiliado en Francia fue siempre un español, no tanto por ajena decisión (la conocida «mirada» del otro) cuanto por voluntad propia. Un exiliado en Iberoamérica, de México a Chile, al punto trocaba su condición por la de transterrado, categoría difusa y generosa, que más temprano que tarde daba paso a la de nacionalizado, integrado de pleno derecho en el nuevo y acogedor país.

Si por uno de esos caprichos de la historia todo el exilio español se hubiera dirigido a tierras americanas, a estas horas, medio siglo del suceso, otra sería la celebración y distinto el recuerdo. El exiliado, por muy dura que sea su condición, mantiene en principio su españolidad; el transterrado, quiéralo o no,

termina por perderla o se le diluye, difuminándose, mezclándose, hasta llegar a ese punto confuso en que deja de ser español para pasar a ser alguien «de origen español», expresión lo suficientemente vaga como para poder convenir en realidad a todos, desde los hermanos Pinzón a Alfonsín y Vargas Llosa. El exilio iberoamericano ha significado la pérdida, consciente o inconsciente, de una buena parte del ser español. Sin engañarse: ninguno de los asimilados, por muchos esfuerzos desplegados, ha logrado identificarse totalmente con su nueva identidad. Se puede dejar de ser español, no sólo jurídicamente, pero es imposible que, al menos en esa generación, la de los recién llegados, se pase a ser auténtico mexicano o venezolano o argentino. Así, en definitiva, reaparece, también entre los transterrados, otra vez el exilio, sutil e insidioso.

El exiliado es y no es: es residente de un país, pero no es plenamente de ese país. En el fondo aún se siente de otro país, del que procede, pero ya no es de allí, de donde lo echaron o tuvo que huir. Ha de vivir en abierto estado de ambigüedad. Lo peor que puede sucederle es creer que ha llegado en algún momento al término de su peregrinaje. No hay final para el exilio, que una vez que comienza, nunca acaba. Si alguna vez regresa a España, descubrirá que el exilio persiste hasta en su mismo país, donde se siente a la vez propio y extraño. Una parte de su ser, quizá el cerebro reptilíneo, reconoce y acepta el entorno: olores, luces, sensaciones, ambientes. Otra, la más evolucionada, la que todos esos años ha pensado, recapacitado y sufrido durante el largo exilio, se siente perdida. No se reconoce en muchas cosas y hasta descubre, para su desconcierto, divergencias de lenguaje. En apariencia, el mismo; en el fondo, distinto. O habla ya el de su otra entidad hispánica, adquirido con el tiempo, o quedó detenido en un español arcaico, inexistente, congelado, previo al exilio. Se descubre, con terror, una extraña pieza de museo que vive y respira, pero que en realidad debería estar guardada en una sala que ni siquiera existe. O sólo existe en algunas mentes, ciertas horas del día, cuando se acuerdan de lo que sucedió entonces, hace cincuenta años.

Así, el transterrado vuelve a ser en su propia tierra, aquel esquizoide que tanto sufrió por serlo fuera de ella. Ya no es de aquí, pero tampoco y propiamente de allí. Ser intermedio, desplazado, montado en el aire: *Luftmensch*. Como se sintieron por siglos los judíos.

El exilio de hace medio siglo es la diáspora contemporánea y el español de la emigración un judío más, forzado hermano de aquellos que también fueron echados de la misma tierra, madrastra huraña, sin que entonces siquiera hubieran perdido guerra alguna. Los años se tocan extrañamente por encima de los siglos: 1939=1492. El exilio, la diáspora, el transterramiento es siempre una larga e insoluble ausencia.

La realidad virtual

Para quienes les aquejan los avances de la técnica, la noticia es todo un regalo. Los inefables gringos, en sus laboratorios espaciales y en sus industrias informáticas, están desarrollando unos instrumentos que, debidamente colocados en cabeza y extremidades, permitirán no sólo *ver* en tres dimensiones cuantas imágenes, situaciones y estados anímicos se quieran reproducir, sino *sentirlos* con todos los sentidos: olor, tacto y demás. A semejante invento, que ya está siendo experimentado, dan en llamar «realidad virtual», lo que no deja de ser o una broma metafísica de mal gusto o un juego de palabras que linda con el oxímoron. Porque eso de una «realidad virtual» es algo así como una «humedad seca» o un «círculo cuadrado». Forma hipócrita y complaciente de decir que lo que no es, lo potencial, puede llegar a ser real, sin dejar de ser potencial.

Pobres filósofos: creían haber agotado el catálogo de objetos del universo que, después de las ontologías de Meinong, Husserl y Wittgenstein, parecía imposible de ampliar, para que vengan ahora los vulgares mecánicos de la ciencia, los técnicos informáticos, a agregar nada menos que ese monstruo bicéfalo de una «realidad virtual». Según la cual, cuando esté comercializada, y por tanto, extendida a todo el mundo, por aquello de que el capitalismo no se detiene ante nada, cualquiera podrá instalarse un casco, calzar unos guantes y «sentir» cómo son las calles de París en primavera o el cuerpo de Kim Basinger en la intimidad. Las consecuencias inmediatas son fáciles de prever: o se afirmarán o terminarán de tambalearse los matrimonios. Cerrarán los restaurantes, pues a qué gastar dinero en degustar la realidad real pudiendo sentir que se come todos los días *chez* Maxim's o en el Carlton o en el Four Seasons con sólo encasquetarse unos aparejos en la cabeza. Terminarán los viajes al espacio exterior, desde el momento en que, empantuflados en la propia casa, podremos recorrer, con todas las sensaciones aparentemente reales, el suelo de Marte o el de Venus, de cinco a siete.

Ciertos inventos de este siglo, tales como los aditivos a los alimentos, han costado la salud y el floreciente crecimiento de toda clase de cánceres. El automóvil, el avión y demás medios rápidos de desplazamiento han creado las condiciones para una gigantesca industria médico-quirúrgica, la de las enfermedades cardiovasculares. Téngase presente que hasta fines de los treinta, de este siglo, cada vez que se presentaba un infarto al miocardio en alguno de los grandes hospitales, convocaban a todos los residentes para que tuvieran la oportunidad de ver al menos una vez en su vida aquella extraña patología. Antecedentes todos que permiten extrapolar algunas de las consecuencias que para la débil estructura biológica humana tendrán los instrumentos creadores de esa nueva realidad, la virtual, al alcance de todos. Es posible que se atrofie la lengua, se cierren los poros, y nos quedemos a la larga cual ratones ciegos, aislados en la oscuridad de la única realidad existente, a la que se habrá dejado de mirar, adictos como seremos a la más luminosa y gratificante realidad virtual de la

fantástica maquinita insertada a voluntad en la cabeza. Que nadie, por favor, venga a negar los espectaculares avances del progreso científico.

Y pensar que algunos filósofos, más audaces que informados, crearon hace unos diez, quince años, la teoría de los mundos posibles, forma relativamente falsa y totalmente inocua de hablar elegantemente de toda suerte de juicios hipotéticos. Pues bien: sin que lo supieran ni intervinieran para nada, los científicos, por su parte, a la chita callando, están creando la máquina que hace reales a todos los mundos posibles.

Como quiera que el hombre no suele distinguirse por su prudencia ni por su buen sentido a la hora de limitar experiencias, quién duda de que, en su día, existirán también los perversos de la nueva realidad, suficientemente atrevidos como para entregarse ávidos a las estimulantes sensaciones de visitar, en tanto realidad virtual, el campo de exterminio de Auschwitz en el momento supremo de arrojar el Zyklon B por los ductos de la ducha o la fosa de cadáveres, aun palpitantes, de Babi Yar o la captación del crepitar de la grasa humana en los históricos quemaderos de Toledo o de Salem.

Para que luego venga Borges a decir que la filosofía es una rama de la literatura fantástica.

TODO VALE

INTENTAR DEFINIR qué es el posmodernismo sería atentar contra su razón de ser, pues si puede definirse, esto es, reducirse a un esquema claro, lógico y ordenado, deja de ser posmodernismo. Así, qué bien: posmodernismo como aluvión, confusión, ambigüedad, ramblazo, enredo, mezcla, con el débil pretexto del eclecticismo. Sin proclamarlo, se rechazan los cánones para aceptar todo sin restricción alguna. Muestra reciente de la permisividad posmodernista la ofrece el teatro. No es sólo que se presentan como tal cuatro payasadas salpicadas de agua y cosas peores, que eso sería lo de menos: es que pretenden calibrar todo por el mismo rasero. Lo mismo es teatro Calderón de la Barca, clásico o puesto al día, que saltimbanquis desnudos arrojando sus vómitos sobre los asistentes. Todo se vale. Tal es el santo lema posmodernista. Legitimación del desorden.

Por extraño que suene, el comienzo de semejante patente de corso corresponde al campo filosófico. Preocupados ciertos filósofos de la ciencia por querer señalar límites entre pensamiento científico y no-científico, pronto dieron en idear métodos para calibrar teorías y sistemas poniéndolos en el banco de las comparaciones. No tardaron algunos en pedir vía libre para todo: igual es la astrología o la demonología que la física de Newton o el evolucionismo darwinista. Al principio, sonaba a muy democrático: tanto derecho tienen a estar en la casa del pensamiento las concepciones absurdas como las probadas y ciertas. Sólo que ¿quién ha dicho que la superstición de la democracia tenga vigencia en el orden científico? Y del campo metodológico la locura relativista del «todo se vale» saltó al de la creación artística. Por eso, los anti-eurocentristas (tipo Darcy Ribeiro) proclaman la igualdad cultural para todos. Lo mismo es comer gusanos en la selva que *rognons sauce madère* en Allard; escuchar los gritos guturales de los montañeses afganos tiene igual valor artístico que oír una sinfonía de Mozart. En el fondo, es caer en la más vieja de las confusiones, de la que ya los griegos se habían liberado: no distinguir naturaleza de cultura; no admitir que se trata de dominios perfectamente separados cuando no antagónicos. «El canto de un pájaro no es arte», aseguraba Stravinsky, y Malraux dio forma al juicio: «el músico ama la música y no los ruiseñores y el poeta, los versos y no las puestas de sol». Pero si todo tiene idéntico valor, da igual ver un paisaje que un cuadro de Picasso; o lo que es peor: cualquier pintarrajo vale lo que un van Gogh y de tres adefesios burlándose del público se dice que hacen teatro. Todo vale.

UN MUNDO FELIZ

EN EL SUPERMERCADO no hay que hablar para comprar: lo que se necesita y lo que no se necesita, que uno de los trucos del invento es inducir cualquier venta. En los restaurantes *self-service*, menos aún: ni siquiera para pagar. Se eligen colores y se finge que se come. De todos modos, tampoco las cajeras tienen que calcular lo que han de devolver: las modernas registradoras computarizadas les dicen todo. En la escuela, ya ni siquiera hace falta el maestro: basta con que cada alumno se siente ante un terminal, manipule unas teclas y mire la verduzca pantalla. La televisión exime del esfuerzo de leer: media hora o menos de noticias condensadas debidamente salpicadas de publicidad son más que suficiente para estar al corriente de lo que pasa en el mundo. Una pequeña computadora instalada en el tablero del automóvil dispensa de calcular cuánta gasolina queda y qué kilómetros se han recorrido. En lugar de escribir, se procesan palabras. Ya se hacen traducciones automáticas, de modo que los diccionarios pasarán a ser piezas de museo como los antifonarios o las tablas de logaritmos neperianos. Para saber cuánto es veinte menos diez, se dispone de calculadoras de bolsillo activadas por luz. Calcular no es operación mental, sino esfuerzo digital. En la Edad Media a quien sabía multiplicar lo quemaban por brujo: dentro de poco, saber multiplicar será tan raro como conocer la lengua hitita. El mundo se instala en una civilización no reflexiva, sino manipulativa: no se piensa, se pulsan teclas.

Según prueba la reciente pedagogía norteamericana, hasta la misma escuela es un cómodo *self-service*. Empaquetan la gramática, la historia o las matemáticas en *cassettes* de música *rock* que eligen los alumnos para escucharlos en el *walkman*. Hubo un tiempo en que los niños jugaban con teatros en miniatura, construidos por ellos mismos, en los que se representaban obras escritas por los propios niños. Después, vino el tren eléctrico; ahora, pulsan terminales. Triunfo del practicismo cultural. Por algo hablan los anglosajones del *know-how*, jamás del *know-why* o del *know-what-for*. Saber es hacer y hacer es usar las manos, no la cabeza. Los resultados están a la vista.

En una reciente investigación americana sobre el estado de la enseñanza las preguntas que les hacían a los escolares no eran del tipo «¿Quién descubrió América?», sino de este otro: «¿Cuándo se descubrió América?», dando a continuación cuatro posibles respuestas: desde 1450 a 1850, por grupos de cien años. La mayoría propuso el período entre 1650 y 1750. Lo de menos es la respuesta, sino el procedimiento. Responder no es el resultado de reflexionar, sino un acto de elección mecánica entre posibilidades cerradas. No interesa que aprendan, sino que consuman. Ciertas cosas se consumen mejor que otras: la música *rock*, monótona, hipnógena y embrutecedora, es más consumible que Mozart o Charlie Parker. Nadie duda de que se tarda menos en consumir un programa de televisión que en leer un libro. Para ir a comprar una aspirina, se acude al automóvil: de paso, se consume gasolina y sus componentes. Si la promiscuidad sexual es una consecuencia directa del consumismo aplicado a las relaciones amorosas,

a qué extrañarse de que haya sido ahora cuando surge el Sida. Para hacer el amor no es menester hablar: símbolo perfecto de una civilización empeñada en matar las palabras, en prescindir de la comunicación verbal. Lo que se exalta es el *feeling*; la sensación es preferida a la abstracción, los ruidos al significado. En la música *rock* o no hay palabras o éstas no tienen sentido o sólo tienen uno, muy pobre y repetido. El discurso es reemplazado por vibraciones y contorsiones.

Al final, Huxley va a triunfar sobre Orwell, Zamyatin y aquella *Naranja mecánica*: el mundo se dirige al cretinismo generalizado, inspirado en el evangelio del consumismo.

Ética y medicina

Al fin, buenas noticias para los pobres filósofos: al menos en los países del Primer Mundo menguará un poco el desempleo, pues ahora la moda en grandes y menos grandes hospitales es contratar los servicios de especialistas en ética. Son tales los líos que se les presentan a los galenos a la hora de tomar decisiones que han optado por la mejor de las soluciones: que las tomen otros. De ahí que requieran de especialistas en ética. De momento, eso va a significar un aumento en los estudios de moral en cuanto *pensum* filosófico se elabore. Ahí es nada: penetrar en el *sancta sanctorum* de los brujos contemporáneos para ser remunerados, si no a su nivel, al menos con una parte nada despreciable del gran pastel. Porque hasta el momento, allá y aquí, ¿quién ha visto quebrar clínica u hospital? En los Estados Unidos, meca de la medicina actual, hay otra razón además para acudir a los consejos éticos, ya que una decisión equivocada puede dar lugar a un juicio por *malpractice* y sabido es cómo se las gastan allí los demandantes. Aunque no sólo por tal motivo. Aún más en Europa que en USA los debates sobre las consecuencias de la práctica médica son tales que, además de especialistas en ética, van a necesitar juristas de fuste y hasta sapientísimos teólogos para poder enfrentarlos.

Son dos los problemas que suscita la ciencia médica hoy día: el de la experimentación y el de la terminación de la vida. Trátase de preguntar, en cada caso, si tienen derecho los médicos a andar ensayando cuando y cuanto les venga en gana con los pacientes y si éstos a su vez no tienen derecho a morir dignamente. Límites a la experimentación y libertad de morir sin tubos. No hace mucho en Francia ha estallado otro escándalo con motivo de cierto experimento que un anestesiólogo llevó a cabo con un paciente cualquiera. El médico, de musical nombre, Milhaud, quiso probar si un anestesiado puede respirar óxido nítrico durante más de dos minutos sin que le pase nada, esto es, sin que se muera ni pierda su color rosadito. Porque, de ser así, no habría manera de inculpar (no habría síntomas externos) a aquellos anestesiólogos que se equivocaran de bombona a la hora de administrar los gases de la dormición. Buena intención, sobre todo para el gremio médico, pero experimentación hecha sin el consentimiento del paciente ni de familiar alguno. Problemas de toda índole, entre los cuales, los éticos no son los menores: ¿quién decide por quién?, ¿hasta dónde los límites de la persona? En los *States* no se quedan atrás a la hora de decidir sobre la vida de alguien. En el muy serio *Journal of the American Medical Association* cuenta un médico anónimo cómo le inyectó veinte miligramos de morfina a una paciente cancerosa de veinte años y la mandó al otro barrio en cuatro minutos, para alivio, según él, de la enferma y de su familia. Se ha formado la consiguiente zapatiesta en el gremio médico. Lo que lleva al punto nada baladí de la dignidad en el morir.

Hacia los veinte escribió el gran Maiakovsky un poema al no menos grande Yessenin, en el que puede leerse que «en esta vida / no es difícil morir...» Sirve para medir cómo ha cambiado la «vida» en pocos años. Ahora justamente eso

es lo difícil: morir, pues la medicina está empeñada en prolongar vida y sufrimientos. La culpa, como siempre, la tiene el bendito progreso: cuando el promedio de vida no sobrepasaba los cincuenta, la gente se moría rápido y sin complicaciones (o lento, pero en su casa). Al llegar aquel promedio a niveles casi obscenos, como quiera que el cuerpo humano no parece haber sido programado para mucho más de los cincuenta, comienzan las dificultades. Y si a eso se le suma la capacidad tecnológica, se comprenderá el por qué de la actual pesadilla de los llamados púdicamente enfermos «terminales». Resultado: están proliferando en los países avanzados las sociedades que ayudan a bien morir, así como está aumentando el número de médicos que pasan de la eutanasia pasiva (desenchufar, desatender las lechugas) a la activa (pastillas o inyecciones). En cualquier caso, los problemas son mayúsculos, pues siempre habrá quien salga con la hermosa canción de defender la vida a toda costa y quienes antepongan la dignidad de la persona en sus últimas, inexorables horas. Trabajo para filósofos chorreados de ética. Así que: ¡filósofos de todas las tendencias, uníos a la cabecera de los moribundos! ¡Con Sócrates al frente, hacia la reconquista de la humanidad (doliente)!

HACÍASE San Pablo la ilusión de que el cuerpo es el templo del espíritu. En tal caso, como todo edificio, más o menos viejo, ya han comenzado a derribarlo y a vender sus escombros al mejor postor. En este momento, la gran disputa médico-legal en los hospitales americanos es determinar quién posee los derechos sobre las partes del cuerpo de los pacientes que la carnicería tecnológica arranca con confesables fines terapéuticos. Parece que, mercado al fin, esos restos, esas piltrafas, que los cirujanos amputan de los cuerpos enfermos se cotizan muy bien para fines farmacológicos y de investigación. No es moco de pavo: las diversas compañías que han comenzado a comercializarlos producen, a partir de desechos humanos, por valor de 600 millones de dólares anuales. Y pensar que los pobres nazis sólo fabricaban lámparas.

Al fin y al cabo, célula es célula a la hora de producir hormonas o lo que fuere y un tejido, aún enfermo, vale lo suyo para quienes saben, si puede decirse así, sacarle el jugo. Ya existe el caso de un leucémico, cuyo bazo se disputan unos y otros y por cuya legítima posesión se ha querellado su primer dueño, es decir, el desgraciado enfermo al que se lo extrajeron. No es broma: el problema tenía que presentarse en el país que rinde culto especial a la propiedad privada. *Whose body is it, anyway?* pueden gritar los infelices mutilados por la ciencia médica, parodiando aquella célebre obra teatral inglesa de fines de los setenta. Si se ha disputado por la posesión de la vida, con mayor razón se tendrá que discutir por el asiento material de la vida, así sea que lo traten de arrancar a pedazos.

¿Dónde queda el venerable viejo de luenga barba, el imponente Walt Whitman, el gran poeta americano de todos los tiempos? *If any thing is sacred the human body is sacred*, cantó en días de optimismo, idos para siempre. Ya nada es sagrado: ni la palabra del Presidente ni aun el cuerpo humano. Ni siquiera el valor del dólar, que ya es decir.

Con su habitual agudeza, Bertrand Russell le planteó uno de los más insolubles problemas a la teología judeo-cristiana. Si es cierto, argumentó, eso de la resurrección de la carne y de que el terrible ángel del Juicio Final nos sacará de las frías tumbas con el mismo cuerpo (qué lástima) que tuvimos en vida mortal, ¿qué pasará con los cuerpos de aquel misionero y aquel antropófago? Un misionero predica la buena nueva y el salvaje que la recibe, quizá entusiasmado por las noticias, decide celebrarlo a su manera comiéndose íntegro al confiado misionero. Entonces, el cuerpo del misionero ha pasado a formar parte del cuerpo del hambriento caníbal. Hasta ahí, no hay problema alguno en entenderlo; al contrario, se simplifica el mundo, pues es evidente que el misionero no necesitó ser sepultado. El problema surge, plantea Russell, el día del Juicio Final: ¿qué cuerpo va a levantarse del sepulcro? Todavía se espera que los doctos teólogos se sirvan responder. Quizá, mientras lo estudian, podrían agregar el problemita de ahora: si a un enfermo lo tasajean y venden a pedazos, ¿de quién es la propiedad corporal? ¿Cómo se va a reconstruir el cuerpo a la hora de la anhelada

resurrección? ¿Habrá desgraciados gritando en el valle de Josafat por su pierna o por su apéndice o su bazo o su nariz? Como puede verse, la cosa va más allá de la simple querella monetaria.

Es el momento de recordar el premonitorio verso de Eluard: *qui n'a pas vu les ruines du ghetto/ Ne connaît pas le destin de son corps.*

La guerra limpia

Debe existir en alguna parte, puesto que tanto se habla de la otra, de la guerra sucia. La verdad es que hay guerras para todos los gustos: justas, injustas, cuya caracterización no puede ser más fácil: justa es la que yo hago, injusta la que me hacen; de agresión, de liberación, no muy diferentes según el punto de vista de quien así las califique; civiles y de las otras, es decir, normales, es decir, inciviles; si se toma en cuenta la temperatura, ya se sabe: frías y calientes; y si se piensa en la duración, el abanico es bien amplio: desde la *Blitzkrieg* hasta la de treinta años. Por haber, hubo una guerra de los niños: cuando un Papa tuvo la herodisíaca idea de mandar a la Santa Cruzada batallones infantiles. No importa cuántas guerras haya: todas tienen un punto en común. En cada nueva guerra, los hombres se matan más y de distinta manera. Para que luego duden del progreso.

La guerra es algo tan elevado que hasta se habla, con toda propiedad, del arte de la guerra. Por supuesto, también de la ciencia de la guerra, por lo que existen los polemólogos o especialistas en el análisis bélico. La verdad es que si de algo puede alardear esta especie bípeda e implume que asola la superficie del globo terráqueo es de su incontenible capacidad para hacer la guerra. Con razón el viejo Heráclito la hizo generadora de todas las cosas, sin faltar en nuestros días quien asegure que la guerra terminará cuando los niños vengan al mundo con mayores cerebros y menos adrenalina.

Pero el hecho curioso es que ahora ha surgido esta nueva clasificación en punto a pulcritud: guerra sucia y su supuesta contrapartida, guerra aseada, impoluta. ¿Es algo tan nuevo? ¿Acaso no son, en realidad, sucísimas todas las guerras? «Jamás hubo guerra buena», sentenció Benjamín Franklin, y se apresuró a completarlo: «ni paz mala». Esto de la guerra *sucia* proviene de Argentina y, ya se sabe, en cuestión del idioma, hay que tener mucho cuidado con los argentinos: también de eso, saben más que nadie. Son tan cuidadosos con la lengua que en lugar de «*chez* Rodríguez», que se vería muy afrancesado, dicen «*lo de* Rodríguez», que suena tan sugerente. Pues bien: han aportado al léxico reciente lo de «guerra sucia», para así calificar a la que hicieran los militares a la población civil durante los años de la represión, apenas terminados. Como quiera que estuvo hecha por militares argentinos, esto es, *milicos*, habría que preguntar a los ingleses si consideran a la guerra de las Malvinas-Falklands como sucia y, de no ser así, tratar de averiguar por qué los mismos héroes una vez producen suciedad en la guerra y otra, no. Si la respuesta es que sucias son las guerras que se le hacen a la población civil, habrá que ir pensando en desilusionar a alguien, pues la exclusiva de asesinar, torturar y hacer desaparecer a la gente no es argentina. Que se lo pregunten a los belgas de 1914 o a los rusos de 1942 o a los chinos que le solucionaron a Chiang-kai-shek el problema de combustible para sus locomotoras, en 1927. Para no remontarse a los moabitas, a los albigenses o a los moriscos de las Alpujarras. Antes de declararse vencedor, Franco ya había hecho desaparecer cien mil civiles. Cuidado: si acaso alguien

responde que se trataba de guerras, de verdaderas guerras, le estará dando sin querer argumentos a los simpáticos *milicos* que se aferran a que ellos hicieron una auténtica guerra.

El error no está en condenar a la guerra por *sucia*; a la guerra hay que condenarla por ella misma. Y quien tiene y alimenta soldaditos, sabe a lo que se expone: es como vivir sobre un volcán, que algún día revienta. Por lo demás, en la llamada guerra sucia argentina, hay un elemento turbador: ¿sólo los militares? ¿es que acaso no contaron con ninguna complicidad civil? ¿no hubo delaciones, denuncias, participación represiva por parte de algún sector de la población? Si sólo reprimieron los militares, además de ser el primer caso, habría que felicitar a los argentinos: la suya habría sido una guerra sucia, pero limpia; porque las hay sucias-sucias. Y si no, que se lo pregunten a los judíos, que no sólo fueron perseguidos por la Gestapo. Lo grave es cuando el enemigo es el vecino o el colega o el ex-esposo o el conserje del edificio.

Ah Dieu! Que la guerre est jolie!, cantaba con sorna Apollinaire, herido en la Primera Mundial que, por lo visto, fue limpísima.

LO HIZO notar Oscar Wilde, el menos frívolo de los pensadores de fin de siglo: morir por una causa no garantiza que ésta se convierta en verdadera. De suyo es bastante condenable eso de morir por algo. En principio, hay que sospechar de todos los mártires: o son suicidas disfrazados o enfermos de notoriedad (complejo de Erostrato) o simples borregos manejados (síndrome del buen militante). De que son útiles, quién lo duda: qué hubiera sido del cristianismo sin tanto mártir, real o inventado, en las ensangrentadas arenas del Coliseo. Que siga habiendo mártires sólo prueba la disponibilidad humana para las insensateces. Que ahora lo hagan por razones políticas y antes por creencias religiosas, no cambia mucho ni sirve de consuelo y menos aún de justificación. Quien exalte a los mártires debería glorificar los humanos sacrificios griegos o aztecas y venerar el grito morboso de aquel general mutilado al que se enfrentó Unamuno. En definitiva, la sola diferencia entre creer en un dios o en una causa es de grados de simbolismo: cada vez las creencias del hombre son más abstractas y vacías. Creer en un dios con barbas, cuernos y unas tablillas o en tres dioses fundidos en uno o en una serpiente emplumada siempre es algo más concreto y comprensible que creer en la dialéctica, en el Estado, en la unidad de destino en lo universal o en la libertad de Occidente.

Sin embargo, sería tan falso cuan injusto pensar que los mártires van al sacrificio con la mente puesta en sus sagradas creencias. Lo pueden hacer porque, en lugar de ideas, tienen la cabeza y el corazón llenos de odio. El odio moviliza mucho más que la codicia. Por odio, el ser humano es capaz de destruirse, lo que no deja de ser la gran paradoja y, de paso, la consagración del poder del odio: es tan grande que no vacila en incluirse. Como la caridad, el odio bien entendido empieza (y termina) por sí mismo. Debe ser, como pensaba Russell, que muchos son incapaces de vivir sin odiar algo: personas, naciones, creencias. Por eso, todo buen dirigente político es un ingeniero de odios: represa, canaliza y dirige la tremenda fuerza encerrada en corazones que odian.

Como los candidatos a mártires no parecen poseer otra virtud que no sea la de aniquilarse, bien orientados y mejor utilizados son los más rendidores y baratos artefactos de destrucción que puedan concebirse. Su manejo por terceros (siempre a salvo) parece regirse por un viejo principio económico: evitar el desperdicio. Ya que alguien está decidido a matarse, que no lo haga solo. Cuando menos, que aproveche el impulso y se lleve a unos cuantos por delante. Son los *mártires-utility*, a los que se les saca triple partido. En el momento del sacrificio, sirven de bomba humana portátil; con su ejemplo, se fabrican otras bombas no menos humanas, por aquello de que no hay nada tan contagioso como la imbecilidad; a la larga, su sangre será testimonio perenne para la santa causa: verdadera función del mártir. Negocio redondo.

La razón de que los mártires sean tan jóvenes es la misma que sustenta el concepto primitivo del matrimonio: o se hace en la irreflexión de la adolescencia o no se hace. Si se permite que maduren, se corre el terrible peligro de que

piensen por su cuenta, con resultados políticamente catastróficos: ni se casan ni se dejan utilizar como carne de martirologio. Sería cosa de revisar puntos de vista y empezar a respetar actos tan absurdos cuando, en lugar de los jóvenes *kamikazes*, se hubiera inmolado el propio Emperador contra algún portaviones USA. O si, en vez de los imberbes persas y las loquitas árabes, se lanzan en un carro cargado de explosivos, Jomeini o Gemayel o Assad o los santones, jeques, muláhs y otros derviches que azuzan a esos pobres cretinos al sacrificio. Ni hablar: se reservan para, como observara Camus, llegar luego y con los restos de cuerpos despedazados levantar sus iglesias y mitos. Así marcha el mundo.

La pena de muerte

Debe ser otra manera de medir el atraso: plantear el viejísimo debate de la pena de muerte. Cuenta cuándo lo hacen: ¿por qué esperar siempre a cualquier vulgar asesinato? Es lo de acordarse de cierta santa cuando truena; lo que no deja de revelar parte del viejo problema: la pena de muerte en tanto venganza de la sociedad, concebida y ejecutada para calmar pasiones y desaguar humores.

Lo curioso es que con eso de la pena de muerte sucede lo que con el matrimonio: los que están dentro quieren salir y entrar los que quedaron fuera. Es tan poco original la humanidad que se balancea en tan incómodo vaivén: cuando un país disfruta de los beneficios de la pena de muerte, no faltan voces que aticen al debate y a la larga logren abolirla, al menos por un tiempo. Luego, comenzarán otras protestas a levantar el tono de la discusión hasta que de nuevo se restaure o imponga. Lo que bastaría de suyo para probar, si menester fuera hacerlo, que la pena de muerte no es solución a nada. Si acaso, ayuda a apaciguar ciertas malas conciencias, si es que no cumple otra función más primitiva: saciar la sed de sangre del animal en sociedad. Como es sabido, hasta no hace tanto las ejecuciones tenían que ser públicas: además de servir de supuesto ejemplo, refocilaban al populacho, ávido de venganza y crueldades. Ahora, de implantarse, se transmitirían en vivo y en directo. Y pasaría como con todo: al principio, gran *rating*, para, al poco, decaer su interés. Un juego no tonto es imaginar quiénes serían los anunciantes interesados en patrocinar el programa, además de la religión, claro, que no desaprovecha los últimos momentos para vender el producto. El caso límite lo proporcionó aquel capellán-jefe de las prisiones franquistas, que sostenía, de lo más seriamente, que nadie es más dichoso que el condenado a muerte, pues siendo el único que sabe con exactitud cuándo ha de morir, tiene la oportunidad, que no a todos se presenta, de preparar su alma como Dios y la Santa Iglesia mandan. No deja de ser una lógica aplastante; llevada al extremo, propiciaría la difusión de las condenas a la pena capital sólo por llenar el cielo de pecadores arrepentidos. Tiene el pequeño defecto de no poder aplicarse a los impíos, los que niegan ese soplo llamado «alma».

El mejor argumento a favor de la pena de muerte lo adelantó el pasado siglo un humorista francés, Alphonse Karr; más que un argumento es un alegato contra los abolicionistas: «si se pide abolir la pena de muerte, que *MM. les assassins* comiencen». Forma más gruesa que ingeniosa de reactualizar la viejísima ley del talión. De la otra parte, el argumento que siempre podrán blandir los enemigos de la pena de muerte es el de su absoluta y harto comprobada inutilidad. El hombre no deja de matar porque sepa que lo pueden matar. Antes bien: recuérdense aquellas películas algo retóricas de André Cayatte contra la pena de muerte *(Se hizo justicia, Todos somos asesinos)*, en las que presentaba el caso de criminales que se habían tatuado una línea de puntos en la garganta con la inscripción: «córtese por el punteado», con el fin de facilitar la ingrata, pero bien remunerada tarea del verdugo.

Si los indignados reclamadores de la pena de muerte se parecen a la enloquecida Reina de Corazones («¡Que les corten la cabeza!»), los mansos defensores de la vida humana, siempre se acuerdan de aquellos versitos de Donne, que comienzan asegurando que la muerte de cualquier hombre nos disminuye para terminar con las trajinadas campanas y por quién doblan. Debate tan inútil como falaz: todos en el fondo exaltan la vida: los abolicionistas para evitar más derrame de sangre, los amigos de la pena de muerte para vengar la ya vertida. Tienen los signos cambiados: o una vida de más o una de menos.

SIN EL FRAGOR de una guerra ni la estridencia de algún apocalipsis, Europa se extingue. Está a la vista su inevitable desaparición. No por colérico rayo de los dioses ni por wagneriano final de sus propias querellas, sino por la triste y vulgar verdad estadística de una disminuyente población. Cada vez menos europeos, cada vez más no-europeos. El final dramático del Imperio Romano, agrietado por bárbaros, se repite en la grotesca caricatura de la galopante evidencia demográfica.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la población europea representaba un 20% de la mundial; poco después de finalizada aquella, hacia 1950, el porcentaje había bajado al 15%; ahora, apenas llega al 10%. Se calcula que, al entrar al siglo *XXI*, sólo un 5% de los habitantes del planeta serán europeos. No es menester ser genio alguno de la extrapolación para determinar casi con precisión de día y hora el momento de la desaparición europea. Semejante fenómeno no sólo se debe a que haya más de los otros, sino a que desde hace ya muchos años, Europa posee un crecimiento prácticamente nulo. Apenas un 1% y en muchos de sus países, ni siquiera eso. Pero para continuar existiendo en tanto comunidad es necesario alcanzar un crecimiento de al menos 2,1: lo que los expertos en población denominan el «nivel de reemplazo». Dicho de otra forma: hace tiempo que Europa dejó de crecer y se limita a disminuir, a tener cada vez menos habitantes propiamente europeos. Es el precio del progreso y la sabiduría socio-cultural: cada vez menos hijos, cada vez menos mortalidad, cada vez vida más larga, es decir, más viejos. Por si fuera poco, cada vez menos matrimonios y cada vez más divorcios: en los países del Norte de Europa y en Inglaterra, la tasa de divorcios ha llegado a ser la mitad de la de nupcialidad. Por cada dos matrimonios, un divorcio.

Ahora, no será metáfora alguna llamar a Europa el Viejo Continente. Cerca del 18% de la población europea tiene más de 65 años y, mientras en el resto del mundo, los menores de 15 años representan algo más del 40% del total, en Europa los jóvenes apenas pasan del 20% de la población. Simplemente, Europa envejece y, de seguir así, terminará por extinguirse. ¿Cómo será un mundo sin Europa? ¿Mejor, peor, igual?

El anti-europeismo ha tenido sus momentos en la historia: desde los Estados Unidos de Norteamérica y desde el Tercer Mundo (Fanon y sus «condenados de la tierra»), no ha dejado de ladrarse contra Europa y desearle lo peor, causa de todos los males: egoísmo, intransigencia, rapiña, colonialismo, intolerancia, espíritu de castas, decadentismo. Tales espíritus, de seguir existiendo, pueden ir preparando la fiesta: muerto el perro, se acabó la rabia. Sólo que ojo: lo que viene ni es tan distinto, por un lado, ni tan deseable, por otro. De creer a las cifras, lo que viene es un mundo asiático. Aquel «peligro amarillo» que tanto obsesionara en otra época parece ser una aplastante realidad económico-social. En el *XXI*, los centros de poder y de concentración de riquezas estarán en las riberas asiáticas del Pacífico. Será el nuevo Imperio que, además, a través del

siempre subyugado Tercer Mundo (pakistanos, indochinos, árabes, turcos) habrá ocupado el espacio europeo, ya sin europeos. El resto se dividirá en lo mismo de ahora: un continente africano maldito y atrasado, y un continente americano, reencarnación de la extinta Europa. Guste poco o menos, desde Canadá a Tierra del Fuego, América toda es la proyección histórica y cultural de Europa, que continuará viviendo a través de sus criaturas. Justo como hiciera el Imperio Romano por siglos a través de las suyas. Según como quiera verse, Europa terminará de apagarse en América o reverdecerá en el Nuevo Mundo.

Sólo queda un problema y no pequeño por resolver: si tenía razón Mary Macarthy al decir que el sueño de toda heredera norteamericana era comprarse un europeo, ¿cómo irán a hacer cuando ni hombres queden en Europa?

El fútbol, los toros y la muerte

El espectáculo del fútbol es bien diferente al juego: como el ajedrez, como la cocina, como el béisbol, como la etiqueta social, el fútbol responde a reglas. O constitutivas (cuántos jugadores, dónde, cuánto tiempo) u operativas (qué es permitido y cuándo) o circunstanciales (sanciones, prórrogas, resoluciones por *penalties*), pero todas con una característica: sometidas en definitiva instancia a la absoluta subjetividad del único no jugador, el árbitro. Paradoja del juego: decide quien no juega, decide el *voyeur* oficial, el espectador privilegiado.

Luego están los otros, los espectadores lejanos y alejados, cada vez más aislados, más enjaulados, sometidos incluso a obligadas cuarentenas. Son la cara lúdica externa, el espectáculo agregado, la participación indirecta, jugadores vicariales, seudodeportistas sublimados. Con el tiempo, cada vez pesa más el espectáculo sobre el juego, el público y sus exigencias sobre el deporte y sus rigores.

Lo que comenzó como una actividad privada, de colegios y clubes, hace mucho que se convirtió en empresa pública. Las multitudes, además de generar ganancias, aportan la nota operática, escandalosa, teatral, a lo que de suyo es un juego relativamente simple y un deporte particularmente exigente. Al contrario del béisbol, juego complejo en grado sumo, pero deporte escasamente atlético: lo pueden practicar obesos y con anteojos. En el fútbol, por el contrario, las exigencias del público, cada vez más masivo, fuerzan a los jugadores al máximo rigor deportivo. Antes, hace medio siglo o aun menos, no era excepcional que lo jugasen hombres de más de treinta años; ahora, impensable: los queman rápidamente. «Mueren» deportivamente al llegar a la treintena, salvo los porteros, no tan exigidos físicamente. El cambio tiene que ver con el fútbol-espectáculo, introducido por la presión de las masas. La estética comienza a privar sobre lo práctico. Cierto que lo que cuenta es el resultado, pero la gente, el que asiste al juego o el que lo ve por televisión, quiere algo más: quiere el agregado artístico de cómo se obtuvo ese resultado. Se aplaude el gol, pero también se celebran las jugadas arriesgadas, vistosas, por acrobacia o inteligencia. A la presión masiva de la asistencia directa (en los grandes estadios, promedio de cien mil espectadores) y al influjo de las pasiones enconadas (matanzas en los estadios, de Lima a Bruselas) se añade la invisible asistencia de quienes lo ven por televisión (centenares de millones). Entonces se ejerce otro tipo de influencia, ya que el jugador, además de saber que lo están viendo prácticamente en todo el mundo, se encuentra pendiente de las grabaciones de su actuación, en las que quedará para siempre constancia de sus aciertos y errores. El fútbol televisado pasa del teatro (lo que sucede una sola vez en la cancha) al cine (lo que se puede ver una y otra vez). Hace tiempo que los jugadores dejaron de ser deportistas únicamente para convertirse en «estrellas», actores favoritos de sus públicos. No es de extrañar que, con la asistencia femenina, algunos hayan recibido sobrenombres halagadores («*Il bel Antonio*») que nada tienen que ver con su habilidad futbolística o que, incluso, por culpa de una foto indiscreta (Butragueño, en *El País*), sus admiradoras (y quizá secretos admiradores) exal-

ten otros atributos no específicamente deportivos. El espectáculo pide que *se vea* el fútbol (y los futbolistas) no únicamente que *se aprecien* las jugadas o *se celebren* los resultados.

Lenta, pero indetenible conversión del fútbol en algo así como una suerte de toreo *aggiornato*. El público taurino quiere a sus ídolos no por lo que hacen (todos, en definitiva, hacen lo mismo), sino por cómo lo hacen. Celebran su porte, su gallardía, su virilidad (no han faltado toreros que han suplementado discretamente a la madre naturaleza para lograr un mejor efecto) y aplauden o jalean las «jugadas» artísticas que sepa hacer ante el ciego enemigo. No es casualidad que desde hace algún tiempo el público de fútbol se comporte como el de los toros. Quizá España no ocupe un lugar destacado en los anales del fútbol mundial, pero ya ha aportado un cierto lenguaje al espectáculo. De allí proviene el «olé» con que las multitudes corean determinadas jugadas de su equipo. Clara raigambre taurina: típico fenómeno de contaminación o transculturación de un espectáculo con otro.

Pero gritar «olé» es querer convertir el deporte en arte, querer hacer del fútbol un toreo sin toro. Atiéndase a que sólo se dice en determinados momentos, no precisamente cuando se busca y logra el objetivo máximo del juego, el gol, sino cuando se exalta el espectáculo, cuando se disfruta del juego por el juego mismo. De esa manera, gracias el multitudinario fútbol, el *olé* arábigo-andaluz (*wa-l-lah*, «por Dios»; pariente del *wa-sa-a-l-lah, ojalá*, «si Dios quiere»), ha penetrado hasta los confines boreales. Asusta ver a multitudes bárbaras, nórdicas, sajonas, germanas, corear el *olé* en el fútbol, absolutamente ignorantes de que en esa simple y sonora expresión se concentran siglos de un arte y una cultura a los que son por completo ajenos.

Si al menos fuera un espectáculo puro, como lo es el ballet o el toreo. Porque el fútbol, por mucho que aspire a acercarse al arte, está cargado de pasiones nocivas que lo arrastran fuera de la emoción estética y lo llevan cada vez más al torturado terreno de las guerras de religión. Tampoco es inocente que las multitudes ondeen banderas y entonen encendidos himnos de guerra. El fútbol-espectáculo deriva peligrosamente hacia una forma de religión popular, en la que los enceguecidos creyentes (no en balde se llaman «fanáticos») están dispuestos a morir y matar (más de una vez lo hacen) por sus colores. Consolarse pensando que es un desaguadero de las viejas obsesiones del hombre es practicar el más miserable de los engaños: más que tranquilizante y exutorio, el fútbol obra como acicate, yesca, aguijón de las fobias religiosas y agresivas que forman parte indisoluble de la humana naturaleza. En su haber, ya tiene una guerra entre naciones (en Centroamérica, precisamente) y por algo John Huston lo eligió como tema y fondo para una película sobre la Segunda Guerra Mundial (*El gran escape*), representando en la cancha el choque entre dos concepciones del mundo, la nazi y la democrática.

A la entrada de algunas plazas de toros, como la de México, hay estatuas de toreros famosos, para no mencionar el aporte de la poesía: aquel *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*. No sería de extrañar que, de seguir la ten-

dencia del fútbol, cada vez más espectáculo y menos juego deportivo, más temprano que tarde suceda lo mismo: estatuas en los estadios y surgimiento de algún García Lorca de las patadas al balón.

Bien pensado, no sería muy estético que se diga ver la efigie del enano Maradona o soportar un soneto al Rey Pelé. Pero no hay que desesperar: todo se andará. Sin embargo, jamás el fútbol, por mucho arte que pretenda introducir en el juego, podrá acercarse ni a la sombra del toreo: además de faltarle la innegable belleza del hombre solo ante la bestia, carece del componente esencial y sagrado del toreo: el acto sacrificial contenido en el ritual del peligro que asegura, en cada corrida, la constante presencia de la muerte. Los jugadores de fútbol, por muy hábiles o fuertes que sean, sólo se juegan los millones de sus jugosos contratos. Héroes de nuestro tiempo.

Paradojas

En nombre de la nación alemana, Hitler, que no era alemán asesinó a miles de judíos que eran más alemanes que Bismarck. Los británicos son un pueblo compuesto por irlandeses, galeses, escoceses, anglosajones, normandos, negros antillanos, tamiles, bengalíes, cingaleses y sijs, entre otros. Se habla conmiseradamente del Sur italiano, pero se evita mencionar el Norte británico, mucho más miserable. Los argentinos alardean de ser europeos, siempre que no necesiten que los restantes latinoamericanos les saquen las castañas del fuego malvino. Las editoriales francesas distinguen perfectamente entre el idioma inglés y el americano, pero a la hora de traducir a Goytisolo y a Vargas Llosa no separan el español de la Península del de Hispanoamérica. Se habla mucho de lo culto que es el pueblo alemán, pero se olvida agregar que es la nación europea que tiene más elevado índice de maltrato de niños. Mal que bien, el colonialismo español conservó los pueblos y culturas indígenas de América y se mezcló y asimiló fuertemente con ellos, mientras que el colonialismo inglés y holandés, en el Norte, exterminó radicalmente a indios y civilizaciones: el resultado es que todos hablan maravillas del colonialismo anglosajón y se les cae la baba ante Norteamérica y todos echan pestes del colonialismo español y se burlan de las naciones hispanoamericanas. El cristianismo exige la multiplicación de la especie a como dé lugar y, en su nombre, condena el aborto y las prácticas anticonceptivas; al mismo tiempo, reprime el sexo. ¿Será que el mito de la Virgen les lleva a creer en la partenogénesis universal? Venezuela ha tenido dos dictadores en lo que va de siglo: del primero, se han escrito y escriben docenas de libros; del segundo, nada, prácticamente nada. Y eso que es el más próximo. En los años sesenta, Africa era el continente de la esperanza; ahora, es el lugar en que se originó el Sida (era de esperar: allí surgió el hombre, un poco peor). Quienes se empeñan en escribir Nueva Zelandia se molestarían si alguien hablara de Holandia. Los puristas que saben que lo correcto es Nueva Zelanda no pueden explicar por qué entonces no se dice Finlanda. Otros insisten en que hay que pronunciar Rumanía, pero no se les ocurre decir Alemanía. ¿Por qué el cristianismo apenas si penetró en Africa y en Asia y en cambio sí lo hizo el islamismo? Respuesta: porque el mahometanismo permite y aun alienta la poligamia, estado natural del hombre. Quien aprende la fórmula de la ecuación de segundo grado, sabe resolver ecuaciones: ¿qué sabe hacer el niño al que le imparten educación sexual? La primera mitad de la vida la echan a perder los padres; la otra, los hijos. Las diversas creencias humanas en el mito del paraíso (en el cielo o en la tierra) sólo han servido para producir aterradores infiernos. El cristiano hace la señal de la cruz porque Cristo fue crucificado: ¿qué señal harían si hubiera sido empalado? En Venezuela, todo español nacionalizado es históricamente más bolivariano que los mismos nativos: Bolívar nació español y luego se hizo venezolano, bueno, colombiano. Los espíritus mezquinos proporcionan el material del que salen los reaccionarios; los revolucionarios nacen de los espíritus envidiosos. Y se acabó lo que se daba. Hay quienes confunden pensar

con tener memoria y aun peor: con ser simplemente lógicos. Como los franceses son racionalistas y lógicos, pensaron en 1940 que no tenía sentido luchar contra los alemanes; como los ingleses son pragmáticos y empiristas, siguieron luchando para desgracia de Hitler. Para los italianos y para Borges, el Dante es el poeta universal; para Nietzsche, una hiena que versifica en las sepulturas. Para los creyentes en otra vida, la pena de muerte debería ser una bendición. A pesar de que los mexicanos son meros machos, poseen una de las más elevadas tasas de crecimiento demográfico. Nicaragua no es una democracia como Chile. Los pueblos más católicos de Europa (y del mundo) son los polacos, los irlandeses y los vascos: tres puntos altamente conflictivos. De no haber existido Palestina, la humanidad se hubiera ahorrado el judaísmo, el cristianismo y el mahometanismo. ¿Cuál es la Palestina del nuevo credo: Alemania, la biblioteca del Museo Británico o el Palacio de Invierno? ¿Qué pasa si un país latinoamericano no paga su deuda externa? Que no le dan crédito. ¿Qué ha pasado en estos últimos diez años en que los Estados Unidos no ha pagado, y sigue sin pagar, su deuda externa? Que fabrican dólares y exportan inflación. *Ad infinitum.*

POR SUPUESTO que es una moda gringa: ¿de dónde más, si propicia el cretinismo? Pero, llámese como se llame, control mental, técnica de meditación, salto de la conciencia, reencarnación espiritual, *bio-feedback* y otras paparruchas semejantes, todo es negocio y más bien pingüe: muchos millones se mueven en torno a lo que en los Estados Unidos les ha dado por denominar la Nueva Edad o «metafísica» aplicada a los negocios.

Desde las amas de casa desoficiadas hasta los altos ejecutivos de las grandes corporaciones, la moda es someterse a cursos de ocultismo, hipnosis colectiva, misticismo hindú o iniciación a la medicina holista. En breve, la cadena de televisión ABC va a comenzar a pasar una serie sobre la autobiografía de aquella idiota llamada Irma la Douce, por otro nombre, Shirley MacLaine, que cree en la reencarnación y está convencida de que, en realidad, ella es un hombre prehistórico de hace apenas 35.000 años. A esto conducen las peliculitas como *Star Wars* y aquella «fuerza» (que sea contigo). ¿A qué extrañarse entonces de que el primer retrasado mental se haya creído de verdad lo de la guerra de las galaxias? Así como el LSD fue la droga de los 60, ahora la nueva y no menos potente droga es lo que modestamente llaman la «conciencia cósmica». El orientalismo, las religiones ocultas (¿hay de las otras?), todos los yogas y harekrishnas del mundo bien pueden frotarse las manos: los negocios marchan viento en popa.

Eso pasa por andar haciendo preguntas sin sentido como querer saber cuál es el significado de la vida (que es tanto como preguntar por la hipotenusa de los repollos o la temperatura de un soneto): el riesgo es que llegue alguien pretendiendo que tiene la respuesta. Tres mil años atrás habría comenzado una secta y, quién sabe, si a la larga, una religión más. Ahora, resulta provechoso abrir un negocio y cobrar por inscripciones y media docena de tratamientos. Señor, señor, si lo hubiera sabido el catolicismo en su día: en los confesionarios posee auténticas minas de oro sin explotar. Mejor dicho: explotadas por cuenta de los sagaces sicoanalistas. Así que el peligro es doble: que, en efecto, le expliquen a uno el «significado de la vida» y que le cobren, encima, por hacerlo. Ese, ese es el único significado de *esta* vida: explotar al prójimo como sea. Con dinero o con afectos.

La cosa va en serio. En la Universidad de Stanford, en su Escuela de Administración, han abierto un seminario sobre «creatividad comercial» que incluye meditación, canto de salmos en común, trabajo de sueño, cartas del tarot y discusiones sobre el «capitalismo de la Nueva Edad». Están, como de costumbre, descubriendo el Mediterráneo: con eso de la Nueva Edad aplicada al capitalismo lo que proponen es considerar a las empresas como un todo, en donde el poder ha de repartirse entre todos. En Europa; los fascistas llamaron a eso mismo, hace más de cincuenta años, «corporativismo» y ya se sabe a dónde condujo. Los entusiastas promotores de tan gigantescos negocios pretenden que enseñan «nuevos esquemas de pensamiento». Algo es algo para un pueblo que, como es sabido de viejo, tiene en común con las vacas que se pasan el día mascando,

aunque suelen diferenciarse de ellas porque las vacas en ocasiones muestran signos de inteligencia. La mayoría de los promotores de tan fabulosos negocios son antiguos dirigentes de aquel movimiento de hace veinte años llamado SDS: «Students for a Democratic Society», que tantas revueltas, tipo *Las fresas de la amargura*, causara en las universidades americanas. A eso conducen, como bien sabemos por experiencia propia, las rebeliones y los entusiasmos revolucionarios y puristas. A terminar creyendo en santones y quemar varitas de incienso. Cobrando, desde luego.

Ellos y nosotros

Se dice que el mundo tiende a la uniformidad. Qué terror. Mismas comidas, misma televisión, mismos trajes. Y lo peor: mismas noticias y mismas reacciones; en el fondo, mismos pensamientos. No hay necesidad de invocar a Zamyatin, Huxley, Orwell o ninguna de las distopías para comprobar que es real la amenaza de una humanidad homogénea, condicionada, pasiva y manejable: el hormiguero humano. Si ya es insoportable el ser humano como individuo, es simplemente aterrador en tanto muchedumbre. La masificación parece cada vez más inevitable.

Y sin embargo. Ellos viven para trabajar. Nosotros aún trabajamos para vivir. Ellos creen en el éxito y adoran a los ganadores. Nosotros creemos en la vanidad y en el ridículo, virtudes aisladas, y admiramos a los políticos, que no siempre ganan, por más que nunca pierdan. Ellos no sólo no saben comer, sino que ni siquiera comen: engullen un monstruoso desayuno, cual avestruces; almuerzan alguna artificial ensalada y cenan a las seis de la tarde, de prisa y corriendo, para poder comenzar a ingerir alcohol. Nosotros nos perecemos (literalmente) por la buena mesa; rendimos culto a la gastronomía francesa (¿hay otra?) y preferimos un abundante almuerzo, acompañado de un noble vino y prolongado en cordial sobremesa, a cumplir con los horarios que exigen los ritmos ejecutivos. Ellos corren, trotan, saltan. Nosotros hacemos siesta (si podemos) y dejamos todo para un hipotético mañana. Total: al final, ellos y nosotros vamos a ir a parar al mismo, eterno lugar.

Acerca del apresuramiento por buscar incesantemente el éxito, nada como la vieja anécdota del filósofo cínico y Alejandro joven. Ante la pregunta elemental de a dónde iba tan agitado, Alejandro respondió la primera vez que a conquistar toda Grecia. ¿Y luego, qué harás? Conquistar Persia. ¿Y luego? Conquistar Egipto. ¿Y luego? Conquistar la India. Fue inevitable que ante uno de aquellos atosigantes luegos, Alejandro al fin concediera: descansar. ¿Y por qué no comienzas ahora? Ganó el cínico.

Ellos son Alejandro agitado. Nosotros, cínicos descansados. Ellos confunden amor con sexo y sexo con calistenia. Nosotros, en general, los separamos y en las raras ocasiones en que unimos amor con sexo, lo disfrutamos mucho más. Ellos ignoran al otro, al prójimo: no saben ni les interesa lo que sucede en el país vecino; no hacen el más mínimo esfuerzo por conocer a los demás. Cuando viajan, lo hacen a hoteles suyos y no trasponen la puerta sino en rebaños guiados. Nosotros somos desde curiosos hasta impertinentes y cuando viajamos (bueno: viajábamos), desde el primer momento nos echamos a la calle a conocer lo nuevo y la gente. Ellos confían en la técnica: por eso juegan al *bowling*. Nosotros creemos en el arte: por eso nos gustan los toros. Ellos viven deprisa. Nosotros simplemente vivimos. Ellos son los dueños del mundo. A nosotros nos importa un carajo quién sea el dueño del mundo. Mientras esas diferencias se mantengan, habrá esperanzas de retardar la pesadilla uniformante.

Ellos hablan inglés. Nosotros (todavía, como decía Rubén) hablamos español.

EL DE LOS ÁNGELES, tan disputado por siglos, quedó finalmente establecido por Lord Byron cuando descubrió que todos son *tories*, conservadores; cosa que confirma la gramática: son masculinos. Eso es precisamente lo que irrita a las insufribles feministas. Qué plaga. Señor: debe ser que se acumulan en los finales de siglo. Ahora arrementen contra el lenguaje, confundiendo, entre muchas otras cosas, género con sexo. Ocurre lo inevitable: hacen el más grande de los ridículos. Sólo imitan a sus predecesoras anglosajonas, a las que hace ya veinte años les dio por decir tonterías tales como hablar de *She-God* y querer reformar la Biblia a fin de eliminar el sexismo que contiene. Sin darse cuenta de que antes tendrían que acabar con la religión judía y con esa «enfermedad del judaísmo» (Borges *dixit*) que es el cristianismo, auténticos bastiones de la más acendrada ideología machista. No existen sacerdotisas en el cristianismo, aunque hay que reconocer que hubo una Papisa, aquella Juana que parió en plena procesión, y por su parte, lo primero que hacen en la mañana los buenos judíos es agradecer a Jehová que no los haya hecho mujer. Pero, claro, todavía en la lengua inglesa esos jueguitos con los pronombres personales tienen cierto sentido, pues distinguen entre la cabra hembra y el macho (propiamente, cabrón) anteponiendo el «she» o el «he». ¿Habrá que decir entonces «Esperando a *He-Godot*» o, más bien, «Esperando a *Godota*»?

Las feministas en lengua española también han enloquecido. Lo primero que ignoran es que género es una categoría gramatical que funciona como clasificador de sustantivos, adjetivos o pronombres, pero sin poseer valor semántico alguno. Simplemente arbitrario. Dos palabras con idéntica terminación (*frente, diente*) tienen distinto género sin que haya en ello ninguna intención sexista. También ignoran que, en vista de que el género masculino no está marcado en la oposición masculino/femenino, es el que se elige a la hora de atribuir género porque compromete menos. Pero si se escucha a las excitadas feministas, habrá que decir «*la* cantar» y «*la* correr» en vez de «*el* cantar» y «*el* correr». En su suma ignorancia, también desconocen que en las lenguas indoeuropeas el origen de la distinción genérica no es el par masculino/femenino, sino la oposición animado/inanimado, de donde en la mayoría de esas lenguas surgen tres géneros, agregando el neutro. Lo que explica que, de lo más anti-freudianamente, «niño» sea neutro en alemán (*Kind*). Además las locuras feministas aplicadas al lenguaje sólo tendrían un alcance limitado, desde el momento en que hay muchas lenguas que no distinguen géneros, otro punto ignorado por las proponentes de la reforma sexista de la lengua. Así, por ejemplo, en las lenguas africanas bantúes (swahili y demás) no existen sino clases, y un poco más cerca, el euskera o vascuence no admite morfemas genéricos. De modo que, en vasco, «niño» y «niña» es lo mismo (*haur*) o «perro» y «perra» (*zakur*). Lo de menos es que las feministas desconozcan las complejidades lingüísticas; lo grave es que no se percaten de la insensatez de sus propuestas. ¿Quiere decir que sólo podrán expresar su rabia feminista las que hablen lenguas que distinguen géneros? ¿Qué

sucede con las mujeres vascas? ¿No se quejan del sexismo? ¿Es que acaso eso tan vago y metafísico del sexismo está en la gramática o en las costumbres y en las personas?

Lo divertido es que no sólo abominan del sexismo lingüístico y proponen bobadas tales como decir «humano» en lugar de «hombre». Por cierto, ¿por qué si es masculino? ¿No sería mejor «humane» (terminado en *e*) como sin siquiera reír quiere y propone un filósofo español? Así, el libro de Nietzsche se convertiría en *Humane, demasiado humane* para que las feministas no chillen.

Qué manía esa tan femenina de andar mezclando el sexo con todo. El machismo será muy poco recomendable, pero al menos tiene la ventaja de poner al sexo en su sitio, que es donde debe estar.

ESPEJISMO POR ESPEJISMO

DÍCESE QUE cuando el Papa habla *urbi et orbi* lo hace dotado de la propiedad mágica de la infalibilidad, esto es, lo que dice es palabra de santo: se escucha y amén, silencio reverente. De ser así, volvieron a cargársela los existencialistas porque en el sermón navideño del Papa polaco, que *per accidens* ocupa la silla de San Pedro, con quien se mete es con ellos. No ganan una, pobres. Es como aquel cuento de Woody Allen que comenzaba en el cuartucho de un detective neoyorquino, tipo Mike Hammer. Entra la apetecible rubia de turno a denunciar un crimen. Todo zalemas, la atiende el rijoso investigador: ¿a quién mataron, nena? A Dios, mataron a Dios, suelta el bombón, entre sonrisa y parpadeo. Inmediatamente sospeché de los existencialistas, le hace pensar Woody Allen a su mugriento héroe. Ahora, a través de alguien al menos tan popular como Woody, no sólo se les acusa de la muerte de Dios, sino de algo más grave: de inducirnos al feo error de los espejismos.

«Creer en la autosuficiencia del hombre es un espejismo», asienta la inmensa autoridad papal, como si Sartre acabara de publicar *El existencialismo es un humanismo* y la todopoderosa Iglesia necesitara condenarlo para evitar malos pensamientos y peores influencias. Atiendan, incrédulos, atiendan: todo aquello de que el hombre es libre, dueño de su destino, fabricante del mundo, único responsable de sus acciones, espejismo, engaño, ilusión vana, mera ofuscación de la mente delirante, dejada de la mano de Dios y de sus doctos varones en esta tierra. El hombre no es nada, sino polvo y fugaz ramillete de miserias, que existe porque a otro ser le dio su real gana y que actúa porque lo dotó de un motorcito al que los optimistas llaman «libre albedrío», esto es, el espejismo de creer que somos dueños de nuestros actos, cuando en realidad (Wojtila *dixit*) no existe la autosuficiencia en el hombre.

No ser autosuficiente es algo así como depender de otro para los asuntos esenciales. De modo que lo que está reclamando el polaco del Vaticano es recuperar otra vez el dominio de los hombres, más bien algo perdido a consecuencia de tanto racionalismo, liberalismo y, desde luego, existencialismo. El gesto con que esta mañana usted abrió la puerta del baño para ir a afeitarse apresuradamente no era propiamente suyo: usted es apenas una marioneta, movida por Dios, allá arriba, que todo lo ve y todo lo dirige. La decisión de casarse o descasarse, tampoco: usted piensa que es libre de tomarla, pero en realidad quien la toma por usted es ese supuesto libre albedrío, delegado en su cuerpo del Espíritu Santo, para que usted, además de actuar, se imagine que lo hace por su cuenta y riesgo. Nada de tal: el Papa, en su infinita bondad, le hace a usted el regalo navideño de dejarle ver por un momento detrás de la cortina: todo es espejismo, usted no decide nada.

Pudiera pensarse en la hora de la venganza: en lugar de una denuncia, la ardiente contra-denuncia. No es espejismo eso de la Sagrada Familia ni la Santísima Trinidad ni la idea todo lo perfecta que se quiera de un Ser Supremo ni las nociones de Cielo e Infierno. Al contrario: esa es la auténtica realidad y lo que

es espejismo es el hombre de carne y hueso y su tonta ilusión de creerse responsable de sus actos. Nadie podrá acusar al Papa Wojtila de haberse cruzado de brazos: pasó a la ofensiva, lanzando a la cara de los impíos el mismo reproche que le hacen éstos a su hermoso museo teológico. Más espejismo será usted, es lo que ha terminado por gritar el que habla en nombre del Señor.

No estaría de más recordarle el verso aquel de Borges: «Dios mueve al jugador y éste, la pieza /¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza /de polvo y tiempo y sueño y agonía?».

Prohibir a Dios

No sería exagerado afirmar que los Estados Unidos es el único país en el mundo en donde se sigue tomando en serio la Biblia. Además de Sociedades Bíblicas, hay un «cinturón bíblico» que cubre muchos Estados del centro y el sur, y a la hora de declarar cualquier cosa siguen jurando los gringos por la verdad de la Biblia. En vista de lo cual, no deja de ser revolucionaria la sentencia que pasara la Corte Suprema en contra de un senador de Luisiana que había hecho aprobar una ley obligando a los maestros de escuela a enseñar tanto la doctrina creacionista como la evolucionista. Conocida es la diferencia: según los evolucionistas, con apoyo en Darwin, la especie humana apareció lenta y gradualmente en la Tierra a partir de otras especies; mientras que, de acuerdo con los creacionistas, armados de la Biblia, el hombre surgió de golpe y porrazo en este mundo, como dueño y señor de él, y por decisión o capricho de otro Señor. Lo que ha declarado la Corte Suprema es que no hay tal doctrina creacionista, sino que se trata de un intento de hacer proselitismo religioso en las escuelas, lo cual va en contra de la Primera Enmienda de la Constitución de USA. Se entiende ahora por qué, de repente, Mr. Reagan se ha apresurado a nombrar un juez ultraconservador.

En cierto modo, esa sentencia que coloca a Dios fuera de clase y a la religión, si acaso, en los hogares, pero no en la enseñanza pública, es una satisfacción que obtiene sólo con sesenta y dos años de retraso aquel maestro de escuela de Tennessee que se llamara John Scopes. Por enseñar en sus cursos de biología la doctrina evolucionista fue expulsado y perseguido, dando origen a un proceso escandaloso, conocido como «juicio del mono». Scopes tuvo la suerte de que lo defendiera uno de los más brillantes abogados de entonces, Clarence Darrow, aquel que dijo en cierta ocasión que de pequeño le habían enseñado que cualquiera podía llegar a Presidente y que en efecto comenzaba a creer que podía ser verdad. Y eso que no vivió hasta hoy. Darrow humilló al abogado fundamentalista, un tal Bryan, pero Scopes tuvo que irse con su Darwin a otra parte. De 1925 acá ha habido ciertos cambios. Si entonces estaba prohibido enseñar evolucionismo, ahora lo que se prohibe es enseñar la Biblia como si fuera ciencia. A la doctrina evolucionista habría que oponer otra doctrina científica, no las leyendas bíblicas. Más de un corazón fundamentalista ha de estar y con razón atribulado.

Porque los sólidos fundamentalistas creen que es verdad literal todo lo que dice la Biblia. Lo que no deja de crear ciertos problemas. Por ejemplo: nada más comenzar, en el Génesis, la Biblia no habla de un Dios, sino de varios dioses, de modo tal que no comienza con aquello tan recitado de «Dios creó el cielo y la tierra...» sino: «Al principio, crearon los dioses (*Elohím*) el cielo y la tierra...» Y por si el lector, creyente o no, no se hubiera dado cuenta, vuelve de inmediato tan inquietante plural: «He aquí al hombre hecho como uno de nosotros... Bajemos, pues, y confundamos su lengua...» Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Un solo dios o una multitud, como en cualquier paganismo? Todo

eso por empeñarse en sostener que la Biblia dice siempre la verdad. También afirma que existieron gigantes y unicornios en la tierra y nos cuenta que Adán, antes de conocer a Eva, tuvo otra mujer, llamada Lilit. Parece que el pobre Adán no podía aguantarla más pues tenía un genio insufrible y, cosa muy comprensible, se separó de ella, convirtiéndose entonces Lilit en un demonio que se alió con una famosa serpiente. De modo que Adán, como tantos ciudadanos de hoy, en realidad se casó en segundas nupcias con la tal Eva, mamá del género humano. No es muy edificante que digamos la lectura de la Biblia. Para no entrar en detalles escabrosos, bastará con recordar aquel episodio (Génesis 12:10) de Abraham en Egipto. Tan pronto llegaron, lo primero que le dijo a su mujer Sara es que se hiciera pasar por su hermana; de ese modo, como Sara era muy hermosa, podía cualquier egipcio que le gustara usarla sin mayores dificultades y sobre todo sin tener que matar al marido o falso hermano. No muy garrido ni caballeroso que se diga. Así *ad infinitum*. En realidad, es divertida la lectura de la Biblia. Siempre, por supuesto, que se la tome como aconsejaba Santayana: como literatura, jamás como dogma.

NO DEJA DE SER una triste ironía que los primeros partidarios del aborto sean los anti-abortistas: su sola misión es hacer abortar el aborto. Sin importarles ni las consecuencias, sociales y humanas, ni siquiera la racionalidad de su postura. De sobra saben que si se prestaran a escuchar argumentos, no es que fueran a convencerse de las ventajas del aborto, pero bien podría vacilar su intransigencia. Por lo mismo, practican a toda hora el aborto del aborto: aun antes de que nazca la posibilidad de su discusión, niéganse a razonar.

Para ello, suelen refugiarse en el parapeto de las leyes: si está prohibido es por algo; no quieren saber más. No deja de ser la más endeble de las defensas: las leyes son perecederas y mudables. También estuvo prohibido que las mujeres y los analfabetas votasen. O que los curas entraran legalmente al país. Además de ser una débil postura, raya en lo irracional: es malo el aborto porque así lo creen ellos, y basta: no se discuta más. Sin embargo, con todo, aun es preferible semejante cerrazón de mente a los escasos intentos de argumentación que han ensayado los anti-abortistas. Razonar razonan, pero incorrectamente, es decir, echan mano de cuanta falacia puedan manejar porque no parten de una posición neutra, dispuestos a ver los pros y los contras, sino que de antemano ya han tomado partido y, de hacer el esfuerzo de argumentar, sólo tienen un propósito: afirmarse en lo que sostienen.

Quién duda que el aborto tiene inconvenientes: particularmente, si se practica clandestinamente, por cualquiera, en condiciones antihigiénicas, cosa que no parece preocupar lo más mínimo a los anti-abortistas. Pero, aun en condiciones normales, plenamente autorizado, siempre será un acto traumático para la mujer que lo sufra. También lo es sacarse una muela o ponerse una inyección. El punto no es ese: a lo que hay que atender no es a las consecuencias del acto mismo del aborto o interrupción de embarazo, sino a las otras: a las consecuencias síquicas, fisiológicas, económicas y morales de un embarazo y consiguiente alumbramiento no deseados por la mujer por la causa que fuere. Aspecto éste que jamás pondrán en la balanza los anti-abortistas. Se negarán a ver más allá del hecho del aborto y si acaso se logra presionarlos para que se pronuncien, lo más que se conseguirá arrancarles es una declaración despectiva y mezquina: que lo hubieran pensado antes. No deja de ser una concepción medieval de la responsabilidad de los actos humanos: quien la hizo, la paga. Pero es revelador que «razonen» así: porque prueba que en el fondo no les preocupa tanto el aborto cuanto su idea de la moral. Son furibundos anti-abortistas porque son vengativos: les molesta la libre disposición del cuerpo que pueda hacer la mujer. Y piensan, rencorosos: que pague lo que disfrutó.

Su argumento favorito es sólo uno: el respeto a la vida. La falacia subyacente al empleo de ese término es doble: en primer lugar, nunca se toman la molestia de explicar qué es eso tan vago de «vida». También las plantas tienen vida y no se deja por ello de podarlas; sólo sería seria su postura de respeto sacralizado a la vida si procedieran como ciertas religiones a no matar ni a las cucara-

chas y a sólo comer vegetariano. Y obsérvese que ni siquiera los budistas son consecuentes, ya que las lechugas que mastican con fruición también tienen vida. «Vida» es término confuso que necesita afinamiento científico. ¿Puede decirse de las uñas de alguien que tienen vida? ¿La tienen su pelo o su nariz o sus senos? Pero nadie protesta porque se corten uñas y pelos y se refaccionen narices y senos. ¿Cuándo tiene vida el feto? Y sobre todo, ¿qué tipo de vida tiene un feto de menos de ocho semanas? Con lo que se llega a la otra falacia encubierta: equivaler un feto a un ser racional y pensante. Un aborto, terapéutico o del tipo que fuere, practicado en el momento aconsejable y en condiciones correctas, es un operación que no mata a nadie porque nadie existe aún, ya que sólo se puede matar, con consecuencias morales y penales, a un ser humano, es decir, a quien, además de vivir, piensa y razona. Deberían los furiosos anti-abortistas revisar la doctrina de la Iglesia, que no concede la espiritualidad a los fetos sino a partir de determinado momento, porque el alma no es algo que resida en los genes ni que se desarrolle a partir de un cromosoma. De modo que, como quiera que se ponga, es un abuso de lenguaje y de razonamiento hablar de «matar», «asesinar» y semejantes exageraciones tremebundas.

Eso para no hablar de los aspectos sociales, complejos y delicados, que encierra un embarazo peligroso o no deseado. Pero sería mucha ingenuidad exigirle a los implacables anti-abortistas comprensión y compasión hacia sus semejantes. Quizá tenía razón aquel cínico francés cuando advirtió que hacer abortar es prueba de impaciencia: que dadas nuestras civilizadas costumbres, es mejor esperar a que sean mayorcitos.

HIJOS NATURALES

TODAVÍA HAY ingenuos para creer que la voz del pueblo es la voz de Dios; lo cierto es que la de Dios es santa palabra y sólo la Iglesia Católica Apostólica y Romana está autorizada para hablar en nombre de tal Señor. Quien lo dude podrá verificarlo con el Arzobispo de Canterbury, con el imán Jomeini o con cualquier rabino.

Es el caso que, en materia sexual y procreativa, de nuevo la autorizadísima voz de Dios, por pluma del Cardenal Ratzinger y boca del Papa polaco, ha dicho la última palabra: nada de niños concebidos fuera del vientre materno; nada de bebés-probeta u óvulos fecundados *in vitro*; nada de implantaciones en el útero. Los hijos se tienen como Dios manda: esto es, con esos pocos minutos de insulso jadeo y largos meses de gestación que han de culminar bíblicamente en el dolor del parto. Sin enmendarle la plana a la Madre Naturaleza.

Con lo que más de un católico ha de sentirse traicionado sin que le falte su pizca de razón. ¿Cómo es posible que la misma Iglesia que con tanto ardor prohibe el aborto en cualquiera de sus formas y se opone cerrilmente a todo sistema artificial de control de la natalidad y exige que la procreación sea la única razón del apareamiento, limite ahora las posibilidades de reproducción humana? Parecería que a quien tanto le interesa la multiplicación de los hombres en la tierra habría de apoyar con todo entusiasmo cualquier ayuda a ese objetivo; sobre todo, en el caso de las mujeres que, por cualquier causa orgánica, son incapaces de engendrar. Pues no señor: o por vía natural o se queda usted sin descendencia ya que a los jerarcas de la Iglesia no les agradan las innovaciones.

Bien mirado, no deja de tener su lógica: lo que a los curas les obsesiona es el aborto inducido, que por lo mismo se trata de un procedimiento no natural; han debido pensar que si aceptan otros recursos artificiales, aunque sea por la muy noble causa de la humana multiplicación, comenzarían a debilitar su posición de intransigencia en el caso del aborto. De esta manera, todo ha de hacerse por vía natural, con la mínima ingerencia del hombre, sus conocimientos y técnicas. No es nada nuevo: siempre que le ha convenido, la Iglesia ha echado mano de la socorrida «ley natural» para justificar cualquier postura, doctrina o dogma.

Si cualquiera de los filósofos griegos levantara la cabeza, soltaría el trapo ante el oxímoron contenido en eso de «ley natural». Para los paganos, que en lugar de creer tenían la mala costumbre de razonar, una cosa es la *ley*, arbitraria y artificial, creada por los hombres, y otra la *naturaleza*, que en su comportamiento, por muy regular que sea, obra con independencia de la acción humana. Pero, en fin, qué remedio: la nuestra es una civilización híbrida que contiene algo (muy poco) de racionalidad con mucho de misterio, y lo de «ley natural» es un misterio tan gordo como el de la anunciación.

Así y todo, convendría que los sesudos teólogos (polacos, alemanes o simplemente italianos) explicaran por qué unas veces recomiendan guiarse por la ley natural y otras, todo lo contrario. Parece fácil probar que la ley natural exigiría

aparearse con la primera persona que se tuviera a mano (metáfora más que obligada) cuando apetezca hacerlo. Y además, hacerlo, ahí mismo, de la manera más natural. ¿Hay manera más «natural» que la de los perros? Nada de eso: es justo el momento de recordarnos que somos hijos de Dios y no debemos comportarnos como las bestias. En cambio, a la hora de procrear, se altera el mensaje: hay que obrar de modo natural. Es decir: una vez se tiene que actuar como perros (o gatos o ratas) y otra, por el contrario, hay que aceptar que no somos animales. El amor debe de hacerse artificialmente: sabido es que la postura llamada «del misionero» es la más artificial de todas. Sólo que las consecuencias del amor han de limitarse al orden estrictamente animal: las mujeres conciben y paren como las vacas, ni más ni menos. Mejor dicho: menos, ya que a las vacas se las insemina artificialmente sin que a la Iglesia le afecte en tal caso la violación a la supuesta ley natural.

Con lo que se ve que más que una ley natural es la utilísima ley del embudo. Porque lo «natural» es que el macho sea polígamo (muchos espermatozoides: *Je sème à tout vent...*) o que como mínimo tenga una compañera a fines reproductivos. Jamás el celibato, que es lo más anti-natural del mundo. Como tampoco es fenómeno precisamente natural que una sustancia muy determinada (vino) se convierta en otra muy diferente (sangre). Conclusión: no siempre se respetan las leyes naturales. ¿Por qué invocarla en el caso de la procreación y no hacerlo a la hora de casar a los sacerdotes, que son los primeros en infringir cuanta ley hay: natural, al no aparearse, y divina, al no reproducirse?

No todo tienen que ser rigores críticos. Puede verse de otra forma: la Iglesia que, como el diablo, es sabia por vieja, trata de contribuir a contener la explosión demográfica. Si con ayuda de la ley natural hemos llegado a la pavorosa cifra de cinco mil millones, qué sería de este desgraciado planeta con niños naciendo además por docenas en los laboratorios del próximo *Mundo Feliz*.

QUÉ MUNDO ESTE: hasta la religión se ha contagiado de la política. También organizan reuniones en la «cumbre» los gurús de las varias sectas de que disfruta, para su solaz y consuelo, la afligida humanidad. Sólo que tienen mejor gusto que los cabecillas de los dos Imperios que nos rigen. En vez de ir a la inhóspita y despoblada Islandia, los múltiples hierofantes, iluminados sin duda por tantas y poderosas divinidades, eligen la ciudad de piedra rosa, el Asís de silencio y pájaros, cuajado de balcones floridos, al pie del monte Subasio. Así, cualquiera reza.

Siempre, por supuesto, hay un pretexto para reunirse. Estos dicen que van a rezar juntos por la paz. Entiéndase: juntos, aunque no revueltos. Cada uno reza con su librito. Menos mal. Porque no hay nada más ridículo y fastidioso que esos libros de rezo común que han ideado comercialmente los gringos para usar en sus hospitales y quedar bien con todos (casi todos) sus pacientes. Es como sacar factor común de las religiones: se quedan en media docena de vaguedades. En el fondo, quién quita que ese sea el verdadero libro religioso.

Aunque hay sus buenos kilómetros entre ambas ciudades, esta reunión de plegarias en la cumbre de Asís huele a algo de viaje a Canosa. ¿Por qué no se fueron a rezar al Tibet o a la Meca o a Jerusalén, aprovechando la tranquilidad y seguridad que reina en esta última sacratísima ciudad? Que «los otros» hayan aceptado ir a Italia no deja de ser un triunfo político del Papa polaco. No importa lo que recen: con sólo el viaje ya Roma sale ganando.

¿Van a rezar por la paz? Extraño, muy extraño en algunas religiones. «Vine a traer guerra, no paz...» dice el Cristo por alguna parte. Y a fe que su Santa Iglesia lo ha seguido al pie de la letra en sus dos mil años de existencia. Tampoco los mahometanos son unos fervorosos pacifistas. Se supone que, para el verdadero creyente en Alá, la guerra es algo santo, que sirve de llave para ganar el Paraíso. No hablemos de los budistas, a quienes lo mismo les da ocho que ochenta: guerra o paz son sólo vueltas de la inmensa rueda del destino y, en definitiva, todo apunta a la Nada. De modo que, si se analiza un poco, ese rezo por la paz es otra prueba del carácter eminentemente político de esa reunión de ensalmadores. Lo de la paz es un pretexto.

No será la primera vez que los magos vienen de Oriente. Que ahora vengan a rezar y antes lo hicieran para adorar sólo prueba la devaluación de las creencias junto con la persistencia de las costumbres. Eso sí: que una vez más vengan de lejanas tierras, en son de paz, pudiera tomarse como señal de tolerancia democrática entre religiones. El detalle a tener en cuenta es que la tolerancia en materia religiosa se limita a respetar la religión del prójimo al modo como suele respetarse en el vecino su creencia de que su mujer es bella y sus hijos unos genios. Cortésmente. Que todos tengan en común el ritual de la plegaria sólo demuestra la fuerza de la imaginación en los humanos. Ya decía Turguenev que todos al rezar piden el mismo milagro: «Dios mío, haz que dos más dos no sean

cuatro». Lástima. Va para cuarenta años que Orwell mostró lo que sucede cuando se cumple en la tierra ese milagro.

Confiemos en que los rezos por la paz por parte de tantos santiguadores reunidos sean un poco más fervientes y sinceros que los de Mr. Reagan y el camarada Gorbachov. Sin embargo, hay muchas probabilidades de que, al día siguiente de tanta plegaria babélica, la temperatura del mundo siga siendo la misma. Eso sí: se habrá visto un hermoso circo, con un habilísimo maestro de ceremonias y resultados, en el fondo, tan magros como los de siempre.

Por algo, los de la vieja cepa hispánica preferimos hacer caso al buenazo de Sancho: «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos».

¿QUIÉN ES EL atrevido que aún duda de la existencia de Dios? Eso estaba bien en época de Roscelino, Abelardo y otros disputadores medievales que se pasaron la vida discutiendo si existe o no existe. La última palabra no la tuvo Kant, sino Voltaire, una vez más: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo». Y tanto. De ahí se copió Hitler la frase para aplicársela a los judíos, en un rasgo probablemente involuntario de inteligencia nazi: al fin y al cabo, vienen a ser prácticamente sinónimos, ya que al menos El que a nosotros nos ha tocado en beatífica suerte nació — *et pour cause!*— en el Génesis y se alojó por un tiempo en el Hotel Sinaí mientras le vendía unas tablas a un tal Moisés.

Terminadas que fueron las querellas por probar su existencia con este o aquel irrebatible argumento, a la prudente Iglesia, multinacional del producto en cuestión, le tocó enfrentar la torva amenaza de la pujante ciencia occidental. Fue la terrible época de aquellos gritos destemplados de cuanto descreído y ateo atravesaba por las aulas de anatomía. «He hundido mi escalpelo en cientos de cuerpos y no he visto jamás alma alguna» llegó a exclamar, en el colmo de la irreverencia y la provocación, un galeno cualquiera, ensoberbecido por el aura científica. Y cuando el astuto Emperador, dispuesto a restaurar todo cuanto la Revolución había derrocado desde la toma de la Bastilla, le preguntó a Laplace por el puesto que ocupaba Dios en su bien aceitado y predecible universo, no vaciló el sabio en responder desdeñoso a Napoleón que para nada necesitaba de semejante hipótesis.

Cambian los tiempos. Herr Einstein en tesitura semejante se limitó a observar que no podía aceptar que Dios hubiera concebido el mundo cual juego de azar, con lo que, *en passant*, legitima al Creador desde la cumbre de la relatividad. Y para que no les quedaran dudas a todos esos ateos descarados que aún siguen citando a Feuerbach o a Stendhal, este Papa polaco acaba de poner a la ciencia en su sitio. La existencia de Dios no es para ser probada por los obtusos huelebichos, pues Dios, son sus palabras, sobrepasa con mucho al mundo científico. Así el Papa le pone límites a la ciencia como un Kant cualquiera, vestido con la armadura de Pizarro: por aquí, al laboratorio, a ser pobres en teología; por ese otro lado, a Dios a ser ricos en todo. Dios queda entre brumas, más allá de la ciencia, dirigiendo el escenario como siempre entre bastidores. Y claro, sólo el Papa lo sabe y tiene la clave para comunicarse y asegurarnos que escapa a nuestro pobre entendimiento. Es el viejo truco de la puerta cerrada: tras ella, todo puede existir. El problema no está en que siempre esté cerrada, sino en que, puestos a hurgar, con malévolas dudas racionales, se haga la más inocente pregunta: ¿cuál puerta? ¿Qué significa «existencia»? Porque si decimos que «existen» los números, «existió» Bolívar y «existe» este periódico, también podemos decir que «existe» Dios. Y la bicicleta y el molino de viento y la silla de ruedas y el sistema monetario. A quien piense que es una imperdonable irreverencia, por no decir blasfemia, comparar a Dios con un billete de banco, que recuerde lo que le pasó a aquel pobre maestro cuando enseñaba la

numeración de los billetes: hay de diez, de veinte, de cincuenta, dijo sin detenerse, de cien y, aquí le tembló la voz, dicen que de quinientos, mientras elevaba los ojos al techo de la miserable escuela.

Los caminos del señor

La noticia es digna del divino Marqués: en Ausburgo, unas Carmelitas han instalado su convento en lo que hasta hace poco había sido un notorio prostíbulo. Idas las pelanduscas, entra el monjío. Para Sade, no había mayores diferencias. Y en general para una imaginación morbosa y anticlerical, muy fin de siglo, que veía a los conventos como enloquecidos serrallos, en los que sus moradores se desataban. Incluso Diderot, en *La Religiosa*, pintó ciertos abusos, inevitables en la soledad enervante de tantas mujeres juntas. Pero hay mucho más en la estimulante noticia.

Que burdel y convento se aproximen es regresar a los orígenes. En un principio, la prostitución comenzó por ser sagrada, de índole estrictamente religiosa: en los templos, mujeres elegidas por los sacerdotes se entregaban a los extranjeros en prueba de hospitalidad y de ofrenda a los dioses. Otras, no menos sacrificadas, llámense ménades o vestales, se mantenían puras para garantizar la inviolabilidad de la ciudad. Donde puede apreciarse que, contra lo que sostienen empedernidos machistas, las mujeres han servido para mucho: para consolar al viajero o para proteger a sus paisanos. Luego, se echaron a perder las cosas y de religiosa en su función la prostitución pasó a ser el conocidísimo oficio de tanta antigüedad y valía. Y las vestales se trocaron en novicias, dueñas, postulantes y recogidas: todas monjas, cortadas del mundo. Por eso, a modo de tardía justicia distributiva, de pronto un lupanar se transforma en convento. Los oficios de la mujer, profano y sagrado, vuelven misteriosamente a encontrarse.

Siempre fue así, sin necesidad de invocar fantasmas freudianos ni castradores ni edipianos. «Te mostraré el juicio de la Gran Prostituta que cabalga sobre todas las aguas», anuncia terrífica la Revelación de San Juan, en el Apocalipsis, como aviso del final de finales, cuando sean las putas las encargadas de administrar la justicia superior. Tal debió sentirlo el atormentado Blake para poder asegurar que así como las prisiones se construyen con las piedras de la ley, los burdeles se fabrican con los ladrillos de la religión. En el puritano Unamuno hay cantos a las excelencias del prostíbulo a la hora de guardar la santidad del matrimonio. Llegó a llamarlo algo así como sentina o desaguadero de las pasiones, lo que revela toda una erótica bien triste de la vida conyugal, suponiendo que tenga sentido unir ambos conceptos. Puesto que las monjitas no lo creen así, se casan castamente con el Esposo imposible, el Celestial. Para librarse de los hombres se entregan a Dios. No dejan de repetir simbólicamente aquel acto de ofrenda sagrada, debidamente purificada.

Volviendo a la noticia: es fácil imaginar ese burdel, que dio paso al convento, como el de Madame Anaís, que solía frecuentar Catherine Deneuve, en una de las grandes realizaciones de Buñuel, *Belle de jour*. Pero los tiempos cambian para peor: han tenido que cerrarlo por culpa del maldito Sida, y la Iglesia, tan

consoladora como de costumbre, tan oportuna en las crisis, compró la casa de mancebía para, debidamente purificada, instalar allí a las recatadas monjitas. Cuán inescrutables, en efecto, son los caminos del Señor.

VUELVE A sentenciar el Papa polaco: «es más fácil vivir sin Dios». ¿Cómo lo sabe? ¿Acaso lo ha intentado? En fin: si lo dice Su Santidad. Pero no deja de resultar raro. Por lo general, han intentado vender el producto de la otra manera: dando facilidades. Hablaba el Cristo con sus discípulos acerca del tamaño de las agujas y del difícil ingreso de los ricos al Reino de los Cielos cuando alguno se atrevió a expresar ciertas dudas (San Mateo, 19:26). Para Dios todo es posible, le cerró la boca Jesús. Es un punto que discutieron mucho durante la Edad Media: si en efecto, todo lo puede Dios, ¿puede por ejemplo cambiar lo pasado? No importan las respuestas; lo que cuenta es la seguridad que poseen los creyentes, teniendo a Dios de su parte. Así, qué fácil. Hasta el mundo, nada menos que todo el universo, con estrellas y planetas, y la tierra toda, llena de animales, mares y plantas, fue obra de apenas seis días. Bien es verdad que de duro laborar, pues exigieron su descansito proporcional. Los creyentes tienen el camino expedito para cualquier explicación por inverosímil que parezca: les basta con remitirse a la misteriosa voluntad del Señor. Va a tener razón Voltaire: si Dios no existiera, habría que inventarlo. Entonces ¿qué habrá querido decir el polaco que se sienta en el Solio Romano con eso de que sin Dios todo es más fácil?

¿Será una confesión *in pectore* de sus dudas? Porque suena a *cri du coeur*: como si no quisiera revelar lo mucho que le cuesta, lo difícil que se le hace sostener su fe en Dios. No deja de tener algo de razón, si uno se para a considerar esa teratología impuesta en el dogma de un Dios que es a la vez tres dioses, pero sólo uno, pero tres, pero uno. Un auténtico acertijo, la religión como charada. O aquello de la transustanciación: eso de que en cada misa el sacerdote convierta simple pan y simple vino en carne, tejidos, nervios, células, y sangre, con todo y linfocitos, que además no lo son de cualquiera, sino del mismísimo Dios, es cosa verdaderamente difícil de tragar. Pero, en fin, son los pequeños sacrificios de la débil razón por contar, a cambio, con la ayuda omnímoda de tan poderoso Ser.

Si al menos hubieran sido los judíos los que se quejasen, pero que se sepa el Papa no sufre de contaminación semita. Faltaría más. Porque aquellos sí tienen de qué quejarse y pueden hablar de dificultades: por empeñarse en mantener el pacto con la divinidad, no siempre les ha ido bien. Dios será todo lo poderoso que se desee, pero a la hora de Auschwitz miraba para otro lado. Bien es verdad que también se distrajo lo suyo a la hora de Hiroshima, aunque no se sabe a ciencia cierta si también tiene que ocuparse de los amarillos como dicen que se ocupa de los suyos, blancos y elegidos. No importa: con todo y esas pequeñas y divinas fallas, vivir con Dios al lado sigue siendo marchar por la calle de en medio: todo facilidades. Porque, en definitiva, lo que no obtenga el creyente en esta vida, consuélase pensando que se lo darán en la otra, con creces. Qué bien.

Difícil, dura y corta es la existencia del ateo. Sólo hay el *nascer* y el perecer, decían aquellos saduceos españoles. Quien así piense, se encuentra de entrada radicalmente solo: sin papacito que lo ampare ni nadie a quien lloriquearle cuando las cosas se pongan duras. Tan difícil es la vida del ateo que, para los mejores, es simplemente absurda: lo mismo podría ser que no ser. Porque el hombre no es una ley matemática, que tiene su razón en sí misma. Si no acepta a un Dios como causa remota, se las tiene que arreglar totalmente solo. Para eso, hace falta un poco más de valor que para refugiarse en la confortable guarida que es Dios para los comodones creyentes.

La relación habría que plantearla al revés: es a Dios a quien le es fácil convivir con el hombre. Porque, sin éste, como notara Camus, sería imposible imaginar un Dios. Lo fácil y lo difícil está aquí abajo: tan es así que de ello depende la existencia misma de Dios.

ES UNA TÍPICA española, pero se la atribuyen nada menos que a Buñuel, quien ante la impertinente pregunta solía responder que él era ateo, gracias a Dios. Lo curioso es que hay más verdad que chiste en la *boutade*: porque sólo creyendo en Dios de alguna manera se puede ser consecuentemente ateo. En efecto: el ateo pierde tiempo y esfuerzo tratando de demostrar lo indemostrable: que Dios no existe. Igual que el creyente racionalista, pues lo mismo es esforzarse en probar la existencia de Dios que intentar hacerlo con su inexistencia. No hay que escandalizarse ni pensar que se trata de ningún problema oscuro. Más sencillo no puede ser.

En principio, no se prueba la existencia de nada. Si acaso, se postula la existencia de algo, que es muy distinto, es decir, se parte del hecho mondo y lirondo de lo que existe y, si no existe, mal podrá tomarse como punto de partida. Querer demostrar su existencia es tanto como darle la vuelta: partir de cero para llegar a la existencia de lo que se quiere probar. Un absurdo. Lo que existe está ahí para ser tomado en cuenta, no es un tesoro oculto que haya que buscar con métodos especiales. Por eso pierden su tiempo los probadores de la existencia de Dios. Si así lo creen, que partan de ahí, pero sólo como creencia, ya que su prueba, además de imposible, no tiene el menor sentido. Sería como querer probar la existencia del unicornio o del caballo alado: existen en tanto seres de ficción y todo es cuestión de saber limitarse a ese tipo de existencia. Algo similar sucede con la noción de un ser supremo. Donde puede verse que aún es más absurdo, por no decir ridículo, pretender probar su inexistencia, que es el empeño y manía del ateo. Ateos y deístas se dan la mano en aceptar algo para luego querer probar su existencia o su inexistencia.

Por eso, como advertía Tierno Galván, el «viejo profesor», conviene no confundir ateísmo con agnosticismo. El ateo cree, el agnóstico, no, que si los ateos no creyeran no perdieran el tiempo en impugnar a Dios. El agnosticismo es, por el contrario, en un sentido, más radical y, en otro, más neutro. Es más radical porque va al fondo del asunto, al no aceptar creencias de ese tipo, pero es neutral al declarar que el Señor en cuestión lo mismo puede existir que no existir: el agnóstico ni siquiera se pronuncia sobre el punto. Simplemente, no pierde su tiempo en semejante asunto. Por eso, resultan patéticos los esfuerzos de los ateos profesionales y militantes, como los comunistas, por desarraigar las creencias religiosas. Primero, porque se equivocan de objetivo: el ateísmo es una doctrina que argumenta en contra de una determinada existencia, no es una posición neutral, arreligiosa, sino todo lo contrario: profundamente religiosa en su creencia de que Dios no existe. Pero también porque supone que va a quitar con argumentos lo que sólo son irracionales creencias. Los resultados están a la vista.

Tómense los dos extremos de Europa (no sólo geográficos): España y la Unión Soviética. España, tras cuarenta largos años de catolicismo integrista y prepotente, presenta el índice más alto de irreligiosidad de toda Europa. En la Unión Soviética, después de setenta años de ateísmo militante y agresivo, un 60% de

su población se declara creyente: setenta millones de ortodoxos, diez millones de católicos, cuatro de protestantes y sesenta millones de mahometanos, sin contar a los díscolos judíos. La lección es brevísima: nada como el ateísmo para que florezca la religión, siendo la inversa no menos verdadera: nada como la religión para despegarse de ella y llegar a pensar por cuenta propia.

MILITANTES Y PITECANTROPOS

DE VIEJO VIENE hablar mal del individuo, el particular, el que no se integra al grupo, llámese Estado, Polis, Partido o Club. En griego, al que hacía rancho aparte, al simple particular, al ciudadano vulgar y corriente que trataba de mantenerse aislado y en lo suyo, se le llamaba «idiota», lo que da la medida del desprecio colectivo. Marx se despacha contra el egoísmo individual y Sartre, en aquella Presentación de su famosa revista (*Les Temps Modernes*, 1945), arremete contra el atomismo burgués que ve a los hombres como *petit pois* en lata, juntos, pero no revueltos. De modo que si no se pertenece, si no se participa, si no se forma parte, uno es un paria, un nadie, un «idiota», para decirlo como Platón.

En verdad, ¿es tan bueno formar grupos? Todo depende de cómo se vean las cosas: con una mínima lectura evolucionista (¿qué otra puede hacerse en el caso del animal humano?), la conducta grupal, comunitaria es la más primitiva. Todos los animales se agrupan, forman comunidades, colonias, pues sólo así pueden sobrevivir frente a otros, semejantes o extraños. El hombre no fue (ni sigue siendo) distinto a los chimpancés: tiende a formar sociedades con jefes y una conducta agresiva hacia los demás. Pueden llamarse como se quiera: tribus, clanes, familias, hordas, naciones, equipos, partidos. Es la forma animal de luchar frente a la hostilidad del medio y de los competidores. No se diga entonces que querer aislarse es una tendencia negativa: si acaso, lo será para la humanidad en tanto especie, no para el hombre como individuo. ¿Para qué evolucionamos? ¿Para seguir agrupándonos como los cercopitecos? ¿Para qué el desarrollo lobular y el neo-cortex? ¿Para responder a un instinto primitivo o para pensar por cuenta propia?

Aún hay más con eso de grupos y sociedades. Hay lo que Lorenz llamó el «entusiasmo militante», sin el cual muchos humanos no parecen poder vivir. Es simplemente una forma especializada de agresión comunal por la que los miembros de una colectividad reafirman su personalidad: por sí mismos no son nada, sino por lo que les ordena el grupo y, sobre todo, por la permanente oposición a otros grupos. No tienen existencia propia; tan sólo existen a través de un carnet, una fe o un uniforme. Siguen siendo especie, no han accedido aún a la categoría de individuos. Mantienen los instintos más primitivos, pero lo hacen en forma perversa. Su perversidad proviene de haber cambiado de objetivo: los animales y los hombres primitivos se agrupaban para luchar y mantenerse gracias a una defensa colectiva. Con el tiempo y el refinamiento material de la sociedad ha cambiado el objetivo básico: ahora se agrupan para defender nociones abstractas (Dios, patria, capitalismo, socialismo) aunque lo sigan haciendo con la misma disposición primaria y animal. De esa manera, ser militante de cualquier partido político o feligrés es seguir siendo un primate, pero con distintos propósitos. Porque en cuanto se le ocurra pensar y desarrollar sus propias ideas, será expulsado del grupo y agredido como principal enemigo a destruir.

No hay por qué ser ingenuos: el individuo tiene la batalla perdida, desde el momento en que sólo podría plantearla en tanto miembro de algún grupo. Por lo demás, siempre habrá grupos, ya que el hombre no lucha porque hay partidos políticos o sectas, sino a la inversa: por ser esencialmente agresivo forma grupos que entre sí se oponen y combaten. Ese cuento del partido único no se lo creen ni los niños chinos: dentro de cada partido «único» hay fracciones y tendencias que se combaten con la misma o quizá más agresividad que si estuvieran fuera y formaran entidad propia y aparte. Si algún día este extraño planeta amaneciera unificado bajo una sola ideología o religión, puede apostarse sobre seguro a que antes del atardecer esa ideología o religión tan católica se habría escindido por lo menos en dos. Vuelta a la misma selva.

DEVALUACIÓN

AL MENOS durante un siglo, los creyentes en ese fetiche llamado Progreso juraban por la historia que la Humanidad (otro fantasma) era cada vez mejor y de una época a otra se va subiendo, como por una escalera. Al final de la escalera, espera el Paraíso o la Sociedad sin Clases o cualquier esperpento semejante.

De que hay cambio, lo hay: es cierto que los hombres juzgan de diferente manera sus acciones; lo que no es tan seguro es que por ello cambie su comportamiento. El fondo permanece; lo que se altera es si acaso la valoración de la conducta humana.

Antes, si se mataba al enemigo ideológico, se ganaba el Cielo. Simón IV, duque de Montfort, pasó a cuchillo una ciudad, la de Béziers, asesinando a todos sus moradores, sin distinción de edad ni sexo, por el grave delito de ser albigenses, otra forma de ser cristianos y creer en la total separación del alma y el cuerpo, lo que no había sido del gusto de Inocencio III. Ni que decir que Simón de Montfort fue reverenciado por la Santa Madre Iglesia. Ahora, cuando Eichmann, Pol Pot o Botha matan judíos, marxistas de otro error, o negros, se les considera criminales de la peor especie. Devaluación.

No se pretenda escapar por la tangente, ya que las acciones siguen siendo las mismas. Antes, a quien en nombre de Dios mataba judíos o mahometanos, se le consideraba un Cruzado, esto es, un caballero de Cristo que llevaba la Verdad a los infieles. Ahora, ¿quién se atrevería a defender las mismas acciones practicadas con igual o aun mayor devoción por los consecuentes nazis? Lástima: si hubieran nacido unos siglos antes, hasta podrían haber dado unos cuantos santos a la católica liturgia. Devaluación.

Antes, sí se oían voces, se tenían visiones y se predicaba media docena de incoherencias, se estaba ante un profeta, un Mesías o una Juana de Arco cualquiera; ahora, a quien pretenda comunicarse con el más allá, se le encierra en un siquiátrico. Por lo que es inevitable preguntarse: ¿Cómo sería el mundo de haber existido tan caritativas y científicas instituciones en aquel entonces? Otra devaluación.

Antes, a quien ayunaba hasta morir, se le hacía santo. Y por cosas peores: a Catalina de Siena la elevaron a los altares por andar comiendo el pus de los enfermos para probar así su buen corazón y su rechazo del mundo de los sentidos. Ahora, a quien no ingiera alimento, se le trata de *anorexia nervosa*. Devaluación.

Antes, a quienes sacaban el corazón de sus prisioneros, lo quemaban en un pebetero y procedían a descuartizar a las víctimas para luego comérselas, se les consideraba un pueblo cultísimo, de avanzada civilización. Ahora, se les condenaría por homicidio, para no hablar del feo delito de la antropofagia. Más devaluación.

Antes, a quienes hablaban otra lengua que no fuera la suya, se les tenía por tocados por el Espíritu Santo, en forma de llamita juguetona sobre la testa, y se les consideraba apóstoles; ahora, a quienes dominan muchas lenguas, todo

lo más se les consigue un puesto en las Naciones Unidas y se les manda a vigilar por el FBI por si son espías rusos. Total devaluación.

Hasta no hace mucho, la virginidad era un valor; ahora, una tara, una vergüenza, un atraso, el estigma típico del machismo sexista. ¿Devaluación o no?

No importa: seguirán creyendo en el progreso.

PROMESAS VANAS

PRIMERO SE llamaron conjuros y propiciaron un complejo arte, el de los exorcismos; sólo pronunciarlos era bastante defensa contra el enemigo malo, escudo frente al inmundo. Después, como todo, se degradaron al secularizarse y ya en plena orgía de mundanal laicismo, se convirtieron en consignas políticas. Pero siguen sirviendo para lo mismo: para alejar el mal, para librarse de lo que se teme. Adviértase que no toda consigna es conjuro: las hay que apenas si llegan a órdenes («¡Adelante!»), otras son deseos imposibles («Proletarios de todos los países, ¡uníos!»), y muchas, falsas conclusiones, auténticas trampas de la fe («Patria o muerte»). Además, están los conjuros, los dormidos exorcismos de la modernidad.

He aquí, si no los más famosos, al menos los más repetidos: «¡No pasarán!». «¡Venceremos!», «¡Nunca más!». Poseen dual naturaleza: a la vez conjuros y promesas. Al mismo tiempo que buscan alejar el mal (fascismo, derrotas, sufrimientos) ofrecen algo: la seguridad de una defensa, de un triunfo, de un imposible. Decir «no pasarán» es tanto como echar fuera los demonios, tranquilizar a los niños convenciéndoles de que no va a venir el hombre del saco, darse ánimos ante el peligro inminente. Gritar «venceremos» es propio de quien sólo conoce la derrota: quien está seguro de algo no tiene necesidad de pregonarlo; no necesita nadie vociferar «moriremos», pues no se menciona lo inevitable. Ofrecer que «nunca más» ha de repetirse algo (el holocausto o los militares argentinos) es desesperado intento de prohibir la historia: el pasado no influye, el futuro no lo duplicará, aquello fue único y, como tal, irrepetible. Promesas, todas promesas.

Por un lado, se promete alejar el peligro; por otro, se anuncian tiempos mejores y, finalmente, hay quienes necesitan creer en la desaparición de sus pesadillas. Todas, promesas vanas. Cuanto más se proclamen, menos se cumplen. Por mucho vocearlas no tienen que ser ciertas. Sólo invocarlas es señal de duda. Todos los fascismos, habidos y por haber, pasaron y seguirán pasando por encima de promesas y cadáveres. Aún siguen esperando la victoria final los que la entonan a gritos. Y lo único que hay de seguro es que jamás se repiten los mismos terrores, sino que múdanse en otros mucho peores, más espantosos, hasta el punto de hacer añorar los pasados. Pero el hombre seguirá vociferando sus huecas consignas porque precisa conjurar el desastre y se niega a aceptar la visión gnóstica de que este mundo no es obra de dios alguno, sino fábrica del demonio, y así van las cosas.

En ocasiones, ante la sostenida inutilidad de tanta promesa, ganas entran de rogar a sus declamadores que, por favor, no continúen esparciéndolas. Cada vez que alguien ha profetizado enfático «no pasarán», pasaron con todo; a cada imperativo alegre de victoria le ha sucedido la aplastante derrota; pedir que «nunca más» es tanto como montar el pararrayos que atraerá la próxima tormenta. Vanas promesas que sólo prueban los temores encerrados en el corazón

humano y su infinita capacidad de engaño al acudir a lingüísticos conjuros, piadosas mentiras, ridículos exorcismos. Silbar en la oscuridad.

CON MENOS nostalgia que desdén, observaba Borges que hace años «bastaba cualquier simetría con apariencia de orden para embelesar a los hombres». Y daba ejemplos, nada inocentes: el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo.

Cierto: hubo una época de creencias y adhesiones a cualquier cosa con tal de que satisfaciera la necesidad de explicar lo que, por muchos esfuerzos que se hagan, siempre será un total absurdo. Epoca de las grandes ilusiones: la humanidad, ese repulsivo conjunto cada vez más peligroso y desbocado, se dirigía hacia espléndidos futuros: o el milenario Tercer Reich para una raza pura y limpia o el paraíso sobre la tierra de una sociedad en la que habría tiempo para todo: pescar en la mañana y leer a Hegel en la tarde (Dios santo: qué aburrimiento). Un porvenir cantarino aguardaba a la vuelta de la esquina: todo era cuestión de un pequeño esfuerzo para que, como los bravos *boy-scouts*, tuviéramos nuestra recompensa al final de la estimulante jornada.

Sopló el helado viento de la más atroz realidad para que se desvanecieran, cual niebla matinal, aquellos fantasmas de la imaginación. Campos de concentración y *gulags* repetidos sin cesar desde las amables tierras de Baviera hasta la tropical Isla de Pinos. En lugar de una sociedad más libre, otra más oprimida y angustiada; en vez de un alegre retozar por rientes prados, un envenenamiento progresivo del entorno natural; en el puesto de la felicidad suma, la mueca trágica del holocausto nuclear.

Siempre duele perder las ilusiones que un día se albergaran; queda el amargo consuelo de lo que se gana a cambio; ahora se sabe, antes se vivía en el engaño, por más que siempre habrá quienes se aferren a la santa ignorancia; más vale vivir engañado en una cápsula de falsa felicidad momentánea que soportar a pie firme la negra visión de la realidad más descarnada. Allá cada quien: o la pasajera beatitud del ignorante o la definitiva desesperanza de la más lúcida conciencia. A la entusiasta época de las creencias y las ilusiones sucedió el tiempo del pesimismo y de la desconsolada madurez. Ahora se sabe quién trae los juguetes.

Pero la atracción del engaño infantil es demasiado grande; la fuerza de los mitos, incontenible en el tonto corazón del hombre; el afán por aferrarse a algo, casi una necesidad biológica. Se anuncia así un tímido retorno de las ilusiones. Hay que ver con qué beata ingenuidad cuélganse los espíritus creyentes de las escasas señales que parecieran mostrar una resurrección de aquel sueño. Ha bastado con que un gobernante soviético sea un poco más astuto y calculador para que levanten cabeza los desanimados y vuelvan a suspirar los crédulos. Todo es posible, aleluya, la libertad vuelve a anunciarse incontenible, el matrimonio del cielo y el infierno no es sólo una pesadilla de Blake. Otra vez el paraíso prometido, otra vez el reino de los milagros, de nuevo la siembra de ilusiones. ¿Será que se anuncia el regreso al tiempo aquel del soñar despierto, al bobo y recon-

fortante juego de descubrir cada mañana los inequívocos síntomas de la primavera que llega y, con ella, otra vez, las risas y los cantos que sostienen tanto como anestesian?

Quizá. Sólo que esta vez hay una diferencia: ahora sabemos. Sabemos que como vienen se van; que las ilusiones son aves migratorias; que lo mismo puede sonreír el cielo como tronar la tormenta. Bastará con que cambie el Secretario General o su humor o su táctica para que todo se agoste de nuevo, para que el frío siberiano cubra las incipientes esperanzas y los entusiasmados de hoy pasen a ser los amargados de mañana. Es lo malo de los regalos: quien los da, los quita. La vida, es decir, este necio caminar hacia la muerte, hay que ganársela a pulso. Del cielo sólo puede caer lluvia radioactiva.

La pesadilla nuclear

La mayoría de los actuales moradores del planeta han nacido en plena era nuclear. La minoría, o lo que es igual, los viejos, ya éramos adultos antes del 6 de Agosto de 1945, cuando el Enola Gay lanzó sobre Hiroshima una bomba, de tres metros de largo y medio de ancho, llamada *Little Boy*, y pasó lo que pasó.

Pero, en realidad, la era nuclear comenzó mucho antes. Comenzó el día en que un hombre llamado Einstein escribió sobre un pizarrón de Berlín la fórmula famosa: $E = mc^2$. Si la energía no es otra cosa sino materia vertiginosamente acelerada, sólo faltaba éso: acelerarla físicamente para transmutarla en energía. Es lo que hicieron, primero Rutherford, en Cambridge, y luego Fermi, en Chicago, con aquel rudimentario ciclotrón que pone a danzar los átomos hasta romperlos y convertirlos en energía liberada.

Desde el momento en que semejante hazaña fue posible, el hombre sintió miedo. No en 1945, cuando la destrucción de Hiroshima y la de trescientos mil seres humanos en pocos minutos, sino algo más tarde, cuando dándose cuenta de lo que había desencadenado, comenzaron los experimentos para seguir adelante con el monstruo nuclear. El primero de tales experimentos se llevó a cabo en un atolón perdido de las islas Marshall, en la Micronesia, con nombre que luego se extendería a ropa femenina: Bikini. Entonces, cuando iban a explosionar la bomba de prueba, hacia la mitad de 1946, corrió un rumor por el mundo centrado en tres palabras: «reacción en cadena». Ya que se temía que, de producirse el experimento, sería incontrolable la energía desatada, que iba a seguir produciendo más energía al contacto con el resto de la materia del universo. El hecho de que nada de semejante patraña fuera verdad no sirvió para que desapareciera el miedo. Y la prueba de que, en el fondo, algo había es que, en efecto, eso es lo que sucede cuando se desencadena la radioactividad de ciertas sustancias inestables, como por ejemplo el uranio-235: no cesan de producir radiactividad, en ocasiones hasta por miles de años. Y la radiactividad, a la larga o a la corta, por destrucción del sistema nervioso, por quemaduras de tercer grado o por cánceres de toda suerte, mata. Así, desde que el hombre ha dominado el átomo, vive con la sombra de otra muerte, esta vez masiva e incontenible.

***

Pero no se libera la energía atómica sólo para matar. Así como la dinamita lo mismo sirve para cometer un atentado o magnicidio que para volar rocas que abran nuevas vías, la energía nuclear puede ser causa de muerte (casos de Hiroshima y Nagasaki, hasta ahora) que de vida: aplicaciones de la medicina nuclear. En forma de energía se la tiene por una fuente más confiable que las tradicionales, las fósiles, carbón y petróleo, ya que existe en cantidades ingentes, dura más y puede ser inducida por el hombre, dueño y señor de tan terrible fuerza. De ahí que surgieran hacia los años cincuenta las centrales atómicas, de las cuales ya hay más de cuatrocientas en el mundo: 93 en los Estados Uni-

dos, 51 en la URSS, 43 en Francia, los países con mayor desarrollo de este tipo de energía. En teoría, el proceso es sencillo: al desintegrarse el uranio radiactivo, por ejemplo, produce energía, que se traduce en calor, por lo cual el agua empleada para enfriar el proceso se calienta a su vez hasta llegar a convertirse en vapor, el cual, conducido a una turbina, producirá electricidad. En vez de emplear la energía potencial del agua almacenada en una represa, en su caída hacia las turbinas, se utiliza el vapor producido por el calor que genera la desintegración de materias radiactivas. Entonces, todo el problema técnico derivado consistirá en lograr controlar la energía así liberada. Ahí empiezan las dificultades.

En 1979, se estrenó una película norteamericana, *El síndrome de China*, con Jane Fonda y Jack Lemmon en los papeles principales. Presentaba la posibilidad de explosión de una central nuclear y el peligro consiguiente, ya que, de fundirse la masa crítica radiactiva y penetrar en la corteza terrestre, podría en teoría seguir su marcha hacia las antípodas, hasta la misma China, y por eso el título. No era una gran película, demasiado didáctica y simplista. Lo que la hizo célebre es que apenas unas semanas después de su estreno, sucedió una catástrofe importante en una de las centrales nucleares norteamericanas, la de Three Mile Island, en Harrisburg, Pennsylvania. Una vez más, la ficción se adelantaba a la realidad. No ha sido el único accidente acaecido en centrales nucleares. Pero aquel fue lo suficientemente grave y espectacular como para que se emitieran tranquilizadoras declaraciones: nunca más volvería a suceder. Hasta que volvió a pasar.

Pasó en Chernobyl, mejor dicho, en Pripyat, aldea ucraniana en la ribera del río de igual nombre. Hace unos años, un 26 de Abril de 1986, no se sabe muy bien por qué, si por error humano o exceso de radiactividad acumulada, pero el caso es que se declaró un feroz incendio que hizo explotar el reactor número 4 de la central de Chernobyl. Tardaron casi un mes en controlarlo y murieron miles de personas más el número indeterminado de los que, en los próximos cuarenta años, morirán a consecuencia de la radiactividad dispersada por el accidente, no sólo en la URSS, sino en buena parte de Europa.

Porque se formó una gigantesca nube, de cerca de un kilómetro de altura, que fue llevada por los vientos, primero hacia el Norte, Finlandia y Suecia, y luego hacia el Sur, Alemania, Francia y aun Italia. Esa nube estaba cargada de sustancias radiactivas letales. Ha sido, hasta ahora, el peor de los accidentes nucleares ocurridos. Y eso que, como aseguran los expertos, se corrió con mucha suerte. En efecto: en primer lugar, por ocurrir de noche, a la una y pico, lo que trajo como consecuencia que en la central sólo trabajaran los técnicos y obreros de guardia y no los miles que de día allí laboran, así como que, en el pueblo vecino, la gente estuviera en sus casas, con lo que sólo recibieron la décima parte de radiactividad que, de haber estado al descubierto, habrían recibido. La misma terrible potencia del incendio hizo que se elevara esa columna gigantesca de entre 500 y 1000 metros, impidiendo que las sustancias radiactivas cayeran directamente en las áreas inmediatamente vecinas. Luego, el viento

dominante, del Sur, arrastró esa columna hacia regiones boscosas, muy poco pobladas. Y por último, se corrió con la inmensa suerte de que, no sólo en ese momento, sino en los días y semanas subsiguientes, el tiempo se mantuviera predominantemente seco, que de haber llovido o habido humedad, la radiactividad se hubiera condensado y habría caído pronto a tierra. Aun así, fue un accidente terrible: por el número de víctimas y por las consecuencias futuras. Hay un dato que, además de probarlo, permite extrapolar hacia otras situaciones. Además de emplear el gobierno soviético todos sus grandes recursos técnicos y humanos para ayudar a las víctimas, recibieron una importante ayuda del mundo occidental. Expertos norteamericanos e israelíes, especializados en transplantes de médula ósea, fueron a Moscú a colaborar con sus colegas soviéticos. Aun así, pese a los enormes recursos empleados, de hecho todos fueron impotentes para tratar a más de trescientos heridos graves que, en su mayoría, perecieron. No es exagerado pensar qué sucedería en el caso de una conflagración nuclear a escala mundial, cuando estallaría el equivalente de miles de reactores de Chernobyl. Hay que tener en cuenta que sólo para controlar el incendio y someter el reactor al descubierto, escupiendo al espacio toneladas de materia radiactiva, necesitaron los soviéticos casi un mes. Para evitar el peligro de fusión del núcleo radiactivo y su penetración en el globo terráqueo («síndrome de China»), tuvieron que inyectar nitrógeno líquido en el suelo bajo el reactor a fin de endurecer la superficie, protegiéndola de la posible penetración. Y finalmente, encerrar al monstruo desencadenado en un inmenso y grosísimo sarcófago de cemento y plomo, que lo mantendrá allí teóricamente por muchos siglos, tantos como dure su poder de desintegración radiactiva.

***

El sueño nuclear, con el que buena parte de la humanidad ha creído solucionar sus ingentes problemas de energía, nace del empleo pacífico de la potencia contenida en el seno de la materia, una vez que se logra desintegrarla atómicamente. Así, en vez de depender de la energía fósil, acumulada por milenios en el subsuelo, el hombre comenzaría a sustituirla con energía nuclear que, además de ser supuestamente más barata, es prácticamente ilimitada. Pero son muchos los que, tras el accidente de 1986, piensan que la catástrofe de Chernobyl marca el fin del sueño nuclear. O más bien: el sueño trocado en pesadilla.

HITLER SOÑÓ con un «nuevo orden» en Europa, pero a veces, en lugar del predominio alemán o la superioridad de la raza aria, hablaba de la «vocación europea» en el mundo. Tras su derrota, los aliados occidentales lo siguieron pensando por él, forma suave de decir que el nazismo no murió del todo. Porque de allí salió un «nuevo orden» que ahora también se derrumba. Y porque gracias a Hitler pudo Stalin levantar el Gran Imperio Soviético que habría de durar medio siglo largo.

Lo primero que se derrumba es la reorganización de Europa, comenzando por la división de Alemania. Es muy fácil hacerse lenguas del «milagro alemán» y compararlo, despectivamente, con la pobreza y menor desarrollo de la parte de Alemania hasta hace poco marxista. Pero se olvida que mientras los rusos se llevaron hasta el último tornillo para resarcirse de sus pérdidas, los occidentales dejaron intacta la industria alemana, la misma que, por lo demás, aun en pleno nazismo, no había dejado de estar asociada al gran capital anglosajón: la IG Farben, a la vez que fabricaba hornos crematorios y Zyklon B, era una filial de la Standard Oil neoyorquina y de la Imperial Chemical de Su Graciosa Majestad Británica. Pese a todo, los alemanes orientales se alzaron hasta el décimo puesto en la industria mundial. Justo el que tenía Checoeslovaquia al principio de la guerra; por su parte, los pobres checos bajaron, gracias a un peculiar socialismo anti-primavera, al nivel del Perú, que ya es bajar.

El año 1989, el que viera el principio de la desintegración imperial soviética, sirvió para que una Comisión oficial de historiadores de la URSS denunciara los pactos secretos que en 1939 firmaron Hitler y Stalin para repartirse la Europa oriental. *Corso e ricorso* de la historia: al final de la Primera Guerra Mundial, se rompió el Imperio zarista, del que salieron Finlandia, las repúblicas bálticas y parte de Polonia. Veinte años después, gracias al pacto germano-soviético, los pedazos volvieron a juntarse otra vez en forma de Imperio. Salvo Finlandia, todo volvió al seno de la Santa Rusia, convertida en Unión Soviética. En 1945, en Yalta y Potsdam, se consagró la reconquista. Y por si fuera poco, del 45 al 48, los soviéticos extendieron su zona de influencia con un cinturón protector de estados-títeres, desde Polonia a Bulgaria. Dentro y fuera, el Imperio volvía a cobrar forma. Lo que Lenin llamara «cárcel de los pueblos», en la época zarista, volvió a convertirse en prisión stalinista de las nacionalidades. Desde la ucraniana a la tártara. Por otra parte, vieja vocación expansionista pan-rusa.

Dícese que las cúpulas acebolladas de San Basilio, en Moscú, son ocho para rememorar otras tantas cabezas cortadas de caudillos musulmanes, derrotados por Iván el Terrible, primer zar expansionista. Pero los mahometanos, en sus diversas sectas, son tan sólo una de las etnias vasalladas por el imperialismo soviético. Ahora, con el inicio de la desintegración, levantan cabeza: ya han comenzado en el Cáucaso a reclamar la independencia y su ruptura total con la Unión.

Hace doce años, en 1978, la historiadora francesa, Hélène Carrière d'Enclause, comenzó a hablar de *l'Empire éclaté*: su explosión ya se ha iniciado. Y lo más grave es que los nacionalismos en la URSS no sólo son centrífugos o externos: también existe, y quizá sea el más peligroso, el nacionalismo central o gran-ruso, agrupado en torno al partido *Pamiat* (Memoria), chovinista, racista, antisemita y ultra-religioso. La desintegración es también interior.

Son tan diversas las corrientes desintegradoras de la federación soviética que algunos teóricos, como Guseinov, pronostican a mediano plazo tres modelos o focos nacionalistas en el territorio de la URSS: el modelo libanés, en el Cáucaso, con divisiones y querellas religiosas y raciales; el modelo centroeuropeo, en el Báltico, con países probablemente asociados a la Comunidad Europea, y el más atrasado, el modelo latinoamericano, en Siberia, con una independencia apenas nominal, pero aun sometido económicamente al gobierno central.

La Europa vigente hasta 1989, artificialmente diseñada en Yalta, era una Europa dividida y subdividida. Lo que está desapareciendo son las divisiones. Ante todo, la gran división entre Este y Oeste, entre socialismo y capitalismo, entre Pacto de Varsovia y Nato. Pero también Europa estaba dividida en su corazón: dos Alemanias y, a su vez, dentro de esa división, otra más: dos ciudades en un Berlín cortado por la fea cicatriz del muro. Todo eso se desvanece. Los alemanes se abrazan y no piden ni salchichas ni socialismo ni betamax: piden reunificación, una *einig Deutschland*, que terminarán por tener, quizá en forma de una Confederación, según el viejo modelo bismarckiano. Los polacos, qué remedio, bajan la cabeza y aceptan, otra vez, la bota germana: Kohl no los visitó para descargar retórica, sino para comprar voluntades: tres mil millones de dólares y otro tanto en créditos compran muchas. Recordándoles, de paso, que Alemania tiene que cumplir un «destino histórico». Léase: unas fronteras que rectificar y quizá unas tierras (Silesia, Pomerania) que reclamar. Los polacos se estremecen, pero tienen que comer. Los húngaros no se han andado por las ramas: ya han pedido su incorporación al Consejo de Europa y solicitan lo que les supuso la invasión soviética en 1956: dejar el Pacto de Varsovia. Los rumanos enjuician a todo el Partido Comunista previamente declarado ilegal. El «telón de acero» que Churchill inventara en Fulton, en 1948, se está derritiendo a ojos vista.

Pasado el asombro, la primera reacción ha sido de alegría: Europa se ha reencontrado a sí misma y Gorbachov, con eso del «hogar europeo», recuerda a De Gaulle, cuando prometía una Europa del Atlántico a los Urales. Deja de hablarse de la Europa del Este y vuelve a usarse la vieja denominación de Europa Central, *Mitteleuropa*. Desde los noruegos a los griegos, todos se emocionan ante la reconciliación de los hermanos alemanes. Ahora que la pesadilla parece haber llegado a su fin, se calibra la enormidad de aquel hecho monstruoso. Piense alguien por un instante que su propia ciudad (Maracaibo, Caracas) quedase cortada en dos por un muro infranqueable so pena de muerte: total aberración. Sólo que, una vez pasada la alegría inicial, comienza la hora de reflexionar sobre las consecuencias. Ante todo, el temor ancestral a una Alemania unida y

poderosa. De hecho, aun en forma inconsciente todavía, el 9 de Noviembre comenzó otra pesadilla en reemplazo de aquélla. No por recurrente, menos obsesiva: la pesadilla de un nuevo Reich alemán.

Lo más triste del mentado artículo de Francis Fukuyama, oscuro funcionario del Departamento de Estado, es que tiene razón aplicado a sí mismo. Su nada original tesis del «fin de la historia», además de repetir mal a Hegel, juega con el equívoco del término: sólo ha querido decir «fin de las ideologías», esto es, lo que ya dijeron antes muchos otros, entre los cuales, Aron, mucho mejor expresado que el pobre Fukuyama. Pero tiene plena razón si se entiende que en esta época no hay ninguna gran teoría histórica digna de compararse con el marxismo. El artículo del propio Fukuyama es la mejor prueba de la pobreza ideológica en que ha caído el mundo al final del siglo y el hecho de que tan ramplón trabajo haya tenido tal resonancia sólo confirma la penuria de pensamiento.

Sin embargo, *malgré* Fukuyama, más de uno se ha atrevido a teorizar cómo serán las cosas en la década de los noventa. En el británico *Sunday Times*, alguien ha sostenido que el fin de siglo estará dominado por dos acontecimientos mayúsculos: el derrumbe definitivo de la URSS y el surgimiento del Cuarto Reich como superpotencia europea. Dentro de la propia Alemania Federal, la división es notoria entre «atlantistas», partidarios de seguir uncidos a la cada vez más debilitada economía americana, y «europeístas», donde se sitúan los socialdemócratas, con Willy Brandt al frente, decididos a crear un «nuevo orden», esto es, dispuestos a explicitar las contradicciones crecientes de la Nato y a profundizar la guerra económica ya comenzada con USA. En tal caso, toda la Europa llamada hasta hace poco del Este giraría en torno al polo de atracción germano, que pasaría a dirigir *volente nolente* la política de una Comunidad Europea ampliada, mientras que Japón y los tigres asiáticos menores (Corea, Taiwán, Singapur) dominarían la escena desde Siberia a Hawai quedándole a Estados Unidos el eterno patio trasero, es decir, Latinoamérica.

Dentro del Continente americano, en esa misma década no es difícil profetizar el fin del bastión stalinista cubano. No hay sino que leer los últimos discursos de Castro para percatarse del pánico que domina a los comunistas en la isla. Tras confesar que está asombrado por los recientes acontecimientos, incurre en la pregunta retórica: «¿Dónde vamos a parar por estas vías?». Para terminar amenazando abiertamente con un final apocalíptico: «Quién sabe en qué momento las dificultades objetivas del mundo nos obliguen a un máximo de heroísmo. A lo mejor un día tenemos que aplicar la guerra a todo el pueblo para la supervivencia de la revolución». Lo mismo pensó Ceaucescu. Y antes que ambos, Hitler. Coincidirían principio y final, en la vertiginosa caída del Arturo UI tropical. Porque conviene recordar que el primero en lanzar aquello tan operático de «la historia me absolverá» fue Hitler, en el juicio que le siguieron por el fallido *putsch* de Munich. Con o sin Fidel, el mundo del nuevo siglo retomará un aspecto ligeramente orwelliano: tres grandes bloques enfrentados económicamente.

De momento, todo son fiestas y celebraciones, como esa locura colectiva que les entró a los alemanes la noche última del año, junto al muro y encima de él. Hasta Marlene Dietrich, la gran e inolvidable Lola-Lola («*Ich bin von Kopf zu Fuss zu Liebe eingestellt*») ha anunciado en París que va a regresar a buscar la maleta que, como dice en una de sus más conmovedoras tonadas, un día dejó olvidada en el viejo Berlín. Todos regresan: Rostropovich y Nureyev, a la URSS, y Ionesco y Cioran, a Rumania.

Pero tras la fiesta vendrá el despertar: ratón, cruda, resaca. Porque los problemas subsisten incluso agudizados y los personajes depuestos sólo están agazapados, en la sombra, esperando también su retorno burocrático. Recuérdese lo que contó London: los «referentes» o torturadores policíacos que lo interrogaban en el régimen comunista eran los mismos que habían servido lealmente a la Gestapo durante la ocupación alemana.

Pasada la alegría, muchos ciudadanos del Este de Europa descubrirán otro muro, mucho más alto e impasable, el de la sociedad del dinero, en donde sólo vale tenerlo y en abundancia. Entonces vendrán nuevos lamentos, otras reflexiones y probablemente, otra vez algún gran pensamiento utópico, en forma de propuesta, que vuelva a poner en marcha esa historia que el señor Fukuyama ha pretendido detener con dieciséis ridículas páginas desde una oficina de Washington.

La desaparición de las ideas antiguas coincide con la desaparición de las antiguas condiciones de existencia.
K.Marx: *Manifiesto Comunista*

El comunismo no es una amenaza: es una industria parásita que se nutre de los errores que comete Occidente.
J.Le Carré: *The Russian House*

MÁS QUE EN cualquier otra doctrina, en el caso del marxismo se impone distinguir entre «ideología» y «filosofía». Por un mínimo de coherencia interna, se entenderá por «ideología» la concepción política resultante de la aplicación de las grandes tesis marxistas a aquellas sociedades revolucionarias que en su día se reclamaron de un ideal socialista/comunista. Mientras que «filosofía» será la expresión libresca del pensamiento clásico que cubre desde Marx-Engels hasta Lenin-Trotski, pasando por Lasalle, Kautsky, Bernstein *et alia*. Entre sí, las relaciones de ambos conceptos no son coextensivas: dentro de la filosofía marxista, la ideología comunista es un subconjunto perteneciente a la expresión política propia de países y movimientos oficialmente revolucionarios.

Sucede que tanto filosofía como ideología han colapsado, si por colapsar se entiende perder la vigencia tanto teórica como política e histórica que en un momento tuvieran. Sólo que, y de ahí la necesidad de distinguirlas, han colapsado en distintos tiempos y con diferentes consecuencias. Por ello, se manejará otra distinción: «colapso» no significa desaparición, destrucción, sino, si acaso, eclipse, ocultamiento, que, como todos, puede ser momentáneo. Convendría tener presente que, si se atiende a la marcha de las ideas, aquí también podría enunciarse una suerte de ley de conservación de la materia. Y si a ella se agrega la muy conocida leyenda del inevitable retorno de los fantasmas ideológicos, nada garantiza que no puedan reaparecer en cualquier momento del futuro, aun con rasgos notablemente alterados. El aristotelismo sufrió un eclipse de dieciséis siglos hasta resurgir en Occidente, bajo el disfraz de filosofía cristiana en la Sorbona, tras haber representado el papel de doctrina musulmana en la Córdoba de Averroes.

***

El colapso de la filosofía marxista es antiguo; data de diferentes momentos. La filosofía marxista totalista, convertida en *summa metaphysica*, que lo mismo explicaba la marcha de la historia (materialismo histórico) que el comportamiento de la naturaleza (materialismo dialéctico: *Diamat*), quedó desprestigiada casi en el momento mismo de su formulación, realizada más por Engels que por Marx y en todo caso codificada por los editores socialistas, en Berlín, de

la MEGA (*Marx Engels Gesamtsausgabe*), primero, y luego por la Academia de Ciencias de la URSS.

Ni la ciencia de fines de siglo, eminentemente mecanicista, ni la ciencia física de principios del XX, que se estrena con la teoría de la relatividad, permiten hablar de unas supuestas leyes dialécticas. Mucho menos a partir de 1927, cuando las leyes de indeterminación de Heisenberg prueban que hasta el rígido determinismo en que se apoyaba la visión lineal y causalista de la filosofía marxista caía por tierra. Aun hay otro momento más significativo en el temprano eclipse de la filosofía marxista. Es el efecto que produjo el choque con las tesis revolucionarias del Círculo de Viena. El empirismo lógico y su maniquea distribución de las ciencias (que aún subsiste en la partición metodológica entre «ciencias duras» y «blandas») colocó inevitablemente al marxismo en el execrado rango de una metafísica, esto es, una teoría especulativa sin asidero ni en el campo físico-natural ni en el dominio lógico-matemático, sino si acaso en el limbo de las creaciones metafóricas. La puntilla se la asestó la estricta metodología popperiana con su criterio de falsabilidad como recurso ineludible de clasificación y legitimación de las ciencias. Desde entonces, toda disciplina que no suministre sus propias posibilidades de contrastación y posible falsación no será tenida por producto científico digno de respeto. Ahí cayeron a la vez el sicoanálisis y el marxismo, por algo creaciones decimonónicas de remota raíz cabalística, según Arendt.

Con posterioridad, todos los intentos filosóficos por revitalizar al marxismo han pecado de dos graves defectos: o tienen que acudir al recurso del injerto para fundamentar un sistema filosófico digno de la etiqueta de «científico» o se limitan a practicar la inacabable faena heurística de descifrar una y otra vez los mismos textos consagrados. Así, puede sostenerse que, en los últimos cincuenta años, el marxismo o ha practicado la simbiosis (con el existencialismo, con el sicoanálisis, con el estructuralismo) o se ha reducido a la hermenéutica de sí mismo. A eso se lo denomina aquí «colapso».

Pero el mundo parece estar más atento al otro, al colapso ideológico del marxismo. Lo que es comprensible, pues que un sistema filosófico se eclipse, además de apenas notarse, es algo que sólo interesa a media docena de estudiosos del tema. Pero si el colapso se produce en el área de la ideología, que afecta a los hechos políticos cotidianos y a la historia inmediata, hasta el llamado hombre de la calle lo siente y todos se interrogan sobre el fenómeno.

La primera observación a hacer sobre el derrumbe de la ideología marxista es que conviene tener presente que el marxismo se colapsa a través del socialismo real, en la variedad conocida como marxismo-leninismo.

En lo esencial, el leninismo significó, dentro del marxismo, por un lado, la suplementación de la teoría histórica y, por otro, una adaptación política muy determinada. La suplementación tiene que ver con la hipótesis del imperialismo como fase superior y sucesiva del capitalismo. No se trata de un agregado inocente, sino de una transformación profunda de la doctrina original marxista. El marxismo clásico había situado en el capitalismo el término de la evolu-

ción irracional e incontrolada de la historia. Tan pronto fuera superado el capitalismo por un socialismo planificado y racional comenzaría a correr la verdadera historia de la humanidad. Con Lenin sucedió lo que con San Agustín y los cristianos. Todavía los primeros predicadores, incluyendo a Pablo, decían que el Reino de Dios lo habrían de ver llegar los hijos de quienes les escuchaban; o cuando menos, los hijos de sus hijos. Luego, dejó de fijarse una fecha tan próxima y ya en Agustín de Hipona surge la teoría de las dos ciudades (*civitas dei/civitas diaboli*) para justificar que la lucha sea larga y que, por ahora, no hay que esperar el advenimiento del Reino prometido. En nuestros días, los evangélicos y demás sectas que andan anunciando lo de «Cristo viene» pertenecen a la especie primitiva del cristianismo, la que hablaba en términos de una inminente liquidación de la historia. Prueba viviente de que ninguna doctrina muere del todo. Por su parte, Lenin percibió que el capitalismo aún habría de durar un tiempo y de ahí el desarrollo de la hipótesis del imperialismo, como una etapa más de la historia, algo así como el capítulo que se le había olvidado a Marx. Modificación teórica importante que tuvo su traducción práctica, de la que los seguidores de Lenin, de Stalin a Jruschov, supieron aprovecharse.

Haber aceptado que el capitalismo puede continuar en forma de nuevas y más complejas fases de explotación es lo que llevó a intensificar la lucha de clases, ya que eso era índice de que sólo así se podía acelerar la descomposición del sistema enemigo. Pero además y sobre todo, si el capitalismo, en su expresión suprema o imperialista, es cada vez más fuerte y agresivo, menester será oponerle un Estado igualmente fuerte y organizado; otra vez, el dualismo de las dos ciudades o imperios, el bueno y el malo. De ahí, la justificación, en primer lugar, de la existencia misma de la URSS, en oposición a las tesis de la revolución mundial (Trotski), en tanto primer estado socialista aislado del resto del mundo y, en segundo término, la subordinación de los movimientos revolucionarios a la causa soviética, que era la que llevaba el peso en la lucha final contra el imperialismo. Dentro de semejante esquema hay que situar y comprender las relaciones del comunismo soviético con los movimientos revolucionarios mundiales, desde el intento fallido de globalización trotskista hasta la Revolución china y los movimientos de liberación nacional de los países del Tercer Mundo. Todos habrían de organizarse piramidalmente, con la URSS en el vértice, para así mejor enfrentarse al imperialismo, «fase superior del capitalismo». Esa misma organización rígidamente vertical y jerarquizada en la táctica internacional ayuda a entender el segundo y más importante cambio que introdujo el leninismo en el cuerpo de la doctrina marxista: el llamado «centralismo democrático», forma eufemista de designar la organización rígida y vertical de los partidos comunistas. Aun más: hasta Lenin, ni siquiera existía el Partido Comunista en tanto tal, sino un Partido Socialdemócrata, derivado directamente del marxismo. Escindido, como se sabe, en aquellas dos fracciones, la menchevique o minoritaria, y la mayoritaria, bolchevique, se dejó llevar por ésta que preconizó la toma del poder directamente por el Partido y no como efecto de un gran levantamiento popular y, posteriormente, la implantación de la «dictadura del

proletariado». Sólo que para llegar a tal estadio lo primero que se hizo fue comenzar por implantar otra dictadura, la del Partido Comunista, y aun más específicamente, la del Comité Central, y ya con Stalin, la del Secretario General. A semejante reducción de los órganos legales del poder y a esa concentración de todo el poder en un vértice superior indiscutido y autoritario es a lo que se dio el nombre de «centralismo democrático», característico del leninismo. Donde puede apreciarse que cualquier intento de reestructuración (*perestroika*) tiene que ir dirigido de hecho contra las tesis básicas leninistas. Un partido que no sea ni el único ni el organizado piramidalmente ya no será un partido comunista-leninista. Esta es la variedad que ha entrado en crisis y que está colapsando a ojos vista en los países del llamado socialismo real.

Esta última denominación obliga a otra distinción. Entiéndese por «socialismo real» el existente en países con esquema político leninista en el poder. Esto es, la URSS y los países satélites de Europa Central, China continental, Corea del Norte, Vietnam, Camboya, Laos, Albania, más, en el Continente africano, Etiopía, Angola y Mozambique, y en el americano, Cuba. Se supone que lo de «socialismo real» es término que se opone a otro, que sólo sería «potencial», y aun a un tercero, que sería meramente «ideal», y que estaría representado por la socialdemocracia no-leninista (sistemas de gobierno escandinavos y de Europa meridional, en este momento: 1990). El «socialismo potencial» lo representaron por un tiempo los partidos comunistas de los países no-comunistas, en particular, dos grandes organizaciones, el PC italiano y el francés. Se introduce la distinción para señalar que el colapso del marxismo-leninismo comenzó primero en la periferia, es decir, precisamente en esos representantes del «socialismo potencial», propio de los partidos comunistas exteriores al ámbito de poder geopolítico soviético. En especial, el PC italiano había comenzado a dar muestras de *aggiornamento* o *perestroika avant la lettre*; luego siguieron otros, hasta el punto de constituir, en los años setenta, por iniciativa del PC español, el llamado «eurocomunismo», que propugnaba el abandono de la lucha de clases y la dictadura del proletariado. Por lo que el colapso, dentro del propio leninismo, también debe ser matizado. Porque primero se produce en la periferia (los partidos comunistas de Occidente) y sólo finalmente, alcanza al corazón mismo del sistema. Con variaciones en semejante transformación. La más importante correspondió a la denominada «primavera de Praga»: en 1968, intentaron los checos una transformación del leninismo que fracasó por la intervención del leninismo central eurosoviético bajo la forma de una ocupación militar del país, seguida de la correspondiente represión de los reformistas. Lo que en la actualidad lleva a cabo Gorbachov en la URSS es lo que había comenzado Dubcek en Checoeslovaquia hace veintidós años.

***

Una cosa es comprobar el fenómeno del hundimiento del marxismo-leninismo, situándolo en su contexto histórico-geográfico, y otra, más especulativa, es tratar de indagar qué causas lo provocaron.

Con independencia de las circunstancias azarosas (personalidad de los dirigentes, momento histórico, tensiones internas), habría que comenzar por señalar la razón más profunda: el marxismo-leninismo cometió el error táctico de apostar todo el capital teórico a la carta práctica y material del éxito económico. Es aquello de que el comunismo quedaba reducido a la fórmula simplista de «electricidad más soviets» y se reducía a la elaboración de planes quinquenales rígidos destinados a incrementar la industria pesada, agotándose en ello toda la posibilidad expresiva de una doctrina de pretensiones sociales y humanistas. Es posible que de no haber ocurrido la Segunda Guerra Mundial el colapso hubiera sobrevenido antes; pero no tanto la guerra cuanto sus consecuencias geopolíticas (anexión de regiones y expansión en zonas de influencia) le permitió a la Unión Soviética recibir un segundo aliento para continuar con su plan leninista de industrialización forzada. Conviene recordar que prácticamente toda la industria alemana oriental y la checoeslovaca fueron desmontadas y trasplantadas a la URSS, para no mencionar a los nuevos mercados cautivos de que dispuso durante los años de la llamada guerra fría. Como fuere, ha resultado evidente para fines de los ochenta que el sistema estaba llegando a su agotamiento más completo, a saber: incapacidad de mantener una economía basada en la casi exclusiva producción de maquinaria pesada y militar, pero no de precisión tecnológica, con la consiguiente carencia de artículos de primera necesidad, sobre todo, en el orden agropecuario. Si a ello se agrega el desarrollo de un estado fuertemente militarizado, esto es, dedicado, según los más ortodoxos principios del leninismo, a armarse cada vez más para la esperada confrontación final con el enemigo imperialista, se comprenderá que en la práctica haya terminado por colapsar. Por una muy importante razón de fondo, contenida en la propia doctrina leninista.

El leninismo le había corregido la plana al marxismo original. Según el marxismo clásico, el capitalismo poco menos que se derrumbaría sólo a consecuencia del cúmulo de contradicciones que generaba. De esa manera, un buen socialdemócrata, marxista puro, no tenía sino que ponerse a mirar o, todo lo más, que es lo que hicieron los socialdemócratas alemanes y franceses de principio de siglo, acelerar la caída mediante una profundización de esas contradicciones, que lograban mediante reclamos salariales, huelgas, sindicalismo fuerte. Pero la estrategia leninista iba a ser muy diferente. Puesto que comienza por reconocerle al capitalismo poder para perpetuarse en forma de imperialismo, y le otorga a éste una naturaleza agresiva, expansiva y todavía más organizada, sólo podrá ser derrotado mediante un enfrentamiento directo y total. Ya no se trata de sentarse a esperar a que se derrumbe el enemigo, sino de luchar directamente con él hasta derrotarlo. Tesis famosas y puramente leninistas del Che Guevara y sus ofertas de múltiples Vietnams en todo el mundo.

Ahora bien, la URSS, en tanto avanzada leninista en el planteamiento de una batalla singular y a muerte entre dos sistemas, ha estado rearmándose para el gran y definitivo enfrentamiento durante toda su existencia, en particular, desde 1945, fin de la Segunda Guerra Mundial y momento en que las tesis leninis-

tas se le hicieron más patentes y manifiestas a Stalin, pues el mundo parecía haber quedado efectivamente reducido a dos bloques opuestos: sólo era cuestión de tiempo que se produjera la gran batalla, el Armagedón esperado. Pero el tiempo ha pasado y no sólo la URSS no le ha dado la batalla al imperialismo, sino que cuando lo pudo hacer, no la dio (caso de los cohetes en Cuba, en 1962) y cuando emprendió alguna batalla periférica, de desgaste (casos de Corea y Afganistán) los resultados fueron tan poco satisfactorios como los del imperialismo, por su parte, en Vietnam. Y sobre todo, porque de haber seguido con la línea leninista de enfrentamiento total, tendrían que haber desarrollado una tecnología de la que en definitiva no son capaces por las mismas limitaciones de una política de industrialización limitada y unidimensional. En este sentido, hay que aceptar que la amenaza de la llamada «guerra de las galaxias» contribuyó definitivamente al colapso interno de la línea leninista. En efecto: para poder competir exitosamente en terreno tan avanzado, la URSS hubiera necesitado poseer una industria informática de punta y unos recursos materiales de los que carece. De esa manera, hacia 1984 (fecha simbólica en lenguaje orwelliano) se vio claro (probablemente así lo hicieron quienes ahora en la URSS dirigen la reforma) que durante todo ese tiempo se habían estado preparando, en una suerte de puja creciente, o pulso, para la gran batalla, pero que les era imposible seguir subiendo la apuesta: no iban a estar en condiciones de aceptar el reto de un enfrentamiento tecnológico-bélico en el espacio exterior, que es lo que significaba la tal guerra de las galaxias. Tuvieron que renunciar al enfrentamiento final y, al hacerlo, renunciaron al leninismo, o cuando menos, al objetivo impuesto de alcanzar al enemigo para algún día estar en condiciones de ganar la batalla decisiva.

Lo más curioso de todo es que ese abandono y consiguiente colapso han sobrevenido sin que el enemigo teórico (capitalismo/imperialismo) haya cambiado de naturaleza. No es que los soviéticos reformistas hayan llegado a la conclusión de que ya el enemigo ha dejado de ser tal y que, por lo tanto, no tiene mayor sentido continuar el enfrentamiento, sino que han reconocido que no están en condiciones de oponerse abiertamente con posibilidades de ganar. De ser en efecto así, ello significaría que no ha cambiado la estrategia, o visión a largo plazo, sino tan sólo la táctica momentánea. Hasta nuevo aviso, hay que suponer que la estrategia comunista sigue siendo la misma: triunfar en definitiva sobre el capitalismo; lo que ha cambiado, una vez más, es la forma de lograrlo. Que se acepten para eso técnicas y procedimientos tomados del enemigo mismo, tales como economía de mercado, pluralismo democrático y similares, tampoco debe sorprender tanto, puesto que algunas de tales variaciones tácticas también fueron adoptadas en vida de Lenin, cuando éste se vio obligado a introducir la llamada Nueva Política Económica. Es apenas una aplicación del conocidísimo apotegma táctico leninista de los pasos atrás y adelante: sólo indica el empeño de continuar por el mismo camino, aunque sea al precio de retrasar el ritmo de la marcha. Está por ver si lo que de momento se presenta como un simple cambio táctico no se va a convertir con el paso del tiempo en

una transformación más radical y definitiva. Puede ser que, a fuerza de aplazar la liquidación del capitalismo, los países que queden acogidos a un vago socialismo terminen por adaptarse al detestado sistema capitalista, por más que al principio y sólo nominalmente lo nieguen. También la Iglesia cristiana de los primeros tiempos se negaba a aceptar la realidad material de este mundo y los fieles practicaban el celibato mayoritariamente y se dedicaban a vivir en comunidades pobrísimas que todo lo compartían; con el tiempo, la Iglesia aceptó que este mundo demoníaco iba a durar más de lo previsto y llegó a integrarse tan bien en él que el Vaticano se convirtió en uno de los Estados fuertes de la Cristiandad, con ejércitos y bancos a su servicio. Ello no quiere decir, líbreles el Señor de semejante apostasía, que hayan renunciado definitivamente al Reino Celestial, sino que por ahora y mientras llega el anunciado fin de los siglos se arreglan bastante bien con éste de la tierra, por muy pecaminoso y deleznable que sea. El socialismo marxista puede subsistir nominalmente como tal y aun con sus símbolos intactos: la hoz y el martillo, representativos de un proletariado cada vez más lejano y romántico; la efigie sacralizada de Lenin en los muros, en los salones y en los sellos oficiales, pero también en los billetes y probablemente en las tarjetas de crédito que se emitan con el sistema capitalista.

Todo lo cual parece indicar que no habría que entender el colapso marxista como un derrumbe físico o histórico de una envergadura tal que vaya a ser inmediatamente seguido por una restauración de la dinastía de los Romanov o por la cristianización o catolización de todas las Rusias como esperarían los creyentes en las profecías de Fátima.

***

El abandono, más que hundimiento, el momentáneo eclipse de una determinada *praxis* ideológica, la leninista, pareciera más bien apuntar hacia la revisión a fondo de la teoría sobre la que se contruyó dicha *praxis*. Esto es: con independencia de los fracasos reales de la sociedad soviética (penuria, mala distribución, burocratismo, corrupción), es lícito preguntar si ello no se deberá en el fondo a que la doctrina sobre la que dicha práctica se levantó es una doctrina esencialmente errada y negativa. O lo que equivale: a estas alturas, parece no haber mayor duda acerca del colapso del socialismo real y de sus prácticas políticas y económicas, pero ¿quiere ello decir que también ha fracasado el marxismo en tanto doctrina general y de trasfondo sobre la que apareció y se construyó ese socialismo real?

No necesariamente tiene que ser así. El marxismo como doctrina o filosofía política no es mejor ni peor que muchas otras del siglo XIX, donde surgiera y al que fielmente representa. Trátase de una filosofía racionalista, coherente y predictiva. Quizá en este último punto es en donde se encuentre su talón de Aquiles, ya que, en sus dos grandes predicciones, a saber, la pauperización progresiva e indetenible del proletariado y la descomposición interna del capitalismo arrastrado por la masa de sus insuperables contradicciones, es en donde resulta

más evidente su fallo. No en los otros dos aspectos, que son los que le siguen confiriendo el perfil de una filosofía respetable y organizada. Es una doctrina racionalista y coherente, quizá demasiado coherente para el gusto de los metodólogos falsacionistas. Conviene recordar en este punto que se han dado en el terreno de las ideas, filosofías abiertamente irracionalistas, como fascismo y nazismo, fundadas en vagas categorías de sangre, raza y patria. Y tampoco conviene perder de vista que ese capitalismo, que ahora se presenta tan triunfante que Mr. Fukujama se ha permitido hablar de una victoria definitiva y consiguiente «final de la historia», es una doctrina social esencialmente incoherente, con un fuerte componente de irracionalidad, ya que acepta que los motivos que guían a la humanidad son lucro y ganancia, inspirados en el más cerrado egoísmo, ínsito para siempre en el corazón humano. Incoherencia que es una consecuencia de su misma forma de operar, que no es otra que la exaltación de la competencia a través de las famosas leyes del mercado. Si su inspirador teórico más caracterizado, Adam Smith, se permitió hablar de una «mano invisible» que regula en definitiva los procesos económicos, no hay que aportar muchas más pruebas para establecer su incoherencia así como su débil racionalidad.

Para su mejor comprensión, el marxismo en tanto filosofía puede compararse con una doctrina paralela y coetánea suya, como lo fue el positivismo, surgido también en el XIX. El positivismo *era* una ideología coherente e inteligente que presentaba una cerrada explicación de la historia mediante un esquema lineal ascendente. Sin embargo, que se sepa, desde hace por lo menos medio siglo, si no más, nadie se declara en el mundo «positivista», ni en teoría política ni en metodología científica. ¿Por qué? No ciertamente porque fracasara en la práctica, al modo del actual fracaso marxista con el leninismo (en realidad, el positivismo sólo fue débilmente aplicado en Brasil), sino porque, en tanto filosofía, fue reemplazado por otras de alcance explicativo más potente: funcionalismo, estructuralismo y el propio marxismo. En consecuencia: una filosofía y hasta una ideología colapsan no *per se*, sino a través de sus aplicaciones y por ceder consiguientemente el paso a otras doctrinas de remplazo. Es el procedimiento que se observa en los modelos científicos: hipótesis y aun teorías completas son abandonadas o limitadas en su poder explicativo cuando no pueden dar cabal cuenta de ciertos fenómenos y cuando otras hipótesis y teorías más potentes lo hacen.

Sólo que el marxismo viene a ser un caso especial por tratarse de una doctrina particularmente comprometida.

Con lo de «comprometida» no se quiere decir que, desde sus inicios, esto es, desde que fue enunciado como filosofía, tuviera pretensiones prácticas, no únicamente teóricas. Es aquello de la undécima Tesis sobre Feuerbach, en la que se pedía dejar de comprender al mundo para pasar a transformarlo. Es el predominio de la acción sobre la reflexión lo que le confiere el carácter de ideología comprometida. Lo que pasa es que semejante declaración de fe practicista no es ni original ni exclusiva del marxismo: es característica del romanticismo alemán, poco o nada racional y harto emotivo. Vuélvase a Goethe, enmen-

dándole la plana al Cuarto Evangelio al decir: *Im Anfang war Tat*. Y en un claro anticipo de Marx, el mismo Goethe dice en *Wilhelm Meister* que es menester «pensar para obrar y obrar para pensar». Que tampoco fue una exclusiva del marxismo lo prueba la filosofía pragmatista norteamericana, de James a Dewey.

Sin embargo, el marxismo entendió ese «compromiso» exclusivamente a través de la acción política. En donde, de nuevo, tampoco fue precisamente original: línea viejísima de la filosofía occidental que arranca en Platón, ya que todo el imponente edificio de la filosofía platónica fue construido para justificar la educación de los auténticos gobernantes de la República perfecta que, por supuesto, habrían de ser los filósofos. Como quiera que hasta que los filósofos no sean los amos del poder, Platón no ve solución al viejo problema de una sociedad justa y equilibrada, era necesario prepararlos con los más refinados conocimientos. Prueba de que tampoco Platón se quedó en los textos es que, cuando le fue posible, intentó llevar a la práctica sus ideas mediante un experimento político en la corte de Dión, tirano de Siracusa. Que no le saliera bien el ensayo no debe de extrañar y éste es otro precedente en el que podría apoyarse el marxismo de hoy, cuando menos para derivar algún consuelo: también Platón «colapsó». Pero justamente no colapsa de igual modo la filosofía platónica en la parte correspondiente a su exposición teórica. Ahí están los textos de veinticinco siglos, en los que siguen alimentándose conceptualmente los hombres de pensamiento. Otro consuelo, no magro, para el marxismo: nada se opone a que sus textos también se cosifiquen y se eleven al panteón de las ideas occidentales.

Convendría aquí acudir de nuevo a las distinciones. Porque se tiene la tendencia a pensar que la única forma política de compromiso social que tomó históricamente el marxismo fue la representada por el bolchevismo leninista. No deja de ser un triunfo de la propaganda comunista, que ha logrado dar la impresión de haberse apoderado de la totalidad de la herencia marxista. Y no es así. El marxismo clásico sufrió más de una encarnación, sin que esté por lo mismo descartado que aún pueda experimentar algunas más. La primera y más persistente encarnación del marxismo es la representada por la socialdemocracia, tal y como se entendió a principio de siglo en Europa y aun como se entiende contemporáneamente en el mundo occidental. Hasta hace bien poco todos los símbolos de los partidos socialistas coincidían plenamente con los del PC: banderas rojas, hoz y martillo y aquel lema masónico: «proletarios de todos los países ¡uníos!» Inclusive hasta hace unos quince años el Partido Socialista francés en realidad se llamaba SFIO, es decir, «Sección Francesa de la Internacional Obrera». Y el de España aun sigue llamándose PSOE, «Partido Socialista Obrero Español», aunque cada vez tenga menos de obrero. El recientemente fallecido Pertini pidió ser enterrado en su ley socialista de hombre de principio de siglo: envuelto en una bandera roja con la repetida y conmovedora inscripción que llama a la unión proletaria. Sólo que esa encarnación del marxismo hace tiempo que comenzó a sufrir mutaciones: a la Internacional Socialista, de remoto origen marxista, pertenecen partidos que se reclaman de la socialdemo-

cracia y ya no tienen ni el más mínimo asomo de recuerdo marxista, tales como Acción Democrática, de Venezuela.

Por supuesto que la encarnación más discutida y conocida del marxismo es la bolchevique, pero hay que recordar a la otra, no sólo por haber sido la primera y quizá la más auténticamente marxista, sino porque la ironía de la historia o la astucia de la razón parece querer que sea ésta, la socialdemocrática, la que tenga más probabilidades de subsistir al finalizar el siglo. En cuanto al bolchevismo, ya vimos que su compromiso político asumió la forma de una violenta y minoritaria dictadura en nombre del proletariado, ejercida por un pequeño grupo de presión política, un partido jerárquicamente organizado y rígidamente encuadrado bajo una férrea dirección que, en un tiempo, se complacían en calificar de «monolítica». Es posible que sea ésta una de las razones materiales de su fracaso: excesiva rigidez, falta de flexibilidad operacional. La esclerosis del organismo había sido denunciada hacía tiempo, cobrando diversas denominaciones: *nomenklatura*, nueva clase, y otras semejantes, que indicaban el endurecimiento de las estructuras de poder y su usufructo en beneficio de los pocos que las detentaban. Lo cual significa que buena parte de las rebeldías a las que se ha asistido en los últimos tiempos (como es evidente en el caso rumano) en realidad estaban dirigidas contra la forma patológica, extrema y dictatorial, casi caricaturesca, que había adoptado el partido comunista en tales casos. Hecho importante por dejar abierta la puerta al reformismo en nombre de la pureza de la doctrina: no sería de extrañar que, al cabo de un tiempo, surjan grupos que se reclamen del verdadero marxismo o del verdadero leninismo para volver a intentar la experiencia política sin las fallas circunstanciales de las desviaciones cometidas. Se parecerán , de ser así, a esos *born-again Christians* y similares sectas que, en nombre de un regreso a las prístinas fuentes, extienden nuevas formas religiosas. O a los integristas del Islam que en definitiva se reclaman siempre de la más pura de las ortodoxias. En pocas palabras: el colapso del marxismo, tal y como se ha dado, bien pudiera anunciar la aparición de un integrismo marxista radical, aún más exigente y profundo. Como quien dice: se trata de triunfar allí donde los otros fracasaron por no ser auténticos.

***

De vuelta al eclipse. No sólo se produce por la rigidez del sistema minoritario implantado que, con el paso del tiempo, sufre la inevitable degradación de todo fenómeno sometido a la creciente entropía, sino que también es consecuencia del empobrecimiento ideológico del marxismo, incapaz de adaptación ante las realidades nuevas. No hay que olvidar que el marxismo imperante en las sociedades del socialismo real era un marxismo codificado sin variaciones, realizado a partir de unos textos medio filosóficos, medio económicos del siglo pasado. Su equivalente en el campo de la ciencia sería algo así como si se quisiera interpretar el movimiento con textos de Aristóteles: se puede, pero difícilmente se

va a ir más allá de una explicación analógica, simplista; sería imposible calcular la trayectoria, no de un cohete intercontinental, sino de una simple pedrada. O como si se quisiera continuar explicando los ciclos periódicos de fecundación y fructificación del mundo vegetal mediante el mito de Perséfone, doncella raptada a los infiernos. Es una «explicación», pero con ella no va a ser posible conocer la composición celular de los granos. La comparación no es tan forzada como pudiera sonar: el marxismo clásico es en buena medida un mito: el mito de la humanidad liberándose de una desgracia, las cadenas de la explotación, y el mito del hombre individual tratando de liberarse de otra desgracia aún mayor, la alienación en que cayó al escindirse en dos realidades, entre sí extrañadas, sujeto y objeto. Tanto lucha de clases como alienación humana son mitos semejantes a los de la llanura del Leteo o la pérdida de la unidad sexual. Comienza por postularse una lucha eterna entre unos y otros (entre poseedores y desposeídos) y por postularse la desgracia (¿por qué desgracia?) de la separación que experimenta el individuo ante sus productos, como si alguna mítica e imaginaria vez nunca hubieran estado separados. Y luego, a partir de tales mitos, se construyen las racionalizaciones encubridoras, esto es, la ideología, que los justifican y adaptan a un lenguaje más al día. O lo que es igual: la filosofía de la historia, la teoría de la plusvalía y las leyes de la dialéctica.

Con semejante bagaje metafísico-mitológico difícilmente se van a construir centrales nucleares, se van a poner en órbita estaciones espaciales y, sobre todo, va a poderse resolver problemas de una economía cada vez más compleja y diversificada. La vieja y triste historia de los avatares de la genética en la URSS de Stalin lo confirma: el colapso del marxismo será muy antiguo, pero el aberrante caso de Zdanov y Lisenko ocurrió hace cuarenta años. Y así como los científicos soviéticos o alemanes (modelo Havemann) tuvieron que olvidarse del marxismo para hacer biología matemática y desarrollar cibernética y microfísica, ahora les ha llegado el turno a los políticos soviéticos y de otros países oficialmente socialistas de llegar a la misma conclusión: para hacer buena economía y manejar con éxito una sociedad plural, étnicamente diversa y agitada por múltiples nacionalismos, necesitan otros instrumentos más finos y no únicamente los viejos mitos marxistas.

***

Se llega al análisis de la composición definitiva del marxismo como filosofía no tanto por denunciar a la ideología leninista que de ahí se derivara (o a la más suave y adaptativa de la socialdemocracia, cada vez menos dispuesta a reconocerse como «marxista»), sino por sospechar que podrá eclipsarse cuanto se quiera el componente ideológico de allí desprendido, pero no por ello tiene necesariamente que colapsar la filosofía original, el núcleo mitológico del marxismo originario. Como filosofía, va a permanecer entre los productos del hombre, tal y como han permanecido otras filosofías no menos míticas, como el agustinismo o el tomismo, entre las creencias cristianas, o el budismo o el me-

sianismo mosaico, entre otras creencias, monoteístas o no. O como ha permanecido el platonismo en la matemática de todos los tiempos; o el irracionalismo en la sicología comtemporánea.

Para concluir con una nota, entre necrológica y esperanzada, que es como suele exigir la retórica de todo funeral: constatar de una u otra manera la desaparición, así sea momentánea, del marxismo es garantizarle a éste su ascensión al cielo de las creencias filosóficas, en donde ha de brillar junto a grandes sistemas metafísicos de la humanidad. Y quién quita: quizá de pronto alguien intente otra reencarnación.

Decepción

De pronto, esta inesperada explosión de júbilo: la humanidad vuelve a reencontrarse con la fe. En todo el mundo, parecen posibles la paz, la fraternidad y aún esa burocrática ilusión, deidad corruptible y corruptora, mentada democracia. Caen prisiones y muros, se levantan proyectos, sucumben tiranías y los pueblos largo tiempo dormidos se agitan. Amigables, se saludan y reúnen los viejos enemigos. Una oleada de confianza sacude al globo. A partir de ahora, todo irá mejor. Se dio el milagro: un siglo con tan deficiente desempeño, plagado de guerras, genocidios, pestes y crisis, sin que nadie lo creyera, amenaza con terminar en olor de esperanza. Cunde tanto el alocado optimismo que hasta un oscuro funcionario del Imperio del Bien se ha permitido decretar el final de los enfrentamientos, el término de la Historia. Se sobreentiende: a partir de ahora, sólo un suave camino de bajada hacia la felicidad común. Una suerte de colectiva locura, de gigantesca embriaguez finisecular se está apoderando del mundo. Falta poco para que todos entonen vibrantes el Himno a la Alegría. Cuidado.

Hay que prepararse, más que nunca, para la decepción que, ley de vida, tendrá que llegar. Tiempo al tiempo: por algo el gran Quevedo lo llamaba «ejecutivo cobrador de la Muerte». Todo declina y termina, sin necesidad de invocar la insalvable entropía para comprender el fin de la primavera. Como el amor, como las paperas, como las dictaduras, también las ilusiones pasan y se marchitan, cediendo el paso a los desengaños.

Además, ¿realmente es para tanto? ¿A qué viene semejante batahola? ¿Por qué tal exultación? Diera la impresión de que individuos y gobiernos querían creer en cualquier promesa de sueño. A lo mejor, a lo peor, se han apresurado a leer signos favorables donde sólo hay sucesos ominosos. Se contentan porque los pueblos corren ofuscados hacia el supuesto paraíso occidental; otros buscan la liberación en el integrismo islámico. Echan las campanas al vuelo porque en Europa regresa el Imperio Central presto a dominar a sus vecinos. De modo que el cambio de un enemigo real, debilitado, pero conocido y previsible, por otro, creciente, potencial y expansivo lo interpretan como buen presagio. Prudencia, dan ganas de quejarse: cuanto mayores las expectativas, más amargo será el desengaño.

Quienes saludan con precipitados ditirambos e inflada retórica esta última década del siglo deberían mirar sin ira hacia atrás y recordar aquel final de los magníficos sesentas. Se aceptan apuestas: el 68 fue una cosecha muy superior al 89. ¿O es que ya se ha olvidado? Barricadas locas en París, prometiendo lo imposible: el fin de toda prohibición, el principio de las utopías. La felicidad al alcance de la mano y de los cuerpos: *sous les pavés, la plage*. California contra Vietnam. La rebelión de los estudiantes americanos, SDS al frente, contra una guerra más criminal y absurda que de costumbre. Angela Jackson y Marcuse derrotando al Pentágono y allanando el camino al sueño de todo luchador: la Revolución en USA. El socialismo triunfante en el corazón del Imperio.

Y no cualquier socialismo, sino el bueno, el democrático, el digno de aplauso, el que con rostro humano ya era una realidad en Checoslovaquia, gracias a Dubcek, Kundera y Milos Forman. Aquella primavera bohemia inflamó al mundo, entusiasmó a la juventud, soliviantó los espíritus. Qué gran año: Praga, París, Berkeley. Y todo lo que en él sucedió: lo bueno y lo feo. *Bonnie and Clyde* y *2001, Odisea del espacio.* Burroughs con *The soft machine* y Aragon descubriendo al fin sin remilgos esa joya de *Le con d'Irène.* Y por si fuera poco, Milan Kundera inventa *La broma* que al poco había de costarle cara. Por encima de todos, la inmensa fuerza moral del Tribunal Russell juzgando las incesantes tropelías contra los derechos humanos y en especial el más sagrado de todos, el derecho a la insumisión. En la columna del «debe» tampoco se quedaron cortos: asesinato de Martin Luther King, matanza de Tlatelolco y la encíclica *Humanae Vitae.* Y lo peor, el jarro de agua fría, el principio de la caída de las ilusiones: aquel triste 20 de Agosto con los tanques soviéticos por las indignadas calles de Praga, mientras en una pared resuena aquel grito desesperado: «¡Despierta, Lenin!». Menos mal que no.

Pues bien, ¿dónde quedó todo? *¿Où sont les neiges* de aquel excitante año? Tanta galanura, tantas esperanzas, tantos sacrificios ¿qué se fizieron? Si el recuerdo de la memoria sirve para algo, tendrá sentido preguntar: ¿por qué esta vez habría de ser mejor? ¿Sólo porque ahora las esperanzas no las tienen los jóvenes, alocados, impulsivos, generosos, sino los viejos zorros de lado y lado? ¿O quizá porque en esta ocasión se derrumba más que se construye, se niega más que se promete? ¿O en el fondo porque alegra ver cómo termina un mundo sin siquiera fingir que otro comienza?

Tampoco es para tanto, sin desatender la advertencia: ojo con el desengaño. Vendrá, vendrá.

La gran patraña

Los que hace tiempo rebasamos el medio siglo de vida tuvimos que soportar, a lo largo de una existencia no más accidentada que otras (ni menos tampoco), las prédicas, entre entusiastas y recriminatorias, de los queridos comunistas. Su incesante labor de apostolado no le iba en zaga a la de los misioneros en las remotas regiones africanas: estaban empeñados en salvar nuestras putrefactas almas burguesas con la buena nueva del marxismo, la más perfecta de las religiones maquinadas por el humano delirio. Era la más perfecta porque, para empezar, insistían en que no era religión, sino una *concepción científica* del mundo. Como quien dice la teoría de la relatividad combinada con la ley de Boyle-Mariotte y el todo expresado en un lenguaje econométrico. Sólo los muy imbéciles o los decididamente vendidos al miserable imperialismo podían rechazar oferta tan tentadora. Por si fuera poco, solían vender su famosa «concepción científica del mundo y de la historia» en libritos divulgativos, redactados por y para deficientes mentales, al alcance de los más lerdos. Y aún para quienes no lo entendieran a la primera, al final de cada capítulo, venían unas simplicísimas «preguntas de control» que, seamos sinceros, el que no las supiera contestar es que era tonto de nación o poco menos.

Si aun así algún espíritu, medio reacio, medio crítico, expresaba sus dudas acerca de aquella «concepción científica», le asestaban el definitivo argumento. Como buenos chalanes, hacían una rebaja que tenían por irresistible. Aseguraban de lo más serios que la mejor prueba de que el marxismo no era un dogma, ni siquiera una teoría más, es que en realidad, y al llegar aquí, bajaban la voz, como quien va a revelar un secreto de la secta, en realidad, el marxismo es antes que nada un método. Y hacían un reverencial silencio después de soltar la palabrita «método», como para impresionar más. Como diciendo: a ver si vas a seguir poniendo reparos. Porque ante un método quién va a ser el guapo que se atreve a seguir discutiendo. Los métodos, desde que el mundo es serio, esto es, desde Ricardo y Adam Smith, no se discuten: se aplican. Y justamente ésa era la gran virtud, la innegable superioridad del marxismo: por ser un método, podía aplicarse a cualquier situación, en cualquier momento y en no importaba qué país. Como quien posee una clave o quien se ha aprendido aquello de «ábrete», sólo que, en vez del habitual Sésamo, había que decir «ábrete, Mundo» y el mundo se pondría a los pies del creyente, perdón: del militante, revelado hasta en sus más íntimas entretelas. Para eso, el marxismo era, no un método más, sino EL método.

Muchos lo ignoran y otros ya lo han olvidado o quisieran que los demás lo olvidásemos. Pero algunos tenemos para estas cosas la memoria larga y enconada, como para aún recordar cuánto pudieron fastidiar (o la otra palabra) los inaguantables comunistas con su pretendida superioridad del gran y científico marxismo. Ya hemos visto en qué ha parado aquel método y a qué pozo de miseria ha descendido la fulana ciencia marxista, que se las echaba de dialéctica. Pero aún hay mejor: poco a poco, se va descubriendo la gran, la miserable pa-

traña que se escondía tras la pantalla de su supuesta concepción científica del mundo. Porque resulta que, en cada país del paraíso socialista que va mostrando sus lacras, lo que sale a la luz no son precisamente errores de una filosofía ni tribulaciones de un ridículo método, sino algo mucho peor y a la vez más vulgar y corriente: la sórdida mezquindad de la miseria humana, la más barata de las codicias, el desenfreno perverso de las más bajas pasiones. Es decir, lo que siempre ha sido la triste historia del hombre, ese largo cuento de «ruido y de furor».

El mísero Ceausescu y su criminal mujercita, gracias a una de las más originales aplicaciones del científico método marxista, tenían en Suiza una cuenta de 500 millones de dólares. El austero y estirado Honecker, burócrata impecable, policía implacable, fundador del Partido Comunista alemán, dueño del método marxista, además de haber operado con divisas para acumular una respetable fortuna, también en cuentas suizas, negociaba con el tráfico de esclavos, permitiendo que los inmigrantes turcos ilegales pasaran por Alemania Oriental camino de la Occidental, previo pago de un tanto por cabeza. Su exquisita señora, probablemente en aplicación del más puro método ortodoxo marxista, hacía que cada viernes un avión del Estado Obrero Alemán la transportara al corrompido París, para allí, como cualquier burguesa y plutócrata, hacerse la *coiffure* en una de las peluquerías más caras de la capital francesa. En sus recién publicadas Memorias, Sajarov cuenta que Vladimir Dekanozov, que era nada menos que el asistente de Beria, jefe supremo de la NKVD (luego KGB), solía recorrer las calles moscovitas en su imponente automóvil oficial para ir indicando a sus esbirros qué mujeres le gustaban. Ahí mismo, en plena calle, se apoderaban de la infeliz que tenía la desgracia de atraer las lubricidades del miserable Dekanozov y la montaban al auto para que el gran jefazo la violase allí, en el interior del vehículo, a la vista de su chofer y de sus guardaespaldas. Dice Sajarov que, en cambio, Beria era «menos crudo»: se las hacía entregar, por el mismo método (marxista-leninista), en su apartamento.

Así que tanta concepción científica del mundo, tanto marxismo, tanto leer el *Capital* de la mano del cretino de Althusser ¿para eso? ¿Para, como cualquier sátrapa latinoamericano, como cualquier dictadorzuelo tropical, apoderarse de las mujeres y robarse los dineros del país? Santo Dios: ¡qué soberana patraña durante años y años la que pretendieron vendernos!

Paciencia, que no se ha acabado. Preparemos el espíritu (o si lo prefieren los cripto-marxistas que haya por ahí, la materia) para las revelaciones que vendrán cuando caiga la dictadura castrista. Se descubrirán nuevas y sabrosas verdades acerca de cómo opera el método marxista a la altura del bajo vientre y del bolsillo.

Sólo por eso mereció la pena llegar tan lejos en el inexorable calendario.

El día que murió la historia

Hace tres meses, en Nueva York, Francis Fukuyama escribe sobre la muerte de la historia, repitiendo mal a Hegel. En Madrid, el 16 de Noviembre, la Historia, muerta y amortajada, es llevada por sus calles para ser enterrada entre banderas rojas, lágrimas del pueblo y viejos y olvidados cánticos revolucionarios. Con La Pasionaria, se entierra y termina la Historia, la gran, trágica y absurda historia de este siglo que comenzó con una inmensa esperanza y está terminando, sin pena ni gloria, en el desconcierto y el sabor a ceniza del más estrepitoso de los fracasos.

Al principio, sólo fueron sus camaradas: Dolores Ibarruri yacía en una inmensa y desangelada sala de la madrileña sede del Partido Comunista. Bajo una gigantesca foto de su combativa juventud, arengando en un acto de masas de aquella mítica guerra, la última romántica y con algún sentido, el sencillo féretro, medio abierto, se entregaba a la curiosidad de la incesante serpiente de un pueblo que desfilaba reverente y silencioso. A ambos lados, las banderas oficiales, la roja del comunismo, manchada en un ángulo por el oro de la hoz y el martillo, y la de la España actual, democrática, constitucional, monárquica y consumista (no comunista, sino *consumista*: matiz). Parecía que a Dolores, La Pasionaria, sólo la iban a despedir los suyos y algún que otro curioso. Pero el día del entierro, al sacarla a la calle, primero a hombros de sus camaradas, luego en el furgón fúnebre, la esperaba el pueblo, todo el pueblo de Madrid. Y de pronto, la historia se paró para retroceder medio siglo: «Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena...».

En la calle, al viento invernal de la sierra madrileña, ni una sola bandera oficial, de las de ahora: sólo banderas tricolor, republicanas, y rojas, las de aquel comunismo que se va, más por consunción interna, que por muerte violenta y de fuera. Por un tiempo mágico, dos, tres horas, todo volvió a ser real a fuerza de ser fantasmagórico. El fervor, las canciones, las consignas, las caras. Una de las viejas banderas republicanas, llevada por un anciano erguido y solemne, portaba unas gloriosas letras: «International Brigades, 1936». Todas las gargantas despidieron a La Pasionaria por horas y horas, en las calles de un Madrid, otoñal y gris, con las mismas voces que entonces la hicieron famosa en todo el mundo: «¡No pasarán!, ¡No pasarán!» A la vez, hermoso y melancólico, exaltante y tristísimo: ¿quiénes no pasarán si pasaron y cómo hace tantos años que ya hasta se han olvidado? ¿En nombre de qué o de quién se canta? ¿No pasarán los fascistas en el Jarama o en la Ciudad Universitaria? ¿O los stalinistas de la primavera de Praga o los burócratas de la República Democrática Alemana o los reformistas de la *perestroika*? Carecía de sentido preguntar: Madrid gritaba *No pasarán* otra vez y se lo gritaba a sí mismo y al aire de una historia congelada, yerta, falta de dirección, horra de coherencia. Unos levantaban el puño, otros se santiguaban; en muchos balcones, más banderas republicanas con crespones negros o el retrato de La Pasionaria. Entonces, los de abajo aplaudían. Todo era a la vez solemne, emocionante y fantasmal. Como si nada hubiera su-

cedido, como si todo volviera al punto crucial de la verdad marxista, aun creíble y creída. Pero lo más irreal de todo es que los fantasmas eran de verdad: hombres y mujeres en su mayoría ancianos, voces debilitadas por tantos años de rabia, de frustraciones y de larga y contenida espera. Y ahora, ahí estaba: la última ilusión se iba para siempre. Con Pasionaria sin decirlo, sin siquiera pensarlo, sabían que estaban enterrando algo más que un cuerpo que un día sacudió al mundo con su energía y sus consignas: ante todo, enterraban sus propias vidas, la razón de ser de tantas existencias malogradas y, lo peor, lo que flotaba en el aire de la fría tarde madrileña: enterraban la historia, la larga y triste historia de este siglo maldito y las ideas que lo alimentaron.

En la inmensa plaza, junto a la estatua de Colón, que a su vez espera otro Centenario de aquello que ha perdido hasta el nombre, los fantasmas se coagularon en la patética figura de Rafael Alberti: trajeado de imposible juventud, tocado de una ridícula gorrita de falso marinero en tierra de nadie, al viento sus largas melenas albas, leyó media docena de ripios (reconquista/comunista) mientras los altavoces se llevaban su voz cansada a lo largo del Paseo de la Castellana. Los fantasmas, tenían rostros cansados e insignificantes: Georges Marchais, Carlos Rafael Rodríguez, Santiago Carrillo: una triste concentración de fracasos, derrotas y amarguras, en la antesala de la definitiva muerte del comunismo. Un aire de infinito cansancio, una aplastante tristeza pareció invadir todo, amenazando con enterrar a cerca de medio millón de personas, congregadas ante la caja de la mujer muerta. De pronto, los fantasmas se disiparon, la vida volvió a reverdecer en el milagro de la voz humana y la vibración sobrecogedora de un famoso y olvidado canto. Cientos de miles de gargantas entonaron, como en los viejos tiempos, en todos los idiomas, quizá por última y definitiva vez, las tristes notas, solemnes, armoniosas y vibrantes de «La Internacional». Era verdad: todos se aprestaban a la lucha final porque allí, esa tarde, otra vez de Noviembre, otra vez en Madrid, rompeolas de todas las Españas, moría y se iba a enterrar la historia misma.

SERVIDUMBRE DE LA CRÍTICA

DESDE LA queja de Larra cuántos lamentos no se han oído sobre el ingrato oficio del escritor y más si éste tiene la malhadada idea de meterse a crítico. Ojalá llovieran insultos, aun los que por quítame allá estas pajas acostumbran a endilgar los serios y coherentes, tan crecidos en la viña del Señor a la hora del reparto de cargos y la rebatiña de prebendas. Peor son los recursos oblicuos, los estudiados esguinces y el sacar el cuerpo a la hora de alguna verdad, por modesta que ésta sea. Huida y desazón ante el más suave ejercicio de la crítica. Manejo de atávicos recursos. Conservación del cómodo reparto. Para que dure y todo siga igual.

Tres rasgos pintan a este mundillo insensible a los afanes mínimos de la crítica: escape al pasado, beneficio de la complicidad y explotación de la amnesia. A cuál más utilizado, cuando no todos, de envión.

El primero es arraigada tendencia en pueblo retrógiro: mirando de preferencia al pasado mítico. Como hacían los griegos, que mal podían dar un paso sin invocar a Homero, aquí todo tiene que encomendarse y aun ofrendarse al Padre de la Patria, figura protectora de santificada tarea. Una reciente polémica en torno a Bolívar da fe de su vigencia como totem tribal, intocable y de obligada y untuosa referencia. Síndrome, en definitiva, de la estatua de sal, inmovilizados en un pasado eternamente el mismo, con incapacidad complementaria para ver y detenerse en el entorno del presente por lo que en sí valga. Agréguese a ese rasgo dominante y primario el de la complacencia en la complicidad. Comiénzase ahí por la no agresión concertada para llegar sin tardar al mutuo reparto de recíprocas alabanzas. Todos hermanados en algo o por algo. Cuando no es la ideología, reciente o trasnochada, únelos el alcohol, engrudo más poderoso que el alquitrán y la resina juntos. Y por si esos dos rasgos fueran poco para amortiguar la crítica más pintada, sobreviene, más temprano que tarde, la inevitable amnesia de quienes sólo cultivan la memoria para el fin de semana. Limítase lo pasado a la evocación de aquel intemporal personaje mítico y a media docena de anécdotas regionales; la historia no es memoria permanente, sino recurso acomodaticio. Sólo guardan lo que les conviene para cultivo de aquellas complicidades.

A qué extrañarse entonces de que se produzca algo así como un discontinuismo cultural, propio de quien avanza a saltos y no siempre, fruto del que ha sido enseñado a tornar la cabeza hacia aquel pretérito nebuloso y poético antes que poder manejar los hechos actuales. Ni ha de sorprender tampoco que, en aras de aquella sociedad de compadres, se practique el más desaforado de los ocultamientos, desde el seudónimo hasta el humor: oblicuidades, sesgos y escora-

mientos para criticar sin criticar: nadar y guardar la ropa. Resultado: la más patente esterilidad estimativa. En vez de desgastarse la función crítica, se embota: u opera en el vacío o se pierde en salvas. La crítica no muerde, se disipa. Ruido vano, que no ejercicio vigilante.

No los aquejará ciertamente el «demonio del análisis», encerrado en toda crítica, para Lugones forma suprema del espíritu de perversidad. Pensarán, con el irrebatible Comandante Supremo, que toda crítica es oposición y toda oposición, contrarrevolucionaria. Y se quedarán tan anchos. Podrán dormir por los próximos siglos el sueño oscuro de los inútiles habitantes del más seco desierto.

POPULARIDAD DEL POPULISMO

PARA LOS gramáticos, semántica es aquella rama de la lingüística que estudia los cambios de significado que sufren las palabras. Porque sucede que más de un término comenzó significando una cosa y, con el tiempo y el uso, alcanza una connotación diferente. Dar ejemplos sería recargar un punto harto sabido. Lo que para los romanos designaba un cojo, para nosotros se utiliza como nombre de persona (Claudio); inviértese semejante proceso cuando un nombre tan propio como el de Quevedo pasa a designar las antiparras, anteojos o espejuelos con que los humanos remedian sus fallas visuales. Todavía en José Asunción Silva se encuentra «retrete» con la original y neutra acepción de «retirado», en un poema subidamente nocturnal y romántico. Tales cambios de significado forman parte de la vida de las lenguas y desde el punto de vista científico sólo cabe registrarlos.

Sin embargo, hay algunos que por su proximidad y consecuencias no dejan de resultar incómodos, cuando no francamente desagradables. Tal sucede con el vocablo «populismo», que hasta hace no mucho poseía valoración negativa por designar determinados movimientos políticos, pero que de un tiempo a esta parte ha comenzado a coger altura y aún dignidad. O Xanadú, aquel mítico lugar que inventara Coleridge, en su poema *Kublai Khan*, el que escribiera a raíz de un sueño que tuvo en 1797, morando en una granja de las cercanías de Exmoor. Xanadú era el nombre del fabuloso palacio que levantara Kublai Khan, el gran emperador de los mogoles, pero en nuestros devaluados tiempos apenas si designa vulgares grupos de un ruido llamado *rock* al que algunos confunden con la música. Más serio es lo que ha sucedido con el término «populismo».

Quienes recuerdan la época del nazismo o, de no ser tan provectos, lean acerca de ella, tropezarán a cada rato con las expresiones «popular» y «populismo» aplicadas por los distinguidos caballeros seguidores de Hitler a cuanta institución, noción o cosa se les ocurría mencionar. Desde el periódico oficial del partido nazi, el *Völkischer Beobachter*, esto es, el «Observador Popular», hasta ese automóvil que quiso poner el buen *Führer* al alcance de todo alemán y que, por lo mismo, tuvo que llamarse *Volkswagen*, es decir, «automóvil popular». Los funcionarios del III Reich tenían que ser de origen popular alemán (*Volksdeutsch)* sin que quisieran decir con ello que deberían ser de extracción humilde, sino de pura raza alemana. Porque «popular» en alemán de siempre ha poseído una connotación racial.

Pero sin necesidad de remontarse a los nazis, eso del populismo sonaba hasta hace bien poco a demagogia política de la peor especie. Los peronistas fueron el modelo populista latinoamericano y, por lo general, cuanto dictadorzuelo ha padecido este Continente ha pretendido ser muy «popular», como le pasara, sin ir muy lejos, a Velasco Alvarado. O más cerca aún, al populista y popular Torrijos. Quizá por influencia del inglés, donde «popular» es sinónimo de «célebre», «notorio», «famoso», «renombrado», en nuestra lengua se ha aceptado que alguien sea *popular* sin que se sienta que se lo está rebajando al así mentar-

lo. De ahí a la valoración del populismo hay un paso, que ya se ha dado. Lo que era un defecto, tórnase virtud para que comience otra sinfonía populista. Es sólo el comienzo. Aún queda por ver lo peor, si es que no estaba equivocado Voltaire: *Quand la populace se mêle de raisonner, tout est perdu.*

ESA INSISTENCIA en mezclar moral con política: no desarman. Como si se dirigieran a un niño: «mal hecho».

¿Qué significan «bueno» o «malo» en política? Simplemente, poco por no decir nada: no tienen sentido ético aunque lo parezca, pues son categorías propias de otros dominios. Quizá el del derecho, desde luego el de la religión. Aun así con el debido relativismo; no es pequeño el matiz que contiene aquella sabia observación de Whitehead: «la inestabilidad del mal descansa en el orden moral del mundo». Pero ¿en política? La política no es ni buena ni mala: es inteligente o zafia; eficaz o mediocre; sólida o vacilante. Proclamar a los vientos huidizos de la predicación de plazuela que los políticos son malos es tanto como acusar a los violinistas de voraces o a los escritores de cicateros. ¿Qué tendrá que ver el arroz con la metafísica?

Orwell, al final de sus días, tras mucho batallar, lo vio claro: «En política, todo lo más que se puede hacer es decidir cuál de los dos males es el menor». De ahí, lo de que buen político es quien sabe elegir, y el elogio que suele hacerse del político como el hábil por vocación si no por naturaleza. Es aquello de que político es quien a la vez puede estar sentado en la cerca y tener las orejas pegadas al suelo. Véase de otro modo: eso de lo bueno y lo malo y andar haciendo discursos morales es algo muy elevado para exigírselo a los políticos, al fin y al cabo, vulgares componedores, en el sentido de hacer componendas, lo que los ingleses llaman «compromisos». Si alguien está adiestrado en aceptar lo que no le gusta a fin de que el otro termine por ceder, parece impropio por no decir absurdo venir encima con cuentos de lo bueno y lo malo. Otra cita para redondear el punto: «la finalidad no es el lenguaje de la política». Y que conste que Disraeli fue a los treinta años primer ministro de un imperio de verdad.

¿Dónde está escrito, quién ha ordenado, en qué cielo se contiene el mandato de que, por ejemplo, unas elecciones hayan de ser un torneo medieval, una prueba de Dios, y que en ellas resplandezca el bien y sea para siempre derrotado el mal? Desfacer entuertos, enderezar agravios son tareas de los caballeros andantes y, que se sepa, hasta el presente, jamás político alguno ha pretendido ocupar el sitio de Don Quijote. A los pocos equivocados (Azaña, Allende) les ha ido muy mal.

¿No será que ciertos espíritus simples siguen soñando con ser arrullados por las palabras sacramentales: «...y líbranos del mal, amén»? Nadie nos va a librar del mal ni a otorgarnos el don del bien. Entre otras cosas, porque mal y bien son términos relativos a una sociedad y a un tiempo y tan variables en ocasiones como el alto de las faldas o el ancho de las corbatas. Por si fuera poco: el peligro de plantear la lucha en términos de bien y de mal es que, como no dejaba de saber Shakespeare, éste puede salir en ganancia: «el mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele ser enterrado junto con sus huesos». No es ninguna herejía: es lo que propone el Evangelio como programa de vida: «no os resistáis al mal...»

Cuando se cae en la debilidad de la caridad entran ganas de pensar que todo este falso planteamiento de juzgar a la política con los valores de la moral es tan sólo un problema de lenguaje. En nuestra hermosa y riquísima lengua, no distinguimos, como hacen otras, entre error y mal. Se dice lo mismo cuando algo o alguien está equivocado que cuando ha obrado mal según alguna regla de conducta. Cierto que los políticos se equivocan con harta frecuencia y que, en consecuencia, nuestra lengua permite decir: «eso está mal». Pero se trata en tal caso del tipo de «mal» que se aplica a una suma incorrecta; no es mal de quien roba o mata. No *estaría nada mal* que nuestros ardorosos caballeros medievales, armados de bruñidos escudos moralistas, se dieran un paseíto por semejante distinción.

Cosa muy diferente es hablar pestes de los políticos, deporte de todos los tiempos, y que produce diversas satisfacciones, incluso a los interesados. Pero, de nuevo, habría que evitar confusiones que pudieran llevar lejos. Una cosa es hablar bien o mal de ellos y otra muy distinta exigir que actúen según un código de moralidad en tanto políticos.

Es curioso: lo más duro que se les ha dicho procede de un poeta, uno de los buenos poetas americanos contemporáneos, E.E. Cummings. Es tan fuerte que mejor dejarlo sin traducir y allá cada uno: *A politician is an arse upon which everyone has sat except a man.*

CUANDO TODO el mundo sea socialista (¿sí?, ¿cuándo?), los héroes nacionales seguirán siendo propiedad privada. Cada país, cada región, cada etnia (como ahora es moda decir) posee el suyo: han de ser inarraigables residuos totémicos. Sagrados para la tribu, intocables para las generaciones sucesivas. Si acaso, puede que se dé alguna que otra comparación, un mero juego de rivalidades: te cambio un Napoleón por cinco Garibaldis o tres Alejandros Nevski por dos Juanas de Arco. Y similares, para no entrar en honduras (ni en Nicaragua). En todo caso, los celos seguirán inextinguibles y las espadas siempre alzadas. Podrán criticársele muchas cosas de un país, pero el totem de la tribu, cuidadito: hasta ahí podíamos llegar.

Claro que hay diferencias en las costumbres también en esto. Al cabo de los siglos, la gente puede cansarse de sus héroes y empezar a decir cosas. Los suizos, por ejemplo, murmuran que la puntería de Guillermo Tell era tan mala que, queriendo salir del muchachito (tan insufrible como todos) le pegó a la manzana. No hace falta ir a Europa para encontrar semejantes muestras de iconoclastia y de falta auténtica de respeto. El héroe nacional de Costa Rica (¿cómo se llama?) fue un bravo soldadito que, en la última batalla por la independencia, se ofreció japonesamente para ir a volar el fuerte en que se encontraban los españoles y, por supuesto, perecer en tan heroica empresa. En la actualidad, cualquier costarricense que se respete cuenta la historia ligeramente alterada. Parece que el general patriota pidió un voluntario para el sacrificio; que se adelantó sin dudarlo el futuro héroe nacional y que, tras abrazarlo emocionado, pidióle el general que expresara su último deseo antes de inmolarse por la patria. Entonces fue cuando dicen que pronunció aquellas históricas palabras: «Quiero saber quién es el hijo de su madre que me empujó cuando usted pidió un voluntario».

También se dan los detractores extranjeros, los de otras tribus, pero esos, en realidad, no cuentan: sus invectivas más bien contribuyen a reforzar la leyenda del héroe. ¿Quién va a tomar en serio la Juana de Arco de George Bernard Shaw, viniendo de un británico? ¿Cómo leer sin indignarse a Madariaga cuando escribe la biografía de Simón Bolívar? En consecuencia: no sólo los nacionales, los tribales, los propios, los únicos que tienen derecho teórico de hablar del héroe, sino que nadie de fuera debería estar autorizado a hacerlo. Hasta podría sacarse una ley: quien no pertenezca a la tribu local por al menos cinco generaciones no podrá emitir juicio alguno sobre el (o los) respectivo(s) Padre(s) de la Patria. Así se evitarían muchos problemas: hijos o nietos de italianos (es un suponer) no estarían autorizados a pronunciar frase alguna sobre el héroe local por mucha ópera que conocieran. Para eso justamente existe en Francia una Sociedad Bonapartista, encargada de mantener vivo el culto a Napoleón Bonaparte y evitar que cualquier deslenguado venga a mancillar el santo nombre de *l'Empereur*. Esos son países conscientes de su responsabilidad histórica. Y no como los corrompidos ingleses que cada mañana aparece «mojada» (*you know what*

I mean by that) la estatua de la Reina Victoria que se yergue frente a Buckingham Palace. ¿Se imaginan lo que le sucedería al insensato que tal osara en el mausoleo de Lenin, en plena Plaza Roja? Como debe ser. Los héroes están para eso: para respetarlos y para que, como San Jorge o San Pancracio (o San Stalin o San Fidel) nos protejan de todo mal. *Honni soit qui mal y parle.*

SEÑOR, SEÑOR, ¿de veras son inmortales? ¿Nunca dejarán de abrir la boca para entontecernos? ¿Qué les dan tan pronto se sientan en la silla, llegan al poder, se miran en un hemiciclo? Ganas entran de gritarles, pero jamás oirán, que estamos en 1990, que ahora la política es cosa gerencial, que hay que aprender a hablar menos, usar computadoras y pensar, que ya no es tiempo de perorar a cada instante. Nada: imperturbables. Largan chorros de incontenible retórica. Ninguna cosa les complace más que oírse a sí mismos, quizá para compensar que, en definitiva, nadie les escucha, en especial cuando es obligatorio hacerlo, a través de actos oficiales transmitidos en cadena. Son los inextinguidos dinosaurios de la más huera pomposidad, verbo hinchado y cantinflérico, electorera ripiosidad. Sólo callarán en la tumba y ni aun así, pues siempre quedarán obsecuentes herederos que nos harán padecer sus insufribles grabaciones. La plaga incontenible de nuestros oradores de aldeana plazuela.

Como si viviéramos cien años atrás; como si todo dependiera de la magia verbal con qué encandilar a las ignaras masas; como si la receta universal fuera logorrea y más logorrea. Para que el pueblo abra la boca, quede hipnotizado y admire: qué pico de oro, ése es mi candidato. Es decir, para que el país siga también cien años atrás, inmerso en palabras, perdido en promesas, adormecido con discursos. Son el numeroso rebaño de los que cuanto menos piensan, más hablan. O ni siquiera: confían en ir pensando conforme hablan. Aun peor: se limitan a abrir la boca y dejar que empiecen a salir ristras de palabras esperando que, con algo de suerte, cada media hora o así, se atraviese fugaz y aislada una escuálida idea por su cabeza de flamígeros charlatanes.

Fénélon, aquel sumiso arzobispo de Cambrai, discreto crítico del Rey Sol, detestaba a los habladores profesionales porque, aseguraba, sólo emplean palabras como el sacamuelas sus mejunjes. Por su parte, los expertos en mujeres, que abundan más de lo necesario, sostienen que éstas hablan más cuanto más fatigadas están, al contrario de los hombres. De ser verdad, los políticos habladores y retóricos deben de tener un acusado componente de feminidad, que los lleva a arengar sin descanso, vociferando a cada momento, con el más inocente de los pretextos. Son maestros en el inútil arte de la pomposa grandilocuencia; de su boca no se caen ciertas palabras consagradas y las eternas referencias patrióticas, acompañadas de las manoseadas citas del Padre de la Patria, cuando menos. Campanudos, altilocuos, bombásticos, serían dignos de exhibirse en una feria de las patologías políticas si no fuera porque desgraciadamente seguimos padeciéndolos sin remedio a la vista. Que conste que no sólo la democracia parlamentaria y liberal los prohija y fomenta; ahí está el ampuloso, el interminable, el adormecedor Fidel, boa constrictor del socialismo, dueño de la retórica revolucionaria, tan indigesta o más que la burguesa.

Lo peor de todo es que acostumbran mal a los pueblos: muchos caen en el cómodo vicio de dormirse con los discursos de sus infatigables políticos. Y si acaso, por azar, ocurriera el milagro de que de pronto alguien hablara corto

y sensato, directo y práctico, lo correrían a pedradas. Lo que la chusma quiere es escuchar el *run-run* tranquilizador de la hinchazón retórica habitual: saben muy bien que no les compromete a nada, que no les obliga a esfuerzo alguno, fuera del físico de hacer que escuchan mientras piensan en cuándo cobrarán el aumento, cuántas cervezas caerán esta vez o si por fin la tipa aquella, tan buena, acepta ir al motel. También lo saben los engolados discurseadores y se aprovechan de eso. Mientras, pasa el tiempo y se justifica otro período presidencial. Para seguir viviendo en pleno siglo XIX, aprovechando que va a terminar el XX.

Por algo se quejaba Machado: *Desdeño las romanzas de los tenores huecos/Y el coro de los grillos que cantan a la luna.* No basta: mejor seguir buenos consejos, como aquel de Verlaine, príncipe de los poetas malditos: *Prends l'éloquence et tords-lui le cou!*

Pobres y ricos

Si las leyes de la correspondencia y las exigencias de la simetría tienen alguna validez, a la expresión «pobres, pero honrados», debería convenirle su complementaria: «deshonestos, pero ricos». ¿Será por eso por lo que a algunos les ha dado por reclamar la riqueza para esta parte del Continente, pese a todas las apariencias de creciente miseria? Sólo así se entendería: si pobreza casa con honradez, corrupción concertará con riqueza. Cierto: seríamos los más ricos del mundo entero. Visto de otro modo, difícilmente.

¿Cuando y por qué es rico un país? No es menester ser ni economista ni banquero para responder que no basta con las llamadas «riquezas» naturales que el país posea, en estado latente, esperando el beso que las saque de su letargo y lance al insaciable mercado. Si así fuera, no sería improbable que la región más rica de la Tierra resultara ser la Antártida, bajo cuyos helados glaciares escóndense todo tipo de minerales. También serían ricos el Congo y el gélido Yukón. Parece necesitarse algo más que eso para poder hablar con propiedad de ricos y pobres en el concierto de las naciones. La contraprueba está a la vista de todos: Japón no tiene nada, prácticamente nada, fuera de la pesca y los saltos de agua, la llamada hulla blanca. ¿Alguien se atrevería a llamarlo pobre? El exaltado que tal intentase debería tomar primero en cuenta sólo este pequeño dato: en 1986, terminó la economía japonesa con un superávit de unos cien mil millones de dólares, es decir, más de tres veces la deuda externa de Venezuela. De modo que no es tan sencillo eso de ricos y pobres; quizá, «todo lo contrario», para así poder predicar a la hora de consolarse en montón, con bellos y vacíos discursos.

Aquel fino humorista británico, de origen húngaro, Georges Mikes, hizo la sabia observación de que se necesitaba mucho ingenio y algo de inocencia para continuar siendo pobre. Cómo se ve que nunca se asomó por este lado del mundo: para seguir sumidos en la más digna de las pobrezas sólo hace falta incapacidad manifiesta y mucha picardía. Vuélvase al modelo nipón: no son ricos por lo que tienen, sino por lo que son. La riqueza de un país son sus hombres y la materia gris que poseen y cómo la aplican. Lo demás son pamplinas y ganas de rascarse la espalda en familia, como los monos. Para no llorar, habrá que seguir con los humoristas, grandes especialistas del tema. A Latinoamérica últimamente le ha sucedido lo que de sí mismo dijera Groucho Marx: gracias a sus esfuerzos, ha logrado pasar de la nada a un estado de extrema pobreza. Y más valdría comenzar a cobrar conciencia de ello para ver de remediar tan lastimosa situación. Sin organización, trabajo y competencia va a ser difícil salir de esa extrema pobreza. Y lo peor que se puede hacer es dar en las endechas y dedicarse a cantar en clave de Adam Smith himnos a las grandes riquezas de las naciones, si por tal se entiende lo que generosa y ciega entregó Mamá Naturaleza.

«Ambiciosa pobreza»: así caracterizaba, al final del Imperio, el poeta latino

la de quienes hasta alardean de sufrirla. Merece la pena leer los satíricos versos de Juvenal: *Hic vivimus ambitiosa/Paupertate omnes.* Sin mayor esfuerzo, en castellano: «Aquí vivimos todos en una ambiciosa pobreza». ¿Hasta cuándo? No lo de pobreza, sino lo de ambición.

Ricos y pobres

En sus *Notebooks*, F. Scott Fitzgerald se atribuye una conversación con Hemingway digna de Groucho Marx: «Los ricos son diferentes de nosotros», sentenció de pronto Fitzgerald: «Sí, tienen más dinero», remató inapelable don Ernesto. ¿Sólo eso? ¿Sólo son diferentes porque tienen más dinero? ¿O hay algo más? Por ejemplo, que tengan más dinero por eso: porque son diferentes.

Si únicamente el dinero marcara la frontera entre ricos y pobres, qué sencillo sería el mundo. Bastaría con trazar otra vez una raya, como dicen que hizo Pizarro en memorable ocasión: por aquí la riqueza; de este otro lado, la pobreza voluntaria. El primer problema que semejante simpleza presentaría es el de la fragilidad misma del dinero: con esto de la inflación, habría que estar revisando a diario quién es quién; de lo contrario, el que se acostó rico, amanecería pobre, sin que la inversa fuera verdad. Por algo, en otras lenguas tuvieron que echar mano de una palabra diferente a «millonario» para designar a los felices pudientes. Además, aun aceptando la estabilidad de la demarcación entre ricos y pobres a cargo del vil metal, nada en este cambiante mundo es absoluto y definitivo. O lo que es lo mismo: siempre se es pobre respecto de otro. ¿Por qué acaso los que ya tienen quieren tener más? No por codicia ni por amor al dinero ni por eso que los marxistas primitivos (¿hay de los otros?) llamaron «dinámica del capitalismo», sino lisa y llanamente porque no dejan de sentirse pobres en comparación con quienes aún tienen más que ellos. Rockefeller al parecer lo es comparado con Mellors o con Dupont de Nemours y el Bank of America, comparado con muchos bancos japoneses. Definitivamente, el dinero no es suficiente para saber quién es rico, sin que ello quiera decir que Hemingway estuviera equivocado. Al contrario: para lo que sirve es justamente para saber que la riqueza es una escala móvil y relativa, harto fluida, pues siempre alguien tiene más.

Por algo, aquel implacable analista de los ricos de Chicago de fin de siglo, el huraño Thorntein Veblen, tuvo la idea, en su *Teoría de la clase ociosa* (1891), de definir a los ricos no por lo que tienen, sino por lo que gastan y sobre todo por cómo lo gastan. Rico es quien consume ostentosamente, quien exhibe su riqueza quemándola. De inmediato se advierte la falla: ese es apenas un tipo de rico, casi siempre el *nouveau riche*, el inseguro, el que busca un puesto al sol social de las envidias y las murmuraciones. Lo que debilita la caracterización de Veblen es que hay otros, los ricos viejos, lo que no se exhiben, los que acumulan en silencio, los que pasan bajo la mesa, temiendo más a la publicidad que a la bancarrota. Y también los avaros, los auténticos avaros, pendientes siempre de conservar intactos sus tesoros, los cuales como notara Simmel (*Die Philosophie des Geldes*) aman el dinero por él mismo, para que siempre se mantenga incólume la posibilidad de gastarlo. Sólo la posibilidad: el dinero como permanente energía potencial o río plácido, jamás resuelto en súbita y perecedera catarata. Miedo a respirar por si el aire desgasta los pulmones, al fin y al cabo los únicos que tenemos.

Siempre quedan los grandes consuelos, la hora del desprecio, para el amargo lado de los desposeídos. Desde la sátira de Juvenal (*«Ambitiosa paupertate»*) hasta el desdén intelectual del señor de Montaigne («Pobreza de cosas pronto se cura; la del alma, imposible»). Trasfondo de resentimiento característico del espíritu religioso: aquello de la aguja y el camello, tan inverificable y sobre todo tan reñido con el espíritu de la democracia. Los puros, los eremitas, renuncian a todo y abrazan la santa causa de la indigencia, pero desde que a la humanidad le ha entrado la manía esta de jugar a la democracia, la riqueza, como bien notara Anatole France, en su deliciosa *Isla de los Pingüinos*, se convierte en la única cosa sagrada.

Irreprochable corolario: los corruptos son los más demócratas. Será bueno írselo enseñando a los niños. Una forma de sembrar conciencia democrática consistiría en entregar a los varones que por vez primera se inscriben en el registro electoral, junto con el papel que les dé acceso al fetichismo del voto, una hojita que llevara impreso aquel noble pensamiento de William Makepeace Thackeray: «Recuerda que es igual de fácil casarse con una mujer rica que con una pobre».

Robo y democracia

Hasta en el robar hay estilos. No es lo mismo hurtar con elegancia, como Raffles o Arsenio Lupin, que asaltar brutalmente, navaja en mano, los ojos inyectados por efecto de drogas. No será el oficio más antiguo del mundo, pero le falta poco. Que el robo es consustancial a los hombres lo muestra que el dios protector de los mortales fuera Prometeo, cuya mayor hazaña consistió en robar el fuego divino para transmitírselo a los desvalidos humanos. Así comienza la civilización y de ahí nace la técnica, a partir de un latrocinio. No se queda atrás la mitología hebreo-cristiana, ya que Adán, instigado por Eva o por la serpiente (¿hay diferencias?), robó una fruta del huerto del amo, justo lo que le habían prohibido. Así comenzó la ética, conciencia del civilizado, pues sólo después de haber robado pudo Adán discernir entre el bien y el mal porque hasta entonces el ruin de Jehová le había negado el gusto de la inteligencia. No sólo cicatero el personaje, también envidioso: cuando vio que la pareja humana, su creación, compartía con El el don del conocimiento, los echó a patadas de casa, cual padre mezquino y desconsiderado.

De siempre se supo apreciar matices: una cosa es robar y otra, ser descubierto. Conocido es que los espartanos, modelo de sociedad organizada y seria, sólo castigaban al que se dejaba atrapar: por torpe, no por ladrón. Los antiguos sabían hacer las cosas. Y es que por robar, robaban hasta los mismísimos dioses: Hermes, el Mercurio romano, huyó de la cuna, de tierna edad, para ir a robar los bueyes de su hermano Apolo. Con razón lo tenían por el santo patrono de ladrones y comerciantes, forma griega de expresar la redundancia. Sin ir tan lejos, más de un trono (o silla presidencial) ha sido birlado a su momentáneo o legítimo propietario por otro más avispado. Y si no, que se lo pregunten a un tal Juan Vicente Gómez. Lo que lleva en derechura a la bendita democracia, forma, la más exquisita y enrevesada, de desvalijar inventada por el ser humano.

Para comenzar, dícese que eso de la soberanía reside en el pueblo (sea lo que fuere semejante fantasma), pero quienes la ejercen en su nombre son los que se la arrebatan cada tanto tiempo mediante una descarada usurpación, según la cual unos, los más, ceden el usufructo del poder a otros, los menos, a cambio de vagas y vanas promesas. En principio, sus defensores sostienen que con eso de la democracia se legitima la toma del poder: en vez de hacerlo crudamente, por un vulgar golpe de Estado, se organiza solapadamente a través de unos manipuladores de opinión llamados «partidos políticos». Debe ser por eso por lo que, luego, se sienten en la obligación moral de extender los beneficios del pillaje: cuantos más, mejor, más democracia. Decir que con estos o con aquellos se ha democratizado el robo es tanto como confesar el secreto de Polichinela: es tanto como caracterizar la razón de ser y el modo de comportarse propios de toda democracia. Las diferencias que pueda haber siempre son de grado: si en cualquier forma de tiranía, apenas roba un grupo, en cualquier clase de democracia, se institucionaliza el robo, que sólo así podrá sostenerse el genial in-

vento. Lo ideal sería que la ladronería quedara contenida en unos límites aparentes, por lo que los verdaderos problemas de los regímenes democráticos nunca son ni morales ni políticos, sino administrativos o de reparto del botín: cómo hacer extensivo y proporcional el saqueo nacional a cada vez más clientes, seguidores, conmilitones y asociados en tan elevada y fructífera tarea. Ahí es donde surgen las discrepancias, a la hora de repartir, sobre todo cuando los recursos menguan y no hay para todos los que aspiran a participar en el atraco nacional.

Históricamente nadie pone en duda que la democracia es uno de los sistemas más avanzados: no vale la pena volver a citar a Churchill y a su exclusión de todos los otros, recurso bastante pobre de defender la democracia, a partir de la triste noción del mal menor. Basta con ver en tiempos recientes a soviéticos y otros conversos de última hora, desesperados por acceder a esa cumbre de perfección depredadora que es, en definitiva, toda democracia que se respete. A rusos y otras yerbas les ha pasado lo que, tiempo ha, acaeciera a los hombres de las cavernas. Para apoderarse de lo que tiene otro (mujer, comida, vivienda), el método más rápido y directo es comenzar por romperle la cabeza al momentáneo poseedor de lo que se desea, a fin de quitar obstáculos a las apetencias. Fue la época de Lenin, Stalin y todos aquellos crudos jefes de partidas, practicantes devotos de la rapiña sin tapujos. O la honorable Revolución Francesa. O la Americana y en general cualquier forma de apoderarse de bienes ajenos. Con el tiempo, se aprende a disimular, que es hacer lo mismo mirando para otro lado. Surge el comercio y la utilísima profesión de los leguleyos. Y al final, llégase a la cumbre, por ahora insuperada, del sistema democrático.

Con lo que, bien mirado, tenía mucha razón aquel curioso consejo de Thomas de Quincey: «Si de pronto alguien se permite asesinar, pronto aceptará la posibilidad de robar y, luego, del robo verá que pasa con gran facilidad a darse al trago y a no respetar las fiestas de guardar, para inevitablemente terminar siendo un mentiroso, mal educado y vago». Donde puede apreciarse que aún queda camino por transitar en la ardua perfección de la democracia.

Ladrones

Su prosapia es de campanillas: desde el mismísimo Zeus, «mentido robador de Europa», y Prometeo, sin cuyo ígneo robo no existiría la humanidad, hasta los solapados ladrones de honra y los atribulados amantes de todos los tiempos, dedicados a robarse mutuamente el sueño. Como puede verse, hay clases de robos.

No vaya a pensarse que esto de la mentada «corrupción», que no pasa de vulgar latrocinio de los dineros públicos, es cosa de ahora o de aquí. Para apenas citar un antecesor ilustre: Sir Francis Bacon, barón de Verulamio, canciller de Inglaterra, filósofo insigne y, para muchos, autor de lo que otros suelen atribuir a un tal Shakespeare, perdió el cargo en el Parlamento y fue a dar con sus huesos en la terrible torre de Londres por causa de su venalidad administrativa. No hay por qué remontarse al inescrupuloso Alcibíades, quizá el primer político populista de Occidente, quien aprendió mucho de Sócrates, excepto la honradez. Sólo que el mundo antiguo sabía tratar a los pillos: lo que importaba en tan remotos días no era tanto robar como saber hacerlo. Por algo, los espartanos sólo castigaban a quien se dejaba atrapar: la punición se la ganaba por torpe, no por deshonesto.

Luego llegaron los franceses, tan eufemistas en todo, y comenzaron a mentar a los rapiñadores nada menos que «caballeros de industria». Por cierto, que Darío, para no perder su condición de afrancesado, llamó algo así a Teodoro Roosevelt que, total, sólo se robó Panamá. Fue otro francés, y no de poca monta, quien sentenció lo que por demás se sabía: que la propiedad es el robo. Así se entiende la invitación apremiante de monsieur Thiers a la burguesía emergente: *enrichissez-vous!* Es lo que no han dejado de hacer nuestros improvisados burgueses, en particular desde que la santa democracia extiende su protector manto sobre este país. ¿Qué importa la causa de las riquezas? ¿Quién le enrostra ahora a los Rothschild o a los Mellon sus turbios orígenes? El tiempo ennoblece las villanías del dinero, en especial si se lo sigue acumulando. Porque no hay nadie más respetuoso con la propiedad que los ladrones de toda laya, malversadores, prevaricadores, reos de peculado o simples rateros: la respetan tanto que desean hacerla toda suya. Son como las putas, con perdón de tan linajudas damas: que, sin la moral, no podrían ejercer su antiquísimo oficio. Sin la administración del Estado y sus próvidos presupuestos, peligraría la inagotable fauna de los depredadores.

Volviendo a las sanas costumbres lacedemonias: lo que no habría que perdonarles es su zafio comportamiento. Mal está que roben, pero peor que no sepan hacerlo y vayan dejando toda suerte de evidencias de sus bellaquerías. O son decididamente brutos o están tan seguros de la lenidad del sistema que ni se toman la molestia de borrar las huellas del delito. Hay una especie insufrible: la que se guarece, a modo de excusa, en la pasión nacionalista. Roban en nombre de la patria, confirmando aquello de que el patriotismo es el refugio de los pillos.

De acuerdo, suelen decir los mentecatos de siempre: en la dictadura también robaron, pero al menos hicieron obras. Como si dejar un par de puentes fuera pretexto para salir con las maletas llenas. Todos roban, suele pensar el resignado sin pretender ser cínico, pero en la democracia lo bueno es que se sabe. ¿Y qué? saltará el moralista: saberlo, pregonarlo, sin el correspondiente castigo sólo sirve para que otros aprendan y sigan el ejemplo que el anterior gobierno dio. Qué curioso, observará el ingenuo, que siempre nos enteremos de los robos públicos con un gobierno de atraso. Lo bueno sería conocer los robos del momento, sin tener que esperar a las próximas elecciones. ¿Para qué? rumiará el pesimista: todos roban igual, en el fondo se trata del mismo gigantesco robo sometido al principio del continuo. Mientras, en las sombras burocráticas, los nuevos tiburones afilan los dientes y esperan su ocasión. A todos les anima un mismo pensamiento: si aquellos pudieron ¿por qué yo no?

Pronto: que alguien le enmiende la plana a míster Smith e investigue sobre la naturaleza y causas de la pobreza de algunas naciones. Al hacerlo, descubrirá un par de leyes. Uno: a mayores ingresos, mayor y más acelerada pobreza. Dos: existe una relación inversa y creciente entre la pobreza del país y la riqueza de algunos de sus habitantes. Debe ser un caso de aquello de vicios privados y virtudes públicas. Una sugerencia a quien se atreva a escribir tan enjundioso y triste tratado: que ponga de exordio la sucinta definición de riqueza que, hace unos cien años, diera Ambrose Bierce: impunidad.

Caras y caretas

A Descartes se le ha llamado el filósofo «enmascarado». No hay en ello exageración alguna desde el momento en que eligió como divisa la de *larvatus prodeo*: «avanzo escondido». Aparte del gusto por la ocultación, tenía sus buenas razones: no eran aquellos tiempos para andar proclamando novedades sin respeto a la todopoderosa y quemante Iglesia. Quizá los nuestros no sean mejores, aunque asi lo creamos. Como fuere, no han desaparecido los disimulos.

Diversas son las formas de esconderse; no todas han de ser vulgares desapariciones físicas ni momentáneos eclipses públicos que, en ciertos lugares, mientan «travesías del desierto». Si se atiende un poco al fondo, se verá que el ideal de la reticencia descansa en una paradoja: lograr emboscarse y, sin embargo, continuar en el escenario, bajo los focos. El modelo más antiguo de semejante duplicidad lo han proporcionado las máscaras, de las que todas las culturas han hecho uso.

Como de ordinario en él, la más clara y económica definición de «máscara» procede de Lévi-Strauss: medio con que el individuo se transforma en especie. Es el mejor recurso para seguir siendo el mismo, aunque desconocido, desaparecido, fundido en el grupo, disuelto en la comunidad. Por algo, justamente cuando lo que se quiere es que alguien se defina, se le pide que se quite la careta y actúe a cara descubierta, sin tapujos.

Los embozos, encubrimientos y tapados sirven para el logro del útil incógnito: a la vez ser y no ser; mejor dicho: estar sin ser. Pues quien se encubre es cierto que pierde momentáneamente el ser propio, pero conserva la ventaja de seguir allí. Y si tiene razón Lévi-Strauss, lo consigue gracias al recurso genérico proporcionado por la máscara, que al remitir al grupo, borra la individualidad, oculta la *persona*, aunque en sus orígenes también fuera eso: una máscara de teatro.

Hay máscaras de muchas clases: discretas y descaradas, así como artísticas y chapuceras. Piénsese tan sólo en la riqueza de las máscaras africanas, a las que tanto debe el cubismo picassiano. En todas, sin embargo, el objetivo del embozado siempre es el mismo: ganar a través de la especie un anonimato pasajero.

De ahí, el recurso de los disfraces animales: son una máscara doble, por individuo y por especie. No contento con desaparecer en tanto Fulano de Tal, busca hacerlo como ser humano. Quien se haga llamar «caballo» o «león», además de esfumarse como individuo, se borra de la lista de la especie humana. Disfraz total. Cambia, a la vez, de cara y de grupo. Da así el doble salto (¿mortal?) de dejar de ser quien es y de dejar de pertenecer al género humano. Al desaparecer bajo el disfraz animal, huye de sí mismo y de su condición genérica de hombre: pasa a confundirse con la naturaleza, informe, imprecisa, desdibujada, ambigua, en la que, como bien supo Borges, un gato es todos los gatos. Posiblemente obre así para, como en el modelo cartesiano, *moverse larvado*, escondiéndose, como el Cartesio, de las severas miradas de su Iglesia.

Los retrógrados

Cuenta Borges, sin que sepamos cuánto es de su cosecha, que en los campamentos de hacheros de Wisconsin y Minnesota, se cree en animales fantásticos, entre los que destaca el *Teakettler*, el marmitero del té, pues hace un ruido «semejante al del agua hirviendo en la caldera del té, echa humo por la boca y camina para atrás». Agrega el universal argentino que «ha sido visto muy pocas veces». Qué suerte: debe ser que no se vinieron para estas otras selvas, donde abundan hasta la náusea: basta con ir a cualquier foro, mítin o conmemoración donde aún haya ejemplares antediluvianos de la misérrima izquierda para encontrarlos a patadas: hacen ruido, sólo humo sale de sus bocas y cada vez retroceden más.

Otro de aquellos seres fantásticos es el *Goofus Bird*, «pájaro que construye el nido al revés y vuela para atrás», ya que, aclara Borges, «no le importa adónde va, sino dónde estuvo». Justo como nuestros nostálgicos historiadores, antropólogos y demás yerbas, empeñados en quedarse congelados en un pasado más mítico que real. Viven de mirar hacia atrás, ya que también ellos están obsesionados con oscuros orígenes y supuestas leyendas, sin parar mientes en lo que aguarda a la vuelta de mañana. Son retrógrados literales, caminantes sobre sus propias huellas, peregrinos del enmohecido ayer.

De siempre la tendencia de una izquierda acostumbrada a vivir de textos sagrados, a alimentarse de citas rituales, fue la recreación de los pretéritos mitos. Si se les agregan los intocables y machacones bolivarianos, empeñados en mantener, cuidar y abrillantar ese «culto a Bolívar» que implacablemente disecara Germán Carrera, se comprenderá buena parte del habitual empantanamiento ideológico de los sectores pensantes del país. O descifran referencias o conmemoran batallas, muertes y panteones. De un tiempo a esta parte y por lo menos hasta el 92 están servidos: ante sus nostálgicos ojos, la suculenta presa del Quinto Centenario. Ocasión pintiparada para relamerse de gusto desempolvando la batería de manoseados mitos: buen salvaje, barbarie española y por encima de todo los esplendores atribuidos a una civilización antropófaga, que no había inventado la rueda y fue incapaz de aguantar ni treinta años el choque de media docena de porqueros desarrapados. No quita: los retrógrados oficiales están decididos a reescribir otra vez la historia, que por lo demás para eso está. No serían los primeros ni los últimos.

Huang Ti, emperador chino, tras haber levantado la ingente muralla para aislarse y protegerse, ordenó quemar todos los libros existentes para así comenzar la historia desde cero. Muchos siglos después y apenas medio antes de que llegaran los hombres barbados de Occidente, Itzcóatl, emperador de México-Tenochtitlán, junto con su consejero, Tlacaélel, acordaron quemar lo escrito hasta entonces para escribir nuevas «pinturas», acomodadas a los fines de los dominadores mexicas. En la Alemania de hoy, esa que está a punto de parir un Cuarto Reich, existe una encendida *Historikerstreit*, una disputa de historiadores, dirigida a revisar el período nazi, el cual, sostienen muchos, no fue tan negro

como se empeñan en pintarlo los vencedores. En vista de tan linajudos antecedentes, ¿por qué no habrían de querer nuestros persistentes retrógrados levantar una nueva historia, en la que se prueba, con la habitual objetividad del pensamiento progresista, que el imperialismo español no concluyó en Ayacucho, sino que se prolonga con las visitas de Felipe González, sospechosamente frecuentes? Lo pregonan con ruido, como aquellos caldereros del té, y a fin de exponer sus originalísimas tesis lanzan tanto humo al espacio nacional como pudiera hacerlo cualquier ingenio a vapor. Detrás del humo, nada: apenas palabras incoherentes, onomatopeyas repetidas, consignas de barrio, incompetentes balbuceos. En su delirio retrógrado, olvidan la vieja lección maquiavélica de Humpty Dumpty: «lo que cuenta es quién va a ser el dueño». No basta con escribir la historia: hay que ser emperador. Palabras sin fuerza son sólo palabras. Dicho para que lo entiendan los ingenuos lingüistas: dialecto es lengua sin ejército.

Otra vez el juego estéril de cambiar la historia. Es igual: a estas alturas, ya deberían saber el valor que tienen todas. Capturado en aquella estimulante definición que diera un siglo atrás Bierce, el gringo viejo: «relato principalmente falso de sucesos principalmente sin importancia alguna, cometidos por gobernantes principalmente pícaros y por soldados principalmente locos». No le hace: mientras nuestros vociferantes retrógrados se pierden en los laberintos creados por ellos mismos, el otro imperialismo, el de verdad, avanza sus poderes: cada día más televisión gringa, más música gringa, más comida gringa, más vulgaridad gringa. Debe ser que como viene del mismo Continente es invasión que se perdona y silencia. El enemigo sigue siendo el bárbaro conquistador de allende los mares. Quinto Centenario de pasiones e incomprensiones que sólo beneficiarán a los otros bárbaros, a los auténticos.

JEFES DE UN FUTURO INCIERTO

NO HAY QUE hacerse ilusiones: siempre habrá jefes. Preguntarse cómo serán más adelante señal es de que se los quisiera mejores; al menos, distintos. En ese punto, como en tantos otros, los hombres reparten sus insatisfacciones entre dos imposibilidades: repetir un pasado siempre idealizado o anhelar la novedad nimbada de sorpresas. Pero la verdad monda y lironda es que los hombres son iguales a sí mismos, es decir, básicamente defectuosos. ¿Por qué los jefes habrían de ser diferentes?

En los tiempos que corren, surgen dos tendencias. Creer que las cosas pueden mejorar si se permite que sean las mujeres quienes manden o, en su defecto o complemento, los hombres jóvenes. ¿Sería realmente así? Como buena creencia, irracional y sin pruebas que la justifiquen.

En cualquier caso, no deja de ser curioso que los últimos países en incorporar mujeres a las tareas de gobierno hayan sido los católicos. Hace tiempo que los protestantes y los orientales, próximos o lejanos, se atrevieron a dar ese paso. La subida de la mujer en política no es tan reciente como pudiera pensarse. Cierto que la Antigüedad desarrolló sociedades absolutamente machistas. Descontando el mito de las amazonas, la liquidación de las religiones matriarcales significó también, en el terreno de los asuntos prácticos, el apartamiento de la mujer. Como quiera que jamás la humanidad se ha movido al mismo ritmo, todavía en pleno 1990 existen sociedades aplastantemente patriarcales, como ese cantón de Suiza (Appenzell Inner-Rhoden), en el que con repetida contumacia les siguen negando los hombres el derecho al voto a las mujeres, amparados en el viejo lema de las tres K: *Kinder, Kueche, Kirche*. Pero ya la Edad Media se vio obligada a ceder el poder a las mujeres: si se quería asegurar la estabilidad de la institución monárquica, menester era que también las hijas sucedieran a los reyes, llegado el caso. No en todas partes: los muy racionales franceses jamás lo permitieron: bastante tuvieron con la italiana Catalina de Médicis en su papel, nada modesto, de regente. Mientras que, por su parte, los atrasados rusos y españoles no se privaron del placer de ser gobernados por suaves manos femeninas. Ahí están Catalina la Grande e Isabel la Católica para probarlo: sería difícil negar que supieron hacerlo. Lo notable es que, desde la Revolución Americana y la Francesa, se eclipsa el papel político de la mujer: la burguesía sólo crea sociedades machistas. Ni Francia ni los Estados Unidos, los dos modelos de transformaciones modernas, han permitido la más mínima veleidad de mando femenino. Tampoco los regímenes totalitarios de este siglo: ¿alguien puede concebir que Stalin o Mussolini fueran reemplazados por una dama? Ganas entran de enunciar una sencilla ley: a mayor intensidad ideológica, menor participación de la mujer en los asuntos de Estado. Sólo el populismo, fascismo de los pobres, desde Perón a los sandinistas, ha permitido que la mujer suba otra vez a los altos niveles de gobierno.

La sociedad venezolana, tributaria doble del modelo americano (por economía) y del francés (por Constitución), es no sólo machista feroz, sino geronto-

crática. Curioso: a nadie parece extrañarle que en un país que siempre que puede se jacta de ser joven, sean los viejos los que manden, desde hace mucho. El ejemplo de Gómez sigue imperturbable: cuanto más viejo, mejor. A los políticos jóvenes siempre se les ha mirado con cierto recelo. A las mujeres, ni hablar: ni se las ha considerado. Todo lo más, ministras decorativas, en cargos de segunda importancia. Venezuela será un país moderno el día en que, no sólo tenga una Presidenta de la República, sino que el Ministerio de la Defensa esté en manos civiles de una joven. Que no se asusten unos y otros: falta mucho.

Hay varias formas de quedar rezagados. Una de ellas es no seguir la corriente y otra, repetir experiencias. En Venezuela, para no privarse de nada, se practican ambas. La corriente general, no sólo en Europa, sino en el subcontinente americano, es la de preferir gobernantes jóvenes. Ahí está Menem, Collor de Melo y Fujimori. El propio Salinas de Gortari está en la cuarentena, para no mencionar a Arias y Ortega o a los infelices y combustibles colombianos. Los países más gerontocráticos de Latinoamérica son Venezuela y Cuba, donde no sólo no mandan jóvenes, sino que ni siquiera tienen perspectivas de hacerlo. Además de no atreverse a rejuvenecer sus gobernantes, Venezuela insiste en repetir esquemas, modelos y aun personajes. La reelección de Pérez abrió la puerta a otros segundos actos con los mismos decrépitos y vistos gobernantes. No es arriesgado sostener que Venezuela se presenta como uno de los países más conservadores en la actual política mundial. Por lo mismo, las posibles innovaciones son mínimas. Los viejos se aferran a lo único que saben hacer. Unica explicación de que, a punto de terminar el siglo, Venezuela no haya entrado todavía en la era de los políticos fotogénicos, para emplear la vieja terminología. Desde Kennedy a Collor de Melo, la tendencia es a elegir dirigentes, no tanto por sus ideas o por su experiencia, cuanto por su figura e imagen. En Venezuela, los de posible mejor imagen quedan opacados, como si las masas prefirieran los viejos rostros por poco atractivos que resulten. Quizá la explicación resida en que aún el voto femenino no es decisivo o porque no lo ejerzan o porque, al hacerlo, todavía prefieran guiarse las mujeres por valores del orden machista.

Si algo ha de cambiar, aunque sólo sea por la novedad misma, lo primero que debe suceder es el desplazamiento de los viejos partidos políticos. Sólo será posible hacerlo a través de alguna personalidad atractiva, con suficiente poder de captación como para saltar por encima de los recursos y triquiñuelas de las pesadas maquinarias políticas. O bien la juventud venezolana no tiene capacidad de decisión, estando plegada al modelo imperante, esperando tan sólo beneficiarse de un sistema ya comprobado y harto corrompido, o bien es una juventud que se desentiende del fenómeno político y deja en manos de los mayores las grandes decisiones. Porque el día en que la juventud se interese por el control político, debería apoyar a alguien joven y lo suficientemente desconocido como para garantizar un mínimo de pureza y novedad al menos en los primeros tiempos de gobierno. Por lo demás, para ser gobernante no hace falta ni preparación ni experiencia. En el fondo, el acto de gobernar se parece mucho al amoroso y, por lo mismo, está sometido al vaivén de los extremos: es aquello

que bien expresa la doble queja francesa: *ah si jeunesse savait! ah si vieillesse pouvait!* Puede el joven, pero no sabe y al viejo, que le sobra sabiduría, le falta potencia. En tareas de gobierno, ni siquiera eso se necesita: basta con un mínimo de popularidad en el tipo de sociedades que se han desarrollado al amparo de las democracias formales. Ionesco lo vio claro cuando, en aquella obra, llamada precisamente *El Líder*, presenta a una joven admiradora que no oculta su asombro al descubrir que el líder no tiene cabeza. La clave está en la profunda respuesta de otro personaje, el Anunciador, que le hace ver que no la necesita para nada siendo como es genial. El modelo, como en tantas otras cosas de este siglo que termina, sigue siendo Hitler. La verdad es que sus ideas (su cabeza) eran escasas, y mediocres, pero políticamente hablando, era un genio, ya que, como él mismo dijo, supo apoderarse del secreto de gobernar a las masas: dirigir su atención hacia un solo adversario y no permitir que nada les aparte de ese objetivo. No hace falta ser tan grueso y escatológico como Hitler y elegir a toda una comunidad, como hizo con los judíos. En 1982, los socialistas subieron al poder en España, donde aún siguen, prometiendo algo tan vago y abstracto que cabía en una sola palabra: «cambio». Bien es verdad que en ese momento y en ese país, se trataba de la palabra clave, casi mágica, pues después de más de cuarenta años de lo mismo, ofrecer cambiar era tanto como abrir una puerta a un radiante futuro. O así lo creyó la mayoría. Cuidado si en Venezuela no están dadas las condiciones para algo parecido: la verdad es que estos treinta y pico de años de democracia empiezan a parecerse demasiado al franquismo: siempre lo mismo y los mismos. El país pudiera estar maduro para una buena oferta de cambio y novedad. Con tal, desde luego, que proceda de alguien igualmente nuevo. De no producirse así, se corre un peligro, es decir, lo corre el sistema. Pues si Sartre tenía razón cuando decía en una de sus obras de teatro (*Los secuestrados de Altona*) que la mejor y más eficaz manera de destruir a un pueblo es obligarlo a repudiar a sus dirigentes naturales, en Venezuela, el hastío y la reiteración hasta al infinito de los mismos partidos y los mismos gobernantes, puede llevar espontáneamente a la población a repudiarlos sin que nadie le obligue a hacerlo. Y en tal caso, la destrucción no sería del pueblo, sino del sistema que ha durado tanto y ha sido incapaz de renovarse desde dentro.

Los dirigentes del futuro no nacerán de la crisis actual ni siquiera de la necesidad de renovar; nacerán de la resistencia que los viejos dirigentes hagan (ya la están haciendo) a las nuevas generaciones. En la medida en que les cierren el paso y traten de anestesiarlos con viejas recetas, pueden provocar una reacción violenta contra unos métodos gastados y, para emplear las palabras del viejo zorro, padre de todo esto, «obsoletos y periclitados».

Pensamiento en Venezuela, de Gómez a nuestros días

Hay una constante en la producción del pensamiento venezolano: la dependencia de ideas eurocéntricas. Desde la Colonia rige esa norma: entonces, fueron los tomistas y suarecistas, de la Escuela del Tocuyo; después, con Andrés Bello, el empirismo inglés y, con Simón Rodríguez, le tocó el turno a Rousseau y los enciclopedistas. En el siglo XIX, Venezuela seguirá dependiendo de la expresión conceptual importada. Situación que no cambiará en el XX, de modo tal que continúa insatisfecha la exigencia que hace ya más de treinta años formulara Leopoldo Zea, desde México, cuando reclamaba una «emancipación mental» americana.

Desde fines del XIX, es el positivismo, en sus diversas variantes, el que impregna la vida cultural venezolana: con ello, Venezuela sigue la tendencia iberoamericana. Desde México a Argentina, sin olvidar a Brasil, donde se llegó a incorporar el lema central positivista en la propia bandera («Ordem e Progresso»), el Continente iberoamericano recibió de pleno el impacto de la doctrina comtiana. En Venezuela, fue así hasta la aparición de la llamada «generación del 28».

La variante científica del positivismo, el darwinismo social, que viene representado por los nombres de Ernst y de Villavicencio, sirvió para impregnar de biologismo a la generación de historiadores de los primeros años del siglo XX, es decir, sobre todo, a Gil Fortoul, Arcaya y Vallenilla Lanz. A lo que aspiraban aquellos teóricos sociales era a hacer de la historia una ciencia, dentro de la más pura exigencia positivista. Pero el positivismo de corte sociológico, dominante en la época de Gómez, pronto se transmutó en ideología encubridora del sistema dictatorial. Para ello no tuvieron sino que desarrollar al límite las tesis deterministas contenidas a la vez en el positivismo de Comte y en el evolucionismo spenceriano. En efecto, tanto geografía, clima, composición étnica (todavía se atrevían a decir «raza», aunque ya Arcaya se muestra abiertamente crítico del concepto), como condiciones sociales, sicológicas y materiales les sirvieron para levantar la noción del «caudillo» o «gendarme» necesario. De lo que se trataba, con esa figura intermedia, y obligada por las circunstancias negativas, era de asegurar el avance social que garantizara el ingreso en la idea comtiana e irrenunciable de «progreso», siempre dentro de un «orden». No es necesario insistir en el hecho de que fue el mismo Comte el encargado de subrayar la importancia del orden social hasta el punto de enfrentarse abiertamente con las ideas socialistas de la época, que para Comte eran, en tanto expresión de violencia revolucionaria, la negación de toda posibilidad de progreso. De modo que antes de apresurarse a depositar toda la carga acusatoria sobre un Gil Fortoul o un Vallenilla Lanz, convendrá tener presente que pertenece al más clásico espíritu positivista la valoración del orden en tanto condición esencial para aspirar a cualquier progreso.

Por lo mismo, en la medida en que las ideas positivistas, en su fase social y política de la dictadura, sirvieron de ideología de respaldo al régimen gome-

cista, no es de extrañar que, a la desaparición física del caudillo andino, comenzara la declinación del positivismo como expresión conceptual representativa del pensamiento venezolano. Habrá que tener también en cuenta que hasta los años treinta del siglo XX cualquier manifestación conceptual venezolana era exclusiva de las clases superiores en la escala social, únicas con posibilidades de acceso a la educación universitaria, en el país o en el extranjero. En dicho sentido, bien podría tildarse de «elitesco» el pensamiento positivista venezolano. El que además cobrara su expresión más representativa a través de las ciencias biológicas y de la historia puede explicarse por los orígenes académicos y las especializaciones que de ahí resultaban: los pensadores venezolanos de principios de siglo, hasta el final del gomecismo, fueron en su mayoría médicos y abogados. Habrá que tener en cuenta que, desde la extinción del sistema universitario de la Colonia, de marcado corte teológico, no existían estudios específicos de ciencias humanas (la tradicional Filosofía y Letras, más las disciplinas sociales y sicológicas), sino que, en forma fragmentada y subordinada, se encontraban incluidos en los planes de estudio de la carrera de derecho. Ello puede explicar el cierto retraso que se registra en la expresión conceptual venezolana respecto de otros países latinoamericanos. En Argentina, por ejemplo, pudo darse un pensamiento comprehensivo positivista como el de Alejandro Korn, o en México, el de José Vasconcelos, por haber continuado ambos países con la tradición de centros autónomos de formación humanística (Facultades de Filosofía, Letras e Historia). No así Venezuela, que hubo de esperar a 1946 para que, en el primer gobierno acciódemocratista, se reabriera una Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central. Ello origina una curiosa paradoja.

Y es que, con la irrupción en la escena política de los partidos revolucionarios (Acción Democrática, tras sus cambios de siglas; URD y, sobre todo, el Partido Comunista), a la desaparición del gomecismo, entran en escena las clases sociales inferiores, hasta entonces no representadas ni política ni culturalmente en la vida social venezolana. La paradoja aludida viene dada por el hecho de que mientras eran las clases mantuanas elitescas, superiores, las que tuvieron el control del pensamiento nacional, no consideraron conveniente disponer de un centro académico superior para la transmisión y enseñanza de las ideas de que se alimentaban. Mientras que fueron precisamente los representantes populares, tanto del proletariado, como de la burguesía en ascenso, quienes dieron el paso de restaurar la vieja Facultad de Filosofía y Letras, expresión tradicional del pensamiento occidental de corte europeo.

En el interregno de transición política que vivió Venezuela de 1935 a 1945 (de la muerte de Gómez a la toma del poder por una Junta Cívico-Militar encabezada por Rómulo Betancourt), declina definitivamente el positivismo como expresión de pensamiento social. No sólo sucede así por la ya registrada vinculación de dicho pensamiento con el régimen dictatorial gomecista, sino que es en parte consecuencia del empuje con que se presentaban nuevos sistemas conceptuales en el agitado horizonte político y social de aquella Venezuela. Las ideas que desplazan del primer lugar al positivismo decimonónico son el nacionalis-

mo informe, pero combativo, de los primeros acciónde mocratistas, y el marxismo, deficiente y rudimentario, de los introductores de las ideas comunistas en Venezuela. Hay que observar, no obstante, que ninguna de las nuevas ideas logra suplantar al positivismo en su papel de ideología oficiosa y dominante. Tanto las ideas nacionalistas como las marxistas se presentaron en estado de agitación y confusión, más aptas para combatir la ideología establecida (determinista, gradualista y, en el fondo, pesimista) que para reemplazarla por una nueva y potente ideología de repuesto.

El nacionalismo se alimentó al principio de las ideas indoamericanistas que estaba desarrollando en el Perú Haya de la Torre, mientras que el marxismo no penetró a través de influencias directas, sino o por textos de gran simplismo conceptual (casi todos, breviarios de materialismo dialéctico) o por adaptaciones latinoamericanas del marxismo, como la efectuada, también en tierras peruanas, por Mariátegui. De modo que, en esta nueva fase, la dependencia fue doble: no sólo se trataba de ideas tomadas en préstamo de ideologías eurocéntricas (aquellos nacionalismos tenían inspiración remota en el francés Maurras y en el fascismo italiano), sino que en esta ocasión ni siquiera se operaba el préstamo directamente, sino a través de intermediarios latinoamericanos. El ejemplo de pensamiento político más representativo de este período sigue siendo Rómulo Betancourt por haber coincidido en él ambas corrientes. Tributario a la vez de las ideas nacionalistas y americanistas del APRA peruano y de las más generales categorías marxistas, el Betancourt de la primera época, esto es, el creador de Acción Democrática, viene a sintetizar la incorporación de la nueva ideología populista con ribetes de doctrina proletaria. No fue el único representante de esas tendencias. En el campo marxista, fue más profunda y sostenida la representación social comunista, con nombres en lo teórico como el de Salvador de la Plaza y, más tarde, Rodolfo Quintero. Eran marxistas militantes de la época economicista del marxismo, que ponían todo el énfasis en la lucha de clases, aplicada a lo social, y en lo político y económico, en las contradicciones que creían detectar en el sistema capitalista. De cualquier forma, a partir de entonces, el marxismo hace su aparición en el panorama de las ideas sociales en la Venezuela contemporánea, por más que conviene registrar aquí una diferencia histórica: en sus comienzos (período de 1935 a 1950, aproximadamente), el marxismo era un instrumento de lucha política manejado casi exclusivamente por militantes comunistas y afines. Pero, a partir de los años cincuenta, el marxismo pasó a ser una filosofía de raigambre universitaria, que se discute, enseña y polemiza a partir de las aulas o de escritos especializados.

Pero la generación del 28 originó también el surgimiento de nombres independientes de lo político y abiertos al campo creativo y especulativo que han cubierto con su obra y expresión conceptual práticamente todo el período. Desde un Picón Salas a un Uslar Pietri, sin olvidar nombres como Gabaldón Márquez, Enrique Bernardo Núñez, Isaac Pardo o Briceño Iragorry, los hombres de aquella generación, por dispares que fueran sus posiciones y diversos sus medios de expresión, coincidieron en la obsesión de entender y recrear la historia

y las costumbres venezolanas. Son pensadores más dispersos que sistemáticos en la medida en que algunos de ellos prefieren elegir géneros literarios de ficción para la exposición de sus ideas, pero todos acusan el peso de la herencia gomecista para tratar de sacudírselo mediante el análisis fragmentario y la creación artística. Si la literatura puede ser a veces vehículo de ideas progresistas y esperanzadoras para un país convulsionado, como lo fue la Venezuela que sufrió la dictadura gomecista, también la obra de Rómulo Gallegos debería inscribirse en el recuento de un pensamiento que pugna por buscarse a sí mismo.

En el plano meramente político, que al fin y al cabo fue predominante en la fase de transición de la dictadura de Gómez a la de Pérez Jiménez, también ejercieron cierta influencia las ideas totalitarias, representadas en Europa por el nacionalsocialismo y el fascismo. En Venezuela, la introducción parcial de semejantes ideologías se hizo mayormente a través de partidos políticos de la derecha, como el incipiente Copei, vagamente influido en sus orígenes por la Falange Española y la derecha de Gil Robles, también de España. En cierta medida, el golpe de Octubre de 1945, unido a la victoria aliada de ese mismo año en la Segunda Guerra Mundial, dieron al traste con cualesquiera pretensiones totalitarias de la derecha. De 1945 a 1948, la ideología que trató de penetrar en los grupos de poder político tenía más de nacionalismo populista que de otra cosa. Fue el momento en que el gobierno propició la enseñanza laica en los colegios, no sin cierta resistencia, y fomentó el tipo de enseñanza normalista inspirada en la pedagogía y experiencia chilenas. Fruto de aquella política fue la creación del Instituto Pedagógico y, más tarde, de la Facultad de Filosofía y Letras. A través de ambas instituciones, pero especialmente de la segunda, penetran en Venezuela nuevas ideas y corrientes de pensamiento.

El vehículo más poderoso para la propagación de teorías científicas y filosóficas fueron los refugiados españoles de la Guerra Civil. Si bien su impacto cultural en Venezuela no fue, ni con mucho, tan poderoso como el que experimentó México, no dejaron de instalarse en el país representantes de calidad que pronto dejaron sentir su influencia. En lo científico, por ejemplo, un Augusto Pi i Sunyer significó la renovación de la biología y de la medicina en la Universidad caraqueña. En el campo de la investigación histórico-literaria, la obra de Pedro Grasés ha sido de gran importancia. Pero fue en el terreno del pensamiento especulativo en donde los republicanos españoles hicieron sentir más acusadamente su influencia. Ya con anterioridad a la guerra española de 1936-39, los escritos de Ortega y Gasset habían marcado la pauta: a través de un órgano de divulgación tan prestigioso y difundido como la *Revista de Occidente*, los países iberoamericanos de habla española recibieron una marcada formación orteguiana a la par que europeizante. Conviene tener en cuenta que cuando Ortega hablaba de Occidente, refiriéndolo a Europa, quería significar, casi exclusivamente, Alemania y el pensamiento en lengua alemana. Podía hacer ciertas concesiones a pensadores franceses, pero en ningún momento sirvió la *Revista de Occidente* para presentar las ideas de países anglosajones. Conocido es el desprecio de Ortega por Inglaterra, al que etiquetó de «país sin imaginación», para no hablar

de la superioridad con que se dignaba hablar de los norteamericanos, como por lo demás era la tendencia europea de la época. Todavía a fines de los cuarenta, Ortega llegó a decir que el triángulo de la ciencia contemporánea quedaba limitado al formado geográficamente por Berlín-París-Londres. Conviene señalar tales limitaciones en el enfoque orteguiano porque su influencia fue notable en Latinoamérica, aunque no tanto en Venezuela, como, por ejemplo, en Argentina. Pero la mayoría de los pensadores españoles que la guerra civil aventó al Continente americano o eran orteguianos de formación (caso de José Gaos) o comulgaban con las ideas germanocentristas de la cultura europea (caso de García Bacca).

El resultado fue que los sistemas de pensamiento especulativo que prendieron en Venezuela de fines de los cuarenta y principios de los cincuenta fueron, en su mayoría, de ascendencia y filiación alemanas. Así, la fenomenología, el existencialismo heideggeriano y la gnoseología de Hartmann. Ello explica la formación de una corriente importante de profesionales venezolanos adictos de la tradición metafísica germana. Sin embargo, fue imposible cerrarse a ciertas corrientes en boga, tales como el existencialismo de Sartre o, mucho más tarde, ya en los sesenta, el estructuralismo francés. Unas y otras influencias eran el resultado de haber creado y puesto en funcionamiento, desde 1946, un centro de estudios filosóficos superiores. La figura dominante por muchos años, en la enseñanza y difusión filosófica, y el maestro que formó a varias generaciones de nuevos investigadores fue el español Juan David García Bacca. Más tarde aquel centro de estudios, que era la Facultad de Filosofía y Letras de la Central se vio acompañado de otros cuando, ya en plena dictadura de Pérez Jiménez, se crea la Universidad Católica. En ella, así como posteriormente en la del Zulia, surgieron otras Facultades Humanísticas que vinieron a reforzar los estudios sistemáticos de filosofía en el país. Los casi diez años de la dictadura perezjimenista tuvieron una doble consecuencia en el campo de las ideas: por un lado, una creciente influencia de las órdenes religiosas en la educación media y superior. Por otro, como reacción contra la dictadura, la proliferación de las ideas marxistas y su profundización teórica. La mayoría de los intelectuales opositores al régimen sintieron la necesidad de expresar su inconformidad a través de las explicaciones generales revolucionarias que les brindaba la doctrina marxista. Hasta el punto de que, a la caída de la dictadura, en Enero de 1958, los grupos marxistas eran dominantes en el panorama intelectual del país. Agréguese a ello el prestigio que al poco tiempo alcanzó la Revolución Cubana entre los sectores nacionalistas y avanzados y se comprenderá por qué, a partir de los sesenta, el cuadro general de las ideas socio-políticas estuvo dominado por las vivas polémicas que el marxismo militante y el académico desataron sin tregua.

Mientras tanto, al socaire de la recién fundada Universidad Católica, penetraron y se difundieron en ciertos círculos, más bien reducidos, las ideas sociales y filosóficas de Maritain y las del personalismo de Mounier. Los nuevos cuadros del partido socialcristiano (igualmente en la clandestinidad durante la dictadura) se formaron al calor de tales doctrinas, sin olvidar la enorme influencia

que posteriormente tuvo el *aggiornamento* que experimentó la Iglesia Católica con el Concilo Vaticano II, de 1962. Con el tiempo, tales semillas, sembradas en parte en las encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris*, junto con los crecientes problemas de las sociedades latinoamericanas en crisis, habrían de dar paso a posiciones más radicales, signadas por el lema de la «teología de la liberación»; en particular, los jesuítas fueron atraídos por semejante radicalización.

En el orden económico, la sociedad venezolana había seguido, desde que se inició la explotación del petróleo a gran escala, una tendencia keynesiana *de facto*: era el Estado el dispensador de presupuestos para asegurar tanto la disponibilidad de empleos como la capacidad importadora de bienes y servicios. Semejante línea se acentuó con la dictadura, no sólo porque, durante ésta, el auge de la explotación petrolera se acrecentó al calor de nuevas concesiones a las compañías multinacionales, sino por esa curiosa tendencia hacia una política del cemento que parecen tener todos los dictadores. En la medida en que Pérez Jiménez no fue una excepción a tal regla y promovió la construcción de grandes obras, de vialidad (autopistas), suntuarias (hoteles, teleféricos) o habitacionales (bloques multifamiliares), la visión keynesiana del Estado venezolano se consolidó. Los gobiernos posteriores de la democracia no hicieron gran cosa por abandonar esa tendencia, por más que reorientaran el gasto público hacia obras de mayor interés social (salud, educación). Durante los sesenta y setenta tal tendencia se vio complementada con la no menos expansionista de la economía que aportó el auge del desarrollismo inspirado en las ideas de la CEPAL: de ahí, la industrialización forzada y la acumulación de grandes deudas, fruto de esa política económica de crecimiento a cualquier costo. Ha sido menester que sobrevenga la crisis general de los ochenta para que el pensamiento económico venezolano se diversifique y surjan expresiones críticas tanto desde los sectores planificacionistas y centralistas como desde los más agresivos neoliberales, en auge en este fin de siglo.

En el campo político-social, la nota más destacada de los últimos veinte años la proporciona el derrumbe a escala mundial de la ideología marxista y las consecuencias que ello ha tenido en los países sometidos a su influencia, bien directa (política) bien indirecta (simplemente filosófica). Primero, fueron las divisiones internas, desde el titismo y el maoísmo hasta grupos más radicales y utopistas (Sendero Luminoso, Jemer Rojo) pasando por toda la gama de movimientos de liberación nacional. Particularmente influyentes fueron en Venezuela durante los años sesenta las doctrinas indigenistas y tercermundistas de Fanon y las foquistas, de Debrey y el Che Guevara. Su influencia no fue meramente académica, sino que se llevó al sangriento terreno de la práctica con una enorme pérdida de esfuerzos y vidas humanas. Todo ello contribuyó en no pequeña medida al hundimiento de las teorías revolucionarias de inspiración marxista, que comenzó a registrarse en los setenta y ha alcanzado su punto más bajo a fines de los ochenta. Desde el punto de vista político, ello ha supuesto el reforzamiento de las posiciones moderadas (tanto socialdemócrata como socialcristia-

na), pero desde el punto de vista teórico, conceptual, ha marcado un clima de desorientación y confusión que influye negativamente en las posiciones intelectuales contemporáneas. Hay que tener en cuenta que, en gran medida, el marxismo había sido aceptado a modo de doctrina religiosa de salvación en la mayoría de los países latinoamericanos; lo que significa que su desaparición va a traer consigo un vacío espiritual para las nuevas generaciones. Ello pudiera explicar la fácil penetración que en los últimos tiempos han logrado los credos religiosos no tradicionales, de orientación cristiana (sectas protestantes), orientales (budismo, harekrishna) o simplemente paganas (magia, hechicería).

Por su parte, la evolución del pensamiento filosófico, en su mayor parte de pertenencia y formación académicas, puede concentrarse en dos palabras: revisión y pluralismo. Desde fines de los años sesenta, las grandes corrientes del pensamiento (fenomenología, existencialismo, historicismo hegeliano) pierden la casi exclusividad temática de que gozaban en los *pensa* de estudios y tienen que dar paso a otras escuelas filosóficas, tales como el estructuralismo, tanto en su vertiente marxista (Althusser) como socio-cultural (Foucault) o simplemente lingüística; también cobran auge las diversas filosofías cientificistas, comenzando por el empirismo lógico y continuando con la filosofía analítica del lenguaje ordinario y la metodología de las ciencias. En parte, en el campo universitario, semejante transformación es una consecuencia de la llamada «renovación cultural» que experimentaron muchas de las universidades venezolanas por tardía, pero violenta influencia del Mayo francés de 1968. Como puede apreciarse, siempre el factor imitativo o de reflejo en la aparición de las ideas en Venezuela.

Junto con la proliferación de nuevas formas de producción intelectual, se registraron sucesivas oleadas críticas en la revisión y balance de las doctrinas tradicionales. Esto permitió, ante todo, sacar al marxismo del terreno de la actividad política inmediata y poder estudiarlo críticamente con la objetividad debida en toda investigación académica. También sirvió para evaluar los sistemas metafísicos tradicionales a la luz de modernas pautas de análisis conceptual y terminológico.

Ha sido posible semejante abundancia de estudios y dispersión de esfuerzos investigativos gracias a la aparición de centros superiores de enseñanza humanística en el país: a los varios de Caracas, en donde al menos tres universidades cuentan con estudios de filosofía, hay que agregar los de Valencia, Mérida y Maracaibo.

Si bien hacia los sesenta se registró un intento de «nacionalización» del pensamiento abstracto, mediante la adopción de temas tales como «el ser del venezolano» y afines, tomados por lo general de la filosofía mexicana de la época (como se ve, siempre la tendencia a copiar), la expresión del pensamiento filosófico en Venezuela sigue siendo, por su misma pluralidad, de referencia modélica universal. Si acaso lo que ha sucedido en los últimos veinte años es que se desplazó la zona de referencias, de Alemania y el centro de Europa a los países de habla inglesa. Sin embargo, como por doquier se ha dado el mismo fenó-

meno, a saber, la pérdida de paradigmas filosóficos estables, el que en la Venezuela contemporánea se disfrute de un pluralismo de doctrinas y del consiguiente relativismo valorativo, no hace sino confirmar una vez más la dependencia cultural de las doctrinas generadas en Europa y en los Estados Unidos.

Por muchas críticas que se le puedan hacer a la actividad intelectual universitaria, enfrentándola en ocasiones a otra, más abierta y participativa, más divulgativa y general, hay que reconocer que el pensamiento filosófico venezolano existe y es creador. Con independencia de la mucha y variada obra que las sucesivas generaciones de profesionales han aportado al índice editorial en los últimos cuarenta años largos, hay una obra que se destaca y sirve de epítome de todo el intenso y fecundo trabajo de este período: la monumental traducción de las *Obras Completas* de Platón, efectuada por García Bacca y editada en Venezuela. Desde el siglo pasado no se hacía una cosa semejante: que un solo investigador acometa y lleve a feliz término la ardua empresa de verter toda la ingente obra de un pensador como Platón. Pero si el ejemplo citado es la mejor muestra del pensamiento creador filosófico en su dimensión académica, conviene no olvidar que la expresión intelectual de un país no se limita a los muros universitarios. Los ensayistas, los politólogos, los nuevos historiadores comienzan a aportar los materiales que determinarán la continuidad del pensamiento de la Venezuela del futuro.

La negación de España

Como si aquella oblicua *via negationis* de la que abusaron los Padres de la Iglesia hubiera acunado el nacimiento de la América hispana. Recuérdese cómo operaba: en lugar de caracterizar a Dios por lo que es, tarea imposible para el limitado entendimiento humano, decíase de El todo cuanto *no* es, pues siendo tan grande en todo, tan inabarcable en su Ser, optaban por resignarse al recurso negativo: hablar de lo que *no* es propiamente Dios. Igual en América, desde su nacimiento. Ni una sola de sus caracterizaciones es directa y positiva. Fueron las Indias sin serlo, Catay sin acercarse al Oriente, Cipango sin llegar al Japón y el Paraíso Terrenal allí donde sólo había manglares, fiebre y culebras. Luego, la triste y conocida historia de los nombres mal puestos. Que aquel piloto mayor, el florentino Vespucci, con apenas un par de viajes, funcionario menor de la Casa de Contratación, terminara por obra y gracia de los cartógrafos cediendo su nombre a todo un Continente, no pasa de ser una broma burocrática. Pero encaja en la negatividad que presidió la vida del Nuevo Mundo desde sus principios. No es la India, no es propiamente nuevo y ni siquiera es para Colón, el descubridor, la gloria de bautizarlo como un todo. ¿A qué extrañarse entonces de que el afán por negar se extendiera también y ante todo a España y lo español?

Ya desde la Colonia, los criollos se definían a través de su negación de lo peninsular; la voz misma es limitativa: si fue un diminutivo de «criado», quien lo sea de un amo o de quien lo críe y cree, no es dueño enteramente de sí. Otra negación. Todo paternalismo engendra rebeldía y así fue también en este caso. La única forma que tuvieron aquellos *criollos* de dejar de ser *criados* es la tradicional desde Edipo: matar al padre, su Rey, y humillar a la madre lejana. No deja de ser freudianamente reveladora esa manía hispanoamericana de seguir hablando de la «Madre Patria», curioso oxímoron (dios endiablado, frígido calor), como para conjurar el incesto. La América hispana surge al ser de su independencia a través del no-ser de lo español. Muy distinto al caso de Brasil, que nace como una prolongación política de la Casa de Braganza, primero como Imperio y luego en forma republicana, sin mayores sobresaltos. Por eso, una vez más, la trampa de los nombres para designar la realidad. Lo de «Latinoamérica» sabido es que viene por el morbo gálico de querer incluirse en el reparto. Pero es que «Iberoamérica» es igualmente confundidor, pues no todos los pueblos procedentes de la matriz ibérica alcanzaron la mayoría de edad del mismo modo. Los propiamente hispanos nacieron de una obsesión negativa y muchos aún siguen presos de ella.

Por lo demás, negar a España es ocupación propia de los más añejos españo-

les. Tómese a los vascos, que tanto participaron en la conquista y colonización de América: desde México (Iturbide) hasta Río de la Plata (Garay) pasando por Caracas (Zuloaga), el Continente está sembrado de nombres a cual más vascuence. No es casual que el primer y más emblemático rebelde, aquel que declarara su particular guerra al todopoderoso monarca, pretendiendo formar reino propio al frente de los marañones, fuera natural de Oñate, guipuzcoano de pura cepa. Unos y otros, vascos, canarios, catalanes, extremeños y luego, criollos, se afirmaron en y por la negación de lo lejanamente español. Así brotaron docena y media de nuevas naciones, unidas entre sí, más que por lengua y costumbres (dispares en ocasiones), por un original y sostenido *odium Hispaniae*, que les dio el ser. Siempre la negatividad.

No toda nueva formación nacional tiene que proceder de tan drástico recurso. Para no citar el enojoso caso de la otra América, la anglosajona, podría recordarse con mínimo esfuerzo lo sucedido entre el Imperio romano y sus posesiones. Allí no fue menos traumática la conquista hasta lograr, bajo Augusto, el sometimiento *volens nolens* a la *pax romana*, duramente impuesta. Sin embargo, con el correr del tiempo, ni españoles ni franceses ni italianos, en sus respectivos momentos de afirmación nacional, tuvieron necesidad de recurrir a la negación de su latinidad. Antes bien: Europa occidental se hizo a sí misma durante mucho tiempo a partir del proyecto imposible de reconstruir aquel Imperio al que se llegó a calificar de Sacro. Y cuando en este siglo, a algunos italianos les acometieron manías de grandeza, poniéndose a soñar imperialmente, acudieron a los símbolos de la Roma antigua y hablaron otra vez de legiones y conductores. Para que un español sea tal y así lo sienta o un francés se enorgullezca de su país no han menester ni uno ni otro de denigrar de aquellos que siglos atrás no sólo lo conquistaron, sino que le dieron lengua e instituciones. Lo de Vercingétorix o Indíbil y Mandonio no pasa de ser folklore, pero lo de Cuauhtémoc es muy serio: son muchos los mexicanos de hoy que ven a la Colonia como un mero paréntesis tras el cual enlazar con su pasado azteca o maya o chichimeca. Llegan a igualar en ese punto a España con Francia o Inglaterra y, en consecuencia, a México con Argelia o la India. Donde puede verse que la pasión nacionalista sigue alimentándose de negaciones. No hay una maldita estatua de Cortés en México y la de Pizarro, en Lima, es obra al fin y al cabo de una norteamericana enamorada de la leyenda demoníaca más que atraída por la verdad histórica.

Llamaban los helenos *bárbaro* a todo el que no hablara su lengua, sin importar de dónde fueran los otros hablantes. Pero la nuestra, más extendida en tiempo y en espacio que la griega, no parece ser cemento de fuerza suficiente como para aglutinar una comunidad y hacer que salga la conciencia de pertenecer a ella. Y eso que ahora hay más «bárbaros» que en tiempos de Pericles. Inclusive Sarmiento se atrevió a profetizar la desaparición del español en la América hispana y su reemplazo por tantas lenguas como países habían nacido. Fácil le fue apoyarse en la falaz analogía del latín y las lenguas romances, pero la historia hasta ahora no parece haberse inclinado a sus deseos, en el fondo siempre ne-

gativos: que no se hable más el español aquí y sea sustituido por lenguas no-españolas. Insistencia en negar aun lo más acendrado de la cultura hispánica.

Es de esperar que sobrevenga la madurez, como en otras instancias de la vida; así será el día en que esa obsesión negativa desaparezca y dé paso al inevitable reconocimiento de una misma y común realidad cultural. Sólo entonces podrá decirse de los pueblos hispanoamericanos que habrán accedido a la plena realización. Y en el mundo que ya está aquí, guste o no, esa realización demanda integración y ésta pasa necesariamente por lo español (la lengua) y por España, el moderno país que ha de servir de puente para alcanzar esa poderosa entidad que es la Comunidad Europea. De no hacerlo así, con mal pie se estará entrando en el siglo que está por caer.

Todo lo que a tal se oponga no deja de ser leyendas indigenistas, artificialmente levantadas, nostalgias de un pasado mitificado y carencia de miras realistas, que consciente o inconscientemente trabajan por la desagregación y el atraso de los pueblos de la América hispana. Hace falta valor para pronunciar la negación definitiva: no a la anticuada y nociva negación de España.

El látigo del Islam

Sería injusto juzgar al Islam por las barbaridades de Jomeini y sus secuaces: sería como juzgar al cristianismo por la Inquisición o los puritanos. En el cristianismo, está la Roma de Julio II y el Toledo de Alfonso X. El Islam tiene a su favor esa perla única que fue Al-Andalus, la Córdoba de Abderramán y Alhaquem. Bien es verdad que los musulmanes españoles eran otra clase de árabes, mientras que para empezar, los fanáticos chiítas de Irán ni siquiera árabes son, sino persas maniqueos, marcados por el simplismo dualista de Zoroastro. Han decidido que mujer a la que vean por la calle mostrando así sea un solo pelo de su cabello o una línea de sus brazos o piernas, ha de ser latigada en público. Porque, aseguran aquellos animales, el cabello de la mujer induce al hombre a tentación y ha de ir permanentemente escondido. Menos aún ha de portar la mujer vestidos insinuantes, de los que ciñéndose al cuerpo, revelen sus formas. Monjas. Monjas recatadas y aburridas, suerte de fantasmas desvaídos, cubiertas de velos y trapos en un vulgar alarde de repugnante castidad. Qué contraste con la Andalucía musulmana, alegre y generosa, sensual y culta.

Para empezar, los árabes que llegaron a España respetaron los viñedos existentes: si hubieran procedido como los nuevos fanáticos frente a los cultivos de amapola y de coca, habrían comenzado por arrasar las espléndidas vides de muchos siglos. No sólo las respetaron, sino que se aficionaron al vino, en abierta violación de las idiotas exigencias del Profeta. Léase cualquiera de las bellísimas poesías arábigo-andaluzas para comprobar el culto al vino y a la belleza de la mujer: «¡Qué hermosa noche aquella!» recuerda Ben Hani, de Elvira, y con razón: «El temblor del vino no le dejó mano, ni la vejación del curvarse para llenar los vasos, cintura. Diríase que sus caderas eran un montón de arena sobre el que se cimbreaba la caña del talle. Nuestros lechos sirvieron de vestido para nuestro vino y para cubrirnos la tiniebla rasgó sábanas de su piel». El príncipe omeya Marwan Ben Abd-Al-Rahman insistía en la metáfora: «Su talle flexible era una rama que se balanceaba sobre el montón de arena de su cadera y de la que cogía mi corazón frutos de fuego. Los rubios cabellos que asomaban por sus sienes dibujaban una letra en la blanca página de su mejilla, como oro que corre sobre plata». Mejor aún el breve poema de Ben Jafacha, de Alcira: «Sus miradas eran de gacela, su cuello como el del ciervo blanco, sus labios rojos como el vino, sus dientes como las burbujas. La embriaguez la hacía languidecer en su túnica bordada de oro, que la ceñía como las estrellas brillantes se entrelazan en torno de la luna. La mano del amor nos vistió en la noche con una túnica de abrazos que rasgó la mano de la aurora». Ni hablar: el animal de Jomeini los hubiera quemado a todos, comprobando que no está la bestialidad en los libros religiosos sino en el negro corazón de los humanos.

Y pensar que por un tiempo todos los Jomeini y los Gadaffi de este mundo se convirtieron en los guías atroces de cuanto desesperado terrorista dejó en el desempleo la descomposición política de la llamada izquierda. Claro que, en buenos hipócritas, con una mano escribían promesas incendiarias y con la otra soste-

nían el vaso de escocés, con el que seguir emborrachándose a la occidental. Pero la humanidad es tan necia que, además de privarse de los pocos placeres que existen en esta corta vida, se recrea en elevar a doctrina moral lo que no pasa de ser miserable manifestación de sádica impotencia.

LA TOMA DE LA Bastilla fue un acto heroico que, como casi todos los actos heroicos, no sirvió para nada: al momento de abatirla, en la terrible prisión sólo había media docena de prisioneros y sus escasos guardianes. Se dirá que era un símbolo, pero si de eso se trata, de derribar símbolos, no se entiende muy bien por qué han de caer unos sólo para levantar otros: la diosa Razón, el culto al Ser Supremo, para no mencionar la nueva Santísima Trinidad Civil, desde entonces tan visitada por los babiecas de toda democracia: *Liberté, Egalité, Fraternité*. Y una sola Revolución verdadera.

¿Una sola? Cuando menos, dos. La primera, del 89 al 92, trató de conseguir el milagro inglés de una monarquía constitucional y de una revolución pacífica, como la de 1688, en Inglaterra. Pero Francia era diferente y las inconciliables pasiones no lo permitieron. Desde agosto de 1792 empezó la segunda oleada revolucionaria, mucho más radical y destructora, que culmina en el Terror jacobino. Así hasta el famoso 9 de Thermidor, en que el radicalismo se devoró a sí mismo, comenzó el desmantelamiento revolucionario y se dio paso al Consulado y, en la sombra, al Tirano que habría de asolar a Europa. Cinco años duró la fiesta: del 89 al 94, casi día por día, y tuvo tres fases: primero, la quimérica, tratando de lograr el entendimiento entre aristocracia y burguesía; segundo, la fase destructora de los restos de feudalidad, y por último, la conservadora, con los quince años de dictadura napoleónica, para que al fin la obcecada aristocracia concediera lo que al principio negó, pero había sabido aceptar su prima hermana inglesa: la asociación en el poder con la gran burguesía.

Se habla mucho de las enseñanzas y beneficios de la Revolución. Sería bueno no omitir ninguno. Por ejemplo: el leninismo de los jacobinos dirigidos por Robespierre y Saint-Just. «El pueblo quiere el bien, pero no siempre lo ve», aseguraba el Incorruptible, por lo que fue menester crear unos «comités restringidos», anticipos directos del Comité Central, para precisar la línea política a seguir. De ahí a Babeuf sólo hay un paso; de Babeuf a Blanqui, medio paso y de éste a Lenin, nada: un grupo selecto y cerrado dirige la revolución y sabe qué hacer. Ningún espontaneísmo, fuera las masas populares. Otra vez el principio aristocrático de mando en el corazón de la Revolución. También podría hablarse del comunismo que propusiera Babeuf en su *Manifiesto de los Iguales*. O del clarísimo precedente de los Comités cubanos de Defensa de la Revolución que fueron aquellos «comités revolucionarios», legalizados por la Convención en marzo del 93, y dedicados de lleno a aplicar la generosa «ley de sospechosos», por medio de la cual se levantaron listas y más listas en cada comuna y distrito y se procedió a las correspondientes detenciones y ejecuciones. Sólo por «*suspects*».

De modo que no todo fueron bellas palabras y alegres cánticos. Se comenzó con una retórica Declaración de los Derechos Humanos para terminar, en 1795, con otra, en la que de entrada se abandonó aquel famoso primer artículo que rezaba: «Todos los hombres nacen y permanecen iguales en derechos». Ni en la primera ni en la segunda Declaración se reconoció jamás el derecho a la huel-

ga o a la libre asociación obrera y, mucho menos, a la insurrección. Pero, en cambio, en la segunda, se introdujo el sagrado derecho a la propiedad, porque como razonó Boissy d'Anglas, el ideólogo del fin de la Revolución, «un país gobernado por propietarios se halla dentro del orden social». Se comenzó hablando de igualdad y libertad, pero se cuidó muy bien de mantener la esclavitud en las colonias; se empezó quemando iglesias, pero se terminó levantando templos a seres abstractos; se tomó la Bastilla, en un empuje del pueblo revolucionario y soberano, para terminar con las inequívocas palabras del Corso: «*Moi seul suis le représentant du peuple*».

Toda la grandiosa Revolución Francesa, que es como decir el culto que ahora celebra la Humanidad, con tonos líricos y emocionados, culminó en Napoleón Bonaparte, es decir, en el Hitler de su época. Como los humanos reescriben la historia a cada generación, no sería improbable que de aquí a unos años también levanten en Berlín, para guardar los restos sagrados del Canciller nazi, un imponente *tombeau de l'Empereur*, que con los ojos vacíos de los turistas visitarán japoneses, norteamericanos y judíos.

DÉBESE TANTO a la Revolución Francesa. Hay quien asegura que también la plaga de los nacionalismos. No es que antes del famoso 14 de Julio no hubiera naciones, sino que bastaba y sobraba con la religión para que los humanos se mataran entre sí. Al perder fuerza la Iglesia, vino la Nación a sustituirla en el corazón de los mortales, siempre dispuestos a odiar a sus semejantes. Antes, lo hacían por creer o no en la Virgen; desde el triunfo de las ideas revolucionarias, los odios se concentran en las diferencias patrióticas. A eso se le llama progreso. Por lo mismo, puede definirse a toda nación como una sociedad unida por el mito de un pasado común y por el odio a sus vecinos.

No hay muchas dudas de que este semillero de odios comenzó en París. Por algo, lo primero que se apresuraron a instalar los revolucionarios fue una Asamblea *Nacional* y, en ella, uno de los más exaltados, el abate Sieyès (qué casualidad: un cura), proclamó: «La nación existe antes que todo, es el origen de todo y es ella misma la ley». De 1789, en Francia, a 1933, en Alemania, no hay diferencias doctrinales: el Tercer Reich empleó el concepto de *Volk* como los revolucionarios franceses emplearon el de *Nation*: deificaron al pueblo, a la nación. Terminaron con el culto tradicional para sustituirlo por el de los símbolos patrios. No es casual que desde entonces y a su influjo la Patria esté guardada en una Iglesia. En 1792, se estableció: «La imagen de la Patria es la única divinidad cuyo culto está permitido». Por eso le cortaron el cuello al Capeto, ya que según Robespierre, Luis debía morir para que la Patria viviera. O lo que es igual: la nueva religión actuaba de forma tan intolerante y sanguinaria como la vieja. Desde entonces padece el mundo la peste del nacionalismo.

Hacia la segunda mitad del siglo pasado pareció que se iba a acabar con la religión nacionalista, pues los proletarios es sabido que no tienen otra patria que el trabajo y los pueblos del mundo se unen en un solo canto que, no por azar, se llama «La Internacional». Duró poco el intento. Los nacionalismos han probado tener larga vida y mucha resistencia, pues en este siglo, aparte del más conocido, el Nacionalsocialismo, se han padecido toda suerte de ataques nacionalistas. Por eso, en los treinta, pudo lamentarse el poeta Auden: «En la oscura pesadilla/Todos los perros de Europa ladran/y las naciones existentes aguardan /Secuestrada cada una en su odio». Pero no sólo en Europa. Ahí están los paisitos africanos, que no tendrán qué comer, pero tienen bandera y orgullo nacional. O los judíos, que han preferido la solución nacionalista. O los irlandeses, que no cejan en sus afanes. En esa moda enfermiza, hay que situar a los vascos, si no todos, al menos una parte de ellos empeñados en ser nación propia. Como buenos ejemplares aquejados del virus nacionalista se comportan agresivos e intolerantes: la Patria por encima de todo. Curioso: en España, los catalanes tendrían razones de más peso para aspirar a formar una entidad política y cultural aparte, mientras que los vascos, les guste o no, suelen ser más españoles que los de León o Badajoz: de ahí, sus intransigencias. Lo que pasa es que Ca-

taluña está mucho más desarrollada y, por ahora, no se ha dejado tentar por la peste nacionalista. Cuestión de sentido común, que les sobra.

No hay mucho que hacer: por aquello de que el hombre es un animal de creencias, la religión nacionalista subsistirá, con todos sus excesos y limitaciones, hasta que se invente otra que la reemplace. Luego, al cabo del tiempo, se aprestarán a celebrar otro Centenario.

CUENTO DE NAVIDAD

SUELEN POR Navidad quejarse algunos ingenuos por la sustitución de costumbres: el viejo y barbado Santa Claus contra el inerme niño Jesús. Pino contra Belén. El cuento es un poco más complejo.

En realidad, la Natividad no tiene de cristiano ni siquiera el nombre. En tanto fiestas, lo eran del mundo pagano. Del 17 al 24 de Diciembre celebraban los romanos las saturnales, en honor de Saturno, el griego Cronos; nada menos que el Tiempo, aquel hijo del Cielo y de la Tierra que, tras matar a su padre y casarse con su hermana, se dedicó a engullir cuanto niño procreara con ella, forma sin duda la más segura de mantenerse bien nutrido a bajo costo y, sobre todo, tranquilo de que no le van a hacer lo que él hiciera a su progenitor. Basta con echar un vistazo al cuadro de Goya, en El Prado, para percatarse de la seriedad canibalesca de Saturno. Y todo lo demás: la añagaza de la piedra, la salvación de un hijo, justamente Zeus (Júpiter) y la temida pérdida del poder. Pero, en verdad, los romanos no celebraban tanto el momentáneo regreso de Saturno cuanto el mucho más importante del Sol. Téngase en cuenta que, en el hemisferio Norte, el sol declina ineluctablemente de Junio a Diciembre, mes en que pareciera que se hunde definitivamente en el horizonte. Pero hay un día, precisamente entre el 17 y el 24, en que reanuda su ascenso en el firmamento para marchar triunfal hacia el otro solsticio, el del verano. Desaparecen así los temores de quienes pensaron cada año que la tierra estaba condenada a la noche y al frío eternos. De ahí, las desenfrenadas y alegres saturnales.

Todas las religiones orientales quisieron aprovechar aquella costumbre y la más poderosa de todas, el mitradismo, procedente de Persia, eligió el 25 de Diciembre para celebrar el «nacimiento del sol inmortal»: *Natalis solis invicti*. Porque Mitra era el dios-sol por excelencia. Y el 25, su natalicio. Renace el sol porque vuelve a remontar en el horizonte. Como observara Renan, hace un siglo, en definitiva no fue Jesús, sino Mitra, quien conquistó al mundo antiguo. Ya que durante al menos cuatro siglos lo que la humanidad civilizada celebró fue la fiesta de Mitra. Sólo en el 354 el Papa Liberio decidió cambiar al personaje de la fiesta: Jesucristo en lugar de Mitra. El cristianismo, por así decir, se encontró la cama hecha. De esa forma se saltó de uno a otro Natalicio: el dios ha muerto, viva el dios. Lo importante es que la fiesta continuaba con el mismo sentido: principio del fin del invierno.

El simpático Papá Noel, el buenazo de San Nicolás, aún es más viejo que aquel par de dioses llegados del Oriente en disputa por las fiestas decembrinas. Noel no es sino la adaptación de Saturno, el viejo de la barba, el dueño original de la fiesta. De modo que, mal o bien, todos cohabitan en Diciembre: el mitradismo solar, el cristianismo oportunista y las legítimas saturnales, la fiesta del Tiempo, que resucita para reordenar el eterno ciclo de las estaciones, dadoras de la vida. Ahora, al cabo de veinte siglos, parece que han aprendido a respetarse bajo el recurso al sincretismo religioso: la Iglesia ha terminado por llevar todas las aguas a su molino. Pero hasta hace bien poco, la pelea era seria. Hace

unos años, en Diciembre de 1951, en la ciudad francesa de Dijon, la Iglesia decidió enjuiciar y condenar a muerte a Papá Noel. La ejecución de la sentencia, el típico auto de fe, se celebró en el atrio de la catedral. Primero lo ahorcaron para terminar (*noblesse oblige*) quemándolo ante doscientos cincuenta niños que asistieron, atónitos, ante el sacrificio simbólico de su famoso santo y dispensador.

Pero a San Nicolás, a Santa Claus, a Papá Noel no se le mata tan fácilmente; no porque los intereses del comercio estén detrás de él, sino porque Saturno es el Tiempo y, como tal, eterno. De ahí, viene lo del pino, siempreverde, con su simbolismo de vida en medio de un mundo yerto de muerta nieve. Y aunque suene raro, de ahí también viene nuestro «aguinaldo».

¿Dónde queda el niño Jesús en toda esta historia? En una cuna (la de Mitra) y bajo la protección del Tiempo, que todo lo puede.

ELEMENTAL, SHERLOCK

QUE CIERTOS personajes de ficción alcancen vida propia, independizándose del texto que los engendrara, es algo que no debería sorprender a los usufructuarios de la cultura hispánica: desde Montalvo a Unamuno, ahí están Don Quijote y Sancho, vivitos y coleando. Los anglosajones, por su parte, se defienden con un extraño culto a Sherlock Holmes, que apenas si acaba de cumplir sus primeros cien años. En California, hay una sociedad con su nombre que se reúne periódicamente para mantener vivo el recuerdo del inquilino de Baker Street. Nicholas Meyers, miembro de esa sociedad, ha llevado la pasión por Holmes hasta el punto de escribir una novela, de la que salió una película, *The seven-per-cent solution*, en donde tuvo la divertida idea de enfrentar a Holmes con Sigmund Freud, para entonces joven médico vienés que comenzaba a tratar casos difíciles con extrañas teorías y métodos. Y el caso de Sherlock lo era, de creer al inseparable Watson, pues su afición a la cocaína (inyectada en solución al siete por ciento) lo había llevado a graves estados depresivos que apenas si pudo curar el incipiente sicoanálisis. La verdad es que, inspirándose en su creador, Sir Arthur Conan Doyle, con Sherlock Holmes han hecho de todo: lo han matado y lo han resucitado; lo han hecho a su vez matar a su implacable enemigo el Dr. Moriarty y lo han vuelto a enfrentar con él. Incluso han convertido a Moriarty en antiguo preceptor del niño Sherlock que además tiene una aventura con la madre del futuro detective, de la que resultan sus traumas y su reconocida misoginia. Porque hay algo de turbio en esa íntima relación de Sherlock con el fiel Watson. Holmes nunca se casó y en ninguna de las obras de Conan Doyle se le conoce la más mínima sombra de relación con mujer alguna. Cuando le acometía la melancolía, sabido es que le daba por rascar de manera más bien infame el sufrido violín.

Otra leyenda de piel dura en torno a Sherlock es su astuta capacidad de deducción para resolver un crimen por peliagudo que se presentara. La verdad es que el método seguido en todos sus casos no puede resultar más inductivo de lo que era. Hijo de su época, finales del XIX, Holmes rendía culto, como buen positivista, a los hechos y sin éstos no podría siquiera intentar atacar la resolución de un nuevo enigma: «Es un error capital teorizar adelantándose a los hechos», proclamó en *La aventura de la segunda marcha*. Y en *Un escándalo en Bohemia* vuelve a repetirlo: «Todavía no dispongo de dato alguno. Es un error capital teorizar antes de tener datos porque sin darse uno cuenta comienza a retorcer los hechos para que se amolden a las teorías, en vez de ser éstas las que se ajusten a los hechos». Y en *La aventura de los árboles cobrizos*, llegó a gritar: «¡Datos, datos, datos!» porque, seguía, «No puedo hacer ladrillos sin arcilla». De modo que nada de deducción si por ésta se entiende inferir a partir de lo general. El bueno de Sherlock era un investigador de su época: apegado a la realidad y subiendo muy lentamente hacia la teoría explicativa. Claro que también poseía una fórmula consagrada, en la que recomendaba atreverse a dar el salto a la solución: «Más de una vez te he dicho», le regañó para variar a

Watson, en *El signo de los cuatro*, «que una vez que hayas eliminado lo imposible, lo que quede, por improbable que sea, tiene que ser la verdad». Fórmula más bien simplista y sin demasiado sentido que repite en un par de obras más: *La aventura del soldado pálido* y *La aventura de la corona de aguamarina*. Lo más divertido es que reservó la deducción para un extraño lugar: «No hay nada en donde sea tan necesaria la deducción como en la religión», aseguró en *El tratado naval*, añadiendo: «Quien razone puede convertir a la religión en ciencia exacta». Bien visto, no dejaba de atinar: quien se atreva a dudarlo, que trate de leer la *Summa Theologica*. Pero de todas sus sentencias la más atractiva por permanente es la que menos tranquiliza: *Crime is common. Logic is rare*. Y tanto.

Centenario de un héroe anónimo

Este es el año de Jack el Destripador, aquel oscuro benefactor de la sociedad victoriana de fines de siglo, jamás atrapado ni descubierto. Porque fue en 1888 cuando *Jack the Ripper* logró sus mejores marcas en la tarea que se había propuesto: limpiar el East End londinense de alegres damiselas, mujeres de la vida, miserables callejeras vendedoras de sus dudosos encantos. Conocida era su técnica, de inmejorable factura: en la cerrada neblina de la noche londinense, surgía un caballero que abordaba o era abordado por la buscona; el *gentleman* en cuestión no era nada exigente: se conformaba con un *quickie*, por lo que elegía cualquier calleja escondida; allí, mientras la pelandusca preparaba lo poco que tenía que preparar, el correcto cliente le hacía escuchar la dulce musiquilla de un reloj de bolsillo; antes de que terminara la melodía, el pespunteado ruido de la navaja sobre el vientre indicaba que *Jack the Ripper* había cobrado otra víctima. Nunca se supo quién llevó a cabo semejante campaña de profilaxia social. Se llegó a sospechar de un pariente de la mismísima Reina Victoria. Como fuere, los crímenes quedaron impunes.

Quizá fueran acciones repugnantes, pero perfectamente lógicas en una sociedad puritana y capitalista. No porque en ella las prostitutas estén de más: todo lo contrario, sino porque la institución misma afecta los fundamentos del sistema: John Fowles, en su mediocre novela *La amante del teniente francés* prueba con lujo de detalles y cifras que jamás hubo tantas profesionales en Inglaterra como en aquellos años; se han escrito ensayos muy serios sobre la relación entre la moral victoriana y el auge de la prostitución. De modo que es punto más que establecido que a mayor gazmoñería, más comercio carnal. Lo que introduce la nota conflictiva en una sociedad de ese tipo no es la contradicción entre moral victoriana y número de burdeles, sino el papel disolvente que éstos juegan en la economía capitalista.

Szasz, aquel anti-psiquiatra que tanto ruido hiciera a principio de los setenta, señaló que en los países capitalistas se condena la prostitución porque es un recordatorio de que en ese tipo de sociedad todos ganan su vida alquilando alguna parte de su cuerpo: los obreros alquilan sus músculos, los intelectuales, se supone que el cerebro, y las prostitutas, sus genitales. Pero si al obrar así las prostitutas sólo siguen las leyes del mercado, también sucede que tanto ellas como los amores extramaritales amenazan abiertamente un monopolio capitalista: el monopolio sexual del matrimonio; de permitirlo, se crearía una libertad de mercado en los intercambios eróticos que daría al traste con las bases monopólicas del capitalismo puritano y burgués. No se vaya a caer en la ingenuidad de creer que el socialismo remedia nada; si en los países capitalistas se condena la prostitución en nombre de la libertad de comercio, en los comunistas se hace por cuanto allí nadie posee nada que pueda alquilar libremente: es el Estado quien posee y controla todo, y puesto que el Estado por muy poderoso que sea no puede copular, la prostitución aún es más condenada que en los países capitalistas. ¿Qué hizo entonces Jack el Destripador sino defender el sistema mono-

polista del sexo conyugal, limpiando Londres de unas cuantas competidoras desleales? Con el tiempo, cuando se le rehabilite, hasta podría ser elevado a los altares burgueses. Por eso, siempre sonó a injusto e irreverente el letrero que en 1980, justo al día siguiente de que Althusser le retorciera el gaznate a Madame Althusser, apareció en uno de los muros de la rue Descartes, muy cerca del domicilio del filósofo marxista: *Merci Althusser, Jack l'Eventreur.*

La grandeza de Italia

Elogiar a Italia es un lugar más que común. Se ha dicho tanto y de tantas maneras sobre ese maravilloso país que lo que se añada siempre sonará a gastada retórica. «Abrid mi corazón y encontraréis, grabado en él, Italia» exageraba Browning, el marido, cuando Elizabeth le dejaba decir algo. Al escribir el fiel Boswell la vida del inseparable Johnson, desliza este ataque: «Quien nunca haya estado en Italia, siempre tendrá conciencia de su inferioridad». Pero, claro, alguien puede decir que a los ingleses, como a los alemanes y otros bárbaros del Norte, siempre les atrajo el sol y lo que Camus llamaba la *saleté* mediterránea. Falso: hay más de un país con sol, con suciedad y con Mediterráneo. Pero no hay otro como Italia, donde toda una vida por longeva que fuera sería insuficiente para admirar tan sólo el arte de que está plagada. Esa es la imagen más vendida, país del arte y del amor, al menos para las *spinters* americanas, desde que a Katherine Hepburn le pasara lo que le pasó en aquellas *Vacaciones Romanas*. Pero hay otra Italia.

No sólo es Italia uno de los grandes países industrializados, sino que lo ha logrado sin abandonar por ello su estilo de vida y aun la alegría de vivir. Porque hay que ver cómo viven los japoneses: se le quitan a uno las ganas de tocar una computadora. El italiano no ha renunciado a la buena vida, a la buena mesa y si es menester al *dolce far niente*, tan necesario para seguir en este miserable mundo. Y lo mejor: en este momento, posee la economía más floreciente de Europa occidental con unos índices de crecimiento muy superiores a los de la Inglaterra de la Thatcher, sin tener que aguantar a esa señora y su conservador gobierno. Y ahí es donde entra la gran sabiduría del pueblo italiano, el primero, el único, en lograr vivir y prosperar sin necesidad de gobierno alguno.

Son muchos siglos del arte de vivir y otros tantos del de gobernar, desde que el florentino Niccolo aconsejara al príncipe. El resultado no puede ser más envidiable. En los años que median desde el fin de la guerra a nuestros días, han conocido los italianos más de cuarenta gobiernos: a menos de un año por gobierno. Magnífico secreto de Polichinela: abusar del gobierno para terminar por desvalorarlo, por ponerlo en su sitio: el museo de antigüedades. Decía Borges que los suicidios y las despedidas pierden interés si se menudean. Y los gobiernos, suponiendo que alguna vez lo hayan tenido. De modo que para los italianos los gobiernos son algo así como el repartidor de periódicos: cambia cada tantos meses, pero sigue trayendo las noticias, siempre las mismas, por lo demás. Y así, de esa manera tan sencilla, han demostrado lo que todos sospechábamos y ellos sabían, pues no en balde fueron los creadores del anarquismo: que los gobiernos son adornos, apéndices inútiles, sin los cuales los países siguen su marcha, miserable o floreciente.

Algún pesimista pudiera alegar que ello es posible porque, en el fondo, el sistema permanece idéntico y se sucede a sí mismo, desde hace justamente esos cuarenta y tantos años. Pero ¿es que acaso hay algún país serio, estable, en que en definitiva el sistema no sea siempre el mismo? Han cambiado los nombres

de los gobernantes soviéticos desde la muerte de Stalin, pero el sistema no parece cambiar. A Kennedy, con su tramposa imagen de liberal y progresista, le vino a suceder Reagan, con su bien ganada fama de mediocre y reaccionario. ¿Y qué? ¿No sigue todo igual? Con una diferencia: en todas partes, menos en Italia, el gobierno gobierna, es decir, molesta a los ciudadanos, con leyes, con impuestos, hasta con guerras (Vietnam, Malvinas, Afganistán). En la sabia y milenaria Italia, la de los emperadores y los *condottieri*, la de los Papas y los mecenas, el gobierno *hace que* gobierna: emite leyes que nadie cumple, establece impuestos que nadie paga y le presta más atención al campeonato de fútbol que al loco de Gaddafi: santa sabiduría italiana. Han colocado el gobierno en su lugar: a la altura de la Cicciolina.

Cómo será de grande, viejo y astuto ese país que hasta ha recibido la ofensa de tener que soportar el exabrupto de un Papa polaco y ni atención le prestan. Los Papas pasan, los gobiernos se desvanecen: Italia es eterna.

La Viena de Freud

Hay una imagen amable y convencional de Viena: contiene vagas referencias a la torta Sacher, el *petit point* y el infaltable Danubio Azul. Trasladada a fines del pasado siglo esa imagen cobra la animada vida de una ciudad agitada por las muchedumbres venidas de los distintos rincones de un vasto Imperio, sometidas todas a la paternal figura de aquel bondadoso Francisco José, que por aquellos años tuviera la desgracia de perder a su primogénito en Mayerling y a su adorada Sissi, la emperatriz Elizabeth, extrañamente asesinada en un hotel de Ginebra. Tan evocadora imagen comienza a deshilacharse con el color del río, todo menos azul. Tampoco el vals fue en sus principios el elegante y respetable baile de tiempos posteriores. Como revela Borges del tango, también el vals fue canallesco y prostibulario en sus comienzos; algunos llegaron a tildarlo de danza africana, brutal y lasciva, impropia de gente de buena sociedad. *Sic transit*: quizá de aquí a unos años, los orgullosos padres burgueses sacarán a bailar a sus quinceañeras hijas la primera *lambada*.

La grata visión de Viena suele reforzarse con la encantadora de Salzburgo, patria de Mozart y lugar geográfico privilegiado. Ocasión para recordar que a poca distancia del musical Salzburgo aún existe Braunau, el pueblecito que viera nacer en 1889, el mismo año de la tragedia de Mayerling, a Adolf Hitler, como para confirmar que las desgracias nunca vienen solas. Porque justamente aquella imagen de una Viena feliz, rodeada de su Wienerwald y mecida por románticos valses, pronto habría de diluirse o más bien complementarse con la de una ciudad que vio nacer casi al mismo tiempo al nazismo y al sionismo.

Desde la segunda mitad del XIX Austria era el gran Imperio, convertido por Francisco José en monarquía dual (Austria-Hungría) y enfrentado en sus ambiciones expansivas a la Prusia de Bismarck, embrión de una Alemania unificada. La fulminante batalla de Sadowa, en la que los austríacos quedaron derrotados, excluyó a Austria para siempre de Alemania cuya voz cantante fue llevada por Prusia. Hasta que ochenta años después fue Austria absorbida por la Alemania del Tercer Reich. El austríaco Hitler entró triunfador a Viena, una vez que sus fieles SS y su confiable Gestapo la hubieran limpiado de judíos, comunistas y demás yerbas indeseables. *Anschluss* suele traducirse por «alianza» o, más acertadamente, «anexión». La voz alemana es más fuerte, pues para siempre *anschliessen* significará «sujetar fuertemente», «encadenar», y si se tiene presente que *Shluss* es el cierre definitivo de algo, se entenderá que el *Anschluss* fue para Austria algo más que una anexión: el encadenamiento y el cierre, una vez uncida al Reich alemán. Como para pensar que los pobres austríacos fueron, junto con los checos, las primeras víctimas de la voracidad de la Alemania nazi. Sin embargo, a la vista de los resultados del referéndum llevado a cabo para sancionar el *Anschluss*, sería un poco apresurado calificarlos de «víctimas», si en Alemania un 99% de la población lo aprobó, en Austria no se quedaron atrás: fue aprobado por el 99,75% de los austríacos.

La Austria del Imperio, la Viena de fin de siglo fue región de contrastes variados. Para comenzar, su misma composición político-administrativa: dos cosas a la vez, no muy claramente distinguidas. Imperial y real: *kaiserlich, koeniglich*. De esas iniciales (K.K.) sacó Musil Kakania para su *Man ohne Eigenschaften*:

> Cuántas cosas interesantes se podrían decir del desaparecido Estado de Kakania. Era, por ejemplo, imperial-real; todo objeto, institución y persona llevaba alguno de los signos k.k. o bien k.u.k., pero se necesitaba una ciencia especial para poder adivinar a qué clase, corporación o persona correspondía uno u otro título. En las escrituras se llamaba Monarquía austrohúngara; de palabra, se decía Austria, términos que se usaban en los juramentos de Estado y se reservaban para las cuestiones sentimentales. Según la Constitución, el Estado era liberal, pero tenía un gobierno clerical. El gobierno fue clerical, pero el espíritu liberal reinó en el país. Ante la ley todos los ciudadanos eran iguales, pero no todos eran igualmente ciudadanos. Existía un Parlamento que hacía uso tan excesivo de su libertad que casi siempre estaba cerrado; pero había una ley para los estados de emergencia con cuya ayuda se salía de apuros sin Parlamento; y cada vez que volvía de nuevo a reinar la conformidad con el absolutismo, ordenaba la Corona que se continuara gobernando democráticamente. De tales vicisitudes se dieron muchas cosas en este Estado, entre otras, aquellas luchas nacionales que con razón atrajeron la curiosidad de Europa. Fueron vehementes hasta el punto de trabarse por su causa y de paralizarse varias veces al año la máquina del Estado; no obstante, en los períodos intermedios y en las pausas de gobierno la armonía era admirable y se hacía como si nada hubiera ocurrido. En realidad no había pasado nada. Unicamente la aversión que unos hombres sienten contra las aspiraciones de otros se había presentado temprano en este Estado, se había transformado y perfeccionado en un refinado ceremonial que pudo tener grandes consecuencias si su desarrollo no se hubiera interrumpido antes de tiempo, por una gran catástrofe.

La gran catástrofe fue, por supuesto, la Primera Gran Guerra, que dio al traste con monarquía e imperio a la par: desapareció Kakania, quedando simplemente Austria y no por mucho tiempo: hasta que Hitler decidió engullirla en el seno del nuevo Imperio.

Antes, Viena había sido rival de Berlín. Quien registró el contraste entre ambas urbes es Karl Krauss, aquel espíritu crítico, tan representativo de una Kakania gigantesca, contentiva de todas las nacionalidades: desde polacos y eslovenos hasta italianos y macedonios. Y judíos: de Bohemia, Galizia, Besarabia, Hungría y de Alemania y la propia Austria. Uno de ellos fue Krauss, que no dejó de advertir: «en Berlín anda tanta gente que no se encuentra a nadie; en Viena se encuentra tanta gente que nadie anda». Otra diferencia: «Viena: el aristócrata come ostras, el pueblo mira. Berlín: el pueblo no mira cuando el aristócrata come ostras». Y una observación de principios de siglo que prueba cuán poco se ha progresado en el desastre: «Ya tengo la diferencia: en otras ciudades hay que sentarse en el automóvil para llegar a la meta. En Viena se tiene una meta, que es sentarse en el automóvil».

Viena, ciudad de aluvión, regida muchos años por un alcalde eficaz y antisemita, Karl Lueger, del que han quedado rotundas definiciones: «Judío es quien yo decido que lo es», «Ciencia es lo que un judío copia de otro judío».

Tenía que ser en esa contrastada y abigarrada ciudad en donde, casi simultáneamente, nacieran el nazismo y el sionismo. Hitler y Herzl se forman en Viena y allí se afirman en sus respectivas convicciones: no hay salvación para la raza aria con los judíos y no hay salvación para los judíos sin un Estado propio. Dos religiones de salvación con destinos encontrados.

Llámase *Graben* a una de las más populares calles vienesas sólo porque allí estuvo hace miles de años el foso que levantaron los romanos en torno a Vindobona, la ciudad-campamento que crearan para contener a los bárbaros del Norte. En el Graben se yergue uno de los monumentos más característicos del barroco, la *Pestsaeule*, Columna de la Peste, en alusión a una que sufriera la ciudad a fines del XVII. Hacia el cielo se levanta una recargada mole de nubes y santos rematada en su pináculo por una Santísima Trinidad. Difícilmente imaginar nada más abigarrado y retorcido, nada más propiamente representativo de la Viena de María Teresa, patria del barroco.

Barroco que no se limitó a edificios públicos, sino que penetró en el gusto de las nuevas clases sociales. Egon Friedell ha dejado una clara visión del interior de las casas de la época:

> No eran salones de estar sino casas de préstamo y tiendas de antigüedades. Existía una auténtica locura por poseer artículos decorativos totalmente desprovistos de significado; les encantaban las superficies satinadas; les gustaban los marcos recubiertos, los estucos recargados, los bordes retocados; buscaban conchas de tortuga, marfiles, madreperlas y otros artículos sin sentido alguno, tales como espejos rococó en varias piezas, vidrios venecianos multicolores, jarrones alemanes bien panzudos, una piel de animal como alfombra con todo y mandíbulas abiertas y en la entrada un negro de madera de tamaño natural. Todo estaba mezclado sin rima ni sentido; en el boudoir un juego de Buhl, en el vestidor una suite imperio, la puerta de al lado daba a un comedor cinquecento y la siguiente abría a un dormitorio gótico. Por doquier se apreciaba una reinante policromía. Cuantos más retorcidos y arabescos hubiera en los diseños, cuanto más chillón y violento fuera el color, mayor el éxito. En relación con todo ello, había una evidente ausencia de toda idea de utilidad o de finalidad; todo existía para la pura exhibición. Y se podía notar con auténtico asombro que la habitación mejor situada, es decir, la habitación principal, no estaba hecha para vivirla, sino únicamente para exhibirla a las amistades.

También la ropa estaba en concordancia con la estética dominante. Una vez más, el pincel implacable de Musil:

> Por aquel entonces las mujeres llevaban vestidos que les cubrían desde el cuello hasta los tobillos, de conformidad con el gusto de los hombres contemporáneos. Estos veían bien aquella moda femenina porque ellos mismos hacían gala de una impecable corrección y de un severo retraimiento que era la señal del hombre de mundo. La cristalina sinceridad de que una mujer se presentara desnuda hubiera parecido, incluso a personas sin escrúpulos y sin ver-

güenza, un retroceso a la vida animal, no por la desnudez en sí, sino por el servicio que la civilización presta al amor del vestido. El vestido largo, su combinación, gorguera, chaqueta, volantes, puntillas y encajes formaban un relieve cinco veces mayor que el auténtico, y sugería la idea del cáliz de una flor cerrada, cargada de pétalos en erótica tirantez, ocultando en su interior el pistilo cándido y augusto que se dejaba escrutar y se hacía tremendamente apetecible.

Antecedentes más que suficientes para entender la violenta reacción modernista iniciada en los albores del nuevo siglo y que viene a manifestarse con plena fuerza en los años inmediatos a la guerra. Adolf Loos, padre cercano de la *Bauhaus*, resume las nuevas y contrastantes ideas:

> La casa ha de agradar a todos aunque distinguirla del arte es algo que no le va a gustar a nadie. Porque el arte es asunto privado del artista. No sucede así con las casas. La obra de arte existe en el mundo sin necesidad alguna y para no ser usada en nada. La casa sirve a un propósito. La obra de arte no tiene que dar respuestas a nadie. La casa a todos. La obra de arte aspira a apartar a los hombres de la complacencia, mientras que las casas se hacen para la comodidad. La obra de arte es revolucionaria y la casa, conservadora. La pura verdad es que la casa no tiene nada que ver con el arte porque la arquitectura no es ningún arte.

Así se entiende la casa que Wittgenstein diseñara y construyera para su bella hermana, retratada por Klimt en 1905: Margaret Stonborough-Wittgenstein.

La moral imperante era la de una burguesía católica, lo que se traducía en matrimonios de conveniencia, esposas frustradas y floreciente prostitución. Una sociedad tan respetable como la victoriana, su paralelo equivalente. La condición de la mujer viene perfectamente trazada por otro vienés de la época, Stefan Zweig:

> He aquí cómo quería aquella sociedad que fueran las jóvenes: tontas y sin cultura, bien educadas e ignorantes, curiosas y tímidas, inseguras y desprotegidas, sin conocimiento del mundo a fin de que fueran dirigidas y formadas por el hombre en el matrimonio sin voluntad alguna de su parte.

Los desahogos masculinos «normales» se efectuaban por la normalísima vía del amor mercenario. La existencia de un ejército de prostitutas, prestas a satisfacer la demanda, llevó al agudo Krauss a defenderlas comparándolas con los militares, tan sometidas como ellos a los peligros, pero además, teniendo que afrontar una hipócrita ilegalidad. De ahí, su apodíctica conclusión: «la sexualidad mal reprimida ha perturbado no pocos hogares; la bien reprimida ha perturbado el orden universal».

Como en toda época, también se dio la vía «anormal» para canalizar la actividad sexual masculina. Sólo que entonces la homosexualidad estaba considerada doblemente pecaminosa: por expresión sexual y por patológica. Basta con leer *Las tribulaciones del joven Toerless* o recordar el escándalo que protagonizara aquel joven oficial Adolf Redl, director adjunto del Servicio de Inteligencia del Ejército Imperial-Real, el cual a fin de conseguir dinero con el que pagar

sus orgías homosexuales, espió a favor de Rusia hasta ser descubierto y terminar suicidándose. La traición aliada al crimen nefando. Si, en efecto, como recientemente se ha pretendido, también Wittgenstein sintió el llamado del amor griego, no es de extrañar su recato y contención máximos: impronta de una época de engaño y ocultamiento.

Las formas represivas no afectaron únicamente a la vida sexual. También en la científica fueron norma imperante. El caso Semmelweiss lo prueba.

Para fines del pasado siglo, Viena era el centro de la medicina mundial. Allí estaban los mejores doctores y la más avanzada medicina. Cualquier graduado norteamericano que aspirara a algo estaba obligado al viaje a Viena para estudiar con alguna de las eminencias de la época: Hebra, Skoda, Kraft-Ebbing. Ciertamente, no Freud, que seguía réprobo, y sólo comenzó a darse a conocer del gran público tras la Primera Guerra Mundial, y aun así con el permanente y sostenido repudio de sus escandalizados colegas. Pero el caso más trágico y significativo es el de Philip Ignaz Semmelweis, estudiado por Céline en su tesis de doctorado en medicina. Húngaro de nacimiento y obstetra de profesión, Semmelweis descubrió la necesidad de la asepsia manual en la inspección de las parturientas, pero pagó con su vida tan banal descubrimiento. Porque antes de Semmelweis (y aún después de él, por un tiempo) lo normal era que los médicos que habían estado trabajando sobre cadáveres revisaran a las mujeres con las mismas manos, sin previa limpieza. El resultado era que casi un 60% moría de puerperio o infección masiva. Cuando Semmelweis descubre la causa, propone simplemente la desinfección con cloruro de calcio. Faltó poco para que lo expulsaran del hospital. Fue atacado, insultado y se le recordó su condición de extranjero advenedizo. Al final, en su desesperación por probar su hallazgo, tomó un escalpelo infectado y se lo hundió repetidas veces: murió en medio de atroces sufrimientos, pero no «probó» nada, si por probar se entiende convencer a los demás. Si Semmelweis, con una simple propuesta de asepsia manual, levantó tal escándalo, es fácil imaginar el que debió originar Freud al atreverse a hablar de la sexualidad infantil.

Se impone la clave neurótica. Por un lado, constantes solicitaciones: las obras teatrales de Schnitzler, de las que *La Ronda* es quizá la más representativa; óperas sugerentes, como la *Salomé* de Richard Strauss; o pinturas explícitamente eróticas, como las de Klimt y Schiele. Por otro, la represión oficial de una sociedad católica puritana. Vivían a la vez incitados y reprimidos.

El erotismo estaba en el ambiente. Se ha hablado de «contaminación erótica» para distinguir la época. Y Loos lo tradujo en el terreno del arte con una audaz explicación simbólica:

> Todo arte es erótico. El primer adorno que surgió, la cruz, tuvo un origen erótico. La primera obra de arte, el primer acto artístico que el primer artista pintarrajeó en una pared fue hecho para aligerar su exuberancia y tenía carácter erótico. Una línea horizontal: la mujer yacente. Una línea vertical: el hombre penetrándola.

Donde fue manifiesto el erotismo fue en la pintura. Esos tentadores cuadros de Klimt: *Danae, El beso, Serpientes marinas, La novia.* Mujeres plenas, llenas de tensión amorosa, sensuales, conocedoras, peligrosamente atractivas, de profundos ojos oscuros, auténticos modelos de la *femme fatale* y aún *tentaculaire*, por lo envolventes y la sugerida insaciabilidad. O el más explícito y atormentado erotismo de Schiele, exaltador de la soledad y la desesperación. El caso de Klimt es ilustrativo de las reacciones sociales ante un arte avanzado. Había comenzado triunfando con una pintura perfectamente convencional, muy del gusto burgués: *Schubert al piano*, plena de romántica melancolía. Pero al año siguiente (1900) pintó los grandes cuadros *Filosofía* y *Jurisprudencia* para la Universidad de Viena, que provocaron el más indignado rechazo. El primero representaba una ascendente columna de cuerpos desnudos, proyectada en un espacio cósmico, sin dirección ni esperanza, entre cuerpos retorcidos y entrelazados, pareciendo surgir de un patético anciano que sujetaba su cabeza entre las manos en señal de silencioso sufrimiento. No era ciertamente una réplica de *La escuela de Atenas*, esperada por los doctos varones universitarios. *Jurisprudencia* aún fue peor: en lugar de partir de las tradicionales figuras severas de la justicia, mostraba tan sólo la cara opresiva de la ley, en tanto *dura lex*. No había orden, sino un conjunto entrevisto de *femmes fatales*, igualmente desnudas, que sobre un espacio oscuro y triste contemplan indiferentes a un hombre desnudo, inclinado, reducido a la mayor miseria fisiológica, preludio a tantas imágenes concentracionarias posteriores, que está siendo consumido por una suerte de útero en forma de pulpo que lo envuelve y oprime con las garras tentaculares de la justicia. Justicia como venganza sistemática y atroz. Ochenta y siete dignos profesores firmaron contra aquel arte degenerado, impropio de la sociedad Imperial-Real. Si Klimt fue rechazado en su obra, con Schiele se ensañaron en su persona. En 1912, cuando contaba 22 años, fue encarcelado por la acusación vecinal de pintar cuadros obscenos y vivir amancebado con la modelo. Confiscaron sus pinturas, lo encerraron un largo mes y el día del juicio el magistrado, no menos indignado que aquellos profesores, quemó sus cuadros con la vacilante llama de una vela.

En mayo de 1903, apareció un libro, *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, joven y desconocido pensador, nacido en 1880, en la misma Viena, de padres judíos. El éxito fue tan fulgurante que para noviembre salió la segunda edición y al año siguiente cuatro más. Veinte años más tarde había alcanzado veinticinco ediciones más traducciones. Su autor, sin embargo, no vio el éxito, pues a los cinco meses de publicarlo se suicidó. Quiere la leyenda que tan definitivo acto sea expresión coherente de la gran tesis sostenida en el libro.

Sexo y carácter es una obra aún más escandalosa y radical que las de Freud. Weininger partió de una tesis dualista: el principio de masculinidad es bueno y malo el de feminidad. Todos llevamos ambos, en determinada proporción; de ahí, nuestras características sexuales y respectivas inclinaciones. Cuando, en lo individual, predomina el elemento femenino sobreviene el mal; igual le pasa a las sociedades feminizadas: corrupción, degeneración, catástrofe. Ello es inevi-

tablemente así porque, para Weininger, «la mujer no es otra cosa que sexualidad. La mujer es *sólo* sexual. El hombre *también* es sexual. La mujer es sexual de modo permanente, el hombre tan sólo de forma intermitente». Llegó a expresarlo emblemáticamente: «el hombre tiene un pene; la vagina tiene una mujer». Lo que en el dominio individual representa la mujer, el mal, en el colectivo lo representa el pueblo judío, manifestación histórica de la feminidad. De ahí, el antisemitismo, como forma de defensa social. De ahí, cuéntase, la fría conclusión de Weininger, con apenas veintitrés años, al dispararse un tiro en la cabeza.

No sólo Freud provocaba escándalos.

El fin histórico, oficial, vino a manos del hijo réprobo, el austríaco pasado a Alemania, que decretó el *Anschluss*. Si Austria es la figura materna, resultó humillada y violada por su propio hijo: los alemanes entraron en tierra conquistada buscando el botín. Al punto de que cuando «visitaron» el apartamento de Berggasse, 19, *Frau* Freud, que sabía perfectamente a quién se enfrentaba, puso todo el dinero del diario sobre la mesa y los invitó: «Sírvanse, caballeros». Es sabido que fueron menester las presiones de Roosevelt y de Mussolini (oh ironía: *il Duce* unido a *Del Ano*, como espiritualmente lo llamaba) para que Hitler dejara salir a Freud de Austria; por supuesto, previo pago de un cuarto de millón de *schillings* y tras haber firmado una constancia del buen trato recibido. Freud agregó de su puño y letra: «Recomiendo cordialmente la Gestapo». Los nazis se lo creyeron: nunca el humor fue su fuerte.

Quizá por lo mismo no dejaron de enviar a los apartamentos vieneses, ocupados por los judíos que no pudieron huir, desmesuradas cuentas por consumo de gas: el que dejaban abierto sus ocupantes por haber adoptado la mala costumbre de meter la cabeza en el horno como forma más rápida y definitiva de huida. Ni Freud ni ellos huyeron de la risueña, decadente y neurótica Kakania, sino del implacable, ario y arrogante Tercer Reich.

MADRID: CIUDAD PAGANA

QUE ROMA ESTÁ llena de símbolos del paganismo, desde los templos capitolinos hasta el Panteón y los arcos a tantas victorias, a nadie le extraña: fue la capital orgullosa de la Antigüedad, en la que, con su característico oportunismo, se enquistó la tenia de la religión oriental que habría de acabar con los viejos dioses sin dejar de tomar sus lugares, símbolos y aun términos, pues «basílica», «iglesia» y «pontífice» designaron originalmente realidades distintas a las que después les atribuyeron.

Pero que esas mismas deidades antiguas reaparezcan esplendorosas y entronizadas en Madrid, la capital del Imperio católico más intransigente y cerrado, no deja de sorprender y aun divertir. París no cuenta con monumentos paganos: al contrario, desde Notre Dame hasta Saint Nicholas de Chardonnet, donde oficia monseñor Lefebvre contra las herejías modernistas de una Roma que ha perdido su latín, París abunda en iglesias, al punto de que la única que parece un templo romano es nada menos que la puesta bajo la advocación de Santa María Magdalena. Lo cual resulta comprensible en la capital de la «hija primogénita» de la Iglesia, como algunos gustan de llamar a Francia. Pero lo increíble es que los ojos del visitante pueden contemplar en Madrid lo mejor del panteón romano. Para comenzar, el símbolo mismo de la ciudad, ya reproducido en México: la diosa Cibeles o, si se prefiere, Démeter, Gea, la Tierra, la diosa madre de cuya fecundidad todo procede. Señorial y descansada, domina la calle de Alcalá, mientras dirige desde hace más de dos siglos su pétreo carruaje inmóvil, tirado por aquietados leones. Como para hacerle contrapunto, en la plaza gemela y próxima, se alza insolente y agresivo Neptuno, dios del mar, símbolo del agua que, agregado a la tierra, todo lo contienen y resumen. De pie, tridente enristrado, guarda con su vista los tesoros incalculables del Museo del Prado a cuya custodia parece entregarse, incansable. Y eso no es todo: entrambos, entre la diosa de la Tierra y el dios del Mar, se encuentra la bella estatua de Apolo, dios del Sol y la Luz. Así, en un espacio pequeño, no más de seiscientos metros, está reunido el concilio de las grandes divinidades del paganismo. En pleno corazón de la capital católica, a la que, procedente de Valladolid, llegara Felipe II.

Como para reunir a toda la familia, el fenecido y lamentado Tierno Galván, el mejor alcalde que ha tenido Madrid en muchos años, reconstruyó en plena Puerta del Sol, que es decir el centro del centro de España, la grácil estatua de Venus, a la que el irreverente y desenfadado pueblo madrileño llamó en su día y aún sigue mentando, «la Mariblanca». A quien piense que sólo falta Hefaistos para que también el fuego y el infierno se hallen debidamente representados en la ciudad más católica y a la vez más pagana de la cristiandad, que recuerde que en el Prado se encuentra el cuadro de Velázquez que lo imagina en su ardiente fragua. Aún le queda por descubrir lo más insólito al asombrado visitante.

Porque Madrid es la única ciudad de Occidente en la que se encuentra levantada con todos los honores una estatua a Satanás. En el apacible y harto pasea-

do Parque del Buen Retiro, unos metros más allá del Palacio de Cristal, en una aireada plaza, se yergue el demoníaco monumento a quien propios y extraños no suelen identificar como quien realmente es. Lo llaman «el Angel Caído» y, en efecto, muestra a Lucifer en el momento de ser precipitado del Cielo, abatido en sus alas, envueltas ya sus piernas por negras sierpes y encendido aún el rostro de ira y soberbia infinitas plasmadas en una boca desafiante que le grita al odiado rival la posesión del mundo. Abajo, en torno al pedestal, ocho íncubos, a cual más deforme y aterrador, encierran el círculo infernal en que se encuentra sumido para siempre el Rebelde. Satán en su mejor momento, en el desafío a Dios, tiene en Madrid un altivo monumento, como para ensalzar su descomunal hazaña.

Lo que no hay en Madrid son iglesias: hay muchas, ninguna merece ni diez minutos de visita. Los grandes monumentos madrileños están en la calle, a los dioses paganos y al dios de las tinieblas que, para los gnósticos, fue el verdadero Creador de este mundo. Tal y como va es para creerlo.

Olvido del pasado

¿Para qué sirve el pasado? ¿Para huir de él o para hundirse en sus cíclicos meandros? ¿Hay que mirar sólo hacia adelante, con ciega confianza en la bondad de los tiempos por venir? ¿O es menester rememorar a cada paso lo que otrora sucediera para jamás olvidarlo?

La relación del hombre con el pasado de siempre ha sido ambigua. O se exalta o se condena: refugio o desmemoria. Civilizaciones hubo, como la griega, obsesionada por el pasado hasta el extremo de pretender revivirlo tal cual, una y otra vez, en eterno retorno: lo que ahora hago, escribir esta página, también fue hecho por mí antes infinidad de veces, del mismo modo, y será repetido infinidad más en un futuro que reincidirá en lo mismo. Otros hombres, en cambio, han querido borrarlo de un plumazo, como aquel emperador chino que ordenó quemar todos los libros para así hacer desaparecer en humo el ominoso pasado. O aquellos peregrinos que llegan al Nuevo Mundo con la ilusión de comenzar de cero, nuevos Adanes en un paraíso menos nuevo de lo que su nombre pretendía. Y hasta hay un pueblo paradójico, el judío, que a la vez se alimenta de ambos extremos temporales: por el pasado, se aferra a sus vicisitudes, en un esfuerzo imprecatorio por no revivirlas; mediante el futuro, mantiene abierta la fe en su salvación total en tanto pueblo predestinado. Quien se sabe elegido, confía en los tiempos que vendrán. Pero quien ha tratado de ser sucesivamente destruido, acumula pesadillas para poder seguir viviendo con los ojos abiertos. De ellos puede decirse lo que aquel personaje de *Look back in anger*: «Pasan la mayor parte del tiempo mirando adelante hacia el pasado».

Por un lado, Santayana con su amenazadora advertencia: *Those who cannot remember the past are condemned to repeat it*. Huxley, por el otro, al denunciar que todo pasado es siempre un mal lejano. Atracción y rechazo. O el viejo escepticismo español, que iguala pasado y porvenir en el deleznable momento del ahora: «Pues si vemos lo presente/ Cómo en un punto se es ido/ E acabado/ Si juzgamos sabiamente/ Daremos lo non venido/ Por pasado».

Los pueblos hispanoamericanos no escapan a la maldición de esa ambigüedad. Unas veces se les recuerda el pasado escandaloso del que proceden: aherrojamiento, coloniaje, militarismo. Otras, se les exige ingenua novedad: mito de la eterna juventud del Continente. O la memoria del martirio de Cuauhtémoc o la promesa de un futuro que sigue sin llegar, cada vez más nublado. Hace poco, voces locales han propuesto la desmemoria como programa y recurso político; quizá leyeron en su día a Tillich y aquello de que la vida no podía seguir si no se arrojaba el pasado al pasado para liberar al presente de tan pesada carga. ¿A qué rememorar lo pretérito para movilizar lo inmediato? Borrón y cuenta nueva sería la cómoda consigna para más de una conciencia con cuentas que rendir; todo empieza de nuevo, como si justamente nada hubiera pasado. Recrearse en perpetuar el pasado es tanto como postular la eternidad del hombre. Destruir el pasado equivale a acercarse a la divina omnipotencia. Ni el pasado es museo inmóvil y definitivo ni puede ser cambiado o anulado a humana

voluntad. Petrus Damianus, obispo del XI, rozó la herejía al postular un Dios tan poderoso que cambiaría el pasado a su capricho.

En ambos casos, el mismo error: cosificación del pasado. O para colgarlo de la imaginaria pared del tiempo o para modificarlo cual hierro caliente. Pero el pasado no es una cosa, al modo de las piedras o las puertas. Es apenas memoria colectiva del hombre, tan sostenida y modificable como éste quiera. Quienes usan su memoria, la sufren; quienes la desdeñan, se condenan al presentismo ciego del animal sin ayer ni mañana. La banana en la mano, no sabe el mono que ayer mismo otra banana igual lo condujo a la trampa del cazador. Sin memoria cesamos simplemente de ser. Sin pasado, desaparecemos en el ciego torbellino de lo natural: hojas al viento. Lo que no dejamos de ser, pero sabemos que lo somos.

FORMA SOBRE FONDO

ASEGURABA PROUST que se podía enamorar de alguien por la forma como tomara la taza del té. Los incapaces de percibir matices dirán que son cosas de afeminados: los hombre de verdad se enamoran de algo concreto: unas caderas o una dote. Seres sustantivos frente a seres modales. Vieja oposición entre el qué y el cómo. El griego tuvo razón al afirmar que el universo procede del agua; se limitó a decir el qué. Lo que vale es explicar cómo se forman las cosas a partir del agua. En principio, todos los humanos coinciden en creer que una sociedad justa es la que no contiene ni oprimidos ni opresores. Pero ¿cómo lograrlo? Hay amantes que se dan por satisfechos con querer y expresarlo ritualmente: la gracia está en la forma de hacerlo. Querer es muy fácil: basta con declararlo. Lo que cuenta, lo que queda, es el modo de querer. Lo sustantivo es siempre factual, inerte, muerto; lo modal pertenece al reino de lo imaginario, lo vivo, lo creado. Y desde Gracián, un credo: «nunca lo verdadero pudo alcanzar a lo imaginado».

Todo arte es modal: hasta la más rastrera fotografía es una forma de cambiar lo dado. ¿Qué importa que la famosa y reclinada odalisca tenga una vértebra de más o que la celebérrima sonrisa sea enigmática, dispépsica, o inexistente? No se mira el qué, se atiende al cómo. Quizá por eso aún la medicina sigue siendo, en el fondo, más arte que ciencia: no es tan sólo que haya enfermos en lugar de enfermedades, sino que por sobre todo hay médicos en vez de tratamientos. Todo depende del modo, que si estuviera reducido al qué sobrarían los galenos: bastarían máquinas y manuales. Hay una vecindad nada extraña entre médicos y cocineros: cualquiera puede quemar un trozo de carne; cualquiera puede hacer que cura. El arte está en cómo hacerlo: el buen médico es el mejor *chef* del cuerpo humano: un artista al servicio de la salud, como el otro le está al de la *gourmandise*.

Por lo mismo, la filosofía es la antítesis del arte: disciplina eminentemente sustantiva. Tanto, que le dio por buscar la esencia de las cosas y, en definitiva, el ser de todo. A Sócrates le irritaba que le hablaran de la virtud del militar o la del zapatero o incluso, en abstracto, la del hombre: lo que andaba buscando era la esencia de la virtud. Siempre la manía reductora del qué, la pérdida de cualidades, los modos, las maneras, la forma de presentarse, no simplemente ser. Contra el refrán, el hábito hace al monje. Y en ocasiones, lo deshace. Se han necesitado muchos siglos para que a ciertos filósofos, obsesionados con el lenguaje, les interese el modo, lo que llaman, con la habitual pedantería del oficio, «fuerza ilocucionaria» de toda expresión. Pruébese a decir «usted cree»

en distintos tonos: afirmativo, interrogativo, dubitativo, para ver cómo se obtienen diferentes resultados: siempre el modo otorga significado al verbo. Por eso triunfan los retóricos, los políticos, especialmente hábiles en el estilo o forma de decir las cosas. Por eso las mujeres ceden ante Don Juan, más por su labia que por su figura. Por eso ningún niño cree a sus padres cuando prometen algo para un mañana inexistente, modo de salir del paso. Por eso Lenin se equivocó de medio a medio: en lugar de «¿qué hacer?» tenía que haberse planteado «cómo hacerlo». Por eso, por ahora, el capitalismo gana la partida: engaña mejor, envuelve sus productos en un empaque atractivo, seductor, modal. Forma sobre fondo.

¿QUÉ SERÍA DE POLÍTICOS, oradores y demás charlatanes sin la recurrente palabreja «pueblo»? Es curioso que, de quien dícese que tiene nada menos que la voz de Dios, todos se permitan hablar en su nombre, como si fuera mudo.

Pueblo es recurso teratológico antiquísimo, tan útil que, de los romanos a nuestros días, sigue proporcionando beneficios a todo el que lo usa. Pero si el endriago se remonta cuando menos a Cicerón (*Salus populi suprema lex est*) fue en la atosigante Revolución Francesa donde, gracias a la nefasta combinación de Rousseau y el abate Sieyès, adoptó la forma decididamente ectopágica que aún nos abruma. Llámese «pueblo» o «nación», es el recurso final con que se acogotan todas las cacareadas libertades individuales. Por algo la harto publicitada Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano encerraba un par de artículos insidiosos, el 3 y el 6, de efectos totalmente nugatorios. Pedía el 3 que el origen de todo el poder residiera en la nación, agregando que ningún grupo o individuo podía tener ni asomo de autoridad superior: forma inapelable de acabar para siempre con los supuestos derechos de los individuos. La que manda es la nación, es decir, el pueblo, es decir, el colectivo, es decir, algo monstruosamente informe y jamás especificado: una quimera repantingada en la sombra de toda Constitución. Mientras que, por su parte, el artículo 6 rezaba aquello, tan bonito como vacío, de que «la ley es la expresión de la voluntad general». Como se puede ver, para eso sirven las revoluciones: en lugar del poder absoluto de una persona (monarca), aparece una misteriosa entidad irracional (*volonté générale*), no menos aplastante e incontrovertible. Al menos con el Rey, sé quién me está oprimiendo; con la democracia, siempre es un algo, indefinido. A partir de ahí, Robespierre y sus amigotes pudieron dedicarse a hacer funcionar la guillotina con toda legalidad, en nombre del pueblo, de la nación y la voluntad general. Debe ser muy diferente que no le corten a uno el cuello por orden de una persona, con cara y nombre, sino por mandato de un concepto.

Más tarde, Disraeli, Lincoln y todos los Próceres americanos de todas las independencias habidas y por haber, no hicieron sino repetir el invento: de, por y para el pueblo, que suena tan bien, aunque en verdad jamás se sepa a qué o a quién se están refiriendo. Prueba de su vigorosa vitalidad es que en sucesos recientes ha vuelto a reaparecer, agresivo y triunfante: se habla del despertar de los pueblos en 1989, tal y como hacia 1830, con dieciocho años de adelanto profético, Ludwig Boerne hablara de una *Voelkerfruehling*, una romántica «primavera de los pueblos», es decir, otra escabechina más de la que de vez en cuanto es incapaz de privarse la humanidad. La verdad es que, en tanto expediente social resulta de lo más socorrido: todo se hace en su nombre, nadie se atrevería a ir en contra suya, entre otras cosas, porque orgullosamente se proclama de labios para afuera que todos somos pueblo, aunque cada uno en su interior confíe en realidad en que pueblo, pueblo, lo que se dice pueblo, municipal y espeso, sólo lo son los otros. Los angloparlantes aún lo tienen peor, o será que de veras

son más democráticos, pues para ellos toda la gente es *people*, mientras que en otras lenguas, un poco más sutiles, menos bárbaras y simplificadas, suelen hacerse distinciones. Al punto de darnos el lujo, en español, de emplear además un sabroso despectivo, el «populacho», y de llamar «populistas» a ciertos profesionales de las promesas hechas en representación de tan monstruosa entidad.

Sería injusto olvidar que, por encima de todos, está el pueblo elegido, cuya sola mención pone a dudar de la eficacia igualadora del método simplista que inventara Juan Jacobo a orillas del Lemán, mientras se desnudaba para escándalo de las damiselas ginebrinas. Schopenhauer, como buen alemán, lo veía de otra manera: «como los gustos difieren, decididamente no son mi pueblo elegido. Son el pueblo elegido de su Dios y éste queda que ni pintiparado para semejante pueblo». Parece un poco exagerado porque más bien entran ganas de pensar al ver cómo les ha ido en la historia que con un Dios así no necesitan más enemigos. Por aquello de que a veces los extremos se tocan, tampoco a los nazis se les caía de la boca lo de «pueblo» (*Volk*) para todo, desde un periódico hasta un repugnante automóvil.

Habría que pedir menos pueblo y más respetos individuales, que en definitiva, como casi siempre, quien tenía razón era Oscar Wilde: «La única posible sociedad es uno mismo»

LEER

HÁBITO PLACENTERO que algunos solemos padecer gustosos y que en los tiempos que corren la mayoría tiende a perder, si acaso alguna vez lo tuvo. No sólo la maldita caja de sombras y ruidos tiene la culpa: quizá por haber aumentado de tan descomunal modo el número de escritos, han desfallecido los lectores, asustados ante la imposible tarea. A poco que se piense, se reparará en que leer es en realidad lo opuesto, no a escribir, sino a hablar: cuando se habla, rara vez se escucha. Escribir es una lectura egoísta con uno mismo; los demás no cuentan.

Hay muchas formas de leer: puede hacerse sentado, de pie, caminando, en la cama, en un vehículo en movimiento y aun en otros sitios poco honorables, pero no menos habituales; lo que no puede hacerse es leer mientras se trota cual ridícula avestruz: será por eso que cada día hay más estúpidos en magnífico estado de salud. En el pasado, solía leerse acompañado o porque sólo uno sabía hacerlo o porque alguien tenía visión débil o por el placer de contar con un sumiso sirviente para tales menesteres. Pasaba entonces la lectura a ser declamación, cosa muy diferente, pues en ella el lector real no atiende a lo que lee, sino a sus efectos en quien le escucha, y éste, suavemente anestesiado por la voz de yeso del lector, termina por aletargarse. Ahí comenzó la decadencia de la lectura y el principio de la horrenda pantalla.

Aseguraba Unamuno que jamás intentaba leer un libro que se le resistiera; si al primer intento no lograba hincarle el diente, decía don Miguel que presto lo abandonaba, con el aplastante argumento de que aquello no había sido escrito para él. Con el desdén que sentía por los gabachos, seguro que maldeciría del versito de Baudelaire: «*Hypocrite lecteur/Mon semblable, mon frère!*». Pero a lo mejor se hubiera reconciliado con ellos de haber conocido aquella carta de Flaubert, de 1857, a la encantadora mademoiselle de Chantepie: «No lea usted como los niños, para distraerse, ni como los ambiciosos, por el afán de instruirse: lea para vivir». O mejor, vivir para leer, como hizo Borges largamente, y así poder ejercer «el oficio de cambiar en palabras nuestras vidas», que es apenas volver la oración por activa.

Y que conste que el *ars legendi* no es cosa sencilla de adquirir: no se trata de leer por leer. Más de uno lo hace para evitar pensar o para hacerlo con cabeza ajena, como aquel Autodidacta sartriano, lector infatigable del libro más estúpido que haya producido el ingenio humano, el diccionario. Buena lectura es la que mata algo para que nazca otra cosa en el interior del lector; a veces, sólo mata, que no es tan malo cuando se trata de arrancar malas hierbas, formadas quién sabe cómo. Pero la lectura no tiene que ser buena ni mala, que en tal caso se torna en servicio, auxiliar de los defectos o rebajador de las virtudes; la gran lectura, la única digna del nombre, es la que sólo da placer, ese perverso placer solitario de sentirse acariciado por palabras casi siempre ajenas. Doblemente perverso: no tanto por lo de la soledad cuanto por la milagrosa trasposición de los sentidos, pues en la lectura vuélvense los ojos puerta

insospechada, espejo de Alicia, el más recomendable de los voyeurismos. Lo plasmó, insuperable, don Francisco de Quevedo: «Retirado en la paz de estos desiertos/Con pocos pero doctos libros juntos/Vivo en conversación con los difuntos/Y escucho con mis ojos a los muertos».

LIBROS EN LA HOGUERA

DESDE EL PRINCIPIO, el hombre ha mantenido una relación de amor/odio con los libros: o conservación o destrucción, cuando no ambas cosas. Aquel califa que llegó a Alejandría y ordenó destruir su magnífica biblioteca, contentiva de todo el saber del mundo clásico, lo hizo por amor a un solo libro, el Corán, con el impecable argumento de que si los otros no repetían el libro sagrado, eran nocivos, y si lo duplicaban, innecesarios. Fue un caso extremo, pero no único, de monogamia literaria. Después de que Kafka describiera, con toda minuciosidad, la laboriosa construcción de la muralla china, Borges agregó el dato libresco: quien la erigiera, Shih Huang Ti, mandó a quemar todos los libros anteriores a su reinado. La historia comenzaría con él y, así como la muralla lo defendería en el espacio, la adquirida virginidad literaria, mediante la destrucción de los rivales, le aseguraría en el orden del tiempo que todo comenzaba de cero, nuevamente.

La destrucción de libros por medio del fuego, de su combustión, ha llegado hasta el sistematismo político y literario. El primero lo representan a cabalidad los nazis, en nuestros días, y posee una fecha: 1933; le corresponde el segundo a Ray Bradbury y tiene un título, que es a la vez un dato físico: *Fahrenheit 451*, temperatura a la que hay que incendiarlos hasta reducirlos a cenizas.

Es lo que hicieron diligentemente el 10 de Mayo de aquel citado fatídico año (1933) los nazis, en auténticos autos de fe, con asambleas multitudinarias formadas por estudiantes, profesores y simples espectadores, delante de las universidades alemanas o en las grandes plazas de las ciudades. Que conste que, ante las hogueras bien atizadas, tomaron la palabra honorables profesores, rectores y, por supuesto, funcionarios del partido. En Colonia, habló un reputado germanista, Ernst Bertram; en Berlín, donde Goebbels presidió el acto, habló Alfred Bauemler, el conocido editor de Nietzsche.

Jomeini añade la nota salvaje del asesinato: no basta con quemar la obra, también debe sucumbir el autor. En el fondo, la idea que preside los actos de barbarie contemporánea en nada se diferencia de la que animara al mítico emperador chino: cortar con un pasado por razones políticas.

Sería demasiado sencillo y harto inocente creer que sólo esos ejemplos marcan la destrucción de libros: desde la Inquisición a Lutero, desde los conquistadores ibéricos hasta Stalin, el hombre, a la vez que los ha reverenciado, ha sentido temor por los libros. Su amor se lo manifiesta, como suele pasar con semejante pasión, de muchas maneras; su odio, de una sola: tratando de aniquilarlos.

No importan las amenazas: el hombre destruye lo que ama. Sabiéndolo, Milton quiso prevenir el crimen igualándolo al homicidio: *As good almost kill a man as kill a good book; who kills a man kills a reasonable creature, God's image; but he who destroys a good book, kills reason itself, kills the image of God, as it were in the eye,* advierte en *Areopagitica*. Aparte de esa inquietante reserva, que lo llevó a proteger sólo a los «buenos» libros, no parece que sirvió de mucho la comparación miltoniana. Tiene el defecto táctico de igualar hom-

bres con libros, pues que se sepa, hasta el presente, el hombre no se ha privado del placer de destruir a sus semejantes. Quizá hay formas más sutiles de atacar a los libros.

Por los mismos años en que Milton se entusiasmaba (*Books are not absolutely dead things, but do contain a potency of life in them to be as active as that soul whose progeny they are...*), otro inglés, John Sheffield, el primer duque de Buckingham propuso en su *Essay on Poetry*, que sólo se leyera un libro, casi como el califa que arrasó Alejandría: *Read Homer once, and you can read no more/For all books else appear so mean, so poor/Verse will seem prose; but still persist to read/And Homer will be all the books you need.* De haberle hecho caso, los nazis se hubieran ahorrado encender tantos fuegos.

Quizá sin advertirlo, el bueno del duque estaba proponiendo la instauración de alguna forma de censura, algo de lo que ciertamente no se ha privado la humanidad. Sabido es que hasta no hace mucho existía en Roma, en el Vaticano, el temido *Index Librorum*, para orientación de los buenos católicos, que así sabían qué no leer. Pues las censuras, al contrario de lo que el duque de Buckingham hacía, nunca proponen una lectura encomiable, sino que prohíben las que consideran nefandas.

Que nada se prohíba, gritó indignado en el tribunal, a fines del pasado siglo, el gran *dandy* irlandés: «No existe nada así como libros morales o inmorales. Los libros están bien o mal escritos: eso es todo». Y nadie duda que los de Oscar Wilde estaban muy bien escritos. El problema, sin embargo, es que por lo general casi nunca han sido los escritores los jueces de sus libros.

En el fondo, lo que cuenta es que al libro siempre se le ha temido: que en un pequeño espacio concentrado puedan acumularse conocimientos, órdenes, informes, críticas, un remedo completo de la vida, es cosa que ha asustado a los hombres. De ahí, las amenazas contra el libro y el autor, si se trata de textos sagrados. De ahí también, la actitud de esos fundamentalistas que sólo leen la Biblia, así sea para averiguar cómo y cuándo deben de sembrar. No es casualidad que Marlowe se sintiera obligado a poner en boca de Fausto, al momento decisivo de la llegada inexorable de Mefistófeles, las palabras que revelan un sentimiento de pecado por haber leído libros profanos: *Ugly hell, gape not! Come not, Lucifer! I'll burn my books.* Siempre la *ultima ratio* de la solución combustible.

Mejor sería no escribirlos, ya que tanto amenazan la tranquilidad de las buenas y creyentes almas. Y eso es precisamente lo que propone la Biblia, en su terrible Eclesiastés: «No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne» (12:12).

Pero no siempre la censura tiene que ser brutal y directa: esto no leerás. Puede asumir la forma amable de un buen consejo. Como los que diera, en su día, Sir Francis Bacon al sostener que hay libros que han de ser degustados, mientras que a otros habrá que simplemente tragarlos de un solo bocado, y por fin, unos pocos, que gozarán del raro privilegio gastronómico de ser masticados cuidadosamente y aun plenamente digeridos. El libro como alimento es imagen

harto gastada. Casi tanto como la pregunta retórica que inquiere por el selecto ejemplar que, de verse uno obligado, llevaría a la inevitable isla desierta.

Eso del mejor o único libro ha dado pie a toda clase de respuestas. Poco antes de su muerte, como quiera que algún periodistilla novel se lanzara el insensato en la boca del lobo, preguntóle a Borges qué buena novela había leído últimamente. El porteño no perdonó, como casi nunca: «por ahí he leído de un mozo Cervantes, un tal *Don Quijote de la Mancha*». ¿Será que Borges se copió de Mary McCarthy? Porque lo cierto es que cuenta ésta, en su libro de ensayos *On the contrary*, que en una entrevista le preguntaron qué libro, a su juicio, representaba mejor el espíritu de la moderna mujer estadounidense; lo que le permitió a al autora de *Caníbales y Misioneros* responder que, sin duda alguna, *Madame Bovary*.

Quien mejor uniera la idea de nutrición con la del amor fue, como en tantas ocasiones, Shakespeare: *From women's eyes this doctrine I derive/They sparkle still the right Promethean fire/They are the books, the arts, the academies/That show, contain, and nourish all the world*. Donde puede apreciarse que, en realidad, el elogio es a la mujer, al punto de compararla, nada menos que con un libro. ¿Qué más podrían pedir? Es posible que los antifeministas, que abundan, digan lo contrario. Tal como no se privara de hacer Sommerset Maugham cuando aseguraba, en *The summing up*, que a las mujeres les da por escribir cuando están embarazadas, así como a los aristócratas cuando se aburren, a los oficiales cuando los licencian y a los funcionarios al jubilarse: todos se entregan a la pluma como pudieran igualmente entregarse a la botella. Así como hay pescadores de fin de semana, también existe la plaga de los escritores domingueros. Con lo que se retorna a lo de los buenos y los malos libros: no todo lo que se imprime es oro en paño. Por algo, Laing, el antisiquiatra rebelde, acuñó a fines de los sesenta una frase condenatoria, con tufo, otra vez, a chamusquina: *Few books today are forgivable*.

Los placeres derivados de tan controversial producto cultural son múltiples y variados. Más de una bien nutrida biblioteca es tan sólo ostentación o, en el mejor de los casos, gruesa expresión de posesividad: tener por tener. Existen propietarios de libros que antes se desprenderían de un miembro de su cuerpo que de un solo ejemplar de su biblioteca. Unos atesoran monedas, otros libros. El principio por el que se rige la avaricia ha de ser el mismo en ambos casos: no otro sino el que ya denunciara, a principio de siglo, Simmel en el asunto del dinero: quienes lo acumulan lo hacen por temor a que su energía potencial se gaste. Mientras el dinero es dinero atesorado representa poder; tan pronto se invierte o gasta, pierde su potencialidad. Así los libros para el avaro: en sus manos equivalen al saber del mundo; en las de otros, sería como si le despojaran de trozos de su cerebro.

No todos los poseedores de grandes y bien surtidas bibliotecas son como aquel nobilísimo Gordiano, emperador de Roma, del que tan bien se expresa Gibbon: «Veintidós concubinas reconocidas y una biblioteca de sesenta y dos mil volúmenes daban fe de la variedad de sus inclinaciones; y a juzgar por las produc-

ciones que dejó tras de sí, parece ser que tanto aquéllas como éstos estaban destinados al uso antes que a la ostentación». Destino muy diferente al de Ts'ui Pen, el gobernador chino que inventara Borges (infatigable lector de Gibbon), que «todo lo abandonó para componer un libro y un laberinto». Por ello, «renunció a los placeres de la opresión, de la justicia, del numeroso lecho, de los banquetes y aun de la erudición...». Mucho antes, Victor Hugo, menos sutil, lanzó la pesada advertencia: *Il y a des gens qui ont une bibliothèque comme les eunuques ont un harem.*

Del inmediato placer de la lectura, que ahora suele parecer tan solitario y callado, sería bueno recordar el buen uso que de él hacían las damas del siglo XVIII, reunidas en el *boudoir* (o en el baño, como las muestra Kubrick, en *Barry Lindon*), para escuchar complacientes la lectura que, a su gentil mandato, algún criado o preceptor o abate hiciera, con «la voz de yeso» de todo lector, de que habla Sartre.

Muy diferente a la visión que tenía Don Francisco de Quevedo de la lectura: comunicación con el pasado, remoto o inmediato, y que reflejara en su inmortal soneto: «Retirado en la paz de estos desiertos/con pocos, pero doctos libros juntos/Vivo en conversación con los difuntos/y escucho con mis ojos a los muertos». (La imagen, por cierto, de *l'oeil qui écoute* fue copiada descaradamente por los surrealistas). Para seguir: «Si no siempre entendidos, siempre abiertos/O enmiendan o fecundan mis asuntos/Y en músicos, callados contrapuntos/Al sueño de la vida hablan despiertos». Para quien le hablen, pues siempre habrá beocios, como aquel Presidente Wilson, que se jactaba de no haber leído jamás libro alguno; o, de tener que hacerlo, buscar en lo posible al autor para mejor hablar con él. Es de suponer que en el Elíseo, si acaso ha llegado tan alto, siga todavía buscando a un tal Homero.

AQUELLA OBSESIÓN de Borges con el tiempo y la memoria lo llevó a sostener una piadosa falsedad: sólo una cosa no hay, es el olvido. Que, de ser cierto, cuán agobiante sería el pasado y cuán atormentada la memoria. Menos mal que, como le sucedía a Stevenson, la mayoría de los hombres posee una excelente memoria para olvidar. Gracias a lo cual se aligeran los recuerdos y lo que un día pareciera sólida realidad pronto se convierte en escuálido desfile de sombras. El ejército de olvidados es aún más impresionante que el de aquellos soldados de terracota enterrados junto al emperador chino.

Sólo que hay olvidos y olvidos. Así como en amor hay gentes bienqueridas y otras, malquistas, podría hablarse de bien y mal olvidados. Sin olvidar a los de Buñuel, que eran los dejados de la mano del hombre, esos que ahora mientan hipócritamente marginales. En literatura, bien olvidados están y ojalá que sea para siempre, Selma Lagerlöf, la melosa escritora de la saga de Gösta Berling; Aldous Huxley, pobre, más explicativo que creador; Jack London, sólo leído aún en la URSS; Stefan Zweig, especializado en biografías y en suicidios; Romain Gary, aviador, diplomático, *playboy*, de trágico fin y mediocre autor de una descosida *Educación Europea*; Paul Morand, otro diplomático, de éxito fulgurante en los treinta, hoy plenamente enterrado junto a su *Flagelante de Sevilla*; Christiane Rochefort, a la que hace treinta años tuvimos que soportar su insoportable *Reposo del guerrero*, como si fuera una novela; Roger Peyrefitte, otro diplomático, exaltador interesado de esas conocidas *Amistades particulares* y chismoso hasta el antisemitismo; en ese orden de ideas, en este Continente, ¿quién recuerda a Augusto Martínez Subiría, que se hacía llamar Hugo Wast, y que entre otros horrores escribió una canallesca *Serpiente de oro*? Puestos a ello, debería olvidarse de una vez por todas al cursi de Saint-Exupéry y su insufrible *Petit Prince*, sólo igualado por el no menos intragable Platero.

En cambio, hay malos olvidos: Raymond Radiguet, con su espléndido *Diable au corps*, increíble que fuera escrito a los veinte años con tal conocimiento del amor (eso y no las banales notas de sociedad de la Sagan); la misteriosa y exquisita Djuna Barnes, de la que pudiera sobrevenir un *revival* que, en realidad, sería primer nacimiento; Nathanael West, el gran pesimista de *Miss Lonelyhearts*; el maldito Ernst von Salomon y su *Cuestionario*; el no menos maldito y no menos alemán Ernst Jünger que, con *Der Friede* demostró que se podía escribir contra Hitler sin dejar de ser totalitario y con *Die Arbeiter* abrió la puerta al anti-tecnologismo en la literatura y en la filosofía contemporáneas; hace mucho que se ha querido sistemáticamente olvidar a Louis-Ferdinand Céline, uno de los realmente grandes del siglo, con *Viaje al fondo de la noche*; con menos saña y razón, también Camus pasó al olvido, sin que se sepa muy bien por qué, ya que *L'étranger* es una magnífica novela; últimamente, Ionesco como que parece haber caído en una cuarentena que bien pudiera presagiar un olvido inminente. ¿Acaso no están olvidados y hasta enterrados Alain Fournier y su *Grand Meaulnes* y Giorgio Basani con su *Giardino dei Finzi-Contini?*

Se entiende que sólo es digno de olvidarse lo que una vez brillara; pero también existe la muy desgraciada categoría de quienes siempre fueron autores oscuros y lo siguen siendo, quizá en espera del milagro de un súbito descubrimiento. Por ejemplo: aquella galesa y a la vez caribeña que fue Jean Rhys que escribicra un apasionante *Voyage in the dark*; o el viajero incansable que se llamó Valéry-Larbaud, a quien debemos un sabio consejo sobre el estudio y el desenfreno, únicas actividades recomendables, ya que los libros son la más alta creación de los hombres y las caricias vergonzosas lo mejor que pueden ofrecer las mujeres; o el crítico americano Mencken que aseguraba que la principal contribución del protestantismo era haber establecido en forma aplastante que Dios es un solemne aburrimiento; o el ruso Zamyatin, autor de *Nosotros*, distopía de la que se alimentaron todos (Huxley, Orwell y Cía).

Es cuestión de paciencia y confiar en el horror: dada la capacidad humana para descubrir lo viejo, algún día pueden salir tantos espectros de sus polvorientas tumbas.

AL RECORDAR el caso Moosbrugger, aquel carpintero que descuartizó a una prostituta, en la Viena de principio de siglo, según cuenta en *El hombre sin cualidades*, y reflexionar sobre la importancia que tienen las informaciones de prensa en tales casos, Musil termina por descubrir que en nuestra época «lo más fundamental se realiza en abstracto y lo intrascendente en la realidad».

De entonces acá, ha crecido el poder fantasmagórico de las abstracciones. Las grandes acciones se han desencadenado siempre a través de algún paródico medio de comunicación. Hitler pudo apoderarse de la voluntad del pueblo alemán gracias a la radio y a la prensa. Desde Kennedy, no hay presidente norteamericano que no le deba su elección a la imagen televisiva. Jomeini estaba en Irán con su voz grabada en *cassettes* mucho antes de que se trasladara físicamente de Francia a Teherán. Sin la acuciosidad del *Washington Post*, Nixon hubiera terminado su mandato y sin la ayuda de Herbert Matthews, la popularidad de Fidel Castro no hubiera salido de Sierra Maestra. En los recientes acontecimientos de la Europa socialista, la televisión hizo posible el triunfo de la revolución contra el poder comunista. Lo de Alemania Democrática deja de ser un misterio cuando se sabe que la televisión de Alemania Federal cubre todo el territorio oriental: cada noche, los alemanes del Este veían lo que pasaba en Occidente y, sobre todo, cómo viven en Dallas los héroes de esta altísima civilización. En la batalla contra la feroz *Securitate*, los rebeldes rumanos se apresuraron a instalar el gobierno provisional en la sede de la televisión desde donde lanzaban angustiosos llamados a la población. Se las arreglaron el día de Navidad para ofrecer al pueblo rumano el regalo de los rostros de Ceaucescu y su mujer, recién fusilados. Todo está sucediendo «en abstracto», como diagnosticara Musil, al comenzar el siglo, mientras, al fondo, suponemos, pero sólo lo suponemos, transcurre la realidad.

Sabemos que el hombre fue a la luna porque unas temblorosas imágenes así lo mostraron. Para quien aún albergue dudas, cualquier día las volverán a pasar en tecnicolor, como están haciendo con las viejas películas en blanco y negro: por afán de copiar lo más servilmente posible una realidad que jamás conoceremos directamente. Ni siquiera un régimen dictatorial puede darse el lujo de la autarquía perfecta en sus informaciones. China comunista está siendo penetrada por medio de *videocassettes*, introducidos de contrabando, y de *fax* que se transmiten desde cualquier punto del globo. Se entiende la ira de los castristas ante la amenaza de una emisora de televisión desde Florida. A la larga, chinos y cubanos terminarán por preferir lo abstracto (imágenes, versiones, palabras) a la realidad vivida y conocida. De los dos términos clave que el mago Gorbachov se ha sacado del sombrero, *glasnost*, transparencia, es el más poderoso. Precisamente porque no alude a transparencia alguna, sino a la más nebulosa opacidad que caracteriza a toda información a distancia. Pero, está visto, una vez más, «lo fundamental» es lo que se ofrece por medio de abstracciones.

La realidad se reduce a lo que percibimos, sentenció hace dos siglos largos un obispo irlandés, mucho antes de que el cine y la televisión vinieran a darle la razón. Borges no inventó nada al hablar del «carácter alucinatorio» del mundo; se limitó a sacar las consecuencias de una falsa realidad, hecha de abstracciones, superpuesta, cada vez más sutil, lejana e inverificable: «la tierra que habitamos es un error, una incompetente parodia». Pobre Platón: imaginó una espantosa caverna, llena de prisioneros y de sombras, de la que habría de sacarnos hacia la luz de la auténtica realidad, la fuerza del conocimiento. Esa misma fuerza, materializada en la técnica de los poderosos medios de comunicación, nos ha sumido aún más en la caverna: sólo sombras, imágenes evanescentes, noticias diluidas y oportunamente aderezadas, abstracciones, cada vez más abstracciones. Algunos, no sólo Musil y su irónica mirada sobre la decadencia vienesa, lo previeron: se dieron cuenta del alud de sombras por venir. Croce, mucho antes que Musil: «las imágenes son su única realidad. No clasifica objetos, no los declara reales ni imaginarios, no los define: se limita a sentirlos y a presentarlos, nada más». Parece estar describiendo a la televisión, aunque se refería al arte, con lo que hay que suponer o que ya todo es arte o, más bien, que todo es imagen, sin que ni siquiera merezca el nombre de arte. Pero el primero de todos Gracián: «Vívese lo más de información; es lo menos lo que vemos: vivimos de fe ajena».

Sombras por doquier. La realidad, apenas una sospecha, cada día más tenue, más innecesaria, sin producir ni siquiera angustia.

LOS ECOLOGISTAS y los «verdes» no son tan modernos como pretenden. Desde los estoicos a los románticos, el hombre ha sentido súbitos arrebatos de amor por la Naturaleza, así en mayúscula, como si se tratara de alguien en especial, tan determinado como un ictiosaurio y un aldehído. Vivir de acuerdo con la Naturaleza era el credo antiguo, que apenas si tuvieron que forzar en el pasado siglo, cuando la consigna fue vivir en la Naturaleza. Sólo que a la vez que se ha sentido atraído por esa suerte de diosa benevolente o terrible, según los casos, el hombre ha tratado de violarla y poseerla hasta sus últimas consecuencias. Es la visión prometeica y fabril del triunfo humano sobre lo natural. «Sabed que el secreto del arte está en corregir a la naturaleza», aconsejaba Voltaire, tan alejado de los bosques como cercano fingió estarlo Rousseau. Así, a favor y en contra, el hombre no ha dejado de mantener relaciones incestuosas con esa madrastra, a decir de Plinio el Viejo.

Ahora, los ecologistas vuelven al color rosa: hay que respetar la Naturaleza, no causarle más daño y cuidar sus penúltimos días a ver si nos dura hasta el fin de los tiempos. Una visión quejumbrosa y negativa sirve para acusar al hombre de todos sus abusos con la próvida Natura, que en cambio, pobrecilla, tan bien se porta con quienes así la maltratan. Otra vez la fábula de la flor que exhala su mejor perfume cuanto más se la pisotea. Por eso es de buen tono pertenecer a sociedades amantes de lo natural en cualquiera de sus formas; cuidar animalitos, proteger ecosistemas y sembrar de vez en cuando alguna que otra mata. Imagen de la cándida Brigitte protegiendo a los bebés de las focas, que apenas si modifica la más empalagosa de Bambi en medio del sombrío bosque, esperando a su mamá. De invocar las escondidas leyes de la Naturaleza, entrevistas por el genio de un Newton, se ha pasado a pedir unos centavos para proteger gallinetas y venaditos. Eso sí: casi siempre los patrocinadores de tan nobles empresas son gente de lo más bien, como el príncipe Charles o el no menos príncipe Bernard. ¿Quién va a ser tan mezquino que niegue su óbolo a tan ilustres personajes?

Lo primero que deberían saber los apenados dolientes de la abrumada Naturaleza es que en ella todo está sometido a un implacable ritmo de creación y destrucción. Sin muerte no hay vida como sin poda no hay nuevas ramas. Lo segundo que podrían tratar de aprender los atribulados amantes del mundo natural es que una cosa es el individuo y otra la especie. Ciertas especies pueden ocasionalmente sufrir peligro de extinción, pero eso no significa que todos los individuos del mundo animal deban ser protegidos por los amorosos brazos de alguna ex-*vedette* del cine. Y lo tercero es que términos tales como «sufrimiento» y «barbarie» no tienen sentido fuera del ámbito humano. Decir que un animal sufre es tan sólo una manera retorcida de querer expresar el sufrimiento que tiene o finge tener un humano al ver cómo se trata un animal. Sin el «sufrimiento» de centenares de miles de vacas, de corderos y de cerdos, el hombre dejaría de alimentarse con buenas y necesarias proteínas. No quedan libres del

juego los plácidos vegetarianos, pues sembrar es una forma de destruir un hábitat natural, con el consiguiente daño a multitud de especies. Para no hablar de las consecuencias humanas, pues sabido es que el oso panda, que sólo come tiernas hojas de bambú, apenas si hace el amor cada dos años. Lo de las proteínas animales no es cuento.

Mientras el más depredador de los animales siga enseñoreando la Tierra, los cantos de veneración a la Naturaleza no pasan de ser hipócritas lamentos al tiempo que se sigue y se seguirá practicando la incontenible ley del más fuerte. Los ingenuos creen que hay otras.

Menosprecio del campo

Primero fueron las églogas, de Virgilio a Garcilaso: apenas si las salva su falsedad y artificio. Ni aquello es campo ni los pastores tales ni los de verdad se la pasan tocando dulzainas y caramillos y entonando endechas a suaves pastoras cabe rumorosos arroyos cristalinos. Pero el daño estaba hecho: el hombre se metió a soñar con la tierra, matriz nutricia. Vino luego la plaga del romanticismo, que dio al traste con salones, pelucas, buenos modales, cortesanas, *grains de beauté* y los acogedores *boudoirs*, en los que tanto filosofía como el amor podía hacerse, como bien lo probaran Dolmancié y sus amigos, llevados de la experta mano del divino Marqués.

El amor al campo, a las montañas, al aire libre, a los ejercicios, a lo salvaje, es propio de idiotas y tuberculosos: los primeros, porque allí no se nota tanto su condición, ya que se asimilan a monte y piedras, y los segundos porque les dijeron que podían respirar mejor, por más que acabaran por diñarla. Así solían ser los poetas malditos y, tras ellos, muchos se creyeron la nueva locura: huir de la ciudad, recuperar las raíces, animalizarse. Hasta gente en apariencia inteligente como Thoreau lo practicó para que el sueño de la Naturaleza se convirtiera en pesadilla utópica: *Walden o la vida en los bosques*. Por fortuna, no todos los tísicos son ciegos. A Kafka, lucidez en el *ghetto* de sí mismo, no le dio por triscar cual cabra montuna. Total: al final, se acaba vomitando los pulmones igual. O Bernhard, uno de los más recientes, a quien vale la pena escuchar, aunque sólo sea porque murió hace poco: «Realmente, me gusta todo, salvo la Naturaleza, porque me resulta siniestra y he aprendido a conocer su maldad y su implacabilidad en mi propio cuerpo y en mi propia alma. Soy un hombre de ciudad. Cuando estoy en el campo se me atrofia el pensamiento, pero en la gran ciudad no tengo esa experiencia catastrófica». Amén.

Terminaron aquellos románticos, pero no la plaga: llegaron a reemplazarlos los benditos ecologistas, los verdes, tan vegetales como las lechugas, tan inteligentes como las vacas. Siempre la amenaza de la Naturaleza, que tanto obsesionaba a Thomas Bernhard. Cualquier sicoanalista barato, suponiendo que haya de los caros, lo explicaría como una regresión al útero histórico-antropológico originario: los primates en el árbol, mascando hojas tiernas y mordisqueando avellanas. El planeta de los simios, otra vez. No es casual que hayan coincidido la amenaza de holocausto nuclear y la amenaza de retorno al primitivismo vegetal: es una de las posibles salidas a la humana locura. Todos otra vez bosquimanos y vegetarianos, aunque es harto conocido el destino inexorable de las especies que no consumen proteínas animales: como los osos panda, sólo pueden hacer el amor cada dos años.

Si se reflexiona un poco, la Naturaleza es fascista: lo de Darwin y la supervivencia del más fuerte salió de la observación de plantas y animales. El contacto con la Naturaleza animaliza y obliga a destruir al más débil. Si el cristianismo se hubiera reducido a los eremitas que se retiraron al desierto, allí se habría extinguido. No sólo los de la Tebaida y sitios similares eran voluntariamente cas-

tos (*et pour cause!*), sino que no pensaban: miraban a la estúpida Naturaleza con ojos estúpidos. Pero San Agustín no escribió sobre el campo, sino sobre la Ciudad (dos, por añadidura) y en la imponente *Summa Theologica* de más de mil páginas, no se habla ni una sola vez de la Naturaleza: allí se trata acerca del pecado, de la humana condición, de la beatitud, de la envidia, del odio, aun de la usura, y hasta de temas religiosos. Para que el hombre sea lo que es, tiene que alejarse del campo y humanizarse en sociedad. La prueba *a contrario* la proporciona Robinson Crusoe: empezó solo frente a la Naturaleza y terminó acompañado y en un pequeño mundo humanizado, antinatural. Por todo lo cual, resulta más que sospechoso que pretendan ecologistas y demás yerbas retrotraernos a la selva.

Contra semejantes amenazas, habría que suscribir un Manifiesto Citadino, bajo aquel definitivo texto de Platón, en el *Fedro*: «Yo soy amante del conocimiento: ni el campo ni los árboles jamás me han enseñado nada. Lo que sé lo he aprendido de los hombres».

El que no quiera firmar, que suba al monte, coma yerbitas y termine aullando.

Fetichismo de la ley

Que las leyes son pasajeras y el crimen eterno, pruébalo la religión que cobija a los pueblos de Occidente: primero Caín y, mucho más tarde, aparece Moisés armado de las leyes. Quizá por eso la sabiduría hispana se ha defendido de los legalismos y sus adoradores: hecha la ley, hecha la trampa, advierte la mala conciencia de una tradición harto frecuente. Y aún mejor: acátese la ley, sin cumplirla, que es la forma inteligente, suareciana, de defender la soberanía popular contra el poder y la relatividad de las leyes. Allí deberían inspirarse los buenos cristianos, pues no fue cualquiera, sino Saúl, más conocido como Pablo de Tarso, quien comprobara que «donde no hay ley, no hay transgresión» (*Romanos*, 4:15). Mejor son las proféticas palabras del poeta Blake: «Con las piedras de la ley se construyen las prisiones y con los ladrillos de la religión, los burdeles».

Lo malo de las leyes no son ellas ni los abusos que permitan ni siquiera la fragilidad de su condición histórica en tanto productos sociales, pasajeros y remplazables; lo malo de las leyes son los sacerdotes que viven a su sombra y medran del lucrativo oficio de hacerlas respetar. Fariseos de un inmenso templo civil, revisten la antigua majestad de los chamanes para descargar sobre las aterrorizadas cabezas de los ciudadanos lo que, sin metáfora alguna, llaman el peso de la ley. Sin leyes, el Imperio Romano no hubiera existido, pero por lo mismo es absurdo exaltarlas sin tomar en cuenta que el propósito fue ante todo político. Ojalá fuera ésa su sola limitación y estrecho relativismo. Más razón que un santo tuvo Bacon cuando se inventó que los siete sabios de Grecia comparaban las leyes con telas de araña, que sólo sirven para atrapar insectos chicos, ya que los gordos bien que escapan de ellas. Forma elegante y clásica de hablar de la conocida figura del embudo.

Aun así, cumplen las leyes momentánea función; lo malo es que precisan de intérpretes, descifradores y guardianes, que son los que complican innecesariamente las relaciones sociales. Habría aquí también que extender la verdad de Clemenceau, el primer Tigre: las leyes son algo serio como para dejarlas en manos de abogados. Palabra aterradora ésta, que por algo la peor de las maldiciones gitanas es la que promete verse enredado en sus pecadoras manos. Si al menos los rábulas se limitaran a su oficio, que es apenas el de medrar en el bosque de los Códigos y vivir de los infelices que tienen que atravesarlo; lo malo es que, a fuerza de repetir sonsonetes de leguleyos, les da a algunos por creer que también piensan. Y en lugar de razonar, declaman; en vez de usar la lógica, agotan la más barata de las retóricas. Sirven el foro y los decanatos a la demagogia, no a la inteligencia.

Recuérdese que ante la Ley está el poderoso portero que guarda la entrada y ante cada una de sus innúmeras puertas hay un portero cada vez más poderoso. El pobre hombre que acude a la Ley creía, en su ingenuidad, que «a la ley tenían todos acceso en todo momento». Lo de menos es que muera sin acceder a la Ley. Lo revelador, lo vigente, lo melancólico, como subraya Kafka, es que no haya que aceptar esas cosas en tanto verdaderas, sino en tanto necesarias.

Lo efímero y lo eterno

Hay cuestiones de suyo grandiosas, pertinaces, inextinguibles; otras, pobres, efímeras, flor de un día, evanescentes, que tan pronto se comentan son olvidadas. A las primeras, a esos perennes temas que suelen los humanos plantearse, pertenecen vida y muerte y eso, que nunca pasa, de si acaso queda algo de aquella tras la inevitabilidad de ésta. Sesudos varones estrujan sus privilegiadas molleras en, si no resolver, cuando menos divagar acerca de otra vida, como si con ésta no se tuviera carga bastante. De ahí que el común de los mortales, por no decir el vulgo, piense en filósofos y teólogos como seres meditabundos, entregados a toda hora, a reflexionar en los grandes enigmas de la humanidad: el sentido de la vida, el influjo de los astros, los secretos de la gran y aun la pequeña pirámide y otras profundísimas cretinadas semejantes, tal como preguntar con voz grave y ojos en blanco por qué hay ser y no más bien nada. A lo que, por supuesto, no hay responder, que si lo hubiera, pertenecería a la despreciada familia de las materias transitorias, fugaces, voladeras y efímeras. Como, por ejemplo, la política, el cambio del dólar o si citarse con Rosita pasado mañana en el motel habitual.

No se crea: también lo fugitivo tiene sus defensores. Tan paradójicos como Ionesco: «sólo lo efímero tiene valor permanente», o aquello, tan metafísico sin parecerlo, de Valéry: *les événements ne sont que l'écume des choses*. Tonto error de los humanos es abusar del tiempo, creyéndolo no sólo inagotable, sino macizo bloque, parámetro congelado al que poder poner de lado mientras cogitan asuntos de siempre que toman por perennes sin advertir que eso, su misma persistencia, señal es de inanidad, propia de odres llenos de aire. Si es algo el tiempo, además de modificación del cosmos, para el hombre es apenas el instante que lo vive, con o sin reflexión. Elizabeth I, la enemiga de España y del Papa, bien lo sabía cuando, en su hora postrera, ofreció sus posesiones, que no eran pocas, *for a moment of time*. Nada que hacer: *irreparabile fugit*, advirtió el latino, por lo que más vale aferrarse al poco que a cada uno le queda, que es tan sólo el instante de así decirlo, sin engañarse con inagotables telarañas, en las que se enreda cualquier pensamiento y de pronto, sin percatarse, de fruslería en quisicosa, venimos a dar en la huesa. Menos cavilaciones fútiles y más atención al presente, que bien lo notara Gracián: «Hay ocupaciones extrañas, polillas de precioso tiempo y peor es ocuparse en lo impertinente que hacer nada».

MALAS PALABRAS

NO ES QUE SEAN más que las buenas, sino que se usan más. De ahí que sean malas. Por su abuso. Corren como la falsa moneda, en este caso, de boca en boca. Abundan, se repiten, se hacen universales y amplias, y sólo consiguen que nadie sepa qué quieren decir. Lo que no impide, antes bien estimula, que se las siga empleando generosamente.

«Amor», por ejemplo, para no comenzar levantando ampollas. Merecería ser la reina de las malas palabras, pues se usa para todo, y, lo peor, para todos. Hasta convertirse en una obligación. Porque si menester es amar a alguien, sobre todo a nuestro prójimo, por precepto, de amor sólo queda el nombre. También los esposos se deben mutuo amor, que es la manera más segura y rápida de comenzar a no soportarse y llegar probablemente a odiarse. ¿Para qué no habrá servido el amor? Hace girar el mundo y, de creer a Dante, *move il sole e l'altre stelle*, nada menos. Es más fuerte que la muerte, exige juramentos y sobrevive al sarampión. De tan universal, los poetas lo han exaltado hasta rebajarlo. *Common as light is love*, cantaba Shelley, que de ser verdad, todo estaría inundado de amor y el mundo se pondría insoportablemente meloso. Palabra que penetra en todos los discursos; voz con la que se limpian la garganta todos los humanos. Fetiche favorito de las religiones, de los políticos y de todo tipo de predicador. Sirve igual para un roto que para un descosido. Lo mismo se aplica al comercio que a la sublime inspiración, por lo que conviven el amor con tarifa y el otro, invalorable. Amor pasajero y amor eterno. Amor loco y amor prudente y sabio. Verdaderamente, ¿qué harían los hombres sin amor, es decir, sin la palabra amor?

No es menos mala «libertad». La han proferido todos; la han disfrutado muy pocos. En su nombre, como suspirara Madame Roland, camino del patíbulo, no han dejado de cometerse crímenes. Y lo que te rondaré. La libertad es algo que se promete, se busca, se anhela. Suena a viaje, a otro mundo, a huida. Quizá es peor que amor, pues puede fingir con mayor facilidad: cada quien sueña a su modo con ella. Su definición es tan imposible y tan innecesaria como la del amor. Si éste excita, aquélla adormece. Sirve de anestesia mientras el hombre se entrega cada vez más a su destino de animal enfermo y represivo. Si con el amor trafican los vendedores de religiones, con la libertad medran los mercachifles de ilusiones sociales. Por algo Claudel, viejo católico, experto en amor y libertad, llegó a exclamar: *Délivrez-moi de la liberté!* Imposible: de las malas palabras, de las grandes palabras, nadie puede librarnos. Son nuestra moneda cotidiana, nuestras señas de identidad para salir cada mañana a la calle.

Quien lo vio con toda claridad fue Orwell: «Amor es odio», «Libertad es esclavitud». Voces intercambiables. Proposiciones contradictorias. Extremos que se tocan. Igualdad de los opuestos. A todo eso también se le da otra mala, malísima palabra: «dialéctica». Nadie se libra de esta última plaga, pues al menos de cien años acá, todo es dialéctico. Hasta el subdesarrollo, una pobre palabra que, como la democracia, ni siquiera llega a la categoría de mala. Vivimos ro-

deados de esas y otras malas palabras. No tienen ni valor ni significado; parlotean, no comunican; gritan, nada dicen. Aptas para consignas, pobres en el discurso racional; piden más que entregan. Exigen sin dar respuesta a nada. Palabras que, como notara Valéry, han desempeñado todos los oficios. Hasta el más antiguo del mundo, como el amor; aun el más corrompido, como la libertad y el menos racional, como la dialéctica.

QUIZÁ NO SE originó entonces, pero sin duda que lo exacerbó la guerra de España, última contienda romántica, en blanco y negro, de que ha disfrutado el predecible ser humano. Guerra de corte limpio: buenos contra malos, fascistas y antifascistas, no pasarán, y todo lo demás. Como en el Mar Rojo (sin alusiones), se separaron las aguas: a este lado, las figuras intelectuales; del lado fascista, sólo la hez.

Fue así, pero hay más que eso, tan simplista. Jamás las cosas son sencillas. Lo malo con aquella época es que formó hábito. Muchos adquirieron la costumbre de asociar intelectuales, escritores, artistas con las causas sagradas, otrora llamadas «progresistas». Por oposición, se tiende a aceptar que, en principio, los buenos están a un lado, siempre dispuestos a dar su vida (bueno, a poner su firma) cada vez que la sagrada causa de la humanidad sufra en algún lugar del globo. Lo de Vietnam y el Tribunal Russell y Sartre, después del 68, vociferando periódicos revolucionarios y Haroldo Conti, en el Sur, y tantos más, hasta culminar en Sábato así parecen confirmarlo.

La tentación es grata: los buenos escritores, los buenos pensadores, los buenos artistas siempre son de izquierda, siempre listos (*boy-scouts* del intelecto) a defender las buenas causas. No se trata de levantar dos listas y oponer nombres. Menos aún de recordar cambios. Porque del Malraux de *L'espoir* al Ministro de la Cultura gaullista (ambos: el ministro y la cultura) hay más que matices. Es que los cambios, además de ser humanos, son relativos. Atiéndase al caso de la *intelligentsia* cubana: los Cabrera, Franqui, Padilla y tantos otros. ¿Cambiaron ellos o cambió la Revolución que tan fervientemente apoyaron? Quizá ambos si, en efecto, a la vez «somos el río y somos aquel griego que se mira en el río». Así que conviene poner a un lado los cambios, tan discutibles. Pero es que la inamovilidad no está sólo del lado del bien: no es únicamente el Instituto Gramsci el faro luminoso que guía a los bravos. También del otro lado, en la región de las sombras, en el abominado reino de las tinieblas, ha habido y hay espíritus tenaces y posiciones sostenidas. Y no son unos cualquiera.

Ahí está Louis-Ferdinand Céline, aquel extraño Doctor Destouches, con mucho uno de los más grandes novelistas del siglo. Por algo, Sartre comienza *La Náusea* con una cita de *Voyage au bout de la nuit*. Céline fue un violento antisemita, colaboró con los alemanes, se fue a Alemania y vivió un penoso exilio de derrotado. Ahí está, más reciente, el espectacular japonés Yukio Mishima, sicótico, exhibicionista, fascista, pero también autor de ese magnífico relato *El marino que cayó de la gracia* o su ambiciosa y espléndida tetralogía *Hojo no umi: El mar de la fertilidad*. Eso para no remontarse a Knut Hamsum, tan olvidado, el de *Hambre*, pro-nazi hasta el fin. O a Curzio Malaparte y su participación fascista. Aunque quizá lo más sorprendente sea el inventario de los poetas. Puede sostenerse que dos de los grandes poetas de esta época se situaron del lado malo, para el gusto maniqueo. El norteamericano Ezra Pound, que llegó

a hacer propaganda bélica contra su país, y el portugués Fernando Pessoa, el mayor poeta lusitano desde Camoes, que apoyó dictaduras y aplaudió el fascismo.

Moraleja: quedémonos con las apariencias, que como bien razonaba Wilde, son las únicas que no engañan. Porque si una rosa es una rosa, es una rosa, un escritor es sólo un escritor un escritor. Nada menos.

DE CREER A PLATÓN, Sócrates tenía la manía de confundir bondad con inteligencia. Aun peor: creer que nadie era malo a sabiendas. El mal es siempre acto inconsciente, irreflexivo, irracional. Bastará con abrir las cerradas molleras, con encender las luces de la razón para que el mal desaparezca de los humanos negocios. Semejante visión intelectualista del mal no es inocente: tuvo sus consecuencias, hasta nuestros días.

Por estar Platón convencido de que la moral, el conocimiento del bien, fundaba las acciones de los hombres, es decir, la política, ésta se subordinó a aquélla y comenzaron las sociedades ajustadas a modelo. O lo que es igual: se creó, así fuera en el papel, el primer estado monstruosamente inhumano, que es siempre lo totalmente racional. La diferencia con Lenin sólo lo es de postura: para el ruso, la política es quien funda la moral, con lo cual la humanidad ha saltado de la sartén al fuego. El defecto de la concepción platónica es que primero hay que definir lo bueno y lo malo para luego convivir en sociedad. Ya se sabe quiénes definen: los filósofos. Y luego hay almas enconadas para decir que no sirven para nada. Pero si en Platón la arbitrariedad está en la base, según quién y cómo defina lo moral, en Lenin encuéntrase en los resultados: la moral dependerá del tipo de política, con lo que no se puede pedir mayor relativismo. Es bueno si conviene a los fines del estado revolucionario y malo todo lo que se le oponga. Es lo que leninistamente dijo Castro con aquello, tan citado, de que con la Revolución, todo, contra ella, nada. En la concepción moralista e intelectual (platónica), la exigencia es de salida: malo es no saber qué se hace y por qué; bueno será ajustarse a un plan, cuanto más inteligente mejor. En la visión política y pragmática (leninismo), el rigor lo impone el objetivo: no hay salvación fuera del propósito establecido. En ambos casos, qué más da: que la moral oriente a la política o que ésta ordene aquélla. Margen igualmente estrecho: hay que caminar por el filo de algún conocimiento (filosófico, político) para lograr la aprobación de los supremos jueces.

No toman en cuenta ambas concepciones que parten de lo que quieren alcanzar y definir. Si el camino correcto es obrar ajustado a razón, ello quiere decir que eso es *bueno* y, como pensaba Sócrates, que la acción irreflexiva es *mala*. Si lo que cuenta es el resultado, el *bien* se postula de entrada como el fin de un proceso (revolucionario) y el *mal* como todo lo que lo impida o retrase. Lo de menos es la circularidad del pensamiento, partiendo de la moral para terminar en ella. Lo grave es que haya un Bien y un Mal objetivos y absolutos al comenzar el juego y que éste consista todo el tiempo en la exclusión del segundo para el triunfo definitivo del primero.

Como se ha dicho, el mal puede ser un bien desplazado de su sitio o tiempo, y tan relativo que hasta se habla de «mal menor», por oposición al auténtico. Para los católicos, la personificación del mal, eterno como el mundo, es el diablo que, como no es noticia para nadie, habita en el infierno. Para Sartre, que quizá tenía de católico más de lo que le hubiera gustado, el infierno son nues-

tros semejantes. *Ergo*: el mal está en los otros y no depende ni de la razón ni de la política evitarlo o perseguirlo. Por algo, el incomprendido y lúcido Schopenhauer sostuvo frente al monstruoso Hegel que estar solo es el menos grave de los males. Pero nadie está completamente solo: todos vivimos en la compañía del mal de la mañana a la noche. Será cosa de llevarse bien con ellos. Y ellas.

La maldad

Hace ya más de setenta años, publicó Bertrand Russell un ensayo, cuyo título lo dice todo: *El daño que hacen los buenos.* A la inglesa, es una consecuencia de aquel viejo refrán español que establece la relación entre la fama adquirida y la impunidad subsiguiente. Peligro que siempre se corre con las buenas personas. Como quiera que ya les dieron su aval ético, pueden hacer lo que les venga en gana. Sobre todo porque la sociedad está constituida de forma tal que se anteponen las declaraciones principistas a las acciones concretas. Basta con que alguien manifieste su apego a la ley para que su conducta sea juzgada no por el detalle de sus acciones, sino por la vaciedad de sus palabras. Ser bueno, en consecuencia, es declararse uno mismo honrado y observante de la más estricta moral. Lo que lleva de inmediato a suponer que tienen que ser malos todos los que dudan acerca de los principios por los que se rige la sociedad y, aun peor, manifiestan esas dudas. No importa que su vida entera sea un dechado de buena conducta: desde el momento en que no juegan el juego general de las pomposas declaraciones sobre la patria, la familia, la vida, la democracia y vaguedades semejantes, serán clasificados entre las malas personas.

En el caso particular de las acciones políticas, la división es utilísima, pues suele aceptarse que los buenos nunca roban ni prevarican y que quienes lo hacen, además de malos, son pobres de espíritu por no haberse sabido cubrir con alguna rotunda y altisonante manifestación de máxima honradez. En este punto, el texto aquel de Russell contenía un pasaje de inquietante actualidad. Sucede que a quienes descubren las acciones vergonzosas de los políticos deshonestos (corruptos, dícese ahora, con sabor y aun olor a lo orgánico), apuntaba Russell que sólo les quedaban tres caminos: o denunciarlos, y hacer que los culpables quedaran manchados con el sello infamante; u obligarlos en privado a retirarse de la actividad política, si es que no quieren ser acusados abiertamente; o derivar en todo ello grandes beneficios personales por medio de un sostenido y discreto chantaje. No parece que hayan cambiado mucho las cosas, a no ser para peor, pues de las tres posibilidades, las dos primeras son prácticamente inéditas entre nosotros. Alguien, de entre los buenos, debe estar sacando un magnífico provecho con las acciones de los malos. Eso sí: mientras sea una mayoría quien se beneficie, al todo se le etiqueta de democracia, frente a lo que no queda sino asentir.

Pero fuera del muy especializado ámbito político, la maldad no sólo es cosa de todos los días, sino el componente existencial que permite que la vida continúe. Porque, además de que los buenos son los seres más aburridos de la creación, resulta que los otros, los malos por definición, son las personas menos peligrosas, puesto que se conoce de lejos que su papel es tal: ser los villanos del reparto. Lo que lleva a la conclusión de que el verdadero mal es siempre el irreconocible, en especial cuando suele disfrazarse de bien sumo. Por ejemplo: el que han hecho, hacen y seguirán haciendo aquellos que en nombre de

una idea prometen que algún día todos seremos iguales o felices o hermanos o camaradas o tan idiotas unos como otros.

Hannah Arendt aisló el virus del mal en su presentación más aparentemente inocua, más falsamente inocente: la de su trivialidad. No porque quienes lo cometan lo sean, sino porque hacen el mal como pudieran hacer salchichas o tararear una canción: rutinariamente. Es el mal de los funcionarios, de los burócratas, propio del siglo en el que las instituciones acogotan a los individuos y los despojan de todo sentido de responsabilidad. Se puede enviar a la muerte a una persona o seis millones sólo con sentarse a un escritorio y cumplir horario de oficina.

La tipología de la maldad cotidiana sería prácticamente infinita. Convendría, al hacer su resumen, no olvidar una de las peores formas: la derivada de la crasa ignorancia. Por algo se ha dicho que los imbéciles son más insufribles que los malvados, porque al menos éstos de vez en cuando descansan. Y es que, aunque se pretenda, no se puede ser malo todo el tiempo. En cambio, los cretinos que nos rodean no dan respiro de la cuna a la sepultura.

PRIMERO POR CULPA de gabachos y ahora por influencia sajona, muchos tienden a confundir honra con honestidad. El matiz es de peso: si a Lucrecia, incólume ante los lujuriosos ataques del infame Tarquino, bien puede tildársela de honesta, sólo de un varón como el Cid podrá predicarse la honra. En nuestra cultura, tan vieja o más que cualquiera, los honrados son ellos, mientras que ellas serán para siempre y sin discusión las honestas. Porque honestidad casa con castidad y pudor y honra cuadra con honor y prez.

En el fondo, todo es cosa de conducta, lo que viene a decir que honra y honestidad exigen el largo esfuerzo de toda una vida. La más recatada dama o el hombre más pundonoroso, mientras vivan, al punto pueden dejar de serlo, que basta con una simple sospecha para empañar la más pulcra de las honestidades u oscurecer la honra más indemne. No dependerá, pues, de la honesta o del honrado la guarda y garantía de su preclara condición, sino de quienes, conociéndolos y tratándolos, la pregonen y defiendan. ¿A qué gritar, entonces, como aquel ridículo personaje de *Mucho ruido y pocas nueces*, la propia honestidad mientras no sean los demás quienes la reconozcan y respeten? Difícil les ha sido a todos los médicos de su misma honra cuidarla cuando ha menester. ¿De qué servirá que subidos a los tejados la griten y proclamen si la maltratan bocas ajenas?

Si la honra se mide por la limpieza de las manos que dinero tocan y la honestidad por la de pensamientos y acciones que al cuerpo atañen, el honor es el atributo que, en tanto fama y respeto, otorgan terceros a quien con vida ejemplar enaltece aquellas virtudes y, en general, las de ordenada existencia. Por venir de fuera, se permitieron los franceses otorgar el honor a porrillo, hasta formar legiones y poder colgarlo de ojal, presilla o recamo. No siendo ni tan generosos ni tan confiados, será preferible otorgarlo en el juicio diario, con la cautela de quien lo somete a permanente vigilancia. Lo increíble es que venga a ser uno mismo el dador y curador del honor propio, como si fuera el solitario habitante de su desolado mundo. Puso Scott Fitzgerald en boca de unos personajes del *Gran Gatsby* estas palabras con más sorna que cándida intención: «Sospechamos todos poseer cuando menos una de las virtudes cardinales y la mía es ésta: soy de las pocas personas honradas que haya podido conocer». Calza la misma ironía que aquel tan citado como mal entendido pasaje del Cartesio acerca del sentido común que, de tan repartido que está por el mundo, todos creen tener la mejor parte. Siempre el mismo cantar: no importa lo que crea el sujeto de la honra, sino quienes van a juzgarle por ella. Será que más de uno pensará que si no la declaran voces ajenas, para eso está la propia. Y pónense a pregonarla como quien vendiera pescado.

Aun suponiendo que palabras tan ampulosas y delicadas como *honra, honestidad* y *honor* apunten a algo muy determinado y vulnerable, más vale por lo mismo no estarlas desgastando a diario con la impropiedad de la vociferación

propia. No deja de sorprender que quienes no se atreverían nunca a publicar su inteligencia por encima de la de cualquiera ensalcen sin recato alguno lo que de suyo no les pertenece. Nadie como Lope para encerrarlo en fórmula tan económica como contundente: «honra es aquello que reside en otros».

Repaso de la envidia

Envidiar es tanto como salir de sí; vivir inconforme consigo mismo. Querer siempre lo otro y aun ser otro. Más de uno, que el envidioso ni reposa ni se detiene: hoy envidia esto, aquello mañana, en permanente desazón.

No es sólo avidez: busca el envidioso más que poseer él mismo, que no posean otros. Si por milagro se le diera todo cuanto envidia, no cesaría su desasosiego, pues lo que menos soporta es el bien ajeno, por inmenso que fuere el suyo. Más que ganar, busca destruir. Viejo cuento del tuerto y el ciego: antes prefiere el envidioso perder un ojo con tal de que su vecino pierda ambos.

La envidia destructora tórnase paradoja: en vez de arruinar lo envidiado, destrúyese a sí el envidioso. Su acción no se desborda, sino que se revuelve para afectar a quien la ejerce y padece. Viene de tal modo a ser la envidia extrañísima ocupación: proyectada hacia lo ajeno, afecta apenas a quien tan obsesivamente se dedica. Más que consumidor de lo envidiado, gástase el envidioso por su misma envidia. Fuego que sólo abrasa al incendiario. Acido que corroe para dentro. Bien lo supo Gracián: «no muere de una vez el envidioso, sino tantas cuantas vive a voces de aplausos el envidiado».

De todos los pecados capitales es la envidia el único que no alcanza pasajera satisfacción. Puede el goloso deleitarse en su guia y el lascivo en su lujuria; disfruta el avaro repasando monedas mientras desata el colérico la contenida ira; bástale al vano un pequeño espejo para mostrar su soberbia y con no mover un dedo se contenta el perezoso. Pero ¿qué logra el envidioso y cómo lo manifiesta?

Al entrar el visitante del Prado en la sala del Bosco, tropiézase al punto con ornamentada mesa, que no es otra sino la de *Los Pecados Mortales*: círculo infernal en el que giran los siete en torno al cristológico centro del sol divinal que sin cesar advierte: *Cave, cave, Deus videt*. ¿Qué ve Dios? En la interminable danza de sus pecados, el artista representó fácilmente todos menos uno, la descompuesta envidia. El metafísico arte de Hyeronimus Bosch, dicho el Bosco, tropieza ante la impenetrabilidad de la envidia. Más se sufre hacia dentro que se deja ver en acto alguno. De todos los pecados es el único interior y sobre sí cerrado; precisan todos del mundo para florecer; echada a andar su fiebre, bástase a sí mismo el envidioso para no dejar de reconcomerse y arder sin tregua en su propia y fría llama.

Alguien dio en pintar verdes a los envidiosos; igual podría haberlos tiznado de amarillo. O aun de negro. Colores todos ellos que delatan alteración de los viscerales humores y expresan de algún modo la consunción que sostiene al envidioso, sin necesariamente delatarlo. De ahí su más siniestra condición: el ocultamiento. ¿Cómo reconocer al envidioso? No es menester repasar la misma lista para saber que todos, colérico, lujurioso, glotón, soberbio, perezoso y avaro, representan su papel en el gran teatro de la vida sin lograr esconder su principal defecto. Todos menos el envidioso, que vive para dentro lo que de fuera recoge, con la avidez de su vista. Llega a hacerse tan irreconocible a fuerza de envidiar

que alcanza a no existir: ¿quién se reconoce envidioso? Pecado siempre ajeno, debe su presencia en el mundo al juicio de los otros: en todo momento se es envidiado, jamás envidiador. Extraña condición, sin duda la más humana de todas, que hasta los animales pueden ser perezosos y aun lujuriosos: sólo el hombre dedica su existencia a vivir transferido por la envidia la vida de los demás, que nunca será suya. Por eso mismo la envidia.

Dulce y amargo

Dulce es tocar el caramillo con los waraos, comer engusanadas raíces y soñar en colores con Rousseau. Amargo es denunciar la explotación folklórica del salvaje y revelar las dulces mentiras de los optimistas profesionales. Es dulce creer en el poder de las palabras cual forma seudoculta de ejercer la magia simpatética. Amargo, muy amargo, deshinchar odres llenos de aire, sin dejar de reírse de cuanto cura y barbero tenga uno la desgracia de toparse. De los dulces será siempre el reino prometido, quedando para los amargos recoger los despojos de las nefastas utopías, dulcísimas todas al proclamarlas.

Razón tenía Shakespeare: amargo, verdaderamente amargo es contemplar la ajena felicidad, sólo que ¿dónde se encuentra tan dulce ave, quién logra acariciarla más de un instante? Sobre todo, no confundir amargor con envidia. El amargado apenas si padece úlcera; la envidia es cáncer corrosivo. En cambio, los dulces, los optimistas, los creyentes en algo, los dispuestos a la redención propia y ajena disfrutan de una salud a prueba de realidades: bástales vivir con los ojos cerrados, mirando hacia el interior de sus propias mentiras.

Encontráronse un día el amargo y el dulce, en medio del camino: ni se vieron, menos se hablaron. Venía el primero con la cabeza gacha atendiendo el suelo que pisaba por no despeñarse; perdíase el optimista en las nubes de sus fantasías, flotando más que caminando. Sólo se tropezaron: perdón, musitó el amargo, convencido del mal acontecido; por qué no se fija por dónde va, reclamó dulcemente el otro, sin dejar de sonreírle al cielo. Siguieron su camino, extrañamente el mismo, para ambos diferente: cuanto más caminaba el amargado, más temía llegar; al dulce le bastaba con echarse a soñar para creer que avanzaba.

Algunas las mientan actitudes vitales; otros, apenas si talantes. Llámense como mejor plazcan: disposición, temple, estado de ánimo, incluso carácter, que no es mucho pedir. Siempre habrá amargos y dulces, como siempre existirán tontos y listos, pues así es la humana naturaleza. Lo de menos es lo que hay; importa más lo que hacen y en ese sentido quien lo vio claro fue Russell: «el daño que hacen las buenas personas», los optimistas, los dulces. Que al amargo, por su condición misma, se le ve venir y ni aun queriendo podría matar una mosca. Hay que cuidarse de los dulces, de los mansos de espíritu, pues ellos pueden aproximarse hasta la yugular sin ser temidos.

Al final, más refrescante resulta recordar la amargura de Lewis Carroll: «Creyó haber visto un elefante/practicando con una cornamusa/Volvió a mirar y se dio cuenta/que era una carta de su esposa/Al fin me he percatado, díjose/de la amargura de esta vida».

La mujer en el templo

Si, como alguien notara, la mujer es la última colonia del hombre, gracias a la Santa Iglesia todavía es posible mantener vigente el estatuto colonial. Fiel a sus orígenes, la Iglesia y sus representantes han sabido colocar a la mujer en su sitio, que es siempre el de servir a Dios y al hombre, durante casi dos mil años. Y ahora, de pronto, cediendo a las engañosas voces de una pretendida renovación, parece que nada menos que los obispos reunidos en Roma comienzan a flaquear y a dar señales de ceder ante el poder femenino. ¡Qué desgracia para la Iglesia, qué pérdida de carácter para el cristianismo! Más les valdría tener presentes las sabias enseñanzas de aquellos santos varones de los primeros siglos, con justa razón considerados Padres de la Iglesia: «La mujer es una mula traidora, es una tenia clavada en el corazón del hombre», sentenció San Juan Damasceno, muchos siglos antes de que Nietzsche y Schopenhauer se dieran cuenta de ello. Y sabido es el celo con que San Cirilo, aquel doctísimo disputador, que supo enfrentarse a la herejía nestoriana, trató a la descarada Hipatia, que en el colmo de la desvergüenza más pagana había osado enseñar matemáticas y astronomía. El pueblo cristiano, arrebatado por la palabra sagrada del santo, atacó a la infame mujer en la calle, arrancándole la carne a tiras con ayuda de las puntiagudas conchas que abundan en la bahía de Alejandría. Así que: la mujer en su sitio, que no es otro que el del silencio y recogimiento en el templo, y como Cervantes expresara en magnífica fórmula, cuando casada, la pierna quebrada y en casa.

De lejos le viene a la Iglesia tanta sabiduría. Cuando el Apóstol pide en *Corintios I* que la mujer se limite a guardar silencio en la iglesia, no hace sino refrescar su reciente judaísmo, pues cumple notar que el buen judío reza siempre en la mañana una oración en la que da gracias al Señor, alabado sea su santo Nombre, por no haberle hecho mujer. ¿A qué venir ahora con novelerías de diaconesas y otras pecaminosas audacias? Que midan bien sus actos los altos dignatarios, pues por ceder a la vitanda tentación de la modernidad, bien pudieran estar abriendo la puerta a la destrucción de los valores religiosos. En efecto: si las religiones suelen tener la mala costumbre de ser eternas, débese en buena medida al sostenido esfuerzo pedagógico de las mujeres. ¿Quién inculca a los hijos las doctrinas transmitidas de generación en generación? ¿Quién vigila porque no se descarríen los tiernos retoños y sucumban a la atracción de lo desconocido? ¿Quién exige que se mantengan los valores tradicionales en los que se funda y sostiene su misma condición de sumisión, sino la mujer en el hogar? Dése poder sagrado a las mujeres, sáqueselas de las casas para que entren a mandar en el templo, entrégueseles voz y voto en los asuntos trascendentes y presto se verá que no ha de transcurrir mucho tiempo antes de que comiencen a derrumbarse los sólidos cimientos de las religiones machistas que nos presiden y protegen.

Tuvo inevitablemente que ser mujer quien dijera aquello de que la virtud femenina había sido el mayor de los inventos del hombre. Gracias al cual, puede

añadirse, se sostiene la religión y buena parte de la sociedad. Si un sacerdote se desvía de la recta senda es apenas un pobre pecador al que Dios aún le dará otra oportunidad de retornar al redil, pero si una monja tan sólo tiene un mal pensamiento y comienza a agitarse más de lo conveniente, se la declara al punto poseída por Satanás y será debidamente exorcizada. Como que la virtud de la mujer es la piedra sillar de esta probada civilización machista. Es tanto como tentar a la desgracia introducir a la mujer en el papel más elevado y reservado del hombre: el augusto sacerdocio. Sería algo así como rehabilitar a la serpiente, tal y como creyeron los infames ofitas, y retroceder al momento del primer pecado que, no estará de más recordarlo, fue cometido a instigación maligna de la mujer. Quédense las cosas como hasta ahora si se quiere que el negocio ese de la religión dure otro tanto.

RESPONSABLE INMEDIATO de la imbécil distinción: el pesado de Lawrence. Por querer nadar (hablar del sexo) y guardar la ropa (puesta: sexo con *manners*), nos encasquetó lo de separar al uno de la otra. Resultado a la vista: todavía hay respetables señoras que en sus entrevistas de televisión preguntan por la fulana diferencia.

La diferencia, de haber alguna, es muy sencilla: erotismo es lo que yo haga; pornografía, lo que hacen los demás. Aunque últimamente hayan surgido verdaderos «espíritus fuertes» para declararse pornógrafos (sin mencionar a nadie), la tendencia es siempre maniquea: el erotismo es bueno; la pornografía, mala. Con lo que todo queda como al principio, ya que nadie va a declararse reo de una maldad. Sin embargo, algo ha cambiado. Antes, nadie se atrevía a confesar sus inclinaciones eróticas; ahora, hemos regresado al maníaco de Freud, para el que hasta tropezarse con alguien en la calle era una manifestación de erotismo apenas encubierta. Con lo que salimos perdiendo. Si todo es erotismo, si se disfruta lo mismo al ponerse los zapatos que al soñar con Raquel Welch, la vida, además de muy económica, va a resultar muy aburrida a fuerza de ser excitante.

Quienes realmente lo pasaban bien eran los victorianos, por llamarlos de algún modo. Y los católicos. Y los puritanos. Y en general, todos los reprimidos, voluntaria, social o religiosamente. Un excelente historiador de las costumbres victorianas, Peter Gay (decididamente, hay apellidos que obligan), ha demostrado que la abundantísima prostitución de finales del XIX no se debía, como se pensó, a la moral conyugal, sino al exceso de demanda: los caballeros victorianos al parecer gozaban de una superabundancia sexual. En dos platos: la burguesía, en su grande y bella época, hinchó el erotismo y al excedente lo llamó pornografía. Tenían para tomar y dejar. Vivían impregnados de lo que fingían aborrecer; todo era erotismo indirecto: desde las modas (aquellos bustos prominentes, aquellos talles de avispa) hasta la ópera (sobre todo Wagner, lleno de poderosas Walkirias y solitarias Loreleis) pasando por la *haute cuisine*, los trenes y los jardines. Porque aunque Emmanuelle se haya empeñado en probar lo contrario, para hacerlo sirven mucho mejor los trenes que los aviones. Desarrollaron un sutil y sabio juego de sugerencias y ocultamientos que lograba el renovado milagro de hacer apetecible y aun deseable lo que, de suyo, no pasa de ser una monótona gimnasia. «Querido» —comenta ella mientras— «hay que volver a pintar el techo».

La tesis de Peter Gay es que fueron los literatos (sobre todo, Baudelaire y Flaubert) quienes, en su odio cerrado a la burguesía y sus costumbres, destruyeron el maravilloso equilibrio entre incitación y satisfacción al declarar incompatibles, por ejemplo, la pasión y el matrimonio. La verdad es que si en esto se va a meter el mundo de las letras, la cosa viene de atrás, pues ya Stendhal había jugado una mala pasada cartesiana al clasificar los distintos tipos de amor. Pero no cabe la menor duda de que la síntesis, la culminación del proceso destruc-

tor, le correspondió a Proust: la felicidad es sólo una ilusión, obsesión siempre insatisfecha, y los celos, el inevitable fin de todo *affaire*.

Tanto como la permisividad la mella y embota, las inhibiciones estimulan y acicatean la emoción. Russell, que de eso sabía algo, sostenía que no hay como el aguijón de lo prohibido para incitar la imaginación amorosa.

La conclusión es obvia, en vez de hacer que todo sea sano y deportivo erotismo, a la sueca, regresar a la más estricta y victoriana prohibición que declara pornografía hasta el colocar la cuchara al lado del tenedor. Sin la presencia permanente del mal, ¿cómo disfrutar del bien? ¿O de lo que se disfruta en realidad es del mal?

SENTIDO DEL HUMOR

ESO DE «SENTIDO DEL HUMOR» viene de lengua de herejes. Ha tiempo que perdiera «humor» la acepción que le diera aquel médico que inspiró a Cervantes, Huarte de San Juan, cuando en su *Examen de Ingenios* pasara revistas a los muchos y variados que el hombre tiene en su cuerpo. Humor como ánimo o temple es más reciente, al punto que al bueno se le tiene por muestra de jovialidad y al malo, de acedía o desabrimiento. Lo del «sentido del humor» complica innecesariamente aquello que de siempre fuera mentado jovialidad o ingenio. O lo que el clásico llamó «gusto jocundo» que, según toda traza, tiénese de nación o se carece por completo de él.

Reconfortante resulta comprobar que los tiranos son los seres más alejados de esa jovialidad o buen humor que tan benéfico resulta. Al menos antiguamente los todopoderosos reyes soportaban burlas, befas y sarcasmos cientos de los bufones de la corte. Pero los de ahora, los entronizados monarcas del poder absoluto de toda dictadura, no aceptan ni una tímida sonrisa. ¿Quién imagina a Franco o a Pinochet riéndose? Una auténtica pesadilla. Reléase, sobre todo ahora, ese clásico de la literatura antisocialista que es *La broma*, de Kundera, para entender los límites de los fanáticos militantes en la fe sociocomunista. Debieron de heredarlo de Vladimir Ilich, incapaz de deslizar la más mínima zumba en su pobrísimo estilo de predicador almidonado. Qué soberana diferencia con Marx, en eso, judío hasta la médula, lleno de ironías y donaires. El sentido del humor de Stalin era tan grácil y ligero como el vuelo de cien hipopótamos. Quien mejor lo ha caracterizado es Cabrera Infante, maldiciente jovial para su suerte y la de quienes lo leen: «proclamó Stalin que al hombre había que cuidarlo como se cuida a un árbol y después repartió hachas».

En ese ambiente de severa iglesia, oliendo a muerto, se entiende la miseria intelectual de los hermanitos Castro en la otrora Perla de las Antillas. Punto en el que definitivamente se alejan de sus orígenes gallegos, pues desde Camba y Fernández Flores hasta Cela, los hijos de la húmeda y morriñosa Galicia han descollado por su ironía, humor y deliciosa mordacidad. Nada más recomendable para acelerar la producción del infarto al miocardio que soportar a pie firme la apabullante lluvia de los plúmbeos discursos de Fidel. No es sólo que en ellos no se permite la más mínima concesión al buen humor, sino que trata como a retrasados mentales a todos los que tienen la desgracia de escucharlo. Repite una y otra vez las mismas simplezas, como para ver si así le entran a él en la mollera. El hermanito, Raúl, aún es peor: una suerte de histérico contenido, reducido al fanatismo de dos o tres ideas y dominado por más de una manía persecutoria. Una de las gravísimas «acusaciones» que el tenebroso Raulito endilgó al general Ochoa, en esa farsa de juicio que amañaron en Junio de 1989, fue revelar que con el acusado nunca se podía saber si estaba hablando en serio o en broma. Pecado mortal para los seres unidimensionales, fanáticos e intransigentes. Ni por un instante se despojan de su insoportable seriedad ni pueden aceptar que nadie intente la peligrosísima desviación de una chanza o distrac-

ción. Son como el monje asesino que ideara Eco porque, para ellos, la Revolución equivale a la diosa Kali: implacable deidad, destructora e insaciable. Nada de diversiones. Intuyen que, al igual que en el cándido cuento medieval, si acaso en la lóbrega morada que han levantado a fuerza de terror se filtrara el rayo de luz de la más débil ironía, de un solo golpe volarían en mil pedazos las telarañas y miserias con que abruman a la gente.

Es revelador y agrega una nota de equilibrio ante tanta imbecilidad que, en la Checoslovaquia que dominaran aquellos mismos stalinistas denunciados por Kundera, sea precisamente un escritor, amable y sarcástico, como Havel, quien haya resultado Presidente de la República, y que a la Rumania dracular del mísero funcionario de tercera que fue Ceaucescu, retornen espíritus tan libres y disolventes como Cioran y Ionesco. Por una vez ganaron los buenos, para variar.

Hagamos votos porque algún día, más próximo que lejano, Cabrera Infante, Presidente electo de la República de Cuba, inaugure la semana-homenaje a Virgilio Piñero, organizada por la Casa de las Américas que dirija Carlos Alberto Montaner.

Arte de dudar

Cada quien duda a su manera. «Todo es según el color del cristal con que se mira», en el relativista y pobre verso. *Que sais-je?* preguntábase Montaigne sin pretender respuesta. Como fuere, dudar es de sabios, que los necios andan siempre seguros de sí mismos y aun del mundo. Por si acaso, el prudente se abstiene y aun retiene para, como pedía Gracián, no ser fácil ni en creer ni en querer.

Al aumentar recursos y comunicaciones, piérdese mucho del arte de dudar, que se vería de mal tono en estas sociedades tecnocráticas plantear reservas y hacer mohines a tanta pantalla informática. Error grande sería pensar que por ello saben más los humanos: sólo dudan menos. Se han hecho más necios por prepotentes, no más sabios por discretos. Confunden apariencias con certeza, espectáculo con sustancia.

Tampoco hay que asombrarse del recurso al engaño; de siempre ha reinado la mentira. Y hasta, en ocasiones, es conveniente, con tal, como alguien recomendara, que se disponga de buena memoria. La regla de excelencia sería no mentir, pero tampoco decir de continuo verdades. De nuevo, el jesuíta de marras: «No todas las verdades se pueden decir; unas porque me importan a mí, otras porque al otro». No pocas veces las peores mentiras son las que no se pronuncian. Dar a entender sin palabras puede ser crueldad más refinada que las más crudas verdades.

Hombre que siente vergüenza de dudar debería sentirla de vivir; sólo las piedras son certezas inamovibles y con todo, suelen rajarse. Desde que se delegó el pensamiento público, que los pudibundos llaman información, en manos ajenas y grupos poderosos, todo es venta de certidumbres y oferta de evidencias. Mostraron al hombre caminando en la luna para revelar luego cuán posible es fingir tales hazañas. Muchos creyeron de buena fe en las virtudes socialistas; mismos que ahora se horrorizan con la evidencia del *gulag*. Quién quita que mañana se truequen papeles para tener por falso lo que relumbra hoy de veras. Cuánta razón tenía Bacon, sufrido en vacilaciones: empezar con certezas conduce a dudas; más vale partir de éstas si se quiere alcanzar alguna seguridad, por relativa y vana que siempre sea.

Cerrarse a la duda o no haberla padecido nunca es tanto como adelantarse al sepulcro. Hay muertes que preceden a la definitiva y cuidado si aun peores. La de ser por dentro muro intraspasable no es de las recomendables, que bien muerto está quien no da señal de vida con el temblor de alguna indecisión y la angustia de sus dudas. Compadézcase a los incontestables profesionales que son obligadamente los políticos, vendedores de la más vacua de las mercancías: el futuro. Por no existir nunca, pueden estar seguros de lo que ofrecen y no albergar dudas de su valía. Jamás les llegará la hora de rendir cuentas y aún menos la de arrepentirse con la redención dubitativa.

Duda más que desconfianza es cautela, que no es escéptico el atolondrado que se lo propone, sino quien, por reservar el juicio o echar en remojo el ajeno, recorta saberes y suspende conocimientos. Quienes a cada rato blanden la ver-

dad, además de necios son dúplices agresores: por ignorarse y, lo peor, definir a todos con su insolencia. La verdad, bien de lo más escaso, de tener que decirse, que sea de bromas, nunca con empaque. Para lo que nos van a servir dudas y seguridades: dentro de cien años, todos calvos.

Creencias

Junto con dejar de fumar, creer es una de las cosas más frecuentes en esta vida: todos creen en algo. Cuando menos, creen que creen en algo. Lo que menos importa es ese algo: va desde Dios hasta la acupuntura o desde la suerte hasta la inmortalidad. Porque no cuenta tanto el objeto de creencia como el acto mismo de creer. Si no creyéramos que mañana vuelve a salir el sol, la vida sería poco llevadera. El hecho mostrenco es que no existe ley científica alguna que asegure que mañana saldrá el sol. Como tampoco nada ni nadie puede asegurarnos que no caeremos muertos al segundo siguiente de pensarlo. Es comprensible, entonces, que el hombre necesite creer que va a vivir un poco más; lo que ya resulta menos fácil de entender es que también crea que va a vivir para siempre. Por algo notaba Boswell, en su encantadora *Vida de Johnson*, que con todos los siglos que tiene el mundo aún no se había presentado caso alguno de aparición de difunto bajo forma de espíritu, fantasma o semejante. Concluía de ahí que todos los argumentos apoyan la mortalidad más absoluta y definitiva, pero que todas las creencias van por el otro camino. Quien dice inmortalidad o, como prefieren los cursis, vida después de la muerte, lo mismo podría decir conducta sensata de nuestros prójimos. ¿Por qué estamos tan seguros de que al salir a la calle no nos va a caer a palos el primero que pase? En general, ¿por qué nos asombramos de que existan malas acciones, crímenes y corrupción? ¿No debería ser todo lo contrario? A poco que reflexionemos, nos daríamos cuenta de que lo excepcional es que la gente obre cuerdamente y, aún más excepcional, que no ejecuten maldades a cada paso. Creer es como engañarse sin aceptar el engaño.

Al principio, no fue así: aquel Padre de la Iglesia que se atrevió a decirlo: «creo porque es absurdo». La verdad es que era muy mal creyente. Al mismo tiempo que entendía el absurdo lo elevaba al altar de sus creencias. Los buenos creyentes, por el contrario, creen que sus creencias son verdades como puños. Pero ¿quedan ya de ésos? ¿Quién cree de veras en algo? No las religiones, desde el momento en que se puede creer en todas ellas, y la prueba material y ridícula es que hasta han confeccionado un *Common Prayer Book*, que es algo así como si en medicina existiera un libro común de curaciones. Otra vez el absurdo, pero ahora de salida.

Hace unos cuantos años, en 1927, T. S. Eliot se atrevió a decir que se necesita mucha dedicación y un tipo especial de temple para creer en algo y aun agregaba que eso de creer en algo iba a ser cada vez más difícil de llevar a cabo. Y tanto: que se lo pregunten a los pobres creyentes del marxismo. De pronto, como sospechara Eliot, todo se derrumba en torno a una creencia más. ¿Dejarán por eso de creer? ¡Al contrario! Ahora es cuando deberían comenzar las verdaderas ansias de creencia. Que aprendan de sus afines, los cristianos, que son creyentes precisamente porque ni tienen pruebas de lo que dicen creer ni pueden tenerlas. Puestos a citar, imposible dejar fuera al «viejo gringo», pues según la definición ya canónica de Bierce, fe es creer sin evidencia en lo que dice alguien

(Marx, el Papa) que habla sin conocimiento acerca de cosas sin sentido. *Sursum corda!* La etapa de las creencias auténticas debería comenzar justo en este momento de derrumbe para los auténticos creyentes en el sinsentido comunista.

Bien visto, eso de creer es como el gusto: ni la creencia tiene que ser verdadera ni el gusto, bueno. Sabido es que hay gustos que merecen palos; también creencias que merecen manicomios. Quizá con otras palabras, pero parece que Chesterton llegó a asegurar que habría que encerrar a todos los que creyeran en lo que dicen. Por eso, los políticos son los seres más cuerdos de la Creación.

Lo divertido con los humanos es que no sólo son capaces de creer en lo más imposible o absurdo, sino que también se dedican a descreer. E incluso a combatir otras creencias. Nada más patético para ilustrar el punto que aquella imagen que pintara Roth, en su ya bien añejo *Portnoy*, cuando éste recuerda que, de niño, un tanto más reprimido que los demás, con la cara pegada al vidrio de la fría ventana, viendo caer la nieve, le preguntó a su dulce *idische mamme* si acaso ellos creían en el invierno.

La razón y, de paso, la última palabra, la tiene, como tantas veces, Gracián: «no ser fácil ni en creer ni en querer». No es fácil no ser fácil.

La memoria

Al cabo de medio siglo, sólo por el fetichismo de las cifras redondas, la mayoría decide recordar unos sucesos de los que menos de la cuarta parte de la población mundial puede tener memoria directa. Una guerra, otra más, que sacudió a Europa, el norte de Africa, buena parte de Asia y una porción de Oceanía. El hemisferio americano, aunque comprometido en el conflicto, quedó físicamente al margen, salvo contadas escaramuzas. De no haber sido por los campos de exterminio es muy probable que la memoria de esa guerra se hubiera sumido en el desván de tantos recuerdos bélicos de que dispone la apacible humanidad. Pero están los muertos: no tanto su cantidad cuanto la forma de matarlos. Por vez primera, el hombre mata científica y sistemáticamente a sus semejantes. A partir de la noción de raza, se hace desaparecer a millones de seres humanos que no se ajustan al esquema ideal. Por tan triste circunstancia, la memoria es exigida más que de ordinario y los hombres de medio siglo después, aún ignorantes de aquel drama, sienten cierta obligación moral de recordarlo. Pero no todos recuerdan igual. Ni lo mismo.

Hay pueblos de memoria monstruosa, casi como la de aquel Irineo Funes, que conociera Borges en Fray Bentós, en la Banda Oriental. Como el pueblo judío, que nada sería sin la memoria, pues en definitiva se reduce a ésta, ya que es el único en el cual la historia no tiene más asidero que el recuerdo. Sus huellas en la tierra o han sido destruidas o se confunden con las de otros pueblos y aún ahora, cuando llevan menos de cincuenta años tratando de crear su propia historia, fuera de la fragilidad de la memoria, tropiezan y cómo con la resistencia de otros pueblos para nada dispuestos a compartir ni lugares ni tiempos. Por otro lado, de siempre se ha dicho que felices son los pueblos que carecen de historia, soliendo poner a Suiza como modelo de felicidad atemporal, para lo cual hasta se cae en el sobado parangón de las mujeres virtuosas, por definición también carentes de pasado, como si acaso Guillermo Tell más que recuerdo histórico fuera tema de leyenda. El grano de verdad que encierra semejante exageración es la comprobación de que Suiza no ha disfrutado de los beneficios de las guerras que, a los ojos de cierta escuela historiográfica, forman la armazón de la verdadera historia. Aquí podría entrar el peculiar caso de Venezuela, país que tiene historia, por tener variadas guerras, pero que parece gozar del dudoso privilegio de no tener memoria o tenerla a tal punto flaca que olvida con presteza desmanes, tropelías y cohechos.

¿Hay que ser tan memorioso como los judíos, que recuerdan lo que comieron sus antepasados en el desierto hace tres mil años, o tan olvidadizos como los venezolanos, que prefieren vivir en un eterno presente de falsas ilusiones? ¿Qué uso hacer de la memoria, esa «guardiana del cerebro», en metáfora de Shakespeare? Quizá la memoria de algunos sea como la de Robert Louis Stevenson: tan grande que le sirve para olvidar. Quizá sea más prudente huir de los recuerdos y no empeñarse en sepultarse en ellos, reviviéndolos. Sólo dos casos extremos pueden darse el lujo de privarse totalmente de la memoria: los ani-

males y Dios. Aquellos, por ser tan sólo reactivos a los estímulos inmediatos, y Dios por tener a la vez ante sus ojos pasado, presente y futuro: incapaz entonces de recordar, que sólo puede hacerlo quien no dispone de la visión presente y directa de algo. Por estar condenados a la memoria, sabido es lo que les sucede a quienes fingen olvidar tal condena: vuelven a andar caminos ya hollados por ellos mismos. Como los personajes del infierno de Sartre, repetirán palabras, gestos y situaciones, prisioneros de un pasado fijo, mineralizado, reiterativo: votar siempre lo mismo, creer siempre lo mismo, esperar siempre las mismas vanas promesas. Por el contrario: a fuerza de recordar obsesivamente, puede sobrevenir otra clase de atadura: quedar atrapado en un pasado monstruoso, aplastante, sin salidas. Otra vez el dilema: o el encierro de un presente estúpido, desmemoriado, o la cárcel de un pasado avasallante, sin resquicios, cargado de recuerdos.

La memoria es la sola forma de libertad de que dispone el hombre y como toda libertad, fatigosa, difícil, exigente. En aquel capítulo del Quijote, en el que se cuentan los contrariados amores de Cardenio y Lucinda, le hace decir Cervantes al desgraciado enamorado: «¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso!». Así es.

NO ES CASUAL QUE las dos grandes ideologías semitas predominantes entre el XIX y el XX, el marxismo y el sicoanálisis, se apoyen en el mecanismo humillante de la confesión para someter las voluntades de sus adeptos. Propósito central de la confesión es abatir al individuo en beneficio de fuerzas supraindividuales: en el caso del catolicismo, la doctrina rígida de la Iglesia; en el marxismo, la dirección colectiva de la historia y para el sicoanálisis, la exaltación del oculto y poderoso instinto, o de vida (libido) o de destrucción (thánatos). Para la Iglesia no cuenta el ser pensante por sí mismo, sino el pecador, esto es, el ejemplo por vía negativa. Para el Partido, lo importante es el cumplimiento ciego de consignas y el acatamiento irrestricto de una línea y para el sicoanálisis, la razón ha de ser destronada en todo momento por la fuerza irracional de los instintos y de lo oculto. Si el denominador común es el deseo sexual, poco o nada puede hacer el individuo. Si son la Iglesia o el Partido quienes, a través de obispos, confesores, células, o secretarios generales, dictan la conducta a seguir, escaso margen le queda al individuo para actuar o decidir.

En el fondo, es una tesis orientalista. La gran diferencia cultural entre Oriente y Occidente viene dada por la relación del hombre con la divinidad. El objetivo de la mente oriental es anularse para identificarse con un Todo del que se procede y al que se aspira a regresar. El hombre occidental, desde Prometeo, lucha contra el dios por ganar su personalidad como individuo, para diferenciarse del conjunto, para no ser absorbido por la Gran Matriz de la Naturaleza o de la Historia. El cristianismo se orientalizó al colocar al Todo, la comunión de los santos, por encima del individuo. El marxismo y el sicoanálisis son hasta ahora los últimos productos de esa tendencia orientalizante que destrona al individuo (burgués, racional) en beneficio de entidades misteriosas y abstractas (la clase, los complejos).

Para mejor postrar y anular al individuo, nada como la confesión. Si es pública, mejor. Desde los penitentes expuestos en la picota hasta las medievales sesiones de terapia de grupo, en que los pobres participantes, humillados y abyectos, se confiesan sus miserias, la tendencia sigue siendo la misma: la que practicaban hasta hace bien poco los partidos comunistas, en las públicas y degradantes sesiones de acusaciones, juicios y confesiones. Sumisión, servilismo, encogimiento, destrucción final del individuo para que predomine el colectivo o la doctrina. Frente a la bajeza de toda confesión, la altivez de sí mismo: asumir orgullosamente sus obras con la ufanía del ser único y responsable, sin dios, partido o terapeuta a quien tener que rendirle cuentas. Si acaso, en las acciones públicas de consecuencias sociales, a otros hombres, iguales a uno mismo, ni confesores, ni «referentes» ni doctores.

La fuerza que el mecanismo degradante de la confesión sigue teniendo todavía puede verse en los antiguos comunistas, que aun en la hora de burlarse de aquellos procedimientos acusatorios y flagelantes que un día utilizaron, no pue-

den evitar acudir al viejo vicio de exponer en público sus lacras y malaventuras, como si eso le interesara a alguien fuera del miserable confesionario del partido o del consultorio. Vestigios enfermizos del arrastrado exhibicionismo que una vez compartieron con la oscura camada en donde, negándose a sí mismos, creyeron ser felices, como indiferenciadas hormigas.

CON PERMISO DE Jaime Ballestas, supóngase que, sólo por este siglo y sólo para algunos, Hitler resulte ser el hombre más malo del mundo. Pregunta: ¿puede el hombre más malo del mundo decir alguna vez la verdad?

Si Hitler dijo en alguna ocasión, paseando quizá por las alturas de Berchtesgaden, que dos más tres son cinco, ¿queda invalidado sólo porque lo dijo el odiado Fuehrer? ¿Acaso Pinochet no puede manifestar, en un arrebato de lucidez, perfectamente inusual, que el sol sale por Oriente sin que *eo ipso* se trastrueque en mentira? Levantando la vista un poco: el problema de fondo es si acaso verdad exige calificación moral del declarante. Quienes sientan la tentación de relacionar verdad con moral deberían pensarlo dos veces: si la verdad depende de quien la diga, malparada queda. Una verdad condicionada al curriculum del sujeto emisor es puerta abierta a todo relativismo: verdad será lo que digan mis amigos y mentira cuanto declaren los otros, los adversarios. Viejo asunto. Tanto, que Aristóteles se vio obligado a puntualizar que una cosa es la verdad y otra la amistad, y lo que importa más: que la verdad cuenta más que la amistad.

Recuérdese a Machado, el bueno: aquello de que la verdad es siempre la verdad, dígala Agamenón o su porquero. Y la lección pesimista que sigue: de acuerdo, dijo Agamenón; no estoy de acuerdo, protestó el porquero. O al revés, es igual. El caso es que, a la hora de expresarla, cuando en otros terrenos se habla precisamente de «la hora de la verdad», suelen los humanos entrar en desacuerdo por cualquier minucia. Y la verdad quedar arrinconada, sometida al dictamen de quien quiera exaltarla o denigrarla, no por ella, sino por quienes la trafican.

Nietzsche al menos no se hacía ilusiones, si bien pensaba en otra cosa al afirmar que verdad es esa clase de mentira sin la cual los hombres parecen no poder vivir. Pero la cuestión no es tanto qué sea la verdad, sino si ésta se ve afectada por quien la proclama. ¿Es la verdad autónoma y soberana, como cualquier republiquita del Tercer Mundo? O por el contrario, ¿está sometida la verdad a la sanción de quienes la manejen? ¿Vale de suyo o sólo a través del valor de los hombres que la manipulan a su antojo?

No es difícil imaginar una situación a lo Ionesco: un odiado y sanguinario tirano se dirige al reprimido pueblo, pero en lugar del tradicional discurso populista, se limita a enhebrar verdad tras verdad. Puede comenzar con las elementales verdades matemáticas, seguir con las leyes del mundo físico y concluir con esas vaguedades que nadie discute porque ni la pena merece, tales como amor, humanidad, medio ambiente, democracia, los niños y el futuro de la humanidad, y demás infinitas baboserías. ¿Qué le podrán decir? Si se oponen a su discurso, son más necios que él. Si lo aplauden, se estará refugiando el muy pícaro tras la banalidad de las verdades establecidas. Lo que lleva derecho a otro terreno.

Con independencia de quien la diga, ¿sirve de algo la verdad? En 1945, primero Oppenheimer y luego Einstein proclamaron al mundo la verdad de la amenaza nuclear. ¿De qué ha servido? En este siglo, para no retroceder mucho en el tiempo, se ha asentado más de una vez la verdad de la falsedad racista. ¿Acaso sirvió de algo? ¿Acaso sirvió en Sudáfrica, en Virginia, en Auschwitz o, recientemente, en el cementerio de Carpentras? A principio del siglo que se extingue, Zola acusó la verdad y, aparte de casi costarle la vida (o quizá costársela del todo, que hay sus dudas), no pudo impedir que por lo menos media Francia siguiera considerando culpable a un capitán judío. Parece que al momento de morir dijo Bolívar un par de verdades que a sus descendientes políticos no les gusta ver reproducidas ¿Por qué? ¿Es que no eran verdades, sino apenas desahogos del fracaso? ¿O es que, por el contrario, sólo porque lo dijo Bolívar a la fuerza tenían que convertirse en verdades?

Mañana les diré a mis amigos que por la tarde va a llover. No faltará uno que, presa de sacrosanta indignación, me mande a callar con el aplastante argumento de que no poseo autoridad ni moral ni meteorológica para hablar del tiempo.

Tres dificultades para decir la verdad

Sin pretender emular o corregir a Brecht, no dejan de inquietar las dificultades que acechan a la hora de intentar decir algo, sea o no la verdad o lo más parecido a ella, la ironía.

La primera dificultad es la comprensión: dígase azul, que siempre los otros entenderán verde: no porque anden mal de oído, visión o entendederas, sino porque tienden los humanos a concebir el mundo a su manera, tomando las cosas por donde les conviene: ¿Dijo usted que los autodidactas son unos tarados? No, señor mío: lo que dije es que, por culpa de una sociedad encasillada, están acomplejados y de ahí, sus peligros. Entonces, usted insiste en que son unos deficientes mentales. Y así, al infinito, en otro diálogo de sordos de los muchos que caracterizan al desconcierto humano.

La segunda dificultad tiene que ver con los prejuicios sin los cuales no suelen manejarse los hombres en sus vanos intentos por comunicarse: no lo que se ha dicho cuenta, sino quién lo ha dicho, esto es, la idea preconcebida del otro, que lo califica sin más de «ateo», «fascista», «burgués», «comunista», «anarquista» y no pare usted de contar. Hay más de una información para creer que Pinochet, como antes Franco, es un asesino, entendiendo por tal quien mata o hace matar a sus semejantes; sin embargo, eso no debería ser pretexto para que si Pinochet (o Franco, en su día) dice que cuatro más tres son siete, se proceda a rebatírselo con el argumento de que un asesino no puede decir la verdad. El encanto de ese extraño animal llamado «verdad» es que puede ser domesticado por cualquiera. Ni por esas: si usted menciona a Stalin y habla mal de él, es porque ha caído en el más abyecto de los derechismos, si se le ocurre protestar por el abuso del nombre de Dios, no faltarán intrépidos cruzados que salgan a recordarle su desvergonzado ateísmo. Vieja trampa del *ad hominem*. Lo que lleva a la tercera dificultad. Que no es otra que la de atribuir intenciones: si tal dijo, fue porque anda mal del hígado. O porque no le gusta el color de sus ojos. O porque nació en determinado país y ya se sabe cómo se la gastan sus naturales. O porque está buscando lo que no se le ha perdido. Comienza entonces ese absurdo lenguaje que apunta al falso saber de quienes aseguran conocer por qué se dijo esto o no se mencionó aquello. Nadie duda de que Stalin, por ejemplo, firmó el pacto germano-soviético; lo increíble es pretender reivindicarlo aun con el gastado razonamiento de que así ganaron tiempo los rusos para la guerra. Olvidan las palabras inequívocas de Molotov, en el momento de la firma del pacto: «querer combatir a Hitler es tan absurdo como criminal». Otro ejemplo no menos reciente y *ad hoc*: si es cierto que hasta el aire que respiramos lo suministra ese generoso proveedor de mercancías llamado Dios, entonces es de suponer que también los niños que mueren de hambre, las guerras, el narcotráfico y el Sida son proporcionados sin cicatería por el mismo personaje. ¿Por qué no enfrentarse del todo a la verdad, o cuando menos a la verdad propia?

Eso de la verdad se parece al cuento del viajero y las campanas del pueblo. Llegóse un viajero a un dormido lugarejo, visitó sus casas, frecuentó a sus habitantes y tras varios días de morar allí, pidió hablar con el señor cura. Le inquietaba, y así se lo hizo saber al misacantano, que no sonaran las campanas de la iglesia. Pues mire usted, amigo, le explicó el clérigo, existen cien razones para que no suenen: la primera es que no hay campanas; ahora, si usted insiste, le digo las otras noventa y nueve...

La muerte del cine

Más de setenta años, tres generaciones, vivieron, vivimos alimentándonos de cine, entregándonos al cine. Por decimonónicos que puedan ser sus orígenes, sólo se hace espectáculo de masas después de la Primera Guerra Mundial y más propiamente, en la década de los veinte. Tuvo sus años de esplendor, de gloria circulante: primero, Alemania, con el expresionismo y Rusia, con sus creadores artísticos y revolucionarios; luego, Hollywood, con los grandes musicales y las superproducciones y el estrellato; después, Europa otra vez, el neorrealismo italiano, el realismo inglés de fin de semana, la *nouvelle vague* gala. Para no mencionar a los dos gigantes: India y Japón. Y el cine socialista, con más bajos que altos, y el latinoamericano, con más brasileños que mexicanos. Y siempre, aplastante, el cine americano, apoyado en el dinero y en el poder mundial de las distribuidoras. *Finis opera omnia*. Parece que llegó el momento de entonar el canto del ci(s)ne: se extingue lentamente, desaparece y ya los grandes productores, los dueños del mercado han previsto la fecha en que de hecho habrá desaparecido, muerto, asesinado, suplantado, destronado por un hijo, más bien, un engendro suyo: los videocassettes.

En los grandes países de consumo cinematográfico, la caída de la curva es inexorable: cada año se cierran más salas de cine. Para 1992, a la vuelta de la esquina, se calcula que el 70% del mercado estará dominado por los cassettes, es decir, cine portátil y casero. Y para fin de siglo no es improbable que haya alguna que otra cinemateca en los museos sólo para que los hombres del XXI sepan qué era eso del cine, tal y como ahora, una vez al año, en ciertos lugares, reproducen autos sacramentales.

La misma expresión «ir al cine» es ya una antigualla: la gente en casi ningún lado va a ninguna parte, como no sea automercados, autobancos, centros comerciales y lugares de trabajo. Pudieran haber subsistido los tristes autocines, pero la permisividad sexual y el Sida ahogaron su principal función. Ir al cine significaba una forma de civilización que comenzaba por cuidar la indumentaria, seleccionar la salida, exhibirse en público y rematar en algún buen restaurant. Se terminó el arte de vestir desde que todos visten igual de mal; el de comer queda reducido a grupos minoritarios que aún se niegan, nos negamos, a ingurgitar la bazofia de los comederos de *fast-food*. ¿Para qué salir al cine en esas condiciones? Sobre todo, pudiendo verlo en casa, sentado en el sillón favorito, con el vaso en la mano y los ojos prestos a cerrarse a la media hora, en anticipo pavloviano de otra rutinaria velada en el santo hogar. Cine en la casa, servido por cable o por parabólica o, peor todavía, por uno mismo: como esas horren-

das bandejas de alimentos congelados que consumen los del Norte para adelantar el cáncer mientras ven el juego de béisbol. El miserable David de la pantalla chica ha vuelto a matar al fabuloso gigante, a la gran pantalla de cine suntuario, y en especial, a la concepción de una sala de cine: anónima, oscura, acogedora, uterina, llena de vagos fantasmas, cómplices gustosos en compartir dos horas secretas de un mismo placer: la titilante pantalla que transmuta su blancor en crímenes, tragedias, amores, y cabalgadas por el lejano Oeste. ¿Qué sentido tendría que, en medio de un film de Fritz Lang o de Hitchcock o de Wilder, a alguno de los espectadores le fuera conferido el poder de suspender la proyección y desplazarse al baño o a tomar un refresco? De una actividad colectiva, pero impersonal, multitudinaria por la asistencia, aunque individualizada por las tinieblas, se ha pasado a la libre disposición del enlatado propio: cada quien lo enciende y lo apaga, lo hace avanzar o retroceder y grita que le duele la barriga o que ya quiere irse a la cama. Espantoso, atroz, miserable. Una vez más, la decadencia de Occidente. Qué gusto da saber que, con un poco de suerte, uno no verá el fin de una época, la dolorosa muerte del cine.

QUIZÁ, CONTRA LO QUE creen los fanáticos y empobrecedores monoteístas, en realidad hay muchos dioses, tantos como se precisen: del Amor, del Comercio, de la Guerra, de la Sabiduría, hasta de la Oportunidad y de la Muerte. Pero de lo que todos pueden estar seguros es de que hay, ha habido y habrá una sola y única diosa en el mundo de la pantalla de plata. Y acaba de morir.

Las otras, desde Norma Talmadge a Kim Basinger, pasando por Gloria Swanson, Brigitte Bardot y Marylin Monroe, son apenas deidades menores, diosecillas, náyades, ninfas secundarias, musas subordinadas al servicio de la Gran Diosa Blanca, la Inaccesible, la Enigmática, la Inescrutable, la Solitaria Garbo.

¿Pueden morir también las diosas a manos, como aquel Dios, de algún filósofo voluntarista y sifilítico? En realidad, la Diosa Greta ya murió una primera vez cuando, en libérrima decisión, supo decir adiós definitivo, con la máxima elegancia, como si acabara de leer el consejo de Gracián: «no aguardar a ser sol que se pone». En su cenit, en el esplendor de sus treinta y seis años, silenciosa y altanera, como la soberana que siempre fue, se alejó. Para que comenzara la leyenda: no la de Goesta Berling, con la que, como la Condesa Dohna, se diera a conocer fuera de Suecia, sino la suya, la leyenda de Greta Garbo, fascinante, secreta y huraña, siempre aislada. Lo de «*I want to be alone*» no lo dijo entonces, sino en una escena de *Gran Hotel* (1931), interpretando a Grusinskaya, la *ballerina* enamorada del Barón Geigner. De la vida del cine, de la fama absoluta, de la cima de sus millones de admiradores se alejó como hiciera la Reina Cristina, la soberana enamorada de Don Antonio de la Prada, caballero español, embajador de Su Católica Majestad en la Corte de Estocolmo: dejando todo, el trono, la patria y los fieles súbditos, inmóvil en la nocturna cubierta del barco que la lleva al voluntario exilio, la mirada vacía, las manos cruzadas, suelto hacia atrás el cabello, el rostro impenetrable, lateralmente iluminado por el arte de William Daniels. Ahora, medio siglo después, se ha ido aún más discretamente, envuelta en su inmortal leyenda de la mujer más seductora del siglo.

Basta con ver la vulgar batahola de una de esas entregas circenses de los Oscares para entender por qué Greta Garbo no tenía nada que ver con el estilo americano. «Oh, cuánto odio este eterno sol», se quejaba en California. Allí, donde todo son gritos, gesticulaciones, manifestaciones de una absoluta vulgaridad, recubierta de plástico y oropel, Garbo era la sencillez misma: en el vestir y en el actuar. Y por supuesto, en el hablar: ni una palabra de más, ni una declaración personal, ni una concesión a la chillona expresividad gringa. En una de las rarísimas entrevistas que concediera, en 1927, a la periodista Ruth Biers, para la revista *Photoplay*, se asombró de lo que le pedían: «¿El nombre de mi hermano? ¿El de mi hermana? ¿A quién le importa? Son mi familia. ¿Por qué habría de dar sus nombres?» Ante la insistencia en cosas más íntimas, respondió con la inteligencia del que adopta posiciones generales: «¿Amor? Por supuesto que me he enamorado. ¿Quién no se ha enamorado? ¿Matrimonio? Lo he dicho muchas veces: no sé qué es. Me gusta estar sola: no siempre con la

misma persona...» Aun así no pudo evitar lo inevitable: ser un símbolo. El de la mujer apasionada, dominante, activa, seductora. En todas sus películas (tampoco tantas: 4 en Europa y 24, en USA), Garbo llevaba siempre la iniciativa. Incluso hay un film (*The Divine Woman*, perdido, de 1928, dirigido por Seastrom) en que en la escena «horizontal», atrevidísima para la época, es Garbo la que ocupa la posición privilegiada. Todas sus seducciones fueron inolvidables, pero hay una, la de la Reina Cristina, que ha pasado a las más refinadas antologías. Filmada cuando tenía 28 años, la misma edad de la Reina, todo el interés se centra en el encuentro entre Cristina y Don Antonio (el inevitable John Gilbert, ya decadente, aceptado tras que Laurence Olivier fallara las pruebas). Aquella pobre habitación de la humilde posada quedará para siempre como el escenario de la sabiduría amorosa, concentrada en el preludio, privilegiando el *Vorlust*. Greta se mueve lenta y majestuosamente por la pieza comenzando a tocar suavemente los objetos: paredes, mesas, sillas, hasta llegar a la rueca, en la que detiene sus lentas caricias, rozando prometedoramente el huso, hasta hundirse en la cama, la cara contra las sábanas y abrazada al pecho la almohada, para terminar estrechándose a la puerta, desfalleciente el cuerpo, mientras el pazguato del amante pregunta retóricamente: «¿qué haces?», para obtener la más mística de las respuestas: «Me había imaginado la felicidad, pero la felicidad no puedes imaginártela, tienes que sentirla». Sentir. ¿Quién no ha sentido, junto a ella, la fuerza de esas pasiones nórdicas, fuegos helados, que se consumen en sí mismos? Garbo era la mujer que actuaba desde la insomne frialdad de su rostro sonámbulo, a la vez inquieta e indiferente, displicente y entregada. Siempre presente y remota, en el papel que realmente le convenía: la diosa que ha condescendido a visitar a los mortales. «*So much soul and tired, always*», confesó una vez.

Dormía mal, no contestaba jamás el teléfono y, contra lo que quiere la leyenda, después de retirada, hubo varios intentos, todos frustrados, para que regresara al cine. Le propusieron varias películas: *La chica de Leningrado, El caso Paradine* (de Hitchcock, que terminó haciendo Alida Valli), *I Remember Mamma* y al llegar aquí se hartó: «Ni asesinas ni mamás». Luego, en 1963, Bergmann la pidió para *El silencio*, pero ya era tarde, y mucho más cuando Visconti quiso hacer con y para ella la versión de *A la recherche du temps perdu*. Millonaria, bien asesorada, por Onassis y por Rothschild, vivía sencillamente, con una modesta pensión de un cuarto de millón de dólares anuales. Simplemente se escondió del mundo, tal y como hacen las diosas.

Borges ha recogido el lamento de Heráclito, que ha sido tantos hombres, pero nunca aquel en cuyos brazos desfalleciera Matilde Urbach. Un lamento más profundo se quejaría: no haber sido nunca aquel al que la Divina pidiera, como al relamido Gilbert, «*I don't want much -only you*».

APENAS SI BIOGRÁFICA; mucho menos creativa; más bien, en el género *pastiche*, al estilo de Nicholas Meyer (*Time After Time, The Seven-Per-Cent Solution*), la película construye una novela típica de Hammett con parte de su vida que fue, como la de Lilian Hellman, su compañera (*off and on*, como dicen indiscretos sus biógrafos) mucho más interesante que muchas novelas.

Samuel Dashiell Hammett fue el gran novelista americano del crimen y con toda seguridad el creador de ese género al que los franceses denominan *série noire*; con apenas cuatro novelas (*Red Harvest*, 1929; *The Dain Curse*, 1929; *The Maltese Falcon*, 1930 y *The Glass Key*, 1931), Hammett se eleva a la categoría de autor consagrado al que tanto Gide como Graves le dedican elogiosos comentarios. La explicación del éxito es más social que literaria: Hammett fue ante todo un costumbrista de los bajos fondos americanos y, algo que gustaba mucho en la época, un crítico social, un escritor comprometido con las causas populares. Si perteneció o no al Partido Comunista es algo que nunca se supo a ciencia cierta; lo seguro es que pasó seis meses en prisión, en 1951, perseguido por el fascismo maccartista. Comenzó una novela autobiográfica que no llegó a terminar y que más tarde (1966) Lilian Hellman incluyó con el título *Tulip* en una antología (*The Big Knockover and Other Stories*). Es erróneo decir que dejó de escribir porque contrajo tuberculosis; la tuberculosis la agarró en la Primera Guerra Mundial, en la que peleó como sargento, pero luego se la curaron o medio curaron. Dejó de escribir porque, tal y como sostuvo en más de una ocasión, estaba convencido de que era «imposible escribir nada sin tener que tomar posición en cuestiones políticas»; de tal forma que, a partir de 1934, no volvió a publicar nada por considerar incompatibles la literatura y la política. Quizá no le faltaba razón. De todos modos, sus pinturas de los medios en que se desenvuelven sus cuatro grandes novelas y los retratos de los personajes, ricos o pobres, son tan logrados que por su coloquialismo y dureza de estilo se le ha comparado con el gran Céline, su coetáneo. Nadie, después de Hammett, ni Chandler ni Simenon (los que más se le acercan), ha logrado la necesaria distancia artística para describir el mundo de corrupción, ambición, engaño y, en ocasiones, decencia e ingenuidad, que fue el suyo, el de los *roaring twenties*. Todo ello teñido de cierto cinismo que es más bien una aceptación tranquila del mal: *cops, crooks and riches*, es su resumen ontológico, como señala Hammett detective en la película, al caracterizar a los pillos de uno y otro lado con que le ha tocado lidiar.

Por supuesto que en el cine el gran Hammett fue *El halcón maltés*, pero la adaptación de Huston, como director y como guionista (1941); quizá no sea muy conocido, pero al año mismo de haber sido publicada la novela ya se hizo la primera versión, cinematográfica, de Roy del Ruth, amigo de Hammett y hermano de Hampton del Ruth, de Filadelfia, donde se criara Hammett, extraña mezcla de escritor y gangster. Roy del Ruth tenía un año menos que Hammett, pero murió al tiempo que éste, en 1961; hizo más de setenta películas, muchas

musicales, y su *Halcón Maltés* pasa a la historia del cine sin pena ni gloria. Casi desapercibido porque diez años después John Huston, que ya era conocido como guionista e hijo del actor Walter Huston, se lanza con su primera película como director, el *Halcón Maltés* clásico, con Bogart, Mary Astor, Peter Lorre, el gordo Sidney Greenstreet (inolvidable en *Casablanca*) y Elisha Cook, jr., en el papel del matón Wilmer, y que reaparece en este film de Winders como un recordatorio sentimental de aquella época, con más de ochenta años, haciendo el papel de Eli, el chofer de taxi, cómplice y amigo de Hammett en sus correrías nocturnas. *El halcón maltés* no fue la única obra de Hammett en ser llevada a la pantalla; lo curioso es que las adaptaciones que de sus novelas se hicieron merecieron siempre *reprise*, pues también de *La llave de cristal*, la mejor novela de Hammett, hay dos versiones: una de 1935, dirigida por Frank Tuttle, el realizador dos años antes de aquel delicioso *Escándalos romanos*, con el genial Eddy Cantor, y que para *The Glass Key* eligiera a Ray Milland y Anne Sheridan; la otra, el *remake* de esa *Llave de Cristal*, siete años después, fue de Richard Fleischer, hijo de aquel gran dibujante de *cartoons*, Max Fleischer, el padre de Betty Boop; Richard se estrenó dirigiendo a Alan Ladd y Verónica Lake; luego se haría más conocido dirigiendo *20.000 leguas de viaje submarino, El viaje fantástico, El estrangulador de Boston* y la superproducción *¡Tora!, ¡Tora!, ¡Tora!*. Otro dato curioso: en sus adaptaciones, se estrenaron dos noveles, pues tanto John Huston como Fleischer comenzaron con *El halcón maltés* y *La llave de cristal*, respectivamente.

Ahora, de la poderosa mano de Coppola, productor, y con el arte de Wim Wenders, como director (recuérdese su espléndido *Der Amerikanische Freund*, abierto homenaje a Nicholas Ray y adaptación de otra grande: Patricia Highsmith), Samuel Dashiell Hammett, el creador de Sam Spade, vuelve a la pantalla. Esta vez a ser su propio héroe, a vivir la aventura de sus personajes. Es cierto que Hammett trabajó de joven en la famosa agencia de detectives Pinkerton. La verdad es que la agencia Pinkerton hacía de todo: lo mismo seguía los pasos a una esposa infiel que rompía huelgas mediante la infiltración de esquiroles, y lo irónico del caso es que el socialista Hammett tuvo que hacer más de una vez ese triste papel. Era una agencia tan notoria y antigua que hasta Conan Doyle tuvo que acudir a ella en alguna de las aventuras de Sherlock en suelo americano. Hammett comenzó allí antes de la Primera Guerra Mundial, esto es, antes de sus veintitrés años; al término de la contienda y de su período de curación del bacilo de Koch y tras haber estado casado (tuvo dos hijas), retornó a Pinkerton, para servir un total de ocho años como sabueso asalariado, al término de los cuales, ya separado de su familia, comenzó la difícil aventura de hacerse escritor. A Lilian Hellman la conoció en 1930 y pese a su intermitente *liaison* permanecieron amigos toda la vida. Hellman incluso ha sido una suerte de albacea literaria de Hammett y respetó en todo momento su voluntad de no recoger en forma de libro sus relatos cortos que publicó en diversas revistas del género a fines de los veinte. En *An Unfinished Woman* (1969), primera parte de su autobiografía, Hellman traza un conmovedor retrato de Hammett. Más tarde, al adap-

tar Zinneman al cine el segundo volumen (*Pentimento*) con el título *Julia*, y con Jane Fonda y Vanessa Redgrave en los papeles protagónicos, surge Hammett por vez primera con los rasgos de Jason Robards, excelente en su caracterización del escritor, no superada por ésta de Frederic Forrest. De modo que el *Hammett* de Coppola-Wenders es en realidad la reaparición cinematográfica del personaje de Hammett: siempre con *reprise*.

La película es de factura impecable: tanto por el clima logrado, el *tempo* en que Wenders sabe arrastrarla, como por los actores y la música, sobre todo esa música de *blues* que John Barry ha sabido crear para no desdecir del ambiente sórdido de los barrios bajos de San Francisco en la época de la Gran Depresión. Hay algo anacrónico: que el lugar de los acontecimientos sea precisamente San Francisco tratándose de la vida de Hammett. Una cosa son sus obras, algunas como *El Halcón Maltés* y la misma *The Glass Key* situadas en California, y otra su vida, que siempre transcurrió en el Este, entre Filadelfia y Baltimore. No importa: había que crear el barrio chino *sine qua non* Hammett; en efecto, *La llave de cristal* transcurre en Chinatown, suerte de obsesión hammettiana, junto con la de las armas y las reliquias del pasado.

El guión, a partir de una obra de Joe Gores, es un *mélange* bien logrado de los temas de Hammett: el viejo amigo (Peter Boyle, aquel espléndido intérprete de *Joe*, el film de Avildsen de 1972) que regresa a buscar a su antiguo camarada de agencia, pero que a la postre cederá a la tentación del dinero fácil; la chica china desaparecida, pobre avecilla inocente atrapada en la red asquerosa de la prostitución infantil, que también al final resultará ser el cerebro criminal de toda la sucia operación de chantaje (cuidado con la misoginia de Hammett: también en *El halcón maltés*, al final, la asesina de Archer, la embaucadora, resulta ser la angelical Miss Wonderly, aquella Mary Astor que para Sam Spade era un auténtico *knock-out* como se decía en la época); y los comparsas típicos de estas ocasiones: soplones, matones, un miserable fotógrafo porno, amén de la pareja de *cops*, más simplones que venales, y los señorones del poder, con la inevitable recitación social de Hammett: ellos son los que realmente mandan en el país, sin siquiera molestarse en descender a la arena política; su poder está escondido, agazapado y es el inmenso dinero que manejan y con el que todo lo corrompen; por si fuera poco, el moralismo ingenuo del Hammett revolucionario e idealista se adorna con la degradación de las costumbres de aquellos ricachos: viejos libidinosos, entregados a las más torpes y ridículas fantasías sexuales con la chinita, supuestamente inocente. Todo ello convenientemente enredado hasta el final y con ese largo trajinar por callejas y antros, noche y día, en una busca sin fin, que tan bien narra Wenders, hasta exasperar al espectador, pidiendo que algo pase o, al menos, alguien descanse. Hammett se ve atrapado como investigador *malgré lui*, sin dejar por ello de ser escritor, que es lo suyo. Ahí está uno de los grandes aciertos del guión y de la dirección: jamás sabremos si la historia vivida sucedió realmente o si forma parte de otra de las tramas policiales que la fecunda imaginación de Hammett no dejaba de urdir. A fin de lograr ese efecto de ambigüedad, el principio de la película es capital,

pues proporciona la clave: la cansada voz en *off* del narrador, que lo mismo podría ser el autor que un lector, recrea el escenario de una transacción criminal: dinero por perlas, en la noche de los neblinosos muelles de San Francisco, y la consiguiente doble traición: de la agente femenina, atractiva y engañosa, y del detective privado que culmina la operación delatándola a la policía. *The End*. Hammett ha escrito otra historia más de las que, rápidamente publicadas en cualquier revistucha, a tanto la palabra, le permitían comer y malvivir. Menos mal que siempre tenía agradable compañía femenina: en este caso, la bella pelirroja, su vecina, honesta bibliotecaria, dispuesta siempre al sacrificio (Marylu Henner, quien también desempeña el papel de la agente denunciada en los muelles). Pero de ese manuscrito, al final irremediablemente perdido en las sucias aguas de aquel mismo muelle o de otro igual, la historia salta a lo que le sucede a su autor con la inesperada llegada del detective, viejo amigo de la época Pinkerton. Y se desencadena toda la intriga de chinos, prostitución y chantaje, que tendrá un final similar al de la primera historia, la escrita, la del manuscrito perdido: otra vez los muelles en la noche, rodeados de niebla, otra vez el detective y la bella muchacha, otra vez la doble traición y la muerte y, lo más importante, otra vez *The End* sobre la última página, al regresar a casa Hammett y relatar lo que en apariencia ha vivido. ¿Lo ha vivido? Nunca lo sabremos. Como buen narrador, es incapaz de vivir sin trasponer las vivencias al relato, como le sucede cuando está (o cree estar o imagina estar) prisionero de la mafia china en los sótanos del elegante cabaret del desalmado Fong: en vez de ver la realidad, la traspone a un exótico ambiente mexicano, con los mismos villanos y los mismos perseguidos. Hammett-detective es (era) igual a Hammett-escritor y el gran mérito de Wenders es haber sabido conservar intacta semejante ecuación. Hasta los colores son deliberadamente chillones, o de la imaginación, o de la época, sin que falte la iluminación intermitente del neón de algún aviso callejero que penetra por la claraboya del estudio donde filman las escenas pornográficas. Ni la tos incontenible del ex-tuberculoso ni su creciente entrega a la bebida. Por ser una película perfecta, hasta tiene un diálogo de antología: al visitar al forense amigo, en busca de datos criminales, médico no menos venal y borrachín que todos, Hammett confiesa que quiere que le aconseje sobre el suicidio. El matasanos (mejor: el picamuertos), gordo y abotagado por el alcohol, no tarda ni un segundo en proporcionárselo, gratis: «*Don't hesitate. Do it*».

Justo homenaje a uno de los grandes de la literatura del siglo, demasiado encasillado en el género menor de las *detective stories*. Y también patético homenaje a aquella delicada y hermosa actriz achinada, Sylvia Sidney (en la vida, Sophia Kosow), cuyo primer film fue precisamente con un guión de Hammett (*City Streets*, 1931) y que luego trabajó en dos películas escritas por Hellman (*Dead End*, 1938 y *The Searching Wind*, 1946), en la primera de ellas con Humphrey Bogart en el papel de un despiadado gangster. Wenders la ha rescatado del olvido así como de sus humillantes setenta y tantos años para confiarle el breve papel de la directora de la Misión protestante en que se refugiara la dulce chinita, Crystal Ling (Lydia Lei) huyendo de las garras del malvado Fong.

AU REVOIR LES ENFANTS es ante todo una obra de matices y de miradas. Empieza con una mirada implorante a la madre que lo envía al colegio y termina con la triste mirada del camarada que despide a su amigo judío, camino del gas de Auschwitz. Pero hay muchas más: miradas en la misa y en el bosque, de curiosidad y de miedo, y sobre todo aquella terrible mirada que, sin querer, delata al compañero ante los ojos inquisitivos (otra mirada) de la Gestapo.

Louis Malle ha logrado una obra maestra; a más de un espectador le parecerá una película sencilla, fluida, sin complicaciones. Ahí está la prueba del pleno dominio adquirido por Malle. Al principio, barroco (*Ascensor para el cadalso, Los amantes*), pero al ganar en maestría y seguridad, limpia su estilo hasta hacerlo, como pedía Orwell para la novela, transparente cristal que ni siquiera se nota. Ya *Lacombe Lucien* enseñaba el camino: mostrar sin juzgar, confiar en la fuerza de la imagen y en la capacidad de comprensión. A Malle le atrae el reto, el imposible y se distingue por fingir que toma partido sin hacerlo, en borrar las fronteras convencionales del bien y el mal. Sólo él pudo realizar aquella joya de delicadeza y *savoir faire* llamada *Un soplo al corazón* y mostrar sin rodeos el amor físico de un adolescente con su madre, sin que nadie se escandalizara. Igualmente fue Malle quien se atrevió a presentar amablemente, con arte y con humor, la prostitución infantil, en *Pretty Baby*. Porque para Malle las cosas jamás son como parecen. Tómese por ejemplo una película suya poco conocida (*Crakers*, 1976): película menor, que presenta los torpes esfuerzos de una heteróclita banda de infelices desadaptados por robar al prestamista del barrio, amigo suyo y voraz usurero. Además de recrearse en cada personaje, todos de algún modo marginales (el negro, el chicano, el inglés, el bulémico), Malle termina por reducir el robo a un cómico incidente que no alterará para nada la extraña amistad del prestamista con sus fracasados asaltantes. Algo que, más tarde, retomaría en *Atlantic City*, con el patético gangster retirado (Burt Lancaster) que logra al final de su vida la increíble felicidad de una mujer joven y un golpe afortunado. Ciertos principios de Malle son famosos, quizás residuos de Hitchcock, por aquella manía que tenía el gran Alfred de inducir a engaño. *Pretty Baby* comienza con una serie de quejidos, gritos apagados y suspiros desfallecientes mientras la cámara desciende por una vieja y oscura escalera: en lugar de la esperada escena erótica son los esfuerzos de una parturienta que, oídos, vienen a ser lo mismo. O aquel principio de *Atlantic City*, tan inquietante, tan sensual, con la bella Susan Sarandon lavándose de cintura para arriba, en la lejana ventana, hasta saber que lo hace así cada noche al regresar del trabajo para frotarse limón y hacer que se le vaya el olor del pescado que vende durante el día. También en tales insinuaciones había matices. Pero nada como en este *Adiós a los niños*; por cierto, infeliz traducción, ya que el «au revoir les enfants» es la despedida dramática del *pater* detenido por la Gestapo; en todo caso, habría que traducir por algo así como: «Adiós, chicos».

Una madre burguesa y parisina, con marido industrial eternamente ausente, se deshace de sus hijos en edad engorrosa (16 y 13), enviándolos a un colegio de curas cercano a París. Los sucesos que se narran transcurren entre Octubre y Enero de 1944. La anécdota es lo de menos: un día, llegan al colegio tres nuevos alumnos, que son recibidos con la hostilidad y aun crueldad propia de todos los muchachos. Poco a poco, el que se queda en la clase de Julien Quentin (Gaspard Manesse), el hijo pequeño de la burguesa, resulta ser un falso Jean Bonnet (Rafael Feijto) que en realidad se llama Kippelstein: es que los curas han dado refugio a tres chicos judíos cambiándoles el nombre y haciéndolos pasar por protestantes. Tal no es el corazón de la película, sino las relaciones entre el muchacho católico (Julien) y el provisional refugiado (Jean). Desde la antipatía inicial hasta la camaradería última; desde la incomprensión hasta el esfuerzo por entender; desde la simple curiosidad hasta la compenetración con una sola mirada. *Au revoir les enfants* está llena de múltiples detalles, pero si hubiera que escoger, nada como la secuencia del restaurante: un verdadero corte clínico de aquella sociedad, la burguesía, los sirvientes, los ocupantes alemanes, los milicianos de Vichy y, por haber, hay un judío, Monsieur Meyer, *habitué* del lugar pese a las leyes raciales.

Todo el vociferante fascismo de Le Pen morirá ante la serena hermosura de un film como éste. Louis Malle rescata el honor de Francia.

AMBAS JÓVENES, quizá una más que otra. La más joven se llama Simone, pero la conocen como Mona; la otra es Louise. Un buen día, Mona se harta de ser secretaria, de vivir la vida gris y triste de cada jornada, de depender de tanta gente, de buscar un empleo, de pedir un aumento de sueldo, de quejarse de la inflación, de respirar contaminación, de prepararse al sacrificio ritual del matrimonio y los niños y decide ser libre a su manera: se echa al camino, con un morral y lo indispensable a cuestas y recorre el mundo, su mundo. Duerme donde quiere y puede, come lo que consigue; si precisa de algún dinero, trabaja fugazmente para tener lo justo y apenas necesario. Se hace nómada: regresa a los orígenes. Sólo que justamente no son los suyos: ella es mujer y, según los manuales, los nómadas eran los machos mientras ellas, ya se sabe, tenían que cuidar el fuego. Ser nómada y mujer tiene un precio. Que Mona paga.

Louise, por su parte, toma otra decisión, en el fondo no muy distinta a la de Mona. Acepta la sociedad burguesa en que vive y trabaja; es acomodada, pues tiene un apartamento propio; vive teóricamente sola, pero disfruta la compañía de un hombre al que, si no marido, puede llamar eso: su compañero. Algo estable. Tanto, que él le propone lo clásico: cuidar el fuego, quedarse en casa, ser feliz sólo con él y quién sabe, quizá casarse algún día. A Louise eso no le basta; no es que se lleva mal con Rémi, su compañero: es que quiere seguir siendo libre además de vivir acompañada. En cierto sentido, su caso es más complejo que el de Mona. Lo de Mona es un caso-límite: corta por lo sano, no le rinde cuentas a nadie y entiende la libertad como la huída de las formas sociales y el regreso, si no a la naturaleza, al menos a lo que han dejado de ella. Louise es más exigente: lo quiere todo. Por un lado, las relaciones sociales y aun afectivas, y por otro, su libertad de mujer joven e independiente. En lugar de la libertad absoluta, en estado salvaje (caso de Mona), la libertad dentro del sistema, separada de las exigencias sentimentales. Si un día quiere salir con éste en lugar de con el otro, es ella y sólo ella quien va a decidirlo así. Si le apetece bailar en vez de retirarse al santo hogar, consagrado por la costumbre, y quedarse a dormir en su propio apartamento, que para eso lo tiene, piensa que no ha de dar cuentas a nadie. Suena lógico. Sólo tiene un pequeño inconveniente, muy similar al de Mona: es una mujer quien así piensa. Ya no es tan lógico. También tiene un precio, que también Louise paga. Como Mona.

En medio de sus grandes diferencias, son casos muy semejantes. Ambas, Louise y Mona, quieren su libertad. Qué más da cómo la entienda cada una. Ambas fracasan. Y no hace falta ser un genio para percatarse de que fracasan no en tanto Mona y Louise, casos particulares, sino en tanto mujeres. Eso de que una chica joven, una adolescente, se vaya por los caminos a vivir como mejor le plazca, no está bien visto y peor aceptado. Todavía un muchacho, pase. Pero, ¿una mujer? ¿Sola por ahí? Será una desequilibrada o algo peor. Tiene que terminar mal. En efecto, termina mal, muy mal: muere de frío una madrugada, tirada como un perro en una zanja del camino.

No le va mejor a Louise. En apariencia, logra su objetivo: se instala en su concepto de la libertad sin renunciar al placer de una compañía afectiva. No le sirve. Lo que en el hombre es «natural» (salir, tener amigos, disponer libremente de su tiempo), en la mujer no funciona. Louise pierde a su compañero y retorna a la soledad primaria de las mujeres sin macho que las cubra (en todos los sentidos).

Dos mujeres, dos vidas, dos fracasos. Dos películas francesas muy distintas sobre un mismo tema, muy trágico: *Sin techo ni ley*, de Agnès Varda y *Noches de luna llena*, de Eric Rohmer.

SUS IMPENITENTES ADORADORES pasan por alto las numerosas pifias de Don José. Pero la triste verdad es que Ortega y Gasset no pegó una puesto a profetizar. Desde la muerte de la novela (un tal Kafka y un tal Joyce andaban por ahí) hasta el porvenir de la ciencia (aseguró que seguiría siendo asunto europeo), Ortega se especializó en equivocaciones tan mayúsculas cuan divertidas. Impávido en su afán de no acertar, calificó a los ingleses de gente sin imaginación. ¿Oiría alguna vez hablar de Moro, Swift o Carroll? Menos mal que Terry Gillian, por inglés no tiene imaginación, según el inefable Don José. Que si llega a tener, nos manda a todos al manicomio. *Brazil* es una orgía de imaginación, un alarde de cultura cinematográfica y un derroche de creación plástica. Quizá su otra gran película, aquel *Time Bandits* de hace cuatro años, fuese aún más imaginativa, pero sin duda este *Brazil* es de mayor riqueza de referencias al inagotable mundo del cine.

Hace tiempo que el cine ingresó con pleno derecho en el orden superior de la cultura. Lo hizo al autorreferirse y reproducirse en el vacío, como quien dice. Para crear su portentosa literatura, Borges no necesita ni de la experiencia ni del mundo exterior: le basta con sus conocimientos literarios y filosóficos. Por cierto, de casta le viene al galgo, pues eso de sacar agua de sí mismo es propiedad esencial de la filosofía cuando menos desde Aristóteles. En el cine reciente, Bogdanovich construyó una película (*The Last Picture Show*) a partir del pasado cinematográfico. El cine como producto historizado: capaz de vivir de su pretérito. Terry Gillian borda el recurso.

Por *Brazil* desfilan tantas ilusiones cinematográficas que cuando menos existen ocho películas en una. No a la manera de *Cliente muerto no paga*, otra forma de autorreproducirse, que era un *collage* inteligentísimo del género policíaco, sino mediante el recurso literario de la imitación o *pastiche*. Allí está *Casablanca* y *El halcón maltés* en la moda masculina y ciertos primeros planos de rostros. Allí está *El ciudadano Kane* en las exageradas tomas desde el suelo. Allí está *Kagemusha* con el gigantesco *samurai*. También *El volar es para los pájaros*, que esta vez es para el protagonista soñador. Por supuesto, está *Metrópolis* y sus monstruosos y fríos planos de una ciudad masificada y surcada de avenidas elevadas, pero así mismo la arquitectura fascista que evocara *El conformista*. Y sin que nadie deje de verlo, *1984*, en su visión miserabilista, tanto de las máquinas como de la burocracia y la opresión social. Hasta llegar al calco sarcástico del descubrimiento y captura de los amantes. También hay referencias a *La vida secreta de Walter Mitty*, aquel film de McCleod, en el que el soñador Danny Kaye no hacía sino evadirse de otra asfixiante realidad para disfrutar las más locas aventuras con la exuberante Virginia Mayo, como le sucede aquí a Sam Lowry con su elusiva y vaporosa Jill Layton. Inclusive hay un irónico saludo a la famosa escalera de Odessa, sólo que ahora en vez de un cochecito de niño lo que se precipita escalones abajo es una vulgar aspiradora. Que conste que sólo son las referencias visuales, que también las hay auditivas: por ejem-

plo, uno de los funcionarios del siniestro Departamento de Recuperación de Información se llama Harvey Lime. ¿A qué amante del cine no le suena inmediatamente el inolvidable nombre de Harry Lime y con él la cara burlona de un Orson Welles joven en *El tercer hombre*?

Decididamente, como ya lo probaron los del grupo Monty Python con sus demoledoras películas sobre Jesús y sobre el Rey Arturo, los ingleses de hoy viven a plenitud su maravillosa decadencia. No creen en nada y en nadie y disfrutan con sus desopilantes y geniales irreverencias. *Brazil* es la mayor condensación de desplantes y burlas hechas al cine desde el cine mismo. Y de paso, un regalo para los ojos: Gillian maneja la cámara como los dioses y crea unos cuadros nunca vistos desde el expresionismo alemán. *Brazil*: la gran película en este desierto de los tártaros que es el cine en Venezuela.

EN *1984*, HOMBRES Y MUJERES de 1948, quizá de antes: demacrados, caras famélicas, pobremente trajeados, rostros tensos, corte de pelo de la época: ellas, imperceptibles restos de una ondulación permanente; ellos,la nuca a cepillo, raya a un lado. Gritan histéricos ante las imágenes del enemigo, luego lloran al escuchar las notas sedantes del himno nacional. Al fondo, en la telepantalla gigante, el rostro del Hermano Mayor, un *Big Brother* de lejano parecido al Orson Welles del *Ciudadano Kane*, no deja de observarles, con su falsa bondad y la insomne vigilancia. Michael Radford ha conseguido el milagro de traducir en imágenes la historia de amor (frustrado: ¿hay otro?) entre Winston Smith, mente rebelde, enfisema incipiente, y Julia, la que amaba como si fuera un acto político, con tanta entrega como rabia.

En general, en Europa, *1984* película ha tenido una crítica más que favorable; nuestros inteligentísimos cuan exigentes cronistas la encuentran lineal, apagada, literal y aburrida. De lineal, nada. Acude sobriamente a los necesarios *flashbacks* para reforzar la memoria infantil de Winston Smith. La muerta cubierta de ratas; el trozo de chocolate robado a la hermana pequeña; los angustiosos gritos de la madre; la huida perenne por entre las ruinas desoladas de una guerra permanente; el regreso a la casa abandonada y otra vez, las asquerosas ratas. Tampoco ha sido filmada en un apagado sepia, sino mayormente en un deprimente color verdoso; el sepia hubiera dado un tono vagamente cálido incompatible con la trágica historia. Tampoco es total el verduzco predominante: cuando es necesario destacar imágenes de entrevista felicidad (puerta abierta a las verdes colinas) o momentos de fugaz placer (primer encuentro de los amantes en el bosque) o situaciones realistas del omnímodo Partido (el discurso sobre la supresión del orgasmo) reaparecen los colores completos.

Es una película que quizá le resulte aburrida a los indiferentes ante la separación de Winston y Julia y también a los endurecidos con la propaganda totalitaria y los slogans represivos. Tampoco hay que descontar, en más de una crítica, cierto rencor a Orwell, aún vivo entre los antiguos y los modernos adoradores de las ideologías totalistas. Orwell fue siempre un hueso atragantado en muchas gargantas, de izquierda y de derecha. Su exaltación y defensa del individuo cada vez menos es aceptada. Lentamente, con otros recursos y otras técnicas (mil veces peores que los del *Big Brother*) a todos nos van reduciendo al silencio, a la resignación y a la aceptación de la insufrible doctrina del amor a nuestros hermanos, en cuyo nombre se han cometido y se seguirán cometiendo siglos de humana carnicería. La vigencia de las ideas de Orwell no está reñida con la vetustez de sus formas e imágenes. Ese es precisamente el mayor mérito de Radford: no haber cedido a la tentación de adaptarlo traicionando, por ejemplo, la pobreza de «1984» con la falsa opulencia consumista de 1984.

Ni es, como se ha dicho, una adaptación literal. No son pocas las variantes. Desaparece en la película la evocación de la mujer de Winston. Tampoco O'Brien poseía esa relación paternal con el protagonista. No hay helicópteros vigilantes en la novela. Su incorporación, que es una idea excelente y arroja un resultado

impresionante (un inmenso y monstruoso insecto mira por las ventanas), bien puede deberse a contaminación fílmica, a partir del «relámpago azul» y aquel superhelicóptero. Otras alteraciones del texto ya no son tan felices. Por ejemplo, el reencuentro, amargo y vacío, de los amantes. Mejor en un camino al parque, dirigiéndose con prisa al metro en el frío del invierno, plenos de indiferencia y desolación, tras confesarse su mutua traición, que no en esa mesa del miserable *pub* de *Chestnut Tree*. Tampoco en la novela a Winston Smith le espera la muerte por demorada ejecución ni hace confesiones en la gran pantalla. Es aun peor: le espera la muerte sólo por consunción y lento alcoholismo, muerto totalmente en vida, vaciado de su amor por Julia y lleno artificialmente del amor oficial y colectivo al ubicuo *Big Brother*. En cambio, es un logro la reconstrucción del nido de amor en el cuartucho miserable que les alquila Mr Charrington (magnífico Cyril Cusak), el dueño de la tienda de antigüedades, el que vende a Winston un testimonio del pasado, algo que se les olvidó destruir en los *memory-holes*, un sencillo *sulphur*.

La impresionante actuación de John Hurt, en ascenso desde *Alien*, en el patético papel de Winston, sólo es superada por la pavorosa sobriedad de Richard Burton, un gélido O'Brien con rostro de piedra y voz de serpiente galesa, parco y aterrador. Una gran despedida: la muerte de O'Brien. *Under the spreading chestnut tree, I sold you and you sold me.*

NACIDO PARA MATAR
(*FULL METAL JACKET*)

KUBRICK EL DESCONCERTANTE: para muchos, demasiado variado, sin llegar a poderse determinar cuáles son sus temas favoritos. Kubrick difícil, exigente: formalista, rebuscado, maniático, no le han faltado apelativos críticos. Kubrick excéntrico: en el doble sentido del término, extraño y distante, separado del centro, que se supone sea Hollywood, en todo caso, USA: desde hace mucho, Kubrick vive en el campo inglés, apartado del sistema comercial y cultural americano. Demasiados personajes para un mismo director.

Es cierto que resulta desconcertante para quienes no perciben el sutil hilo conductor que, desde *The Killing* a este *Full Metal Jacket*, atraviesa todas sus películas: el fracaso, la derrota, la pérdida. Para un americano, educado en el brutal culto al *winner*, al que siempre triunfa, y por consiguiente, despreciador de los *losers*, los que no dan la talla, los que quedan en el camino, al margen, en la áspera prueba de la competencia capitalista, Kubrick es, sin duda, un excéntrico, un bicho raro, dedicado a glorificar los perdedores, un *lousy loser-lover*. Recuérdese un momento sus grandes realizaciones. En *The Killing*, aquel magnífico golpe que la pandilla de gangsters iba a dar, con un jovencísimo Sterling Hayden, se frustra y todo se lo lleva el diablo. Al año siguiente (1957), *Patrulla infernal* (*Paths of Glory*), la consagración del joven director (Kubrick no había cumplido los treinta), el escándalo en Francia, sólo muestra el fracaso, la derrota del honesto coronel Dax (Kirk Douglas), defensor inútil de los tres desgraciados a los que los generales han decidido fusilar *pour l'example* y para cubrir su estrepitoso error. No contento con mostrar el canallesco fusilamiento (inspirado en un caso real de la Primera Guerra Mundial), Kubrick insiste en el fracaso del coronel: rechaza la oferta de ser ascendido a general y, por si fuera poco, encuentra luego a su propia gente, camaradas de los recién fusilados, divirtiéndose a costa de una infeliz prisionera. Sería poco elegante volver a establecer el evidente fracaso de Hubert Hubert (James Mason) en sus desesperados y vanos esfuerzos por poseer a *Lolita* (1962), la ninfula perversa: en esa ocasión, Kubrick fue a elegir el fracaso en la obra de Nabokov. Más sutil es el fracaso de *2001 Odisea del espacio* (1968): por un lado, el evidente fracaso de la misión Júpiter; por otro, el fracaso personal de Bowman (Keir Dullea) en su mortal y hermosa caída hacia el inmenso planeta, pero también el fracaso de la inteligencia, que tiene que destruirse a sí misma, en la lucha de Bowman con Hal 9000, la computadora asesina. Cierto que en esa lucha triunfa el hombre, pero lo logra al precio de matar su máxima creación. Por último, ¿no es la más triste y poética imagen del fracaso total de la humanidad volver al estado fetal a escala planetaria? Antes (1963), había mostrado Kubrick el estrepitoso fracaso de los políticos, los militares y los científicos en detener la catástrofe, el holocausto nuclear (*Dr Strangelove, or How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*, título que lo dice todo). *La naranja mecánica* (1971) es otra clase de fracaso: el del individuo frente a la ciencia. Allí, el dilema no admitía dudas: o el salva-

jismo incontenible de la máxima anarquía juvenil o el condicionamiento más abyecto para reducir el individuo manipulado al estado de objeto. Poco de qué alegrarse en cualquier caso. *Barry Lyndon* (1975) es menos amable de lo que el espectador desprevenido pudiera pensar: no todo son bucólicos paisajes y retozonas damiselas; lo que cuenta es el intento, fallido intento, del joven irlandés Redmond Barry (Ryan O'Neal) por trepar en la escala social, y su miserable y degradante final: mutilado y mezquinamente pensionado de caridad por la mujer que un día tanto dijera amarlo. ¿Dónde está el fracaso en *El resplandor* (1980)? No tanto en la horrenda aventura del joven escritor (Jack Nicholson) que nada escribe (aquellas páginas eternamente repetidas con letras sin sentido) para terminar convertido en monstruo de hielo, cuanto en la imposibilidad de él mismo por escapar a su destino homicida, pues su imagen en la vieja foto del bar nos permite saber que ya había estado, hace muchos años, en aquel trágico y maldito hotel y ya antes había matado: se abre así el horror de lo cíclico, la idea más angustiosa del universo, para Borges. Visto así, se entiende que Vietnam resultara irresistible para Kubrick: Vietnam es el epítome, la condensación del fracaso americano. Hasta Vietnam, los bravos *boys* las ganaban todas; allí terminaron los sueños del gallardo séptimo de caballería y su oportuna e invencible carga. Desde Vietnam, los americanos se saben humanos, y no les gusta, por ser vulnerables y sobre todo, mortales, históricamente mortales; desde Vietnam, llevan sartrianamente «la muerte en el alma». Será quizá eso lo que Kubrick quiso filmar: el fracaso de todo un país, la muerte del gran sueño, el fin de los inmortales, la primera campanada agónica del tambaleante imperio. Como fuere, no lo ha logrado; o lo logra a medias; o se enreda en los temas; o se equivoca de objetivo, puesto que el fracaso a pintar no es el del joven reportero, a fin de cuentas vulgar asesino vacilante de una mujer tendida en el suelo, sino el colectivo, el de todo un país. Y eso, por lo visto, no es fácil de plasmar en imágenes. Al menos Kubrick no ha podido hacerlo.

El error estructural de Kubrick en esta película es hacer dos películas: la de la primera parte, muy nítida y separada, correspondiente a la fase del lavado cerebral de los aspirantes a *marines*, perfectamente lograda, y la de la segunda parte, la propia acción bélica en Vietnam. Pudiera disculparse el fracaso kubrickiano diciéndose que en realidad Kubrick no filma la película del fracaso de la guerra de Vietnam, sino la película de *por qué* se llega a tal fracaso. Y para ello, era inevitable que comenzara por donde ha comenzado: por mostrar la decorticación a que son sometidos los seres humanos en el ejército, su embrutecimiento y eficaz conversión en asesinos. De acuerdo: se acepta de momento. Sólo que entonces ¿por qué tendrían que fracasar si son los asesinos mejor entrenados del mundo? Cuanto más duro sea el adiestramiento militar, cuanto más sanguinaria la mentalidad de los *marines*, cuanto más aguerrido su espíritu (o lo que quede de él), menos se va a entender por qué diablos fracasaron. Más bien, en ese sentido, Kubrick estaría tomando el camino equivocado. Hasta ahora, todos los *films* sobre Vietnam (en especial, *Platoon*) insistían en el hecho de la incapacidad humana de los soldados americanos para enfrentarse a las condi-

ciones de esa guerra. Pero si ahora llega Kubrick y los presenta como perfectas máquinas de matar, cosa que ese brutal entrenamiento les asegura, se entiende mucho menos el fracaso bélico. Se comprendía que la jaula en el río en que el vietcong los metía presos para luego obligarles al mortal juego de la ruleta rusa (*The Deer Hunter*) o la asesina danza de los helicópteros al son de las wagnerianas walkirias (*Apocalypse Now*) aterrorizara a los bisoños y aún a los más avezados les quebrara la moral y terminaran deshechos, lloriqueando, cual guiñapos humanos. Pero ¿por qué irían a reaccionar así estos implacables asesinos de Kubrick, desprovistos de sentimientos? Una de dos: o se les quiebra la moral o la mantienen tan fresca y criminal como en la isla aquella del entrenamiento. Si lo primero, Kubrick sólo está mostrando el fracaso de los militares en hacer de los hombres máquinas. Si lo segundo, complicaría más la explicación del fracaso de Vietnam, pues si no fue por los hombres ni por las máquinas ni por el dinero ¿por qué fue? ¿O es que Kubrick, sutil una vez más, quiere mostrar que por muy duro que sea el trato, por muy profundo el lavado cerebral, no lo consiguen, y los muchachos americanos, pese a todo, siguen siendo humanos y por eso fracasan? Hay que repetir que en tal caso lo que estaría pintando es el fracaso técnico, en su parte preparatoria, no el bélico, el real, en su parte resolutiva. De esa manera, así como *Platoon* serenaba la mente americana al hacerle ver que la guerra se perdió por las luchas intestinas de los propios soldados americanos (versión gringa de la famosa y vieja excusa de «la puñalada por la espalda»), resultaría que *Full Metal Jacket* contiene el mensaje no demasiado subliminal de que la explicación de la derrota se encuentra en que no fue totalmente exitosa la preparación de los *marines*. Prueba: el Joker vacila durante un largo minuto antes de descerrajarle un tiro a la *sniper* vietnamita. Solución a la vista: la próxima vez los entrenan mejor y se ganará la guerra.

Sería lamentable que tal fuera la conclusión a extraer de una obra de Kubrick. Como algo indica que no puede ser así, que esa no pudo haber sido su intención al filmar este *Nacido para matar*, vuelve a salir a flote la visión del fracaso de la película misma: ni explica el por qué del fracaso de la guerra ni muestra siquiera el propio fracaso que fue ésta. Sólo describe un brutal adiestramiento militar (parte uno) y unas escenas sueltas y más bien familiares, hogareñas de hombres en los campos de batalla (parte dos).

Es muy superior la primera a la segunda parte; la primera parte es de Kubrick, la segunda, salvo la elección de la música al final (marcha de Mickey Mouse, pero a eso ya nos tenía acostumbrados Kubrick, a sus adaptaciones musicales: «El Danubio Azul» cósmico de *2001* y la música de William Carlos, en *La naranja mecánica*), pudiera ser de cualquier buen director, aunque no de un buen director de películas de guerra. Y aquí es donde más se aprecia el fracaso temático de Kubrick. Hasta ahora, había logrado agotar los géneros, secarlos, cerrarlos: tras él, nadie se atrevería a hacer otra película de ese género sin tomarlo como referencia obligada. Quien mejor expresó esta sensación de plenitud artística, rayana en la perfección, fue Arthur C. Clark, el autor de la novela y coguionista de *2001*, cuando declaró lo que algunos tomaron por *boutade*, pero

apenas si es un retrato fiel de toda la obra de Kubrick: «Si el próximo film de cienciaficción ha de ser mejor que *2001*, tendrán que irlo a rodar *in situ*». Como por el momento va a ser difícil que nadie ruede en el lugar de los acontecimientos la guerra de Vietnam (todas las ruedan en Filipinas y Tailandia), habrá que aceptar una vez más ésta de Kubrick como el laboratorio más completo para filmar aquel conflicto famoso. Pero no como el más logrado. La verdad es que mientras no salga quien lo derribe de su viejo trono, hasta ahora el rey de las películas de guerra sigue siendo aquel Lewis Milestone, que pese a su nombre naciera en Odesa; aún no se han superado ni *Sin novedad en el frente*, pero la suya, la de 1931, ni *El frente ruso* (1941) ni *El corazón púrpura* (1944). Hace poco le ha salido un rival de peso: Akira Kurosawa, en especial con las tomas de las batallas de *Ran* (1985), pero alguien pudiera siempre alegar que se trata de otras guerras y de una recreación poética-teatral. Igual sucedería con aquel impresionante *The War Game* (1965) de P. Watkins, que se refería a la próxima guerra, a la definitiva. De modo que en punto a realismo bélico contemporáneo, lo dicho: nadie como Lewis Milestone. Y aquí viene el principal defecto de *Nacido para matar*: que no filma propiamente la guerra, sino las aventuras de un grupo (otra vez la noción de «pelotón») en la guerra: la llegada, la ciudad, las primeras putas, el robo de una cámara, el encuentro con los veteranos, los consejos, la conferencia en la sala de prensa, el envío al frente, la localización de los viejos camaradas de promoción, la noche en que fueron atacados, otra vez la puta local y su *pimp*, otra vez una misión del grupo, y el grupo mismo, bien dibujado: el negro, el racista, el sentimental, el intelectual, el prudente, el alocado. Esa tipificación de los soldados es un grave error, pues desvía el interés de la guerra misma hacia lo que les pase a esos muchachos en la guerra. Que es muy distinto. Se trata del esquema de *Sin novedad en el frente*, obra que sigue marcando la pauta en realizaciones bélicas en este siglo: mediante historias personales, sucesivamente contadas (lo que crea una suerte de capítulos), se sustrae el hecho directo de la guerra y se reemplaza por el muy humano de lo que les sucede en la contienda a media docena de personajes previamente caracterizados y descritos. Esquema que en su fase degradada, va a servir para todos los *Aeropuertos* y todas las catástrofes (terremotos, incendios, inundaciones) que en Hollywood se han dado y tanto dinero han producido. El error del esquemita está justamente en que por ese procedimiento *se humaniza* la guerra: ya no se vuelve a ver ni la del Marne ni la de Hué como una carnicería sin sentido, sino como el escenario, el telón de fondo, en que dos o tres (o cuatro o siete) amigos tienen la mala suerte de caer y tratan de ver cómo salen con bien de allí. Cine de aventuras personales en lugar de cine bélico y a través de las aventuras individuales es muy difícil hacer la crítica y el juicio definitivo sobre una guerra. Hasta se podría pensar en una posible continuación, en otra película en la que volver a encontrarse con los supervivientes, en esa misma guerra, en otra, o en su país, ya de regreso, tipo Rambo. Es imperdonable que Kubrick haya elegido semejante recurso tan trillado y fácil.

En cambio, la primera parte de *Full Metal Jacket* es tan perfecta en sí misma que bien pudiera haberse hecho con ella una película, sin necesidad del desplazamiento a Vietnam. Es la parte en que puede apreciarse el arte de Kubrick en diversas secuencias, en particular la de las estatuas o maniquíes, ofreciendo sus manos tendidas a la inquisitiva mirada del instructor-verdugo; o la de la limpieza del baño colectivo a cargo de los dos reclutas, con la insistencia visual de Kubrick en esa blancura obsesiva, neurótica del ejército, mientras los hombres cuentan sus experiencias. O el clímax magnífico (de nuevo, en el baño) del único éxito real del instructor, definitivo, el del *marine* que aprendió la lección de matar con tal maestría que comienza por matar al oficial que le enseñara y luego él se vuela la cabeza (por cierto, cualquier militar objetará la verosimilitud de la escena: no suele ser habitual que en los cuarteles la tropa y menos a los *trainees* se les entregue parque, a no ser que estén de guardia, lo que no era el caso. ¿De dónde entonces sacó el gordo asesino las balas?) Kubrick se recrea así en la caracterización brutal y desalmada del entrenamiento militar; no es sólo que los futuros *marines* dejen de pensar y pasen a actuar, sino que lo único que puedan y deban pensar es en matar para hacer feliz a Dios, el cual tiene continuas erecciones y, en consecuencia, goza cada vez que ellos maten a alguien. Todo por la patria y la santa religión. Ideología de hashishin o de shiitas enfebrecidos: los extremos se tocan y a matar se ha dicho.

Lo curioso es que Kubrick pudiera, con unos pocos más de pies rodados en esa primera parte, haber detenido ahí el film, en el baño de sangre que irónicamente se celebra en el impoluto baño de hombres, y hasta hubiera podido conservar el título, pues «full metal jacket» designa tan sólo un tipo de casquillo de las balas de los rifles usados por los *marines*. Pero no: tuvo que saltar a Vietnam. Si el entrenamiento es la teoría de la guerra y las acciones en el campo de batalla, la *praxis* de esa guerra, nuevamente la dura *praxis* mancha y desmejora la perfecta teoría. No sólo las cosas no salen como habían dicho los oficiales, sino que la película no llega a alcanzar la altura que debiera haber alcanzado. Además de padecer la trajinada impresión del *déjà vu*, Kubrick, el irrepetible, el innovador, ha caído en lo genérico y vulgar de todas las películas de guerra que en el cine han sido. Lástima.

PLATOON

¿HASTA CUÁNDO vamos a tener que calarnos el lloriqueo de los americanos por la guerrita de Vietnam? Guerras ha habido siempre y un poco más importantes y sangrientas. Sin ir más lejos, la Primera Mundial que, en una sola batalla, la de la Somme, produjo un millón de muertos. El hombre, siempre que ha podido (y con uniforme se puede mucho), ha asesinado, quemado y violado: los ejércitos napoleónicos no llevaban precisamente rosas a los países que asolaban. Que les pregunten a los abisinios por el buen trato de las tropas italianas o a los paraguayos por el de sus vecinos en la exterminadora guerra del Chaco. *Ad infinitum*.

Pero pareciera como si por vez primera se cometieran atrocidades y se descubriera el horror de la guerra. Cuando les sucede a los gringos es siempre la primera vez: ventajas de una civilización sin historia y un pueblo sin memoria. Señores: ser imperio exige endurecimiento. Ni los romanos ni los ingleses se atormentaron por las brutalidades que cometían sus ejércitos. Si no, quédense tranquilos en su casa.

En el fondo, no es nada de eso. Es que ciertamente por primera vez a los americanos les dieron para el pelo. Estaban acostumbrados al triunfalismo perenne del séptimo de caballería: el hombre blanco siempre ganaba por muchos que fueran sus feroces y primitivos enemigos. Pero esta vez no; en esta ocasión, perdieron. Como cualquiera: como los alemanes, como los franceses, como los españoles y los rusos. Sólo en las películas se gana siempre. Por eso, las lágrimas que siguen derramando en abundancia sobre Vietnam cumplen una función quilificante: ayudan a digerir aquella derrota todavía atravesada en el gaznate.

Platoon no es mala película: es simplemente pésima. Ni comparar con *Apocalypse Now* o *The Deer Hunter*. El cine seguirá su marcha ignorando esta parida de Oliver Stone. No aporta lo que se dice nada. ¿Tremendismo sanguinolento a base de *ketchup*? Desde Peckinpah y *The Wild Bunch* estamos hartos de ver salir sangre a chorros y explotar las balas en el interior del cuerpo. ¿Ambiente de una guerra sin sentido en un medio hostil? Cualquiera de las películas que dirigiera el gran Lewis Milestone (*On the Russian Front, The Purple Heart*) o el mismo Peckinpah *(La cruz de Hierro)*, para no mencionar aquella joya que fue *Paths of Glory* nada menos que de Kubrick, dejan sin voz a este engendro ridículo llamado *Platoon*. Su originalidad no puede ser más exigua: se ve que Stone ha leído a Remarque y el clásico *Sin novedad en el frente*. Mismo esquema: joven testigo, grupo de camaradas, rivalidades, muertes sucesivas, absurdo de la guerra y deseo de volver a casa. Al menos Remarque (bien adaptado a la pantalla por Milestone) tuvo el acierto dramático de matar también al protagonista y relator: no quedó nadie. Imposible en USA: tiene que haber *happy ending*. Aprietan, pero no ahogan: si no, la taquilla se resentiría.

En ocasiones, logra ser de un soberano aburrimiento: llena de *fucks, bullshits, motherfuckers, sons of a bitch, faggots* y esa voz en *off* de las cartas a la querida abuelita, resulta soporífera y repetitiva. De modo que en pleno infierno

de Vietnam un recluta tenía tiempo para escribirle cartas a la lejana abuela. Yo te aviso: eso se lo va a creer su abuela. Se ve que el director no tuvo otro recurso para dar coherencia al relato; se fue por lo más trillado: voz que explica. Y al final, mete la pata del todo al lanzarse con un mensaje evangélico sobre reconstrucción, amor y otras baboserías.

Aún hay más: lo único por lo que, bien visto, merece la pena soportar semejante desastre. Por fin alguien ha encontrado la fórmula para comenzar a salir de la culpabilidad de Vietnam. Culpabilidad no por lo que hicieron, sino por la inexplicable derrota. Hasta hoy los norteamericanos siguen sin poder entender por qué fueron vencidos de manera tan definitiva por un pueblo inferior, una especie de indios degenerados mitad hombres mitad larvas. No les cabe en la cabeza: siguen preguntándose una y otra vez qué demonios pasó. ¿Por qué? ¿Por qué? *Platoon* les empieza a dar la clave tranquilizadora: porque se peleaban entre ellos, porque Vietnam *en realidad* fue otra guerra civil entre americanos de distintas procedencias y variados estratos sociales y razas. Porque en lugar de combatir a los despreciados *gooks* se dedicaron a matarse entre sí. Conclusión fácil: si en lugar de luchar entre ellos, hubieran combatido a los bichitos amarillos, a estas horas la bandera americana seguiría ondeando en Saigón y quién quita si en Hanoi.

Con lo que tampoco aportan nada a la historia de las guerras. Al término de la del 14-18, los alemanes inventaron lo de la «puñalada por la espalda»: *en realidad*, el ejército alemán nunca fue derrotado, sino que fue apuñalado por la espalda por los políticos y los banqueros, en su mayoría judíos, que firmaron el vergonzoso armisticio. Así, la moral militarista quedaba intacta: la próxima vez será. *Platoon* es entonces el primer paso para rehabilitar a los bravos combatientes de Vietnam: la próxima vez habrán aprendido la lección y, en lugar de luchar entre ellos, se dedicarán, como Dios manda, a matar al odioso enemigo, inferior siempre por definición y alimentación.

Nada inocente este *Pelotón* que, sólo porque contiene un par de alusiones a los pobres y a los negros, ha puesto a babear a la beatería izquierdista de siempre.

COMENZO TOMANDO PRESTADO de Tolstoi y de Bergman; ya va por Chejov. Ahora le tocó el turno a estas tres hermanas encabezadas por Hannah. Como aquellas hijas de *Interiors* son, a la vez, seguras e inestables. ¿Quiere expresar así Woody Allen la condición actual de la mujer americana? Muchos estudios, muchos planes, muchas perspectivas, pero en definitiva, en un momento de la vida, lo que precisan es un hombre que las comprenda. O lo otro.

¿Es posible vivir con y de las mismas obsesiones, año tras año? Afirmativo, si se es judío; doblemente afirmativo, si se es judío neoyorquino y se alcanza el triple *si* en caso de ser judío neoyorquino con talento. Claro que es tema harto trillado y más que aburrido, pero, en fin, intentemos la enésima caracterización de lo judío: vivir obsesionado. El superjudío Woody Allen vive obsesionado con dos o tres temas y no sabe si quiere salir de ellos. Lástima: porque las pocas veces que lo ha hecho, ¡qué maravillas de películas ha logrado! *La comedia sexual de una noche de verano*, y sobre todas, esa obra maestra que fue *La rosa púrpura del Cairo*. Pero con *Hannah y sus hermanas* ha tenido una recaída, un acceso de fiebre bien judía. Otra vez los viejos temas: la religión, la muerte, el fracaso. Temas clásicos de Allen rebozados además con la misma salsa de siempre: el sexo y las humanas y complejas relaciones de hombre y mujer. Nada nuevo.

Ni siquiera el ambiente. Es un *Manhattan* de más lujo. Una loa exagerada a New York, un canto lírico y tremolante a *The Big Apple*, eso sí, esta vez, con una música perfecta. Por más de tres minutos se recrea la vista en la larga secuencia de edificios neoyorquinos y de casas burguesas, de rinconcitos amables y de fervor callejero. Si al menos hubiera dado una pista de alguna escondida intención irónica. Porque la débil burla del pedante arquitecto, *cicerone* voluntario de la gran ciudad, es insuficiente: a la primera toma de edificios barrocos nos hemos olvidado del arquitecto y quedamos atrapados por la belleza de las imágenes. Casas acogedoras. Un *pent-house* sobre Central Park. Un hogar de artista en Soho. Una película selecta: para intelectuales, artistas, burgueses neoyorquinos, de buen gusto, enamorados del arte que encierra en tantas formas su ciudad, despreciadores silenciosos de los ávidos mercachifles que se van al horrendo mal gusto californiano.

¿Dónde se esconde el gusano que roe tanta belleza? Quizá en el exceso de perfección de Hannah. Encantadora, inteligente, atractiva, actriz de éxito, madre serena y reposada, nada menos que de cuatro, esposa amante y dedicada, hermana incomparable, hija modelo. Y justamente tanta perfección sólo le acarrea problemas de todo tipo. En el fondo, la envidian sus hermanas que aun de forma inconsciente sólo buscan medrar a sus expensas. Para no mencionar al marido, a Elliot (Michael Caine fondón) que se la pega con una de las hermanitas. Y el ex-marido, Mickey (el propio Woody Allen) que con ella fue perfectamente estéril, pero que recobra toda su capacidad reproductora nada más

casarse con la otra hermana. Inconvenientes de ser feliz. Hannah, o la felicidad perfecta, desata la suma de pasiones, intrigas y miserias que confieren sentido a toda vida humana. Tampoco nada nuevo. Ya lo habíamos visto en *Interiors* y en *Stardust Memories*. Pero la mayor desilusión la proporciona Mickey Sachs, el hipocondríaco ex-marido de Hannah. Otra vez lo mismo: las viejas neurosis metafísicas, las burlas religiosas, la familia judía en escorzo, el terror a la muerte, la busca de un sentido a esta vida. Woody Allen nada corregido y muy aumentado.

La otra mujer

De acuerdo: no es la mejor película de Woody Allen. Sin embargo.

Lo primero que decepciona con *La otra mujer* es el título. ¿Decepciona? ¿O en él se encuentra parte de la clave? Puede entenderse como la otra, en el sentido de la rival amorosa, la que roba el afecto del hombre oficialmente amado. Pero también como la mujer del cuarto contiguo, que cuenta, con voz cansada y triste, la vaciedad de su vida, en el diván del confesor moderno. Ambigüedad, tal es la intención no declarada, que si lo fuera, dejaría de ser ambigua, de Woody Allen en este film. Por un lado, la cara de la normalidad, del éxito, de la vida lograda; por otro, el feo rostro del fracaso sentimental, de la insatisfacción mal acallada, del gusano en la resplandeciente fruta. La fruta, como siempre en Allen, es la Gran Manzana: Manhattan. En esta ocasión, fantasmagóricamente tratado: nocturno, calles desoladas, barrios perdidos, apartamentos fríos, impersonales, lugares de paso, todo insuperablemente filmado por el arte de Sven Nykvist. Es el otro símbolo, apenas velado, del *film:* la soledad en que se encuentran los humanos. Una mujer madura, de éxitos materiales, casada con quien antes amó, profesora universitaria, ambiciosa, oye por azar las confidencias de otra mujer a su sicoanalista. Más que un espejo o una revelación directa sobre su propia existencia, es un revulsivo, un papel tornasol que la pone a prueba, la reactiva: saca a la superficie su propia vida para cobrar conciencia de su vaciedad, de su banalidad, de su excesiva y asfixiante normalidad.

No es Allen el primero en dar prueba de la capacidad masculina para analizar la sicología de las mujeres. Desde Flaubert y Strindberg a Bergman y Moravia, el hombre sabe exponer las encrucijadas del alma femenina. La inversa no es cierta y la posible explicación es que el hombre sabe de la mujer como el dueño de la hacienda. No es que ellas no tengan un conocimiento del hombre, sino que, de manifestarlo, éste no lo va a aceptar como la verdad, porque no se va a reconocer como lo que es en realidad: el explotador en la lucha de los sexos. Nuestra occidental cultura está hecha al patrón masculino que inauguró Madame Bovary y que llega hasta esta heroína triste y vacilante de Woody Allen. En cambio, los hombres que aparecen en la película, qué pobres y esquemáticos resultan: el esposo, médico famoso, representado por Ian Holm, que por una vez no hace de siniestro villano, sino de hipócrita convencional y egoísta, y el padre, caracterizado por John Houseman, repetitivo y decadente. O el fugaz director de teatro, atento oyente de la protagonista, en la mejor secuencia del *film*: el encuentro con la antigua amiga, la charla en el café y los trapos sucios de una amistad empañada por los celos.

El principal defecto del film es su ambición: haber querido comprimir en apenas 75 minutos toda una novela, la vida entera de la protagonista, Gena Rowland, con un desfile no felizmente integrado al relato de situaciones y personajes. Debería haber intentado un *film* más extenso o limitarse al presente de la frustrada intelectual. Lo de menos es la anécdota de la mujer de cincuenta años: pretexto para hacer examen de conciencia y pasar revista a toda una vida. Ahí

es en donde Allen no ha sabido escoger entre un presente angustiado y la historia demasiado recargada. Lo que logra plenamente es el clima de zozobra y desconcierto. Quien escucha otras inconformidades, termina por descubrir la suya. Al final, no sólo se entera de que también en su día ella fue la otra mujer, sino que padece la misma situación que hizo padecer a otra. Es una frustrada película de la desesperanza y a casi nadie le agrada que le pongan la verdad por delante.

La decadencia de Woody Allen

Crimes and misdemeanors marca la decadencia, la debilitación, quizá la senilidad de Woody Allen, como director. O se ha secado, por agotamiento temático, o se ha reblandecido, por retorno religioso a sus orígenes. En todo caso, uno de sus *films* más deficientes, sin una sola línea nueva que agregar a su extensa filmografía. Aquí, todo se repite: desde los *gags* sobre el sicoanálisis hasta las débiles sátiras a la pedante *intelligentsia* neoyorquina. Es de temer que no se esté durmiendo Woody sobre laureles conquistados, sino más grave: que sea incapaz de crear algo diferente. Otra vez la eterna cosificada familia judía con sus obsesiones; otra vez la desgracia del pobre tipo que no tiene éxito ni en negocios ni con mujeres; otra vez el humor melancólico sobre sí mismo. Lo peor: todo mezclado sin orden ni concierto. Un abigarramiento de géneros que propicia la dispersión del interés. Al principio, diera la impresión de que todo se va a centrar entre el insufrible cuñado, director de éxito (Alan Alda) y el fracasado intelectual que apenas logra producir documentos didácticos (Woody Allen). Ojalá. Pronto el interés se desplaza hacia el triunfante oftalmólogo (Martin Landau) que se ve envuelto en un crimen. Desaparece el enfrentamiento entre el pedante y el *schlemihl* para privilegiar los cargos de conciencia del adúltero que necesita deshacerse de una incómoda amante (Anjelica Huston). En las malas comedias de antes, se las arreglaban los autores para que alguien llamara a la puerta cuando no sabían cómo seguir un diálogo. Woody Allen acude a un recurso aún más grueso: fabrica el inverosímil *deus ex machina* de un hermano *gangster* para que el oftalmólogo pueda «disponer» de la engorrosa amante.

Se tiene la impresión de que Woody Allen, desesperado por la falta de ideas, ha querido ofrecer un *digest* de sus obras anteriores, con una evidente degradación del humor, ya que la historia de la hermana humillada no puede ser más vulgar y superflua. Si ésta hubiera sido su primera película, se entendería: tiene todos los defectos del principiante: recargamiento, confusión, exceso de enfoques, dispersión del hilo narrativo. Tampoco el montaje (que no es suyo, todo hay que decirlo, sino de Susan E. Morse) le ayuda, pues sólo puede calificarse de amazacotado. Le falta limpieza, ordenación, sobran secuencias (en el apresurado viaje nocturno a la casa de la amante asesinada, sobra casi todo). En donde Woody tiene la mayor culpa es en no haberse sabido contener: arroja en la batea todo cuanto piensa sobre el mundo judío, sobre sus dudas existenciales, sobre su amor a Nueva York, sobre sus fracasos sentimentales y, por si fuera poco, todo teñido de un irritante e incomprensible moralismo religioso.

Es la sola explicación que queda (no justificación: explicación). Que Woody Allen, ya en la cincuentena, haya sentido el llamado religioso y retorne a un rebaño del que por lo demás sólo se separó para hacer chistes a su costa. Ahora, encuentra la solución a sus viejas angustias metafísicas en esos ridículos y exaltados «ojos de Dios». Sigue haciendo chistes, esta vez malos, por aquello de que sea un oftalmólogo el obsesionado con los ojos de la divinidad. Durante años le hemos soportado a Woody, en libros y en películas, ciertas manías lite-

rarias sobre la muerte y la existencia, pero ahora se pasa de la raya. Resulta que también le asaltan dudas acerca de la moralidad de sus acciones y, lo peor de todo, sólo se le ocurre encontrar respuesta en la vieja religión. Podía haberse ahorrado toda su producción anterior, en especial, *Interiors*, con un suicidio plenamente asumido, sin necesidad de rabinos que lo dulcifiquen. Por cierto: el personaje del rabino ciego (Sam Waterson) es patéticamente innecesario: sólo le sirve para introducir el contraste moral, la voz del pasado que vende los valores religiosos, de pronto en deprimente alza. Una lección de recuperación de la fe religiosa embarullada y descosida. Lástima que se desperdicie el arte de Sven Nykvist en filmar películas tan reiterativas y apagadas como estos *Crímenes y pecados.*

CAMBIAN LOS TIEMPOS: si *Las brujas de Eastwick* hubiera sido realizada hace unos cuantos años, en el esplendor del movimiento feminista, *Women's Lib* y demás agitaciones tan líricas, qué escándalo no se habría formado, qué revolver de pasiones, qué cascada de denuncias airadas. Porque, la verdad, no quedan muy bien paradas: las mujeres, por muy independientes que sean, por muy liberadas que se crean, cuando se reúnen sólo hablan de eso, de lo mismo, lo de siempre: tema eterno del macho, recurrente conversación del sexo. La película, para quienes no se dieron cuenta, termina como empezó: una vez expulsado el diablo (momentáneamente) del cuerpo de las mujeres, vuelve a ellas a través de la memoria, amenazando con comenzar otra vez: basta con que una de las tres suspire un poco más fuerte y lo recuerde para que el peligro del hombre se materialice y las someta.

Siempre queda el consuelo de la interpretación sociológica, que es la que suelen hacerle a Updike, autor de la novela de que procede el *film*: escritor de temas suburbanos, sólo retrata la ociosidad de la pequeña burguesía americana, en la que las desocupadas mujeres, abandonadas por sus maridos o entregadas al nacional deporte del divorcio, se dedican al dulce juego de la variada fornicación social. Sería una forma de esconder la cabeza porque, con todos sus defectos, *Las brujas de Eastwick* apunta más alto. No es casualidad que comience con el grueso simbolismo de las poderosas nalgas esteatopígicas de la Venus de Moellendorf, en ridícula estatuilla multiplicada por centenares. Es sólo el principio, pues de lo que se trata es de llegar al fin a la gran pregunta metafísica, cuestión inquietante, tema palpitante, el viejo enigma: ¿es la mujer apenas un error que Dios cometiera o, por el contrario, fue hecha a propósito? Pregunta, cuestión, tema de plenitud y alcances teológicos, ya que el diablo por algo la lanza en la iglesia, ante el revelador silencio del ministro de Dios y la atónita mirada de los escandalizados feligreses. ¿Error o intención? Como quien dice: ¿distracción o castigo? Quizá en aquel momento Dios distraído miró para otro lado, se le fue el santo al Cielo, y sin quererlo, echó la mujer al mundo. O como quiere la tradición judeo-cristiana, creó con toda intención el instrumento del demonio, la aliada de la sierpe, quien desde entonces habría de dedicarse a inducir en permanente tentación a los elegidos del Señor, pobres e inocentes varones. No importa el precio, inclusive de la destrucción de ellas mismas.

Porque en *Las brujas de Eastwick* no hay ningún pecador, ningún hombre es arrastrado a la perdición: sólo ellas y el diablo, que es tanto como declarar: el Mal y su agente favorito. Viejo pleito de familia. Pide la mujer un hombre y obtiene el demonio. Daryl van Horne (Jack Nicholson) no viene a esta tierra como es su costumbre a cobrar deuda alguna, sino a satisfacer los deseos de tres mujeres jóvenes y de buen ver: la escultora (Cher), la cellista (Susan Sarandon) y la prolífica mamá (Michelle Pfeiffer). De las tres seducciones, la más lograda es la segunda: a la retraída, intelectual y apretada cellista, el diablo le abre con ternura las piernas para colocar delicadamente entre ellas el instru-

mento de su pasión musical. Cello-falo que termina por arder bajo el endemoniado manejo de la excitada Susan. La primera seducción, la de la escultora, es tan sólo clásica: el diablo apenas si tiene que recordarle el tipo de vida que lleva y proponerle algo para variar; la tercera seducción es ejemplar: cumplidas las otras, es la misma mujer quien pide su recompensa. Ya el macho no tiene que trabajar: lo precede su fama. Reduplicación de efectos o conocida plusvalía erótica. El resto de la película son diatribas nada originales contra el matrimonio, las dietas, la vida rutinaria del hogar y el tipo de mujer histérica y reprimida. Lo peor, lo que al final la hunde, es que abandona de pronto el tono de comedieta de costumbres provinciana, con un demonio que sólo es un pobre diablo al que hay que plancharle las camisas, para saltar a la grandilocuencia mal llevada de una película de terror con Satanás tratando de poner en práctica todos sus viejos trucos de la magia negra. Aun así, mujeres al fin, es derrotado en su propio terreno: ellas lo mandan al infierno para quedarse con los hijos y seguir hablando de hombres. *Tota mulier in utero.*

SHOAH

ES EL TÍTULO DE UNA PELÍCULA del francés Claude Lanzmann (1985) con la duración nada comercial de nueve horas y media. En su estreno, los cines franceses la tenían que pasar en doble tanda alternando los días de la semana. Y aún así, cada sesión era de más de cuatro horas. Lanzmann en su juventud fue uno de los componentes de la llamada «familia» de Sartre: el grupo de amigos y colaboradores reunidos en torno a la revista *Les Temps Modernes*, de la que Lanzmann llegó a ser secretario de redacción. En la filmación de *Shoah* empleó Lanzmann más de cinco años y no se debe tan sólo a su excepcional duración, sino a las dificultades materiales por conseguir determinados testigos.

Se trata de un *film* de testimonios sobre el holocausto judío de este siglo y algo así es lo que quiere significar *shoah* en hebreo: aniquilación, destrucción. De acuerdo: sobre tan espeluznante tema se han hecho unas cuantas películas, desde *Nuit et Brouillard* de Resnais, hasta Wajda, Rossif y Vancini. *Shoah* es diferente porque en sus largas nueve horas no se ve ni un solo cadáver, ya que se limita a presentar los escenarios de aquella tragedia tal y como están en la actualidad así como a recoger diversos testimonios. Los testigos presentados son de cuatro clases: escasos sobrevivientes de los campos de la muerte; participantes subalternos en el traslado de judíos a esos campos; habitantes actuales de los lugares de exterminio y responsables alemanes del holocausto. Casi todos estos últimos, menos el Comisario encargado del *ghetto* de Varsovia, han sido filmados con cámara oculta. Hay muchas vistas de los campos de concentración hoy día. Salvo Auschwitz-Birkenau, conservado en estado ruinoso tal y como fuera, los otros, Treblinka, Sobiber, presentan el más apacible e idílico de los aspectos: bellos bosques, sonrientes prados, calmosos riachuelos. Ha crecido la hierba donde hubo barracas y cámaras de gas y el paso del tiempo obra en favor de la naturaleza que recobra todo su bucólico esplendor allí en donde hace cuarenta y tantos años sólo hubiera desolación y muerte. Lo curioso es que no se aprenden cosas nuevas con *Shoah* salvo quizá ciertos detalles reveladores de la burocracia nazi. Por ejemplo, su sentido de la organización era tal que previeron y resolvieron el problema del pago del transporte de las víctimas en los ferrocarriles alemanes. Había una tarifa ordinaria: adultos, tarifa completa; niños hasta diez años, mitad de precio y menores de cuatro, gratis. El costo lo satisfacían los propios judíos por servicial intermedio de la Gestapo providente: de lo que les quitaba pagaban al *Reichsbahn* el total de su traslado calculado al céntimo. Por boca del maquinista polaco que conducía al tren hasta el interior de Auschwitz sabemos que en ocasiones llegaban también trenes de lujo con los ricos judíos de Francia y Bélgica: a los alemanes no les importaba el medio, sino que todos llegasen al mismo final: «allegados son iguales los que viven por sus manos y los ricos». Hay testimonios fríos, relativamente fríos y otros muy emotivos como el del peluquero polaco encargado por las SS de rapar a los prisioneros antes de ser gaseados, pues sabido es que en la ordenada

mente alemana se planificó el aprovechamiento íntegro de aquellos cadáveres, a comenzar por el pelo.

Lo más impresionante del *film* es que, pese a su monotonía narrativa y montaje sin exceso de imaginación, se ve con ojos fascinados de principio a fin: hombres y mujeres hablan acerca de la aniquilación de millones de seres humanos dando toda clase de detalles y logrando vívidas descripciones de cómo fue. Y al final, sin embargo, uno sigue sin entender por qué.

Pese a lo cual, de los testimonios de unos y otros algo queda claro: lo que sucedió no fue una locura ni un momento excepcional de la historia, sino una empresa rigurosamente montada, administrativa y racionalmente organizada. No fueron los nazis los primeros en matar judíos: fueron los primeros en probar que, con organización, habilidad y buena voluntad, se puede hacer desaparecer en el aire, y no es metáfora, a millones de seres humanos. Lo estremecedor del *film* es que todos los que en él hablan están contando una historia común y corriente, como quien narrara lo que vio en un museo o en un encuentro deportivo. Se trata del aporte alemán en este siglo a una forma de civilización: matar es un acto burocrático y banal.

LÁSTIMA. LO QUE PODÍA haber sido una excelente película se malogra por culpa de los dos minutos finales: la secuencia de los amantes en el alféizar de la ventana haciéndose carantoñas sobre el trasfondo del Duomo florentino. No es inocente: significa que Ivory (el director, el mismo de *Las bostonianas*) no se dio cuenta de que todo, absolutamente todo el relato de *A Room With a View* descansa sobre Maggie Smith, esto es, sobre la prima Charlotte Bartlett («*poor Charlotte*», como siempre decía Mrs. Honeychurch). Hubiera bastado con cortar la filmación en la toma de Charlotte en su cama, desolada y satisfecha, tras leer la carta de su prima, casada y feliz, en Florencia.

Todo está ahí: el mundo de los residuos victorianos visto a través de los ojos de la clásica *spinster*. Todo se agranda, todo se estremece, todo vibra: el viaje a Italia, la animada pensión Bertolini, la extraña y *free-thinking* pareja del padre y el hijo Emerson, la campiña toscana en el esplendor del verano, Fiesole y aquel beso robado, en la mejor tradición pastoril. Hasta el chisme, el cotilleo, la maledicencia, la murmuración de la «pobre» Charlotte con Evelyn Lashey, la mediocre novelista, huésped de la misma mediocre pensión, mayormente habitada por ingleses.

La novela homónima de Forster es de 1908; una de sus primeras obras, cuando no contaba treinta años. Se nota: trata de imponer su punto de vista sobre la realidad. La realidad es el declinar de la era victoriana: todavía existen chaperonas, todavía un beso era un terrible pecado, todavía una joven tenía un solo destino en la vida. Sin embargo: ya se decían ciertas cosas, ya se aceptaba que los librepensadores predicaran doctrinas esteticistas (Forster perteneció al famoso grupo Bloomsbury), ya los autos a motor se mezclaban con los carruajes de caballos. Por supuesto, las costumbres es lo último en cambiar. Y de eso se trata: de una novela, de una película de costumbres; mejor dicho, de transición de unas costumbres a otras.

La joven Honeychurch (buena familia, aunque de la *country gentlemanship*) viaja para ampliar su educación; dichosa época en que viajar le estaba reservado a los pudientes y, más que por placer, o por esa cosa absurda llamada turismo, se hacía para adquirir cultura. Italia era el lugar obligado. La joven Honeychurch descubre algo más que el arte: la atracción física, el amor-pasión hacia otro joven, sin prejuicios y apóstol natural de las ideas liberales. Inevitable: el compromiso con su estirado, retraído y asténico novio termina por romperse ante el avasallamiento del amor físico, natural y espontáneo. Sobre la realidad (social) triunfa la nueva ideología, libre, deportiva, sana. Cecil, el desmedrado prometido, aún tiene apéndices capilares en la cara, mientras que George, el amor real, ofrece el rostro del *clean-shave*, a la americana, que se popularizaría inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Mientras Cecil lee, sin descomponerse, libro tras libro, indiferente ante la agreste naturaleza, George sube a los árboles, juega tennis, grita a los cuatro vientos su

credo radical y se baña desnudo en cualquier poza para así expresar el naciente vitalismo. Ese es el error literario de Forster. El de Ivory es no darse cuenta de que todo eso, el enfrentamiento de dos épocas, es secundario comparado con la mirada triste, resignada y sumisa de la prima pobre, Charlotte, la incomparable Maggie Smith, testigo involuntario y asustado de una revolución: el cambio de paradigma amoroso.

Lástima. Además de sobrarle aquellos redundantes minutos finales, le faltó a Ivory mostrar el interior del Convento de San Marco con las joyas de Fra Angelico y Della Robbia.

CARY GRANT QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

ERA RELAMIDO Y FALSO: de atuendo impecable, maniquí de vitrina, cabello engominado y sonrisa de dentífrico, jamás se arrugaba. Siempre de etiqueta: daba la impresión de que hacía el amor con los calcetines sujetos con ligas.

En todas sus películas (incluso en las mejores: *Notorius, Bringing up Baby, Gunga Din*) siempre estaba de visita. Era el chico apuesto que pasaba por allí, camino de una fiesta de graduación de costureras, y le habían propuesto que se quedara a filmar. No es que aparentara tener prisa, pero se le notaba ausente: un extraño a la trama. Más preocupado por mantener la raya del pantalón que por enamorar a Katherine Hepburn. Sólo en una película no se notó tanto su vulgar elegancia de *cockney* enriquecido: cuando actuó en *Atrapar al ladrón* al lado de Grace Kelly: aquella estereotipada imagen de la Barbie que siempre tuvo la princesa de opereta opacó por un momento la característica falsía del eterno galán inarrugable que fue Cary Grant.

Lo mismo besaba que se limpiaba los dientes: con pulcritud digna de hospital recién inaugurado. Con independencia de sus costumbres íntimas, era imposible que muriera no se diga de SIDA: ni siquiera de conjuntivitis. Fue el más aséptico de los actores: ni olía ni sabía. Hitchcock, que si algo conocía era el oficio, tuvo que inventar lo del teléfono para que pudiera besar a Ingrid Bergman sin perder por un minuto su postura de gerente de grandes almacenes.

Héroe perfecto para las películas de intriga que montara el viejo Alfred (*Sospecha* y *North by Northwest*): distraído sin proponérselo, inocente como alguien que sólo espera el autobús, atento con la sufrida heroína, fuera ésta tan resignada en su sonrisa como Jean Fontaine o el tipo de la intelectual atormentada como Eva Mary Saint. Si se lucía en las comedias intrascendentes (*Arsénico y encaje antiguo, La mujer del obispo*) se debía a que soltar frases ingeniosas nada tiene que ver con la vida diaria. Más que un actor, era un adorno, suerte de caballero *escort* que ciertas damas contratan en sus viajes: hacía juego con más de un vestido. Nadie de quien avergonzarse.

Lo de Fabergé y otras empresas fue inevitable: estaba inscrito en sus genes desde Bristol. Sin el más mínimo esfuerzo, pasó del cine a manejar una línea de perfumes.

Dicen que toda mujer necesita al menos tres hombres: uno para el *chic*, otro para el *shock* y otro para el cheque. Cary Grant cumplía a la perfección el primer papel: eso fue todo.

CONDUCTA IMPROPIA

UNO DE LOS ASPECTOS más enervantes de todas las tiranías es su falta de imaginación: debe ser que reprimir, torturar y regimentar a los seres humanos no exige mayor esfuerzo y prefieren atenerse a las técnicas probadas que andar inventando. A la puerta de Auschwitz y otros reposantes lugares de reclusión nazi podía leerse la promesa *Arbeit macht Frei:* «El trabajo libera». En el equivalente cubano de esos campos de concentración, los revolucionarios U.M.A.P. (*Unidades Militares de Ayuda a la Producción*) campea otro escrito, no menos prometedor: «El trabajo os hará hombres». Lo que buscan los viriles castristas es «hacer hombres». Entiéndase: acabar con todos los que ostenten algún tipo de «conducta impropia».

En lugar de honor, los pobres homosexuales. Ahí es donde vuelven a encontrarse las carencias imaginativas de todas las dictaduras: tarde o temprano, la emprenden con los homosexuales. En Cuba, antes que en Alemania, por aquello ya advertido por Sartre: al no haber suficientes judíos, los homosexuales pasaron a ser los judíos del castrismo. Agréguese el machismo, más que español, gallego, de Fidel, y se entenderá que cuanta infeliz loquita hubiera en Cuba tenía que pasarlo mal, comenzando por el desgraciado escritor Virgilio Piñero. Pero ese machismo hispano-cubano, tan gritón, tan vulgar y desafiante, no se conforma con perseguir al tercer sexo: cuanta melena ligeramente larga haya, cuanto vestir estrafalario adviertan, cuanta disidencia mental enfrenten ha de terminar en los coercitivos intentos de reeducación de las temidas U.M.A.P. Para que se «hagan hombres», es decir, machotes como Fidel, que fuma grandes tabacos, atraviesa una sala de tres zancadas y dice groserías a todo pasto. Como debe ser: como son los hombres de pelo en pecho. Por algo Fidel admira tanto a Julio César...aquel famoso homosexual que terminó con la República.

Conducta impropia es la primera película dirigida por Néstor Almendros, que no es ningún desconocido: en este momento, junto con Sven Nykvest y un par más, Almendros es el mejor y más cotizado *cameraman* del cine mundial. Ese catalán criado en Cuba por los avatares de la guerra española recorrió el periplo monótono de la mayoría de los intelectuales y artistas del mundo entero: de la admiración y entrega a aquel breve espejismo de la Revolución Cubana al exilio y más decidida oposición. Hasta filmar, con testimonios diversos, esta *Conducta impropia* que mucho es de temer no sea exhibida en las desoladas salas venezolanas. Realizada en París, Nueva York, Miami, Londres, Madrid y Roma, sostiene entrevistas, a cual más apasionante, con Reinaldo Arenas, Susan Sontag, Herberto Padilla, Cabrera Infante, Valladares, Carlos Franqui, Juan Goytisolo y muchos otros. No es que venga a revelar ahora la cara represiva y monstruosa del castrismo, sino que permite descubrir aspectos poco conocidos de esa represión. Por ejemplo, la perfecta organización de la prostitución a todos los niveles para así poder espiar mejor. Hasta el punto de poder decir que Fidel se ha convertido en el Gran Proxeneta de Cuba. Ventajas de la Revolución: antes La Habana era el burdel de los gringos; ahora, burdel de la K.G.B.

Fuera de las condenatorias anécdotas, una verdad resalta: en definitiva la diferencia entre democracia y totalitarismo reside en que cualquier sistema democrático trata de construir un régimen al servicio de la gente; mientras que todo sistema totalitario invierte la relación: ponen a los seres humanos al servicio del régimen. Así salen las cosas.

CINE, VERANO Y BICICLETAS

EL VERANO INSPIRA AL CINE. Desde aquellas *Chicas del verano*, de Mark Sennett (1918) hasta esta lamentable *Las bicicletas son para el verano*, la lista es larga y variada. Hay un *Verano indio*, documental de Reichenbach (1957) y aquel *Largo y ardiente verano*, con la pareja Newman-Woodward, dirigida por Ritt, apenas salido de la persecución macartista. Pero quien ha dirigido más «veranos» es Bergmann. Uno de sus primeros films fue *Sommarlek* (= Juego de Verano), explícitamente traducido por *Interludio ilícito*, para que no hubiera duda de cuál era el juego. Bergmann debió cogerle gusto al verano, deidad adorada (*et por cause!*) en los países nórdicos. En el 52, filmó *Un verano con Mónica* y en el 55, reincidió con *Sonrisas de una noche de verano* con la ingenua Ulla Jacobsson, la misma que *Sólo bailó un verano*, en 1951. De modo que la *Comedia sexual de una noche de verano*, una de las mejores de Woody Allen, tiene sólidos antecedentes.

El tema del verano suele ir asociado al despertar de los sentidos, a la iniciación sexual que, como es de rigor desde la madre Eva, corre a cargo de la dama. Aquel *Verano del 42* que tanta indignación y envidia causara a los que, coetáneos del protagonista, no tuvimos la suerte de ser iniciados por la encantadora Jeniffer O'Neill. Aunque en ese género, sigue sin superarse *El trigo verde*, de Autant-Lara, sobre la novela de Colette y con la magistral Edwige Feuillère de sabia y experimentada iniciadora.

Quizá lo único bueno que pueda decirse de *Las bicicletas...* es que introduce la nota original de combinar verano con guerra, en vez de verano y pasiones, suponiendo que la guerra no sea la más exaltante de todas. De resto, es una película deficiente. El que lleve semanas en cartelera sólo quiere decir que gusta al público grueso: también tuvo gran éxito la imbecilidad aquella de las idiotas siglas (E.T.), para no mencionar el cretino melodrama de *Love Story*.

Lo peor de *Las bicicletas...* es su falsa ambientación. Falsa en el sentido de deformada. Pudiera haber sido perfectamente filmada por Falange, pues pinta un Madrid «rojo» chabacano y vulgar, tal y como siempre lo pintó la propaganda fascista. Con clichés insoportables: la madre soltera viuda de guerra, la putita redimida por el amor honesto, el padre demasiado comprensivo. Y el barato simbolismo con que se inicia: niños jugando a la guerra apenas días antes de que ésta llegue de veras. Carece de un elemental realismo: ¿por qué el padre no es movilizado y va al frente? ¿Era acaso un vulgar «enchufado»? De aquella guerra se ha hecho tanto que resulta ridículo adaptar una aceptable obra de teatro, buena para ser representada en interiores, a una película con pretensiones de veracidad, pero que no se permite ni una sola escena bélica. Los exteriores son discretos: las calles del viejo Madrid son aún las mismas por lo que bastó con un antiguo tranvía para dar aire de época. Ni siquiera el lenguaje es real: ¿permitía una honrada familia madrileña a sus hijos hablar con procacidades de ahora?

Es curioso que se traiga esta película en representación del pujante cine español. Ahí están *Demonios en el jardín* y *La colmena* sobre el mismo tema; sólo compararlas con *Las bicicletas...* sería ofenderlas. Alguien debería procurar difundir mejor el cine español.

El verano de Aviya

Por una vez, el criterio de autoridad sirve de algo: *El verano de Aviya* gana premio tras premio con toda justeza. Menorá de Plata a la mejor película israelí de 1988; Oso de Plata en el Festival de Berlín de este año e igualmente en 1989 la Espiga de Oro del Festival de Valladolid. Que llegue o no a Venezuela es algo que dependerá, pese a tanto premio, más de los dioses que de la incuria de ciertos organismos.

A partir de un *best-seller* de Gila Almagor, del mismo título, *El verano de Aviya*, dirigida por Eli Cohen (49 años), cuenta las relaciones madre-hija durante un largo y difícil verano de 1951, en un poblado pobre del recién creado Israel. La madre es el tema central: sobreviviente de un campo de exterminio, viuda de un partisano polaco, vive desquiciada con el drama del Holocausto, experimentado en carne propia. La niña de diez años tiene que vivir esos recuerdos y la locura de la madre a través de la carencia afectiva del padre. Llega a inventarse uno en la figura de un amable vecino. Todo el universo de Aviya, niña sin padre, se limita a esa madre medio loca y al entorno hostil de otros niños que sólo ven en ella a la hija de la trastornada. La sobrevivencia impone sus rigores aun fuera de los campos de concentración.

Quizá el mayor acierto del director haya consistido en centrarse en la historia de la madre y la hija, evitando el facilismo de las referencias históricas, los años difíciles que fueron los iniciales del Estado de Israel. Apenas la aparición de otro sobreviviente y, una vez, por la radio de los vecinos, la lectura diaria de los nombres de quienes aún buscaban desesperadamente a seres queridos que hubieran podido escapar del infierno. El resto es recreación del mundo infantil, no sólo en su relación con la madre, que quedó mentalmente encerrada en los campos de exterminio, sino con una vecina, pianista, bailarina, bella, a la que ama y odia como sólo los niños son capaces de hacer. A Cohen se le nota el israelí en la sobriedad del relato: ajustado, sincopado, sin nada que le sobre, exento de barroquismo alguno. Película de intérpretes, cuenta con la actuación de la autora del libro, en el papel de Henya, la madre desquiciada, y del propio director, en el del Sr. Gantz, el comprensivo vecino. Pero la figura estelar es la niña, Kaipo Cohen, en el papel difícil y complejo de Aviya, la que sufrió aquel verano, que ya no podrá olvidar. Hay una escena sobrecogedora: al ir a buscar a su hija al colegio, la madre obsesionada con la vida concentracionaria, en la que se ha quedado para siempre, cree advertir piojos en el pelo de la niña. «¡Mamá, por favor, no lo hagas!», protesta Aviya, mientras la madre fuerza la pequeña cabeza contra un recipiente lleno de agua y kerosén, en donde cortará a grandes tijeretazos, el hermoso pelo de la pobre niña. Porque su hija no va a andar con piojos, porque no hay que andar con piojos, porque tal es el código, más que aprendido, impreso, tatuado, en el campo de concentración.

En Madrid, al mismo tiempo que estrenaban *El verano de Aviya*, un tal David Irving, británico, daba una conferencia en un céntrico hotel, patrocinada por las organizaciones neonazis: «La mentira del Holocausto». Una mentira que la madre de Aviya llevaba tatuada en su brazo y en su alma.

AMERIKA: ENGENDRO VANIDOSO

EL BARROCO ES ALGO MUY SERIO como para andar endilgándoselo a cualquier producción con pretensiones. Basta con pensar en la arquitectura vienesa, en San Juan Tepoztlán o en el culteranismo, para medir la desproporción existente entre el auténtico barroco y estas baratas imitaciones del género. Sucede que, con esta infección que ha entrado de posmodernismo, algunos piensan que con vestir de estantiguas a unos actores y tratar de reproducir un ambiente entre monacal, seudo-velazqueño y circense, ya han levantado una creación barroca: logran un adefesio.

Amerika, terra incógnita es apenas un esperpento con pretensiones artísticas. El resultado no puede ser más deplorable: el público, en cualquier proyección, ríe a carcajadas ante la gruesa concepción de las escenas y situaciones, incluyendo la más lograda, la que se adorna con la máxima pretensión de reproducir a la Venus del espejo, en plena faena onanista. Este producto lleva el nombre de película por la misma razón que esas cosas que escribe Harold Robbins reciben el extravagante título de novelas: porque por *fuera* parece una película. Pero cinematográficamente es lo más alejado de un *film*: no existe sentido alguno de la dirección, los actores se arrastran en interminables secuencias totalmente innecesarias y cansonas (ese indio encharcado, cargando una guacamaya en un palo...), la narración depende exclusivamente de la intención que quiera buenamente prestar el espectador, pues en sí ni cuenta ni resuelve ni ofrece nada; la cámara sólo prueba los abusos que se pueden cometer en la filmación manual, y el recurso al simbolismo, además de anticuado, es de una torpeza sublime que alcanza su esplendor en el repetido girar de un trompo. No se sabe muy bien si es que los actores estaban «inspirados» o es que recibieron la orden de actuar con efecto de sonambulismo. Una cosa es que no hablen nada y otra muy diferente que ni siquiera muevan un músculo y hagan el más mínimo gesto. Por momentos, parece una representación de sombras chinescas, de caricaturizados que resultan. Sólo con intenciones cómicas puede tener sentido semejante actuación más fantasmal que hierática. Por lo demás, lo que cuenta no pasa de ser el mismo clisé manido: la rapacidad del conquistador, la nobleza del indio, el encuentro de dos razas en una relación largamente demorada en su cumplimiento amoroso. Que de haberla filmado antes, se le termina la tramoya al petulante director.

Si ésta es la alternativa al cine venezolano de contenido social, el que sólo pinta ranchos, marginalidad, putas, policías y malandros, más vale regresar a *Araya* y aun a *La balandra Isabel*: no se ha avanzado nada. Si acaso, como curiosidad, contará en la historia como el aporte del sifrinismo caraqueño a la cinematografía local: película de niños bien para probar que tampoco ellos saben hacer cine.

Volviendo a lo del barroco y todas esas monsergas sobre lo real imaginario. Quien mejor caracterizó al género fue Borges. Es aquello de que «corresponde a esa etapa en que el arte propende a ser su propia parodia», agregando que

«el defecto esencial del barroco es de carácter ético: denuncia la vanidad del artista». Lo primero es inaplicable a *Amerika...*, pues para que fuera parodia, primero tendría que haber sido arte. Sin embargo, Borges acertó con la crítica moral: no es nada difícil leer a través de la pretensión de un cine exquisito, la inmensa vanidad del señor *Rískez*.

ES POSIBLE QUE TODO comenzara en una cueva: cualquiera, Lascaux, Altamira. Bisontes, caballos, ciervos, en paredes y techos. O mucho más cerca: tapicería de Bayeux, que en algo más de setenta metros de tela (en realidad, es un bordado) narra la conquista de Inglaterra por los normandos, en aquel trágico 1066. Lo cuenta en secuencia lineal, con letreritos incluidos: «*et venit ad Pevenesae*»; «*ubi Haroldo sacramentum fecit*» y el momento más dramático: «*hic Haroldo Rex interfectus est*».

El hombre no ha dejado de contar, en imágenes, mejor o peor ensambladas, lo que le intriga, atrae o conmueve. Hay muchas formas de hacerlo desde las coplas de ciego a la linterna mágica, desde *Les Très Riches Heures du Duc de Berry* hasta el dominante invento de los hermanos Lumière. De todas, la historieta o tira cómica (*comic strip, bande dessinée, fumetti*) es la manera más directa, secuencial, imaginativa y, en ocasiones, artística, de contar algo. No meramente ilustrar, que esa es la diferencia con el simple grabado. Es otra cosa: ¿quién no recuerda los magníficos dibujos a plumilla de Hetzel y Riou para las obras de Julio Verne? ¿O los impresionantes de Doré para el Quijote o la Divina Comedia o los *Contes drôlatiques*? Justamente, Doré es un buen ejemplo para establecer diferencias. Además de ilustrar y caricaturizar cuanto se le ponía a su alcance, fue de los primeros, hacia 1860, en contar una historia en imágenes, aquella llamada «Una ascensión al Mont Blanc», en la que el imprudente joven que ha perdido todo por jugar alocadamente en la Bolsa, elige los glaciares saboyanos para intentar suicidarse y, a cambio, encuentra, gracias a un alud, a la futura y riquísima madre de sus hijos. Las historias solían ser bastantes simplonas y el texto que las acompañaba, pretensiosamente humorístico. No importa: ya eran atisbos de tira cómica. No fueron los únicos.

Hay una deliciosa historieta sin palabras, contada en seis cuadros, nada menos que de Don Francisco de Goya y Lucientes, dueño y señor del claroscuro. Trátase de la espeluznante a la par que edificante aventura que le acaeciera al cura Zaldivia cuando a su iglesia se presentó, con las peores intenciones, el terrible bandido Maragato, que tenía asolada la comarca. Mientras los despavoridos feligreses nada hacen, sino mirar fascinados, el dulce curita, en un descuido del sanguinario Maragato, le arrebata el larguísimo fusil, y con gran riesgo de su vida, y pese al estorbo que suponían los pesados hábitos, termina por olvidarse del quinto mandamiento y le descerraja un soberano tiro al desalmado e infeliz malhechor. Luego, puesta a un lado el arma homicida, pasa a ejercer, en el último cuadro de la dramática historieta, su sagrado ministerio de administrador de santos sacramentos: confiesa al contrito y maltrecho moribundo.

No obstante, los verdaderos precursores de las tiras cómicas, tal y como hoy las conocemos, son otros. Uno de los primeros fue un alemán, Wilhelm Busch, el creador de aquella insoportable parejita, antecesora inmediata de los dos pilletes, a los que llamó Max y Moritz. Fue hacia 1865. Se necesitaron treinta años para que el americano Rudolph Dirks lo imitara descaradamente con la crea-

ción de otros insufribles diablillos, a los que denominó, bien germánicamente, *The Katzenjammer Kids*. Así fueron conocidos hasta que, a consecuencia de una demanda, tuvo que cambiarles el nombre, que aún subsiste, al de *The Captain and the Kids*. Dejó de ser Dirks y pasó a dibujarlos uno de sus asociados, un tal H. Knerr. Ya era una familia completa: los dos pilletes, el capitán, la tía y el astrónomo distraído. Busch, por su parte, llegó hasta entrado el siglo XX, mientras que *El capitán y los dos pilletes* no han dejado de divertir a generación tras generación. Entre tanto, sobrevino un auténtico diluvio. La tira cómica triunfó y se impuso sin restricciones. Cada vez más nombres, más personajes, temas y estilos. Todos tienen una cosa en común: cuentan algo en un espacio limitado.

En principio, el buen narrador está limitado por el espacio. Borges siempre sostuvo que a qué contar en quinientas páginas lo que puede ser dicho en cincuenta; de ahí, su preferencia por el cuento. Por supuesto, contra lo que muchos piensan, es más fácil hacerlo en quinientas páginas. En ese mismo orden de ideas, es obvio que los filósofos son seres felices en tanto escritores: no poseen límites materiales. De Leibniz a Sartre, no suelen ahorrar ni tinta ni páginas. Son excepcionales y casi siempre aforísticos los filósofos económicos: Lichtenberg, Nietzsche, Alain, Cioran. Para algunos, emborronar muchas páginas es señal segura de genialidad. Pero el escritor, si quiere, puede hacerlo: su espacio, en principio, es ilimitado. Recuérdense los folletines o novelas por entregas que los editores se disputaban para que jamás terminaran, tal y como ahora sucede con los seriales o telenovelas. La anticoncisión. La forma más fácil de perder el relato, el estilo y aun la vergüenza.

Los creadores de tiras cómicas son prisioneros del más breve espacio concebible. Lo que han de decir lo tienen que decir en un número muy reducido de cuadros; en ocasiones, no pasa de dos. Y cuidado si sólo uno. Piénsese en un maestro de la concisión en nuestros días: el argentino Quino. Uno o varios, siempre pocos cuadros, el dibujante de tiras cómicas, se ha visto obligado desde el principio, por mor del reducidísimo espacio a crear un estilo especial: a la vez narrativo y efectista. La vida de sus personajes es tan breve como la de los humanos y aunque es cierto que, en principio, puede prolongarse también *ad infinitum* mediante el recurso del «continuará», no lo es menos que, en cada entrega, cuenta una historia completa, perfectamente cerrada y coherente. No pueden darse el inútil lujo de ser ni abundantes ni prolijos. Eso que en, teoría de la comunicación, juega un papel cuantificador del mensaje, la *redundancia*, encuéntrase desterrado de la buena tira cómica. Las tiras cómicas son la forma de mensaje con menos ruido posible que el hombre haya creado: todo es información, nada se pierde. Triunfo artístico sobre la entropía.

Cuando la tira cómica explota, al rebasar narrativamente los límites originalmente impuestos, alcanza la elevada categoría de *libro de comics* que, en definitiva, se compone de un conjunto de tiras mejor o peor estructuradas. Como lo es el fonema para el lenguaje, la tira es el elemento básico de que se componen todos los *comics*. Por algo, en casi todas las lenguas, son denominadas así: *tira, strip, bande*. Lo que es el editorial para la prensa escrita viene a ser la tira

cómica para el dibujo o prensa dibujada: el epítome de una idea, la condensación de una información, la reducción del mensaje. Como el lector de periódico habitualmente tiene prisa, la concentración se impone. Quien sobrepase cuatro, seis recuadros en la tira, queda fuera, no publica. Sólo que los lectores comenzaron a exigir: no les bastó una o dos tiras diarias. Aparecieron primero los suplementos semanales, verdaderos minilibros, o compendios de tiras cómicas, para dar rápidamente paso a los libros. De los libros a la adaptación cinematográfica el salto fue inevitable. Piénsese en el famosísimo *Tintin* de Hergé. O en *Flash Gordon* (en algunos sitios, *Roldán el temerario*). O en el ubicuo *Superman*. Hay un hecho curioso: son escasas las producciones cinematográficas que mantienen los dibujos. Por lo general, al adaptar la tira cómica, se hacen películas con ambientes y personajes vivos, con todo el riesgo y pérdida de creatividad imaginativa que ello supone. Ya es un punto harto trillado la recíproca influencia que tiras cómicas y cine han operado: *close-up*, panorámicas, vista de pájaro. Hay todo un perspectivismo y tratamiento sintético del espacio que es común a ambos medios. Sin embargo, lo curioso del hecho permanece: al hacerse dinámica (cine) la tira cómica prefiere abandonar el dominio del dibujo para plasmarse en situaciones y personajes reales. De *Flash Gordon*, de *Superman* se han hecho varias versiones. Inclusive del primer personaje, el inagotable viajero del espacio, desfacedor de entuertos cósmicos, eternamente prometido a su eternamente joven novia, Dale Arden, hay una versión porno (*soft*), en la que comienzan por adaptar oportunamente los nombres: *Flesh* Gordon, Dale *Ardor* y, en lugar del sabio Dr. Zarkoff, el libidinoso Dr. *Jerk-off*. Pero ello sería tanto como entrar de una vez en la zona abundantísima de los temas de las tiras cómicas. Probablemente la explicación a por qué hay solución de continuidad entre tira cómica y adaptación cinematográfica reposa en la autonomía de géneros. Casi coetáneos, la tira cómica se desarrolló con total independencia de las películas dichas de dibujos animados. En algunas ocasiones coincidían: *Popeye, Betty Boop, el gato Félix* o los incontenibles productos de los estudios Disney, a partir de *Mickey Mouse*. Hubo inclusive, una época feliz en que los niños de entonces podíamos ser dueños, a la vez, de tiras cómicas y películas: tocar con nuestras estremecidas manos ambas riquezas, contenidas en una banda enrollable de papel pergamino dibujado. Podía desplegarse y surgía la tira cómica o colocarse en un sencillísimo proyector de juguete (dos cajas unidas: lente ampliadora y lámpara) con manivela para hacer correr el rollo. La ilusión era total: en la magia de la obligada oscuridad, ante la improvisada pantalla de una sábana, nos convertíamos en directores y *cameramen* de una sola vez. Aquel sencillo rollo que contenía la tira cómica/película era un inconsciente tributo al pasado: un regreso a los papiros y a los libros enrollados de la Antigüedad. Nosotros, la generación que descubre la eclosión de la tira cómica, los sumos sacerdotes de aquellos tesoros, más preciados que los de la biblioteca alejandrina, tan desaparecidos como ella.

Porque la tira cómica viene a irrumpir comercial, avasalladoramente en el mercado hacia los años veinte. Fue la gran época de *Tarzán* (dibujado por el barroco e insuperable Burne Hogarth), del *Príncipe Valiente* (creado por Hal Foster) y del gran maestro que fue Alex Raymond (padre de *Flash Gordon*, primero, y luego, de *Rip Kirby*, el elegante detective de la alta sociedad). No fueron ni los primeros ni los únicos. Antes, Wilson McCay y George McManus habían producido un par de deliciosos personajes que pronto habrían de constituirse en verdaderos clásicos. McCay creó un pequeño héroe, un niño de ocho o diez años (*Little Nemo*) que, cada noche, disfrutaba de una fabulosa aventura en el país de los sueños: *Little Nemo in Slumberland*. Tras el riquísimo despliegue de oníricas creaciones e imposibles situaciones, todas las historietas del pequeño Nemo terminaban igual: en un recuadro final, inserto en el grande, que mostraba al chiquillo despertándose en su lecho, escenario involuntario de tal desborde imaginativo. George McManus fue más prosaico: creó toda una familia típica americana que se dedicaba a «educar a papá». *Bringing up father* contaba los divertidos problemas de una familia normal y corriente, de pronto enriquecida. Mientras madre e hija aspiraban al triunfo social, el padre, pese a vestir perennemente de etiqueta, con enormes puños de celuloide que se le escapaban de la levita, hacía todo lo posible, con sus modales de patán enriquecido, por echar a perder los principescos y cursis intentos de ambas féminas. Era una aguda crítica de aquel segmento de la sociedad americana tan brutal y súbitamente enriquecido en los años que precedieron al *crash* del 29. Algo así como una visión anticipada y propia de la Venezuela saudita. Por aquellos mismos años, un neoyorquino, Otto Soglow, se hizo célebre al crear *El reyecito*, aquel voluminoso y retaco personaje, de puntiagudos bigotes, que no se quitaba la corona ni para dormir. Al principio, sonó a una suerte de burla democrática que el Continente americano le hacía al de las testas coronadas. Pronto se perdió aquella intención (si es que alguna vez la tuvo) para pasar a ser el símbolo de tanto nuevo y poderoso rey (del acero, del chicle, del contrabando de whisky). Por lo demás, el reyecito era más infeliz que malévolo, menos torpe que extrañamente solitario. El humor de Soglow no siempre fue entendido, tal como ahora sucede con el de Woody Allen, en el cine o con el de Ops en las tiras cómicas.

Pero es cierto que no fueron los únicos. Pronto, la diversión de ciertos grandes periódicos se hizo legión y de las páginas de la prensa se saltó a las del libro. Milton Caniff creó a *Steve Canyon*, Chester Gould a *Dick Tracy* (que se adelantó por lo menos cincuenta años a los electrónicos japoneses en eso de miniaturizar televisiones como relojes de muñeca), James Steranko produjo un rival de *Superman*, aún más nacionalista: *Captain America*. Por supuesto, el único, el inigualable, el siempre imitado *Superman*, creado por Joe Shuster. O *Terry y los piratas*, a cargo de George Wunder. O *Mandrake*, producido por Phil Davies: una de las mejores expresiones del racismo más definitivo en la tira cómica. O *Buck Rogers*, otro rival para *Flash Gordon*, creado por Dick Calling. También comenzaron a producir en serie. En lugar de un creador, todo un equi-

po. Así, por ejemplo, *El fantasma que camina* (otro eterno enamorado de otra eterna novia inglesa, Diana Palmer) fue obra del grupo formado por Ray Moore, el Wilson McCoy de *Little Nemo* y Sy Barry, que terminó apoderándose del todopoderoso *Fantasma*. La línea de la crítica social comenzada por McManus siguió con Chic Young y sus tipos promedio americanos formados por *Dagwood* (*Lorenzo Parachoques*) y su inseparable esposa *Blondie* (*Pepita*). Se había puesto en marcha un mundo imaginario que, era inevitable, pronto se transformó en sistema de monstruosa producción comercial.

Lo que de hecho había comenzado en Europa (Doré, Busch, Caran d'Ache) retornó al Viejo Continente debidamente tecnificado y masificado por el genio periodístico norteamericano. Pero conviene insistir en este punto o, de lo contrario, será imposible entender porqué sigue siendo Europa el *locus standi* de los adictos más profundos a las tiras cómicas. Con este tipo de adicción, como probablemente con todos, es cuestión de establecer matices. Pues no es lo mismo el consumidor incontenible, bulémico, semi-analfabeto de los Estados Unidos, que reduce todo su esfuerzo cultural a devorar *comics* (del mismo modo que concentra todas sus tendencias gastronómicas en consumir hidratos de carbono) que un experto coleccionista europeo, especializado en héroes interplanetarios o en *comics* eróticos. En Francia, en Italia, en España, hay congresos, conferencias, exposiciones, intercambios, una verdadera veneración por la tira cómica, con insondables expertos capaces de recitar nombres, fechas, ediciones. Tienen a orgullo su cultura del *comics* y bien sabido es que la semiología contemporánea no ha dejado de ocuparse a fondo en la tarea de analizar y comparar el contenido y la estructura de las tiras cómicas.

El regreso del *comics* a Europa es bien merecido, aun reconociendo la fuerza de la influencia norteamericana. En realidad, a partir de los 30 y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, la producción europea suena a remedo de la tira cómica norteamericana. Con diferencias nada despreciables: *Astérix* sería impensable en USA, pues su lectura y comprensión exige un conocimiento de la historia y hasta de latín que no posee el lector medio gringo. Y es de suponer que después de la última legislación restrictiva sobre literatura pornográfica (de la que ya *Playboy, Penthouse* y similares comienzan a sufrir las consecuencias), la rampante moralitis terminará por alcanzar también las tiras cómicas eróticas, aquellas que hace más de treinta años iniciaran *Jodelle* y *Barbarella*, en Francia, pero de las que, en la actualidad, el exponente más osado son las producciones españolas. Hay por ahí una bellísima *Emmanuelle* en tira cómica, digna del pornófilo más exigente.

Que Europa fue no sólo la cuna, sino el vivero de los *comics* lo prueba (si tal es necesario) aquella singular «nouvelle surrealiste» ilustrada nada menos que por Max Ernst y titulada *Une semaine de bonté*, dibujada en el 33, pero publicada un año más tarde por Editions Jeanne Bucher, de París, en la limitadísima tirada de 800 ejemplares. Se trata en verdad de una gigantesca tira cómica más que de un libro ilustrado, tanto por lo que tiene de *collage* continuado de conceptos y de lenguaje, como por las secuencias independientes de cada epi-

sodio o día de la semana. Su secuencia viene dada por los siete días hebdomadarios que bien judaicamente no es extraño que coincidan con el número de pecados capitales. Por si fuera poca su riqueza artística, cada sección va precedida de una cita o epígrafe procedente de la literatura dadaísta o surrealista más representativa: Eluard, Arp, Tzara y el mismo Breton. Una vez más operó con esa obra la relación literatura/cine, pues algunos de sus grabados inspiraron el *film Desire* (1946) de Hans Richter. La capacidad secuencial de tan extraordiaria obra es doble: cada día de la semana permite la lectura de un número diferente de cuadros, agrupados en torno a un motivo (así, el más largo es el martes: 44 cuadros, y los más cortos, viernes y sábado, con 10 cada uno); pero, además, en conjunto, esa semana de bondad constituye una larga tira cómica surrealista, probablemente la primera.

No hay ni que decirlo: la principal diferencia con el mundo americano radica en el mercado. No es lo mismo editar menos de mil ejemplares, para un reducido y selecto círculo de *connaisseurs*, que lanzar las tiradas millonarias (y en varias lenguas) de *Charlie Brown* o *Snoopy* o, en el mundo hispánico, de *Mafalda*. Lo primero, si acaso, crea y estimula coleccionistas; lo segundo, *clubs* de *fans*, en el mejor de los casos, o consumo masivo de ejemplares a bajo precio por unidad. Por más que, en el fondo, la selección suele operarla el público a partir de los temas.

En general, tres son los temas dominantes en el amplio y variopinto mundo de la tira cómica: aventuras, humor, erotismo. Primero fue el humor; luego, las aventuras sin límite y, finalmente, alguien se atrevió a revelar las hazañas sexuales de los héroes de *comics*. Tan somera clasificación genérica no excluye ni variantes ni desviaciones ni siquiera excepciones. Las *variantes* del humor son muy amplias: de niños, de adultos, de animales, de adultos infantilizados o niños sabihondos. Una *desviación* típica de las aventuras es la «farsa». Así, *Lucky Luke*, de Morris, cuenta las nada airosas hazañas de un torpe *cow-boy*. Las *excepciones* más buscadas son las de monstruos o *freakies* o tipos raros: *Monster Rally* (de Archie Goodwin), *Delirium* (de Alessandrini), *Moebius* (de Giraud) o el anacrónico *B. C.* (de Johnny Kart) para no mencionar al exitoso *Mad*, creado por Don Martin.

Además, aquella simplista división tripartita admite toda suerte de subclasificaciones. Considérese, por ejemplo, el abundantísimo tema de las aventuras; puede volver a dividirse en aventuras infantiles (*Tintin*), selváticas (*Tarzán*), misteriosas (*Fantasma*), mágicas (*Mandrake*) etc. etc. No es lo mismo, por otra parte, sufrir todo tipo de peripecias reales o menos reales en la tierra que hacerlo en el espacio exterior (donde habitan todos los infinitos y castos héroes que, desde *Flash Gordon*, recorren incansables las galaxias).

O hacerlo en una perdida aldea armoricana, en el 70 a. C. (*Astérix*). Por lo demás, todos los héroes pueden ser naturales, es decir, hombres comunes, aunque no corrientes (*Dick Tracy, Tarzán*, el mismo *Flash Gordon*) o ser simplemente superhombres, dotados de extraordinarios poderes (modelo imbatible: *Superman*, pero asimismo *Mandrake, Batman* o *Spiderman*).

No sería exagerado decir que, si no la aristocracia, al menos la prosapia de las tiras cómicas la poseen las de humor. Desde McManus a George Shultz, los *comics* humorísticos, además de originales e impulsadores del género, suelen ser los más refinados y aun intelectuales. Ahí están *Charlie Brown* y *Snoopy*, el perro filósofo, para probarlo. O en un orden más sofisticado, las exquisitas tiras cómicas de Jules Pfeiffer.

El erotismo se vende bien, aunque tiene sus límites. Sabido es que, en principio, la mujer no se siente particularmente estimulada por la vista. La revista *Playgirl* debe su éxito a que la compran mayoritariamente los *gays*. Quizá por tal razón las tiras cómicas tienen que añadir algún elemento exótico que haga más atractivo el tema dominante. Puesto que no existe actividad humana (esto es, animal) más aburrida y monótona que el sexo, siempre son necesarios estímulos compensatorios que pongan a trabajar al órgano sexual por excelencia, la imaginación. De ahí, la abundancia de tiras cómicas sadomasoquistas en las que extrañamente casi siempre son nazis los villanos, quizá para poder agregar los negros y ominosos uniformes de las SS. Ello no excluye el tipo de heroína erótica ingenua o seudo-ingenua. Desde *L'il Abner* hasta *Little Annie Fanny* se la pasan exhibiendo encantos (casi siempre pectorales, según el gusto edípico gringo) y sufriendo más calamidades que la Justine del divino Marqués. También, a partir de *Barbarella*, ha surgido el erotismo galáctico (sin *arrière-pensée*) pues quizá existan escondidos placeres, al hacer el amor con un robot o a bordo de un cohete interplanetario sin los inconvenientes, por ejemplo, de la fuerza de gravedad. Nota común a todas las heroínas de tiras cómicas eróticas es su desbordada ninfomanía. Son el triste equivalente femenino de los superhombres. Es como si los creadores (siempre machos) sólo pudieran concebir la superfemineidad a través del ejercicio de una sexualidad eternamente insatisfecha. Así, el superhombre es el ser que posee una fuerza excepcional puesta al servicio de las buenas causas, mientras que la supermujer se limita a ser una vulgar devoradora de *partenaires* sexuales. Forma quizá inconsciente de compensar el equilibrio roto al principio de las tiras cómicas por tanta heroína casta y abnegada, tipo Diana Palmer o Dale Arden, a las que ni siquiera besaban sus «novios», eternos desfacedores de entuertos mientas ellas, en el balcón medieval del espacio, aguardaban inútilmente el retorno del héroe. De modo que sólo son concebibles, aquí también, las mujeres en sus dos extremos más elementales y conocidos por la mente machista: o virgen o puta. Reaparecen los viejos mitos y terrores, pues en definitiva, las tiras cómicas sólo son el trasunto contemporáneo de la literatura popular de todos los tiempos. No hay mayor distancia de Circe a Emmanuelle.

Si el hombre, para expresar mejor sus pensamientos, ha acudido desde siempre a recursos lingüísticos extraordinarios, tales como metáforas, metonimias y sinécdoques, que sirven para alterar el curso habitual del lenguaje, bien pudiera hablarse de una sobrevaloración expresiva por medio de la perversión. En efecto, en definitiva, *pervertir* es apenas cambiar el orden o estado de las cosas.

El hecho es que jamás el hombre ha aceptado dejar al mundo en su estado natural: desde que bajó de los árboles y fabricó el fuego, su guía de conducta ha sido la perversión. Nada hay más perverso, respecto del lenguaje, que un poema. «Cerrar podrá mis ojos la postrera/sombra que me llevare el blanco día...» no es precisamente una muestra de habla coloquial diaria. Cada vez que Borges habla de «fatigar» libros se pervierte, *Deo gratias*, el lenguaje. Sin tropos, esto es, sin mecanismos de alteración perversa, no habría poesía ni siquiera prosa aceptablemente digna de ser leída.

Sólo que la mejor de las metáforas, como sabían los chinos, no puede compararse a una buena imagen. Hablar mediante imágenes, sustituir la palabra por la cosa (o su representación), es hacer poesía directa, en la cual las metáforas son lingüísticamente innecesarias por estar ya plasmadas en una continua sucesión de cuadros. De tal manera, las tiras cómicas vienen a ser la máxima perversión comunicacional. Creación directa. Metáfora viva. El regreso, otra vez, a los orígenes: Altamira, Lascaux.

INDICE

ADVERTENCIA
[7]

TIEMPO DE DESCREIMIENTO

De la tolerancia, *9*. — Esa manía de la identidad, *11*. — A vueltas con la identidad, *13*. — Lo serio y lo frívolo, *15*. — Pura nada, *16*. — Los esperanzados, *18*. — Tiempo de descreimiento, *19*. — El exilio que no cesa, *21*. — La realidad virtual, *23*. — Todo vale, *25*. — Un mundo feliz, *26*. — Etica y medicina, *28*. — El cuerpo en ruinas, *30*. — La guerra limpia, *32*. — Morir matando, *34*. — La pena de muerte, *36*. — Un mundo sin Europa, *38*. — El fútbol, los toros y la muerte, *40*. — Paradojas, *43*. — Negocios metafísicos, *45*. — Ellos y nosotros, *47*. — El sexo de las cosas, *48*. — Espejismo por espejismo, *50*. — Prohibir a Dios, *52*. — Las trampas del aborto, *54*. — Hijos naturales, *56*. — A Dios rogando, *58*. — La ciencia sin Dios, *60*. — Los caminos del Señor, *62*. — La dificultad de ser ateo, *64*. — Muerte del ateísmo, *66*. — Militantes y pitecantropos, *68*. — Devaluación, *70*. Promesas vanas, *72*. — Las ilusiones perdidas, *74*. — La pesadilla nuclear, *76*. — La desintegración del imperio soviético, *79*. — El eclipse del marxismo, *83*. — Decepción, *95*. — La gran patraña, *97*. — El día que murió la historia, *99*.

HORA DE VENEZUELA

Servidumbre de la crítica, *101*. — Popularidad del populismo, *103*. — El lenguaje de la política, *105*. — De tumbas y de héroes, *107*. — Contra la retórica, *109*. — Pobres y ricos, *111*. — Ricos y pobres, *113*. — Robo y democracia, *115*. — Ladrones, *117*. — Caras y caretas, *119*. — Los retrógrados, *120*. — Jefes de un futuro incierto, *122*. — Pensamiento en Venezuela, de Gómez a nuestros días, *125*.

Olvido del pasado

La negación de España, *133*. — El látigo del Islam, *136*. — Hace doscientos años, *138*. — Semillero del odio, *140*. — Cuento de Navidad, *142*. — Elemental, Sherlock, *144*. — Centenario de un héroe anónimo, *146*. — La grandeza de Italia, *148*. — La Viena de Freud, *150*. — Madrid: ciudad pagana, *157*. — Olvido del pasado, *159*.

Contrario de sí mismo

Forma sobre fondo, *161*. — El pueblo, *163*. — Leer, *165*. — Libros en la hoguera, *167*. — Oscuros y olvidados, *171*. —Sombras nada más, *173*. — El culto a la naturaleza, *175*. — Menosprecio del campo, *177*. — Fetichismo de la ley, *179*. — Lo efímero y lo eterno, *180*. — Malas palabras, *181*. — Buenos y malos, *183*. — El mal cotidiano, *185*. — La maldad, *187*. — Pregón de honras, *189*. — Repaso de la envidia, *191*. — Dulce y amargo, *193*. — La mujer en el templo, *194*. — Erotismo y pornografía, *196*. — Sentido del humor, *198*. — Arte de dudar, *200*. — Creencias, *202*. — La memoria, *204*. — La confesión, *206*. — Decir la verdad, *208*. — Tres dificultades para decir la verdad, *210*.

En torno al cine

La muerte del cine, *213*. — La única diosa, *215*. — Hammett, *217*. — Una cierta mirada, *221*. — Dos mujeres y la libertad, *223*. — Brazil, película de películas, *225*. — La muerte de O'Brien, *227*. — Nacido para matar, *229*, — Platoon, *234*. — Tres hermanas, *236*. — La otra mujer, *238*. — La decadencia de Woody Allen, *240*. — Noche de brujas, *242*. — Shoah, *244*. —Vista de Florencia, *246*. — Cary Grant que estás en los cielos, *248*. — Conducta impropia, *249*. — Cine, verano y bicicletas, *251*. — El verano de Aviya, *253*. — Amerika: engendro vanidoso, *254*. — El perverso mundo de los «comics», *256*.

Esta edición de LA ESCUELA DE LA SOSPECHA se terminó de imprimir el dia 26 de octubre de 1990 en los talleres de Litografía Melvin, situados en la Calle 3B, Edificio Escachia, La Urbina, Caracas, Venezuela. Impreso en papel Tamcreamy de 60 gramos.

Otros títulos

Pierre Dockés, *La internacional del Capital*

Juan Nuño, *La veneración de las astucias*

Ernesto Mayz Vallenilla, *Fundamentos de la Metatécnica*

Luis Vallenilla, *Auge, declinación y porvenir del petróleo venezolano*

Teodoro Petkoff, *Checoeslovaquia, El socialismo como problema*

Carlos Acedo Mendoza, *La economía de la inflación*

Gustavo Sánchez Guerrero, *La nacionalización del petróleo y sus consecuencias.*

La escuela de la sospecha

Juan Nuño

Presencia siempre inquietante en el paisaje de nuestra intelectualidad contemporánea, Juan Nuño es, por su sagacidad y su mordacidad ya proverbiales, una de las voces críticas más atendidas y apreciadas por la audiencia nacional. Filosófo arriesgado, atento siempre al tremedal del mundo que lo rodea; reacio a quedarse callado y enemigo jurado de los eufemismos y los subterfugios, en esta nueva serie de ensayos suyos nos ofrece, desde el movedizo y nietzscheano suelo de la sospecha, una visión lúcida y contundentemente argumentada de los temas de mayor actualidad de aquí y de todas partes. Desde la experiencia del descreimiento generalizado de este fin de siglo hasta la relación del fútbol con los toros y la muerte, pasando por sus gratas y ejemplares crónicas de cine, el lector puede recorrer, así, un amplísimo espectro de asuntos siempre interesantes en este libro sin pérdida, inagotable y revelador.

Profesor de Filosofía en la Universidad Central de Venezuela, y consecuente colaborador en las más prestigiosas publicaciones periódicas del continente, Juan Nuño (1927) es autor de una abundante obra: Doscientas horas en la oscuridad, La filosofía de Borges *y* La veneración de las astucias *(publicado bajo nuestro sello), entre otros títulos de muy amplio alcance.*

Monte Avila Editores

La escuela de la sospecha *Juan Nuño*